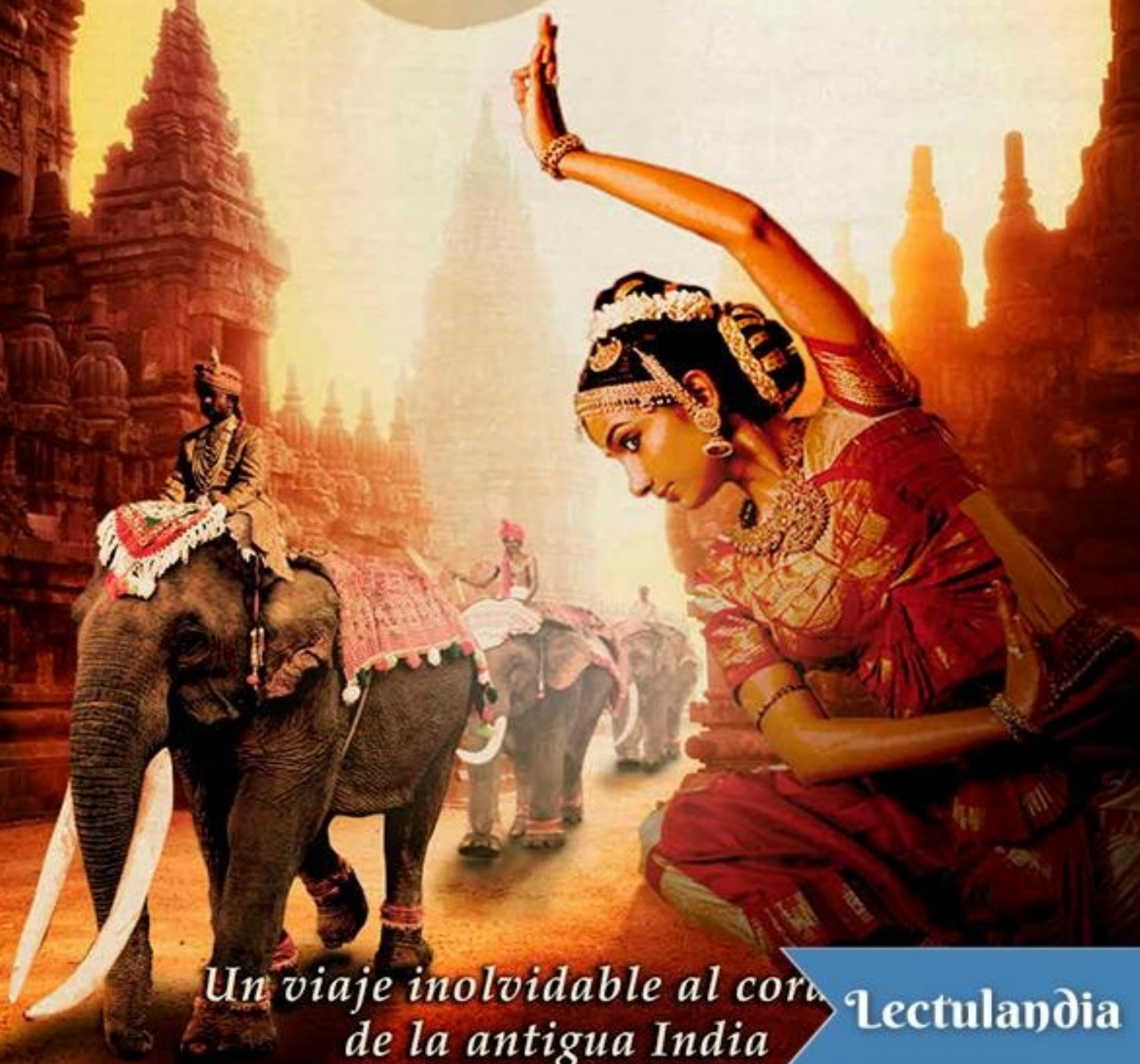


JOSÉ VICENTE ALFARO

EL LABERINTO DEL HINDÚ



*Un viaje inolvidable al corazón
de la antigua India*

Lectulandia

La antigua India... Siglo v de nuestra era.

La dinastía Gupta gobierna sobre la civilización más avanzada del mundo en aquella época, teniendo en cuenta que el Imperio romano se encontraba ya en plena decadencia y que China atravesaba un momento difícil. Su soberano, el emperador Kumaragupta, debía garantizar la seguridad de su pueblo frente a los ataques externos, a la vez que se enfrentaba a los demonios internos que atormentaban su propia existencia.

Al mismo tiempo, dos niños sin pasado llegan a la capital del imperio obsesionados con una idea que solo ellos conocen. Madhuk y Sarasvati son hermanos, carecen de estudios y no poseen ninguna pertenencia. Con todo, estarán dispuestos a hacer lo que sea para sobrevivir. Sumérgete en una historia repleta de aventuras e intrigas palaciegas, donde la sociedad se organizaba en torno a un rígido sistema de castas y al dictado de los Vedas, que condicionaban por completo el discurrir del pensamiento hindú.

Lectulandia

José Vicente Alfaro

El laberinto del hindú

ePub r1.0

Titivillus 23.07.2019

Título original: *El laberinto del hindú*
José Vicente Alfaro, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A mi padre, por inculcarme la pasión por la lectura.

PREFACIO

La antigua India, que también cubría los territorios de lo que hoy son Pakistán, Nepal, Bangladesh y parte de Afganistán, ocupaba una superficie similar a la de Europa, excluyendo Rusia, y se dividía geográficamente en tres partes bien diferenciadas: la elevada cordillera del Himalaya, que delimitaba sus fronteras del norte y que constituía la tradicional morada de sus dioses y usual lugar de retiro de sus ascetas; la inmensa llanura, que contenía los valles del Indo y del Ganges, el verdadero corazón de la India, donde se concibió su cultura clásica; y la meseta del Decán, que se extendía por la mayor parte del territorio centro-sur del subcontinente, separada del norte por el río Narmada y la cadena montañosa de Vindhya. El sur de la India, bañado por las aguas del océano Índico, protagonizó, en la mayoría de los casos, un desarrollo y una historia independientes de los del norte.

Aunque su amplio territorio comprendía áridos desiertos, densas selvas y fértiles valles recorridos por grandes ríos, climatológicamente el inmenso subcontinente estaba subordinado al fenómeno de los monzones y las lluvias periódicas que caían con gran violencia durante los meses de verano.

La presente novela transcurre durante la considerada como la Edad de Oro de la antigua India, la cual tuvo lugar bajo el dominio de la dinastía Gupta, entre los siglos IV y VI d. C.

Durante los primeros siglos de nuestra era, el subcontinente indio estaba fragmentado en multitud de reinos y pequeños estados que luchaban continuamente entre sí por la supremacía del territorio. Sin embargo, el ascenso de Chandragupta en el año 320, gracias a su alianza con los lichchavis, lo llevó a unir los reinos de Magadha y Kosala, dando así inicio a la legendaria dinastía que habría de gobernar los designios de la India durante los siglos venideros. Fue su sucesor, Samudragupta, quien, tras situar la capital del incipiente imperio en Pataliputra y darse a sí mismo el título de «rey de reyes y soberano del mundo», emprendió un imparable proceso de expansión en todas direcciones. Tras su sometimiento, algunos de los reinos incorporados por Samudragupta —más de una veintena— pasaban a formar

parte de su hegemonía, mientras que otros se limitaban a reconocer su soberanía y rendirle tributo. El periodo de conquistas lo culminó su heredero, Chandragupta II, que tras derrotar a los *sakas* se hizo con los puertos del oeste, los cuales permitían el lucrativo comercio con Occidente.

Durante su etapa de mayor auge, el Imperio gupta dominaba todo el norte de la India de costa a costa (a excepción del noroeste), así como parte del Decán septentrional.

Bajo el reinado de los Gupta se alcanzó un alto grado de paz y prosperidad, lo cual favoreció el florecimiento de las artes y las letras, de cuyo mecenazgo se hacían gustosamente cargo las autoridades. De igual modo tuvieron lugar destacados logros científicos, sobre todo en los campos de las matemáticas, la astronomía y la medicina.

En el ámbito de la fe, inseparable de la vida cotidiana en la sociedad de la época, los emperadores Gupta profesaron el hinduismo, que había experimentado una importante transformación en los últimos tiempos, si bien mostraron una notable tolerancia hacia el resto de las religiones.

En aquel periodo, teniendo en cuenta que el Imperio romano se encontraba ya en pleno proceso de decadencia y que China atravesaba tiempos turbulentos debido a la difícil transición entre la dinastía de los Han y los Tang, la civilización India era, posiblemente, la cultura más avanzada del mundo.

PERSONAJES PRINCIPALES

Personajes de palacio en Pataliputra.

Kumaragupta: el emperador.

Skandagupta: el hijo del emperador.

Rudrabhiravi: la hija del emperador.

Bhanugupta: *mahamantrin* y hermano del emperador.

Dattadevi: primera reina consorte y madre de Rudrabhiravi.

Savitridevi: segunda reina consorte y madre de Skandagupta.

Abhimanyu: el *purohita* (sacerdote real).

Harshul: el *mahasenapati* (comandante en jefe).

Cidambara: el astrólogo.

Kalidasa: poeta y dramaturgo de la corte.

Purumitra: el eunuco y responsable del harén.

Anumita: la enana (*vamanika*) integrante del harén.

Ahinagu: el lacayo personal del emperador.

Resto de personajes de Pataliputra.

Madhuk y Sarasvati: hermanos.

Bindusar: el maestro hindú.

Harshali: la esposa de Bindusar.

Kumaresh: el incinerador de cadáveres.

Rashmi: el hijo de Kumaresh.

Madunisha: la *madame* (*kuttani*).

Kundanika: la curandera.

Padmabandhu: el monje budista.

Personajes en el reino de los sakas

Shakraditya: general del ejército Gupta.

Punyavan: segundo de Shakraditya.

Dhanu: jefe del poblado indígena.

Chakori: esposa de Dhanu.

Kalu y Libni: hijos de Dhanu y Chakori.

INTRODUCCIÓN

Kumaragupta se hallaba en la soledad de sus aposentos, atormentado por la culpa que lo quemaba por dentro y que cada cierto tiempo se apoderaba de él sin que hubiese nada que pudiera hacer para aliviar su aflicción. El emperador, el rey de reyes o el señor supremo de la tierra de los hijos de Bharata^[1], como también era conocido, lloraba amargamente por ciertas acciones que había llevado a cabo en el pasado, cuando estuvo al mando de un poderoso ejército ayudando a su padre a conquistar nuevos reinos y a conservar los que ya poseía.

Kumaragupta se sentó al borde de su lecho, cubierto por una manta de seda decorada con motivos geométricos, y sollozó como un niño pequeño al que le hubiesen arrebatado su juguete favorito. Decenas de lámparas de aceite repartidas por toda la estancia bañaban el lugar de una tenue claridad que arrojaba temblorosas sombras sobre los rincones. Tanto las paredes, forradas con láminas de oro puro y grabadas con escenas protagonizadas por los más célebres héroes de la mitología hindú, como la cama, cuyo dosel sostenían cuatro colmillos de elefante, constituían un perfecto ejemplo del lujo que predominaba en la corte de la dinastía Gupta.

Aquella frágil estampa del emperador no casaba con la enérgica imagen que proyectaba entre los suyos, por eso jamás se le habría ocurrido llorar en público, para evitar que sus detractores descubriesen sus debilidades y conspiraran contra él. Kumaragupta había heredado la fuerte constitución de su padre y de su abuelo, una considerable altura y una envidiable musculatura que hacía las delicias de las mujeres de su harén. Por el contrario, y pese a encontrarse todavía en sus treinta y tantos, ya peinaba algunas canas a la altura de las sienes, debido a lo mucho que le afectaba la responsabilidad de gobernar, pues algunas de sus decisiones repercutían sobre los millones de personas que moraban en sus dominios. Su tono de voz era grave, acorde con su apabullante presencia; y la expresión de su rostro, aunque severa por naturaleza, había ido suavizándose con el paso de los años.

Nadie cuestionaba que las guerras sacaban del hombre su lado más cruel, pero Kumaragupta sabía que en ocasiones había llevado las cosas demasiado lejos y había vulnerado ciertos límites que no debían traspasarse. Y aunque al principio no parecía haberle importado, conforme fueron pasando los años su estado de ánimo fue transformándose, hasta que los fantasmas de su pasado comenzaron a recordarle lo sanguinario que había sido. En la actualidad, y tras haber dotado al imperio de un prolongado periodo de paz y prosperidad desde su llegada al trono, Kumaragupta se dedicaba al mecenazgo de las ciencias, así como al disfrute de las artes, sobre todo de la danza y la poesía. Además, también se había centrado en cultivar su lado más espiritual, preocupado como estaba por el destino que correría su alma el día en que finalmente encontrase la muerte. Con todo, sus continuas visitas al templo de Visnú, el dios hindú al que rendía culto, no lograban calmar la profunda inquietud que reinaba en su corazón.

El emperador se llevó la mano al pecho y emitió un largo suspiro. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la alfombra que se extendía bajo sus pies: la piel de un tigre con cabeza incluida, que mantenía sus fauces abiertas como si lanzase un rugido. ¿Qué atrocidades habría cometido en su juventud como para no haber sido aún capaz de perdonarse a sí mismo?

CAPÍTULO PRIMERO



«Igual que el aceite se encuentra en las semillas del sésamo y el fuego en la leña, la mantequilla en la leche y la fragancia en las flores, de igual manera yo, Visnú, permanezco en el corazón de todas las criaturas vivientes».

Vasudeva Upanishad.

Los dos niños se incorporaron al camino principal que conducía a Pataliputra. Ambos iban descalzos, se cubrían con harapos y se sentían cansados y hambrientos. Con todo, una sonrisa acudió al rostro de Madhuk tras vislumbrar en el horizonte la capital del Imperio gupta.

—Por fin hemos llegado —anunció.

El corazón de Sarasvati incrementó el ritmo de sus latidos.

—Tengo miedo —murmuró.

—Yo también —admitió Madhuk—, pero a partir de ahora tenemos que ser más fuertes que nunca.

La circulación se había incrementado conforme se acercaban a su destino. A su alrededor discurrían caravanas de mercaderes arrastradas por bueyes, calesas cubiertas tiradas por caballos en las que se desplazaban nobles y dignatarios, grupos de peregrinos y campesinos que se dirigían al mercado para vender sus productos.

Madhuk y Sarasvati eran hermanos. El primero era un muchachito de trece años con más trazas de niño que de hombre, extremadamente delgado, de piel oscura y mirada limpia como una fuente de agua dulce. Su afabilidad, sin embargo, no estaba reñida con el carácter voluntarioso que regía cada uno de sus actos. Sarasvati, por su parte, tenía once años y era una niña de belleza arrebatadora, aunque su actual aspecto sucio y desaliñado impidiese apreciarlo a simple vista. Dos grandes ojos de color verde turquesa refulgían en mitad de su rostro, junto a una nariz respingona y unos labios finos y rosados. Asimismo, era muy alegre por naturaleza y siempre se las arreglaba para ver el lado positivo de las cosas.

Madhuk y Sarasvati observaron desde la distancia la enorme empalizada levantada con troncos de madera y salpicada de atalayas que protegía el perímetro de la ciudad, la cual se extendía varios kilómetros a lo largo de la orilla del río Ganges, flanqueada por densos bosques al otro extremo. Ambos hermanos, casi a la vez, sintieron que un escalofrío les recorría la espina dorsal.

Cruzaron el puente que franqueaba el foso y atravesaron la puerta de entrada recubierta de marfil, tan inmensa que parecía un edificio en sí misma.

El trazado urbano seguía un esquema uniformado; partía de una vía principal que iba de norte a sur y sobre la que se abrían, en ángulo recto y a intervalos regulares, otras calles menores. No obstante, en determinados barrios se formaba una madeja de callejuelas estrechas que se bifurcaban en todas direcciones, como surgidas de una voluntad caprichosa. La mirada de los hermanos se elevó de inmediato por encima de los tejados de la ciudad, atraídos por el majestuoso palacio real que se alzaba en el centro, coronado por pináculos dorados de los cuales ondeaban pendones de seda con la insignia de la dinastía Gupta.

Madhuk y Sarasvati echaron a caminar por una de las calles de mayor tránsito, atónitos ante el espectáculo que se desplegaba ante ellos. Saltaba a la vista que ninguno había puesto antes los pies en una población de semejante envergadura. Las casas de la burguesía tenían dos o tres plantas de altura, las techumbres con bóveda de cañón estaban cubiertas de tejas y las fachadas se abrían a la calle con ventanas o balcones de los cuales colgaban elegantes pajareras. La parte trasera de dichas viviendas solía contar con amplios jardines y un cautivador estanque en el que refrescarse durante las horas de mayor calor. Los talleres de los artesanos —tejedores, joyeros, alfareros o sastres— daban a la calzada asfaltada con adoquines, y la mezcla de olores se confundía con las voces de los vendedores ambulantes, que transportaban sus artículos en bandejas o cestos que se colgaban al cuello.

—Dame la mano —indicó Madhuk, que prefirió sujetar a Sarasvati, temeroso de que repentinamente fuese engullida por la multitud.

En las calles reinaba una intensa actividad: cortesanos y altos funcionarios se trasladaban de un sitio a otro en palanquines; las mujeres, algunas de ellas con sus hijos a cuestas, llevaban a cabo sus compras, profusamente acicaladas y adornadas con innumerables perifollos corporales; los brahmanes se paseaban con porte orgulloso, luciendo su cordón sagrado cruzado en el pecho; monjes budistas de cabeza rapada y túnica de color azafrán predicaban de casa en casa e indigentes semidesnudos se apostaban en las esquinas pidiendo limosna. Los animales también campaban a sus anchas: las vacas deambulaban de aquí para allá comiendo lo que encontraban y los monos vagabundeaban por los tejados y las terrazas, esperando la menor ocasión para robar un pedazo de fruta o de verdura. También había perros, cabras, burros... y hasta algún que otro elefante.

Los hermanos desembocaron en una plaza muy concurrida, donde gente de todo pelaje se buscaba la vida como podía: músicos, adivinos,

saltimbancos o encantadores de serpientes pugnaban por llamar la atención de la muchedumbre con el fin de ganarse unas monedas.

—¿Y qué pasará ahora? —inquirió Sarasvati—. ¿Qué haremos para sobrevivir?

Madhuk se hizo cargo de la preocupación de su hermana pequeña, cuya inquietud era más que comprensible. Ninguno de ellos tenía absolutamente nada más allá de los andrajos que vestían y tampoco conocían a nadie a quien poder recurrir.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—Por supuesto que no —se apresuró a aclarar la niña—. No pretendía dar esa impresión.

—Será muy duro —afirmó Madhuk—, en eso no te equivocas. Pero eso ya lo sabíamos.

—Es cierto. Aunque, pase lo que pase, no descansaremos hasta conseguir lo que nos hemos propuesto llevar a cabo.

Ambos se fundieron en un abrazo que les hizo recuperar la sonrisa.

—Lo más inmediato será comer algo.

El estómago de Sarasvati rugió como reacción a las palabras de su hermano. Todavía no habían tomado nada en todo el día.

—Antes pasamos por un puesto de fruta que no parecía especialmente vigilado.

A Madhuk no le gustaba la idea de tener que robar, pero solo por esa vez estaba dispuesto a hacer una excepción. Después de saciar su apetito ya tendría tiempo de pensar en algo menos arriesgado.

Volvieron sobre sus pasos y se colocaron a una prudente distancia del tenderete al que Sarasvati se había referido. La ventaja que ofrecía consistía en que el dueño estaba más pendiente de los monos que descendían de los tejados para intentar hurtarle una banana que de las intenciones no menos reprochables de ciertos seres humanos.

—Yo me ocupo —señaló Madhuk—. Tú espera aquí mientras tanto.

El niño cruzó la calzada y se apostó con disimulo en una esquina del puesto, a la espera de encontrar el momento oportuno para coger lo que pudiera. Lo que Madhuk ignoraba era que el tendero de al lado —que vendía cosméticos e inciensos—, también velaba por la mercancía de su compañero, pues ambos eran buenos amigos y solían hacer negocios juntos. Y aquel dichoso tendero ya lo tenía en su punto de mira, debido a lo sospechoso de su comportamiento.

Madhuk vio por fin la oportunidad que había estado esperando y alargó la mano para apoderarse de una naranja.

—¡Eh, muchacho!

La voz que sonó a su espalda le hizo dar un respingo, al tiempo que retiraba la mano antes de haber llegado siquiera a rozar la fruta. Madhuk se dio la vuelta con el corazón latiéndole con furia en el pecho. Un hombre ataviado con un taparrabos y un arrugado turbante sobre la cabeza, y que parecía guiar un carro tirado por un buey, se había detenido en mitad de la calle y le hacía señas para que se acercase a hablar con él.

—Yo no he hecho nada —arguyó Madhuk cuando hubo llegado a su altura.

—Muchacho, ¿no te has dado cuenta de que el tendero del puesto de al lado no te quitaba los ojos de encima y de que si no te hubiese avisado te habría entregado a las autoridades sin dudarlo un segundo? —Madhuk giró la cabeza para comprobarlo y, sintiéndose como un idiota, advirtió que aquel extraño individuo estaba en lo cierto—. Te habrían amputado la mano, hijo. Así es como se castiga el robo en esta ciudad.

—Yo...

—Tenías hambre, ¿verdad? —lo interrumpió el hombre del carro—. No te preocupes, lo comprendo. —Y acto seguido le entregó un jugoso mango que extrajo de una bolsa.

—¡Gracias! —dijo Madhuk mostrando su entusiasmo—. ¿Podría darme otro, por favor? Es para mi hermana.

El hombre suspiró con cierta resignación, pero acabó por ceder a la petición del muchacho. Aquel gesto debía de suponerle un gran esfuerzo, pues su aspecto dejaba bien claro que la pobreza tampoco le era demasiado ajena.

—Ahora debo irme, pero antes prométeme que no volverás a hacer nada tan estúpido. —Entonces, tras obtener la palabra del chico, palmeó al buey y se alejó calle abajo perdiéndose entre el gentío.

Madhuk volvió junto a Sarasvati y los dos dieron enseguida buena cuenta de su pieza de fruta.

—Ya sé lo que haremos —comentó el muchacho, tras encontrar inspiración en los artistas y buscavidas que con anterioridad había visto en la plaza—. A ti siempre te ha gustado mucho bailar. Y además se te da bastante bien, ¿verdad?

—Sí, pero... yo bailo a mi manera... sin tener idea de cuáles son en realidad los pasos adecuados —objetó la niña—. Además, necesitaría alguna música de acompañamiento.

—De eso puedo ocuparme yo mismo.

—¿Tú? ¡Pero si jamás has tocado un instrumento!

Madhuk le guiñó un ojo y a continuación se puso de nuevo en marcha, seguido por su intrigada hermana. Salieron de la ciudad por la misma puerta por la que habían entrado y se dirigieron a un vertedero situado en las afueras. Al muchacho le llevó un buen rato, pero al final halló lo que andaba buscando: madera, unas cuerdas y un pedazo de piel de cabra. Poco después había logrado fabricar un pequeño tambor que podría tocar con los dedos.

—Suenan fatal —afirmó Sarasvati tras oír el pobre sonido que emitía el precario instrumento.

—Lo sé, pero de momento tendremos que apañarnos con esto. Tú hazlo lo mejor que puedas.

Los hermanos regresaron a la concurrida plaza, dispuestos a exhibir su propio talento a cambio de algunas monedas. Madhuk se sentó en el suelo, en uno de los pocos espacios que no estaban ocupados, y comenzó a tocar el tambor lo mejor que sabía. Al principio hacía más ruido que otra cosa, aunque más tarde fue capaz de producir un ritmo acompasado mínimamente digno. A Sarasvati le costó arrancarse, pero en cuanto se sacudió la vergüenza de encima, se entregó a una danza improvisada con la que esperaba atraer la atención de los viandantes.

Durante las primeras horas, sin embargo, su actuación provocó la indiferencia más absoluta.

2

Kumaragupta se despertó con el alba, acompañado por la melodía de la orquesta de palacio y con la tranquilidad de saberse protegido por su fiel guardia real. Había gozado de un sueño reparador y encaraba el nuevo día con el ánimo renovado, más que dispuesto a cumplir con la apretada agenda que tenía por delante.

Tras asearse y vestirse asistido por su lacayo personal y toda una legión de sirvientes, y tomarse un copioso desayuno, el emperador fue al exterior para pasar revista a sus tropas como primera tarea de la jornada. Situado a su espalda, como si fuese su sombra, un siervo blandía un parasol que sostenía por encima de su cabeza, mientras una pareja de la guardia real lo escoltaba a izquierda y derecha, luciendo sendos semblantes pétreos como máscaras de madera. Este cuerpo de élite juraba defender al rey hasta la muerte, lealtad

que se confirmaba mediante un banquete que se llevaba a cabo el día de su coronación.

A los pocos pasos acudió a recibirlo el *mahasenapati*: el comandante en jefe de los ejércitos del Imperio gupta.

—Mi señor... —dijo juntando las manos a la altura del rostro en señal de *namasté*^[2].

—Buenos días, Harshul.

—Visnú nos ha bendecido con una grandiosa mañana, ¿verdad?

—Así es —corroboró Kumaragupta.

Harshul era tan alto como el emperador y tenía su misma corpulencia. Y si había algo en él que llamaba especialmente la atención no era otra cosa que la frialdad de su mirada, que, enmarcada entre dos espesas cejas, era capaz de intimidar a todos aquellos que se encontrasen bajo su mando. El poderoso general se había consagrado a tan codiciado puesto desde los tiempos del emperador Chandragupta II, el padre de Kumaragupta, quien había decidido mantenerlo en el cargo en reconocimiento por las exitosas campañas militares emprendidas en el pasado.

—¿Qué corresponde supervisar hoy?

—El destacamento de elefantes —contestó el *mahasenapati*.

Tradicionalmente, el ejército indio se componía de cuatro cuerpos: infantería, caballería, carros y elefantes.

El grueso de la infantería manejaba un arco hecho de bambú y flechas con punta de hierro, dotadas de gran alcance y penetración, mientras el resto iban armados de escudos, lanzas y espadas. La caballería carecía de la importancia bélica de la que hacían gala otras culturas del entorno y se empleaba principalmente para los reconocimientos, golpes de mano o la persecución de los fugitivos. Por su parte, y pese a desempeñar un destacado papel en las batallas de antaño, la intervención de los carros tirados por caballos, de un tiempo a esta parte, se había reducido bastante, pues resultaban poco prácticos en determinadas superficies debido a su peso y tamaño. La debilidad de la caballería se compensaba con el uso de elefantes, gracias a los cuales habían obtenido grandes victorias contra contendientes muy diversos. Situados en vanguardia, los paquidermos rompían las líneas enemigas causando infinidad de bajas y derribaban las fortificaciones defensivas como si fuesen de cartón.

Según el último recuento, el ejército Gupta estaba integrado por cien mil soldados de a pie, veinte mil jinetes, cinco mil elefantes y dos mil carros. Una parte importante de este se encontraba en la capital —Pataliputra—, pero el resto se hallaba distribuido a lo largo de varios reinos, y muy especialmente

en las fronteras del imperio, para prevenir los ataques procedentes del exterior.

—¿Qué es lo último que sabemos acerca de los hunos blancos? —inquirió Kumaragupta mientras se dirigían al recinto habilitado para el adiestramiento de los elefantes.

Los heftalitas —conocidos como hunos blancos por los indios—, eran un pueblo nómada que a finales del siglo IV se había extendido por las estepas del Turquestán y que en fechas muy recientes había ocupado la Sogdiana^[3].

—Las noticias son confusas —explicó Harshul—, pero todo parece indicar que lejos de haber saciado sus ansias expansionistas, ahora se han lanzado a la conquista de la Bactria^[4].

—Me preocupa. De tener éxito, a continuación se toparán con las fronteras de nuestro imperio.

—Así es. No obstante, dudo mucho que se atrevan a desafiarnos.

Los barridos de un elefante interrumpieron la conversación. Varios soldados lo atacaban con lanzas y espadas procurando no causarle graves heridas, en mitad de un estruendoso griterío. El objetivo era acostumbrarlo al caótico ambiente de una batalla para evitar que se asustase cuando llegara el momento de combatir. Aunque los paquidermos eran un arma muy eficaz, si cundía el pánico entre ellos, las consecuencias acababan pagándolas las tropas del propio ejército que los utilizaba.

Kumaragupta reanudó su recorrido y visitó de primera mano los establos de aquellos poderosos animales. Acto seguido, realizó algunas preguntas de rigor y, tras darse por satisfecho acerca del estado de las tropas, dio por concluida la visita. Fue en ese momento cuando un tercer hombre de palacio se acercó hasta ellos, seguido de un séquito de sirvientes como si fuese el propio rey. De hecho, a punto había estado de llegar a serlo. Se trataba de Bhanugupta, el hermano del emperador.

—Había acudido para verme con Harshul —anunció tras un breve saludo—. Quería discutir con él las últimas noticias relativas a los hunos blancos.

—Acabo de enterarme —afirmó Kumaragupta—. Aunque debemos esperar a contar con informes definitivos.

—No tardaremos en recibirlos —apuntó el *mahasenapati*.

La relación entre ambos hermanos, aunque aparentemente cordial, no estaba en realidad exenta de ciertas tensiones. Por lo general, la sucesión al trono se reservaba al primogénito, privilegio que en principio tendría que haberle correspondido a Bhanugupta, ya que se trataba del hermano mayor. La ley sagrada, sin embargo, establecía ciertas excepciones que impedían

entronizar a un príncipe enfermo o lisiado, circunstancia que adquirió una gran relevancia cuando, a lo largo de su infancia, se descubrió que Bhanugupta padecía el defecto de poseer las piernas arqueadas. A partir de ese momento el asunto de la sucesión se convirtió en un verdadero quebradero de cabeza para Chandragupta II, el padre de los dos.

Con el tiempo, Kumaragupta demostró estar más que capacitado para convertirse en el heredero, sobre todo tras los éxitos que alcanzó en un puñado de acciones bélicas. Aquello le bastó al emperador anterior para zanjar la cuestión, teniendo en cuenta además que un príncipe nacido con una deformidad —como era el caso de Bhanugupta—, habría recibido el rechazo de los sectores más conservadores de la sociedad en caso de haber accedido al trono. Pero, aunque ya hubiese tomado una decisión, aquello no solucionaba el problema. Chandragupta II sabía muy bien que una situación tan peculiar podía desembocar en una lucha dinástica, lo que en última instancia conduciría al debilitamiento del imperio. Para impedir que tal cosa ocurriera, designó a su hijo mayor gobernador regional de Kosala y le otorgó el título de virrey. De esa manera mataba dos pájaros de un tiro, pues a la vez que lo alejaba de Pataliputra, lo honraba concediéndole el gobierno de una de las regiones más importantes del imperio.

A la muerte de Chandragupta II, su hijo menor lo sucedió en el cargo como estaba previsto, y durante los primeros años, las relaciones entre los hermanos discurrieron con relativa normalidad. Al menos hasta que los espías que Kumaragupta había asignado a su hermano comenzaron a alertarlo de las oscuras intenciones de este, las cuales sugerían que pretendía conspirar contra él. El nuevo emperador no esperó a tener pruebas definitivas que confirmasen las sospechas de sus agentes y decidió actuar antes de que las cosas llegasen más lejos. La estrategia que adoptó fue la de intentar ganarse a Bhanugupta mandándolo regresar a Pataliputra (así le sería más fácil tenerlo vigilado), al tiempo que lo nombraba nuevo *mahamantrin* —primer ministro y jefe del consejo del Imperio—. Pasados varios años de aquello, podía decirse que la maniobra había surtido efecto, pues su hermano parecía sentirse satisfecho siendo el segundo hombre más poderoso del imperio, solo por debajo del propio rey.

—Con lo que sabemos, creo que ya va siendo hora de que les hagamos una seria advertencia —señaló Bhanugupta—. Los hunos blancos deberían tener muy claro que no toleraremos la menor incursión dentro de nuestras fronteras y que de lo contrario tendrán que atenerse a las consecuencias.

—No es mala idea —repuso Kumaragupta—, pero para tratarse de un primer contacto, soy de la opinión de que nos convendría ser más diplomáticos con ellos.

—Disiento, hermano. Como no nos mostremos firmes desde el principio, al final acabaremos dando una impresión de debilidad. —Pese al problema que afectaba a sus piernas, Bhanugupta caminaba casi con total normalidad. Aparte de la cuestión puramente estética, el único inconveniente derivado de su enfermedad había sido la temprana aparición de síntomas de artritis a partir de los treinta. Para compensar, cuidaba mucho su atuendo, así como su aspecto, y lucía un tupido bigote con las puntas hacia arriba.

El *mahasenapati* también intervino para emitir su propio juicio:

—Cuanta mayor contundencia, tanto mejor. Y si no les gusta nuestra actitud, mejor que estén preparados.

—Seamos cautos —reiteró el emperador—. De cualquier manera, trataremos este asunto en el consejo, momento en el que tomaremos una decisión definitiva.

3

Bindusar se refugió de nuevo en su hogar después de efectuar su visita diaria al principal templo shivaísta de Pataliputra.

—¡Ya he vuelto! —anunció.

Al no recibir respuesta, recorrió las dependencias de la planta baja en busca de su esposa, a la que no halló ni en la cocina ni en la sala de estar. Sin darle importancia, subió las escaleras, pues a lo mejor Harshali había salido a realizar algún recado o puede que incluso se encontrase en el jardín situado en la parte de atrás.

Bindusar era un prestigioso maestro perteneciente a la casta brahmán. En la India regía el tradicional sistema de castas desde tiempos muy antiguos. El origen de este se hallaba en la ley sagrada —los Vedas—, en uno de cuyos libros se explicaba que los seres humanos se crearon a partir del sacrificio de Purusha, el hombre primigenio, cuyas diversas partes dieron lugar a los cuatro grandes grupos: los brahmanes surgieron de su boca; los chatrias, de sus brazos; los vaisyas, de sus piernas, y los *shudras*, de sus pies.

En primer lugar, por tanto, se encontraban los brahmanes (sacerdotes, maestros y académicos), los cuales constituían el poder religioso e intelectual, dedicados a la realización de los sacrificios y al estudio y enseñanza de los

Vedas, así como el de otras ciencias, sostenidos en muchos casos por los reyes. Los segundos en el escalafón social eran los chatrias, es decir, los guerreros y la clase dirigente. Su función esencial era la de gobernar y también la de hacer la guerra con fines protectores o expansionistas. A continuación estaban los vaisyas, los cuales integraban la clase media burguesa, formada por los comerciantes, artesanos y terratenientes. Constituían el poder económico y su principal papel consistía en generar riqueza para mantener a las dos clases anteriores mediante el pago de los impuestos. Finalmente, los *shudras* eran los siervos de las tres castas anteriores, a los cuales se los identificaba como pertenecientes a la clase baja.

Entre las tres clases sociales superiores y los *shudras* había todo un abismo, pues a los miembros de las primeras, al comienzo de su pubertad, los iniciaban en el estudio de los Vedas, con lo que adquirirían la consideración de integrantes de pleno derecho de la sociedad hindú y se convertían en «dos veces nacidos» (una cuando venían al mundo y la otra cuando eran iniciados). Los *shudras*, en cambio, además de que no podían escuchar los Vedas — aunque sí los *puranas*^[5] y los relatos épicos—, solo podían realizar sencillos rituales domésticos, y prácticamente carecían, en general, de derechos.

Las castas —denominadas *varnas*— representaban el elemento básico de la identidad social de los individuos, de manera que la expulsión de estas suponía un desastre. Por descontado, solo se permitían los matrimonios entre los miembros de un mismo grupo, y cada individuo estaba obligado a ganarse la vida desempeñando los trabajos propios de la casta a la que perteneciera.

Aunque a los brahmanes, como líderes morales y espirituales de la sociedad se les suponía una vida austera, nada les impedía amasar moderadas fortunas siempre que se guiasen por la honradez. Tal era el caso de Bindusar, que se ocupaba de la educación de los conocidos como «dos veces nacidos», de cuyos padres recibía generosas donaciones que le permitían vivir de forma holgada y habitar una casa como la que él poseía. En todo caso, su vivienda tenía que ser necesariamente grande, pues la costumbre dictaba que el aprendizaje debía realizarse en el hogar del maestro, al cual se trasladaban sus alumnos durante la época lectiva.

Bindusar llegó a la primera planta, reservada en exclusiva para sus estudiantes —ausentes durante aquella época del año—, y ascendió hasta la segunda, donde se encontraban las dependencias personales de él y de su mujer. La alcoba la presidía una mullida cama que disponía de dos almohadas, una para la cabeza y otra para los pies, y un elegante diván, junto al que había una mesita sobre la que reposaban frascos de perfumes y colirios.

Al final del dormitorio se abría una pequeña pieza dedicada exclusivamente al culto de Shiva, desde donde alcanzó a oír el sonido de un débil gimoteo. El maestro deslizó hacia un lado la cortina que separaba ambas estancias y observó a Harshali de espaldas, postrada ante la talla del poderoso dios hindú, sorbiendo las lágrimas que le caían por las mejillas.

El motivo de su tristeza no constituía ningún secreto para él. Por desgracia, Harshali no había podido engendrar descendencia, y si no lo había logrado hasta el momento, mucho menos sucedería después de los cuarenta, por más ofrendas que se empeñase en brindarle a Shiva. El fin primordial del matrimonio, y de las mujeres en particular, era traer hijos al mundo, pues solo de esa manera cumplían con el papel que la sociedad esperaba de ellas. Del mismo modo, la familia tradicional india solía ser muy extensa, por cuanto comprendía varias generaciones. Los hijos varones continuaban viviendo en casa de sus progenitores, mientras que la recién casada se trasladaba al hogar de los padres del novio, donde tendría su propia descendencia. Asimismo, a la familia integrada por abuelos, hermanos, hijos, primos y nietos se añadían las tías o hijas sin casar, por lo que resultaba de lo más corriente que el número de integrantes alcanzase la veintena.

La desdicha de Harshali se explicaba aún mejor teniendo en cuenta lo que establecía la ley sagrada: transcurrido un plazo de entre ocho y doce años sin que se produjese nacimiento alguno, el marido era libre de tomar una segunda esposa. Y si la nueva mujer le daba hijos, esta se convertía en la cónyuge principal, asumía la responsabilidad de los asuntos domésticos y ocupaba el puesto junto al marido durante la celebración de los rituales familiares. En tales circunstancias, la primera mujer, obligada a permanecer en la casa del esposo, quedaba relegada a un segundo plano, condenada a sufrir con amargura la felicidad de su rival.

No obstante, Bindusar jamás había tenido intención alguna de ejercer aquel derecho, pues amaba profundamente a su esposa y no deseaba causarle más daño del que ella misma se autoinfligía. Además, durante seis meses al año, tiempo que duraba el periodo lectivo, la habitual tristeza que anidaba en el corazón de Harshali se desvanecía por completo, ya que su hogar se llenaba de los alumnos de su marido, en los que volcaba todo su afecto y a los que trataba como si fuesen sus propios hijos.

Bindusar decidió quedarse en el dormitorio para no interrumpir la plegaria de su esposa. Como era habitual en aquellas tierras, el suyo había sido un matrimonio pactado por los padres de ambas familias, hasta el punto de que no se conocieron hasta el mismo día de la ceremonia. El destino,

afortunadamente, se confabuló para hacer de ambos la pareja perfecta. De compleción rolliza, Harshali era una mujer atenta y bondadosa, cuya fogosidad en el lecho conyugal no había mermado con el paso de los años y superaba incluso las pretensiones de su marido. En los labios tenía siempre una sonrisa, que nunca la abandonaba pese a la herida que la desgarraba por dentro como consecuencia de sus problemas de fertilidad. Bindusar, por su parte, muy cerca ya de los cincuenta, había perdido el porte esbelto de antaño y estaba quedándose calvo, al tiempo que había acumulado unos kilos de más, mimetizándose con la voluminosa silueta de su esposa. De cualquier manera, todo lo que a Harshali la había cautivado de su marido permanecía completamente intacto. Su tolerancia, su sabiduría y la pasión que sentía por su trabajo la enamoraron desde el primer día y aún la seducían en la actualidad.

Cuando Harshali salió del cuarto transformado en capilla, ya no quedaba ni rastro de las lágrimas que había vertido. La mujer vestía un sari blanco de algodón, llevaba el pelo recogido en un moño adornado con un cordón de piedras preciosas y lucía unos gruesos pendientes cuyo peso había provocado que sus lóbulos hubiesen dado hace mucho tiempo de sí.

—Qué pronto has regresado —comentó con su habitual semblante risueño.

—Hoy el templo estaba atestado de peregrinos —explicó Bindusar—, así que he preferido volver y aprovechar para seguir trabajando en el libro.

—¿De verdad lo acabarás algún día?

—Aunque parezca mentira, ya me falta poco.

—Me alegro —contestó Harshali alisándose el vestido después de que se le hubiese arrugado durante los rezos—. Yo me pondré ahora a preparar la comida. —Y dicho esto, enfiló las escaleras que conducían a la planta baja.

—Harshali, aguarda un momento. —Bindusar sopesó decirle que la había sorprendido llorando y que ya no tenía por qué hacerlo más. Que él la amaba y que era muy feliz a su lado, y que nunca se buscaría una segunda esposa. Pero todo eso ella ya lo sabía, porque él se lo había repetido hasta la saciedad...—. ¿Podrías hoy hervir el arroz en vez de freírlo?

La mujer le sonrió por toda respuesta y prosiguió su camino escaleras abajo.

El maestro se dirigió entonces a una alcoba anexa que utilizaba como despacho, en la cual se pasaba la mayor parte del día. El lugar estaba repleto de libros de hojas de palma, de la pared colgaba una *vina*^[6] que ya casi ni

tocaba, y dominando la estancia se alzaba un escritorio de madera de sándalo, indispensable para el desarrollo de su labor.

Acto seguido se sentó a la mesa y asió una caña bañada en tinta, la cual solía hacerse a partir del carbón. Bindusar se había propuesto poner por escrito un poema épico de enorme longitud, compuesto a lo largo de los siglos por numerosas generaciones de brahmanes y poetas, transmitido de forma oral y que constituía toda una enciclopedia del saber indio antiguo: el Mahabharata^[7]. Esta epopeya, además de narrar la gran guerra del clan de los Bharatas, contenía centenares de cuentos, fábulas y leyendas, tratados de política, derecho, filosofía y religión, así como todo tipo de disquisiciones sobre lo divino y lo humano.

Como no podía ser de otra manera, Bindusar había elegido el sánscrito para transcribir el libro, dado que este era el idioma de las clases altas y la casta sacerdotal, y se trataba, por tanto, de la lengua literaria culta. Ya iban para diez los años que llevaba enfrascado en aquella laboriosa tarea, pero por fin estaba en condiciones de decir que le faltaba muy poco para concluirla. Llevaría el valioso ejemplar a la vecina universidad de Nalanda, para que engrosara su prestigiosa biblioteca. Y aunque a cambio esperaba recibir una sustanciosa suma de dinero, en modo alguno se había embarcado en aquel proyecto por un motivo tan pueril.

Bindusar afinó su pulcra caligrafía y deslizó la caña sobre una nueva hoja de palma, deseando sinceramente que Harshali dejase un día de torturarse a sí misma y se dedicase únicamente a ser feliz.

4

Dattadevi, la primera reina consorte, paseaba por los fastuosos jardines de palacio muy temprano en la mañana, con idea de anticiparse así a las horas de mayor calor. A dos pasos de distancia la seguía su principal asistente, dispuesta a satisfacer cualquier necesidad que pudiese surgirle.

—Acércame la jaula —ordenó la reina.

La sirvienta acarrea consigo una pajarera dorada en cuyo interior aleteaba el papagayo favorito de su señora, al que de vez en cuando le enseñaba alguna que otra ingeniosa frase para entretenerse. Aquella mañana, sin embargo, el consentido animal no parecía estar de humor para aprender.

La reina decidió entonces reanudar su camino deleitándose la vista con el espléndido edén que crecía a su alrededor. Los inmensos jardines de palacio

estaban repletos de parterres, arbustos y enredaderas, y muy especialmente de los árboles que daban flores, que resultaban los más apreciados. El *ashoka*, de brotes escarlatas; el *kadamba*, de flores naranjas; o el *kimsuka*, de tonalidad roja conformaban una acuarela de colores cálidos que parecían encender la arboleda con cada puesta de sol. Asimismo, numerosos lagos y estanques artificiales, repartidos a lo largo y ancho del extenso vergel e imprescindibles para la conservación de los jardines en climas tan calurosos, servían en algunos casos de piscinas y en otros de viveros.

Al pasar cerca del harén real, Dattadevi recordó sus tiempos como concubina, hasta que un joven Kumaragupta, siendo todavía príncipe en aquella época, la tomó como su favorita y decidió casarse con ella. Sin embargo, aquel tiempo le quedaba ya muy lejos, después de que el emperador terminase por cansarse de ella para acabar sustituyéndola por otra concubina más joven, a la que también hizo su esposa. Desde entonces, Kumaragupta casi no la tenía en cuenta, apenas le dirigía la palabra y ni siquiera acudía a ella para satisfacer su apetito sexual.

Al principio, Dattadevi culpó a la segunda reina consorte, por la que llegó a sentir un profundo odio producto de los celos, hasta que finalmente comprendió que el único responsable de lo ocurrido había sido el emperador. Por todo ello, y pese a vivir rodeada de los lujos más refinados y contar con sus propias dependencias en un ala del palacio, la reina no era feliz.

—¿Se encuentra bien, mi señora? ¿Desea sentarse un momento a la sombra de un árbol? ¿Quiere que le traiga un zumo? —La sirvienta se había alarmado un instante tras comprobar que Dattadevi mantenía la mirada clavada en el infinito desde hacía más de un minuto.

—Estoy bien —contestó volviendo a la realidad.

A sus treinta y pocos, Dattadevi aún conservaba intacta su innegable belleza de antaño, que habría hecho perder la cabeza del hombre más santo de cuantos pudiesen habitar en aquellas tierras. Alta, voluptuosa y sensual, la reina complementaba su esplendor natural con el uso de los cosméticos adecuados. Se había delineado los ojos con *kohl*^[8] y se había pintado los labios con laca y un polvo mineral de color anaranjado, que por contraste hacía más brillante la blancura de sus dientes. Cubría su esmerado peinado con una diadema de joyas, mientras el resto de su cuerpo lo aderezaba con multitud de ornamentos, como collares, pendientes, brazaletes y anillos de plata y oro. Los complementos eran tan esenciales para la mujer india que incluso aquellas que pertenecían a la casta *shudra*, que no podían permitirse

alhajas de buena calidad, se cargaban en su lugar con adornos de latón, cristal o barro cocido pintado.

Poco después, una hermosa jovencita acudía presurosa al encuentro de la reina. Se trataba de la princesa Rudrabhiravi, la hija que Dattadevi le había dado al emperador.

—Mamá, llevaba buscándote toda la mañana. —Rudrabhiravi era un calco de su madre, salvo por su cuerpo de catorce años, que todavía se encontraba en fase de formación.

La primera reina consorte aún recordaba con nitidez la emocionante llegada al mundo de su hija, momento en que el sumo sacerdote se encargó personalmente de ejecutar el ritual de nacimiento hindú, denominado *jatakarma*. El alto brahmán, antes incluso de que la matrona cortara el cordón umbilical, tomó a la recién nacida entre los brazos y comenzó a susurrarle mantras al oído, al tiempo que le ungía los labios con una mezcla de *ghee*^[9] y miel, y le daba el nombre sagrado que sus padres debían mantener en secreto hasta el momento de su iniciación. A continuación, a Kumaragupta se le concedió permiso para acceder a la habitación, instante en que se le congeló la sonrisa al enterarse de que había sido padre de una niña en lugar de un hijo varón. Culturalmente, en la India se recibía mucho peor el nacimiento de una niña por razones muy diversas. La elevada dote que los padres debían aportar el día de su boda, hecho que en ocasiones provocaba que se endeudasen de por vida, constituía uno de los principales motivos. Por otra parte, los hombres eran los únicos que podían perpetuar la estirpe —puesto que las mujeres pasaban a formar parte de la familia del novio—, y también eran los únicos autorizados por la ley sagrada para llevar a cabo los ritos mortuorios de sus mayores cuando estos fallecían. A Kumaragupta, que pretendía asegurarse cuanto antes su sucesión, pues en aquella época estaba a punto de ser nombrado emperador, le habría satisfecho más el nacimiento de un varón que el de una hembra. No obstante, enseguida se dejó cautivar por la encantadora criatura nacida de su propia sangre, a la que terminó amando con la entrega que cabría esperar de cualquier padre primerizo.

—¿Qué puede ser tan importante como para que te hayas levantado tan temprano, con lo que a ti te gusta quedarte remoloneando en la cama?

—Precisamente eso es lo que me pasa —repuso la princesa—, que me resulta imposible dormir.

Rudrabhiravi llevaba un tiempo viéndose con un muchacho de la corte, a una edad en la que enamorarse podía convertirse en la experiencia más trascendental del mundo.

—Entonces estoy segura de que el asunto debe de estar relacionado con el muchacho junto al que se te ha visto en actitud efusiva en más de un pabellón de palacio, ¿verdad?

—Así es, madre. ¡Nos queremos y he decidido que quiero casarme con él!

—¡No digas barbaridades! —exclamó Dattadevi. Pues, aunque el chico en cuestión gozaba de buena posición, ya que se trataba del hijo del recaudador general de impuestos y pertenecía a la casta chatria como ella, por todos era bien sabido que el matrimonio de una princesa solamente podía plantearse por iniciativa del emperador.

—¡Pero yo soy la hija del rey de reyes, del señor supremo de la tierra de los hijos de Bharata!

Una bandada de pavos reales que deambulaba por las proximidades se alejó de allí a toda prisa como consecuencia del repentino alboroto.

—Y yo su primera esposa —replicó Dattadevi, convencida ahora de haber consentido demasiado a su hija a lo largo de los años—. Sin embargo, eso no significa que pueda hacer lo que me venga en gana. Además, ¿cuántas veces te has visto con ese muchacho? ¿Tres o cuatro como mucho?

—Las suficientes como para estar segura de que se trata del hombre de mi vida —insistió la princesa—. Por favor, intercede ante mi padre. Si tú se lo pides primero, tendré muchas más posibilidades de que me tome en serio cuando yo hable con él.

Dattadevi habría hecho cualquier cosa por su hija, pero aquello era un disparate que no se sostenía por ningún sitio.

—Olvídalo. Si yo te apoyara en esto, Kumaragupta pensaría que soy incluso más ingenua que tú.

Rudrabhiravi se cruzó de brazos en clara actitud hostil.

—En tal caso —señaló—, te advierto que recurriré al matrimonio *gandharva* si no me dejáis otra opción.

La reina negó con la cabeza, más que harta de la terquedad de su hija. Entre los distintos tipos de uniones reguladas en la ley, el matrimonio *gandharva* era aquel que tenía lugar por la mutua elección de sus contrayentes y se formalizaba habitualmente de forma clandestina. Los integrantes de la casta brahmán no podían acogerse a este tipo de enlace, pero sí en cambio los chatrias, así como el resto de las clases inferiores. El matrimonio *gandharva* se había convertido en el refugio de muchas historias románticas, de las que habitualmente se nutrían la poesía y la literatura.

—Hija, escúchame bien, por favor. No hagas ninguna locura. Si tanto te gusta ese chico, sigue viéndote con él y rígete por la discreción que has

llevado hasta ahora. No tengas prisa. Si de verdad es el hombre de tu vida, deja que el tiempo confirme tu convicción.

—Pero madre...

—Haz lo que te digo —la interrumpió—, y si para cuando seas algo mayor continúas pensando lo mismo, prometo que me pondré de tu lado cuando hables con tu padre.

En ese momento, un niño apareció en escena tras doblar un frondoso seto, corriendo a gran velocidad. Una sirvienta lo seguía a duras penas, tratando de no perderlo de vista. El pequeño en cuestión, que contaba con siete años de edad, se llamaba Skandagupta y era ni más ni menos que el hijo del emperador. La segunda reina consorte le había dado a Kumaragupta el sucesor que tanto había deseado.

—¡Hola, Skandagupta! —Rudrabhiravi quería mucho a su medio hermano, al que recibió cubriéndole el rostro de besos—. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy jugando a escabullirme de ella —explicó señalando a la mujer shudra encargada de cuidarlo.

—¿Y no deberías estar estudiando? —terció Dattadevi, que le tenía un gran aprecio al pequeño, aunque su madre fuese la reina a la que el emperador dedicaba más tiempo de las dos.

Como no podía ser de otra manera, el príncipe heredero recibía una educación especial, al alcance de tan solo unos pocos. Skandagupta ya sabía leer y escribir, y para cuando fuese objeto del ritual de iniciación, momento en el que se convertiría en «dos veces nacido», además de dedicarse al estudio de los Vedas, también sería instruido en materia económica y política, y muy especialmente en la ciencia militar.

—Hoy me han dejado salir a jugar —aclaró con una sonrisa.

A continuación, Rudrabhiravi sacó una golosina de su vestido y, guiñándole un ojo a su hermano, se la tendió con disimulo. Desde que hubiese engordado más de la cuenta, sometían a Skandagupta a una estricta dieta que excluía todo tipo de pasteles.

—Gracias —murmuró, poniendo rápidamente el dulce a buen recaudo en uno de sus bolsillos.

Acto seguido, el príncipe se acercó al estanque más cercano, en cuyas aguas se regodeaban bandadas de cisnes y grullas, y se dedicó a recoger un puñado de ranas que haraganeaban en la orilla. Después se dirigió a su niñera y, sin previo aviso, se las arrojó una a una a la cabeza entre sonoras carcajadas. La sirvienta, horrorizada, comenzó a gritar mientras agitaba los

brazos para quitarse los anfibios de encima, momento que Skandagupta aprovechó para salir corriendo y esconderse tras unos arbustos, donde pudo zamparse a gusto el dulce que su hermana le había regalado.

5

Kumaresh llegó hasta el lugar que le habían indicado para recoger el cadáver de un mendigo que había fallecido durante la noche en la escalinata de acceso a uno de los numerosos edificios públicos que abundaban en la ciudad. Salvo un par de guardias urbanos, nadie más se encontraba en las inmediaciones, y el inmueble permanecería cerrado hasta que no hubiesen retirado el muerto de allí.

Los guardias lo observaron hacer su trabajo, pero se abstuvieron de ayudarlo. Kumaresh arrastró el cadáver del indigente hasta su carro y lo cubrió con un sudario tras depositarlo en la parte posterior. A continuación, le indicó al buey que reanudara la marcha mientras él caminaba a su lado haciendo sonar una carraca y los viandantes se apartaban como si se hallasen ante la presencia de un apeestado.

Kumaresh era un *chandala*, es decir, un intocable o un paria. Según las creencias hinduistas, cuando una persona se encuentra en estado de impureza —por ejemplo, una mujer cuando menstrúa o los miembros de una familia tras el fallecimiento de un pariente directo—, el resto debe evitar su contacto físico para no resultar contaminado. Así pues, se consideraba que un determinado grupo de la población india, excluido del sistema de castas, se hallaba en permanente estado de impureza debido a que desempeñaban los oficios más despreciables. Entre dichas ocupaciones destacaban especialmente la de sepulturero e incinerador de cadáveres —como era el caso de Kumaresh—, por su continuo contacto con los difuntos; la de curtidor y carnicero, por tratar con animales muertos, o la de barrendero y limpiador de letrinas, por su proximidad con la basura y otras inmundicias humanas.

Los chandalas moraban en suburbios especialmente designados para los de su clase y no se les permitía deambular por las ciudades salvo en ocasiones puntuales, obligados siempre a agitar una campanita o una carraca para advertir de su presencia impura. Se les trataba como si fuesen leprosos, e incluso los hindúes más ortodoxos, solo por haberlos mirado, corrían después a lavarse los ojos con agua perfumada para conjurar la desgracia y se abstenían de consumir alimentos durante el resto del día. La vida de un

chandala valía tan poco que si un integrante de la casta brahmán le daba muerte, recibía la misma sanción que si hubiese matado a un perro.

Kumaresh atravesó las puertas de la ciudad soportando la actitud desdeñosa de los centinelas, que jamás le dirigían la palabra pese a que su rostro les era de sobra conocido tras haber estado entrando y saliendo durante años ejerciendo su denostado oficio. El sepulturero era un hombre de mediana edad, con la cara agujereada por una viruela mal curada, al que le faltaba media dentadura por las enfermedades padecidas como consecuencia de su deficiente alimentación.

El carro prosiguió su avance por el polvoriento camino, al parsimonioso ritmo impuesto por el buey. A un lado, el caudaloso río Ganges se extendía a lo largo de la línea del horizonte haciendo honor a la leyenda que afirmaba que en tiempos remotos su curso discurría por el cielo. En su zona más alejada, todo tipo de embarcaciones surcaban sus verduzcas aguas, dedicadas al transporte de bienes al servicio del comercio. De igual modo, sus orillas también estaban llenas de vida: mujeres que sacudían la colada arrodilladas sobre piedras puntiagudas; madres que lavaban concienzudamente a sus hijos para despojarlos de la mugre que se les había adherido al cuerpo mientras jugaban, o monjes y ascetas que se adentraban en sus aguas sagradas con el fin de purificar su alma y su espíritu. Al otro lado, más allá del bosquecillo de caza reservado para el rey, un sinfín de campos de cultivo cubría la totalidad del paisaje, enmarcado por la silueta de una cadena montañosa que se alzaba en el fondo.

En su trayecto diario, el chandala atravesaba varias poblaciones rurales atestadas de campesinos que regresaban a sus hogares con haces de heno atados alrededor de la cintura, labradores que acarreaban sobre la cabeza grandes paquetes de forraje y pastores que conducían su ganado de vuelta al redil.

Aunque los intocables tenían prohibido el acceso a los templos, aquella circunstancia no había afectado en absoluto a la profunda religiosidad de Kumaresh, pues tanto los monjes budistas como los ascetas errantes hindúes se paraban a predicarles, sin importarles el terrible estigma que pesaba sobre ellos. De acuerdo con la teoría de la transmigración de las almas, el sepulturero estaba convencido de haber nacido chandala como consecuencia de una severa violación del *dharma* que habría cometido en su vida anterior.

La doctrina del karma establecía que la suma de acciones efectuadas a lo largo de tus vidas pasadas determinaba la casta en la que nacerías en la siguiente. Por todo ello, Kumaresh se esforzaba al máximo por limpiar su

karma durante su presente existencia acumulando tantas acciones positivas como le fuese posible. Unos días atrás, sin ir más lejos, después de haber alertado a un chico al que las autoridades podrían haberle cortado la mano por ladrón, le dio a su vez algo de comida, aunque apenas tuviese para alimentarse él mismo o a su propia familia. La donación constituía una de las acciones más reconocidas en la India antigua, capaz de otorgar recompensas que trascendían la vida actual para repercutir en las siguientes.

Tras completar su recorrido habitual, Kumaresh alcanzó los campos de cremación: una inmensa explanada de tierra carente de vegetación, donde los habitantes de Pataliputra incineraban a sus muertos desde hacía varios siglos. Algunas piras funerarias aún no se habían apagado del todo y el viento esparcía el humo negro que desprendían hasta que se mezclaba con el éter. El hedor a carne chamuscada era tan intenso que penetraba en las fosas nasales impidiendo incluso respirar con normalidad. Los buitres que sobrevolaban en círculo aquella porción del cielo constituían la única señal de vida que se dejaba ver por allí.

El hogar del chandala se hallaba en un extremo de la explanada, donde los de su clase habían levantado un puñado de chozas miserables que las lluvias se encargaban de deshacer con la llegada de cada monzón. Kumaresh miró a su alrededor hasta que localizó a su hijo de seis años rebuscando en una pila de huesos alguna baratija que los familiares de los difuntos hubiesen podido pasar por alto. Cualquier anillo o pendiente que encontrasen podrían intercambiarlo después por algo de comida.

—¡Rashmi! —El crío atendió rápidamente a la llamada de su padre, que ya había comenzado a instruirlo en las artes de su oficio.

—Hola, padre —lo saludó observando el carro con el cadáver—. ¿Hoy no hay cortejo fúnebre?

—No, hijo. Solo era un indigente.

Rashmi sintió cierta pena, aunque ya estaba más que acostumbrado a lidiar con la muerte a pesar de su corta edad.

—Madre ha ido a por agua —declaró a continuación.

Kumaresh asintió con la cabeza. Su mujer tardaría bastante en volver, pues los chandalas tenían vetados los pozos de las poblaciones cercanas para evitar que los contaminasen con su presunta impureza. Rashmi también tenía una hermana pequeña, que se había quedado en la choza al cuidado del bebé. Tres eran, por tanto, los hijos que Kumaresh y su esposa habían traído de momento al mundo.

—Ve preparando una pira del modo en que te he enseñado, y luego nos ocuparemos entre ambos de llevar a cabo la incineración de este pobre mendigo.

Pese a su escualidez, Rashmi era un niño que desprendía energía a raudales y que admiraba a su padre como si fuese el héroe más grande de toda la mitología hindú. Kumaresh lo miró con ternura, sin poder evitar sentir cierta melancolía, sabedor de que el destino le reservaba el mismo futuro que a él... al menos en la presente vida.

6

El emperador también se reservaba sus momentos de asueto para despejarse de las largas jornadas de trabajo a las que se enfrentaba cada día.

Aquella tarde en particular, Kumaragupta se hallaba en una de sus cámaras privadas jugando al *chaturanga*^[10] en compañía de tres de sus más fieles cortesanos. Acomodados en cojines dispuestos en el suelo, el tablero reposaba sobre una mesa baja de bambú, junto a la que habían dispuesto bandejas repletas de frutas y nueces para solaz de sus invitados. Asimismo, un sirviente lo abanicaba sin descanso mientras otro se encargaba de espantarle las moscas. Y al otro lado de la puerta, sobre cuyo umbral caía un colorido tapiz, una pareja de la guardia real custodiaba la entrada.

Kumaragupta prefería movilizar las piezas de su ejército en el tablero de juego a tener que hacerlo en la vida real, donde miles de personas encontraban la muerte de forma prematura, la mayoría de las veces por una causa en la que ni siquiera creían. En todo caso, aquella partida estaba resultándole demasiado aburrida, tras haber obtenido una importante ventaja casi desde el principio. El emperador no sabía si se debía a su habilidad o si, por el contrario, sus cortesanos estaban dejándose ganar para tenerlo complacido.

Finalmente, Kumaragupta aprovechó la llegada del *purohita* para interrumpir la partida y emplazar a sus cortesanos a finalizarla en otra ocasión.

—Bienvenido, Abhimanyu. Ya me habían dicho que querías hablar conmigo —lo saludó—. Acomódate, por favor.

El *purohita* era el sacerdote real, considerado como el primero de los brahmanes del reino, el cual ejercía también como consejero tanto de los asuntos espirituales como de los de naturaleza temporal. Espigado y de nariz

aguileña, Abhimanyu rondaba los sesenta años y lucía una larguísima barba gris que le llegaba hasta el ombligo.

—Gracias —repuso tomando asiento al tiempo que miraba con gesto reprobatorio el tablero del *chaturanga*, ya que los brahmanes de religión más estricta desaprobaban los juegos de azar en todas y cada una de sus vertientes.

—¿Qué te pasa? No tienes buena cara.

—Solo estoy algo cansado. La edad nos pasa factura a todos, como también lo hará contigo, Kumaragupta. Ni siquiera el rey de reyes se librará de sufrir los achaques que el paso del tiempo se encarga de ir sembrando en cada uno de nosotros.

La confianza entre ambas figuras era absoluta, pues Abhimanyu había sido el maestro de Kumaragupta durante toda su infancia y juventud. Dadas las circunstancias, nadie más osaría hablarle al emperador con tanta franqueza como él lo hacía.

—Tras alcanzar una determinada edad, quizá deberías considerar disminuir tu carga de trabajo y delegar ciertas tareas entre los subordinados de tu elección. O puede que incluso vaya siendo hora de que nombres a un sustituto.

—Ese momento aún no ha llegado —objetó Abhimanyu acompañando sus palabras con un gesto de la mano, después de haberse pasado toda la mañana realizando sacrificios ante el fuego sagrado que ardía sin descanso en el templo de palacio—. De hecho, algunos de mis antecesores en el cargo no se retiraron hasta el final de sus días.

—En tal caso, sabes que cuentas con todo mi apoyo.

—¿Seguro? —terció el *purohita* entrecerrando los ojos—. He oído decir que recientemente has mostrado un especial interés por el budismo. Y, la verdad, si lo que pretendías era desacreditarme, no se me ocurre una mejor manera de hacerlo.

—Ahórrate el sarcasmo —bufó Kumaragupta— y no seas tan suspicaz —añadió restándole importancia al tema—. No voy a negar que quiero conocer algo más acerca de ciertas doctrinas heterodoxas, pero sabes de sobra que yo soy visnuista y que en ningún caso renunciaría jamás a la tradición hindú.

El hinduismo tenía su origen en los Vedas, un corpus literario muy heterogéneo al que se le atribuía una procedencia divina, que durante varios milenios se había transmitido de forma oral por escuelas de brahmanes hasta su codificación definitiva alrededor del año 400 a. C. Su libro más antiguo, el

Rigveda, constituía una colección de himnos en verso en honor a los dioses, que los sacerdotes recitaban durante sus rituales de sacrificio.

En la época temprana del hinduismo —conocida como brahmanismo—, no había templos y los rituales se hacían en el exterior, sobre pequeños montículos de tierra y piedras. El culto se basaba principalmente en el sacrificio. Durante las ceremonias se ofrendaban al fuego manteca disuelta, arroz, trigo y otros tipos de granos, y también animales domésticos, como cabras y ovejas, todo ello con el fin de obtener la protección de los dioses, a quienes se les pedía salud, descendencia o victorias militares, entre otros favores. Las deidades primigenias consistían, principalmente, en personificaciones de las fuerzas de la naturaleza. Así, Agni era el dios del fuego; Suria, el dios del sol, y Varuna, el dios del cielo. Con el tiempo, aumentó aún más si cabe la importancia del sacrificio ritual, hasta el punto de que se pensaba que si por ejemplo los sacerdotes no llevaban a cabo el sacrificio matutino del fuego, el sol no aparecería. A través de los ritos se regía el cosmos entero, y solo mediante la realización de estos se mantenía el orden del universo. Pero, además, para que los ritos surtieran efecto, estos debían ejecutarse de forma perfecta. Una palabra mal empleada bastaba para que hubiera que volver a repetirlos. Los rituales brahmánicos más solemnes se complicaron de tal manera que pasaron a constituir una verdadera ciencia, y los sacerdotes, dada la importancia primordial del sacrificio, llegaron a ser considerados incluso más poderosos que los reyes.

En su última etapa, el brahmanismo se convirtió en un ritualismo mecánico que pronto dejó de satisfacer a ciertas mentes inquietas que no encontraban consuelo espiritual alguno en aquellas prácticas abstrusas. Estos individuos renunciaron a los sacrificios, a las ceremonias sacerdotales y a las riquezas, y se retiraron al bosque seguidos por algunos discípulos para llevar a cabo sus propias reflexiones. Ermitaños y ascetas comenzaron entonces a predicar sus propias doctrinas tras haber llegado a la conclusión de que no solo podía alcanzarse la salvación mediante los sacrificios oficiados por los brahmanes, sino también a través de la meditación, el misticismo y la disciplina personal. La nueva corriente religiosa se reveló como un grave peligro para los intereses de la casta sacerdotal, que inteligentemente prefirió asimilar aquel movimiento en lugar de oponerse a él.

En aquel contexto de cambio, ascetas y sabios brahmanes iniciaron largos debates que desembocaron en la elaboración de los *Upanishads*^[11]. A partir de ese momento, la noción de karma no solo se asociaría a la correcta realización de los sacrificios, cuya mera realización produciría los resultados

deseados, sino que también se extendería a todas las acciones: las fuerzas rectoras del universo ejercerían una influencia directa sobre el individuo, recompensándolo por las buenas acciones y castigándolo por las malas. Sin embargo, muchas veces se hacía evidente que personas de moral recta sufrían terribles desgracias, mientras que otras de conducta miserable disfrutaban de innumerables placeres. Además, las personas nacían en circunstancias favorables o desfavorables, sin que hubiesen podido hacer aún méritos o deméritos que justificasen aquella arbitrariedad. ¿Cómo armonizar aquella aparente injusticia con la poderosa ley del karma y la idea de un cosmos ordenado? Fue entonces cuando surgió la doctrina de la reencarnación. La vida no acaba con la muerte física, sino que el *atman* —el alma— viaja de un cuerpo a otro y se reencarna tanto en personas como en animales, según el peso del karma adquirido en vidas anteriores. Aun así, la perspectiva de un ciclo infinito de nacimientos y muertes —el *samsara*— tampoco resultaba demasiado alentadora para el ser humano, de manera que los *Upanishads* articularon una forma de poder escapar de él: el camino del conocimiento que conduce a la liberación —el *moksha*—, que se alcanzaba tras abundante meditación y mucho ascetismo.

Por otra parte, los dioses primigenios pasaron a un segundo plano y entre las clases populares comenzó a rendirse culto a nuevas deidades que ya no estaban vinculadas a los fenómenos naturales, sino que tenían un origen más antropomórfico. Visnú y Shiva se convirtieron en los dioses más relevantes, hasta el punto de que una parte de la población se consideraba visnuista y la otra shivaísta, lo que en ocasiones creó conflictos entre ellas. Los templos se dedicaban a un determinado dios, y en los hogares familiares se honraba una imagen a la que se dedicaba todo tipo de homenajes, con lo que se abría definitivamente la puerta a la devoción como método alternativo para adquirir méritos, frente a las dificultades que entrañaba emprender una vida dedicada al ascetismo. Como consecuencia de todo ello, el sacrificio, que había constituido el rito esencial en tiempos del brahmanismo, fue perdiendo terreno frente al nuevo sistema de ofrendas en torno al que se configuraba el hinduismo en su vertiente más actual.

—Está bien, pero no tientes a los dioses coqueteando con las enseñanzas del Buda —le advirtió Abhimanyu con gesto serio—. No puedes negar que hasta ahora Visnú ha sido muy generoso contigo.

—Soy perfectamente consciente de ello. Sin embargo, no creo que haya nada de malo en buscar las respuestas que necesito en un sitio distinto, solo por ver si son útiles para aliviar mi tormento.

Aunque el *purohita* desconocía los detalles, no ignoraba que Kumaragupta, durante su etapa castrense, había cometido ciertas atrocidades de las que más adelante se sintió profundamente arrepentido.

—Te lo he repetido infinidad de veces —replicó—. Solo cuando aceptes tu *dharma* te librarás de la culpa que te corroe por dentro.

—Puede que tengas razón, pero ahora no quiero hablar de ello.

—Me parece bien. Tampoco yo creo que este sea el mejor momento. —Abhimanyu se acarició la barba en un gesto mecánico—. De hecho, mi intención era tratar contigo el asunto del *asvamedha*^[12].

—¿Todavía sigues con eso? Te he dicho otras veces que no veo la necesidad de hacerlo.

—Tanto tu padre como tu abuelo lo llevaron a cabo durante sus respectivos reinados.

—Ellos realizaron grandes conquistas y ampliaron las fronteras del imperio —arguyó Kumaragupta—. Por el contrario, yo me he limitado a conservar su legado.

El *purohita* se había preparado aquel encuentro a conciencia y no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer hasta lograr su objetivo.

—Vamos, no seas testarudo. La celebración del *asvamedha* solo puede traerte beneficios. Declararemos tres días de fiesta para que el pueblo asista a los rituales de sacrificio. Un centenar de sacerdotes levantarán un inmenso altar y se ocuparán de los preparativos. Tras la finalización de los ritos, tus súbditos te adorarán como si fueses un semidiós. —Abhimanyu argumentaba con convicción—. Los gobernantes de los reinos conquistados acudirán en masa a rendirte pleitesía, robusteciendo así la fortaleza del imperio.

—Lo sé, pero...

—Espera —lo interrumpió—. Aún no he acabado. Además, he consultado con el astrólogo de palacio, que ha señalado el mes próximo como el más propicio para soltar al caballo, para que justo dentro de un año oficiemos el sacrificio. ¿Serías capaz de darme una sola razón de peso para no llevarlo a cabo?

Kumaragupta sabía que no tenía ninguna excusa para negarse. No obstante, tampoco se le escapaba que Abhimanyu había omitido el verdadero motivo por el que tenía tanto interés en celebrar el *asvamedha*. Frente al nuevo hinduismo de corte más ascético y devocional, el *purohita* pretendía recuperar el antiguo brahmanismo tradicional, del cual tanto los rituales de sacrificio como la casta sacerdotal constituían sus pilares básicos. Sin duda, el

monarca deificado ganaba en prestigio... pero ¿acaso no lo hacían también los sacerdotes, capaces mediante sus ritos de transmitir la divinidad?

—Está bien —admitió finalmente Kumaragupta—. Aunque quiero que sepas que si accedo es tan solo por el respeto que te tengo. Tus consejos han sido siempre muy valiosos para mí.

—No te arrepentirás. Ordenaré inmediatamente que vaya redactándose un decreto real, para que se apruebe en el próximo consejo. —Y, dicho esto, el poderoso brahmán abandonó la habitación sin poder evitar un amago de sonrisa tras haberse salido con la suya.

7

Las semanas que siguieron a la llegada de Madhuk y Sarasvati a la capital del imperio no pudieron resultar más desalentadoras. Los hermanos continuaban tratando de salir adelante con su improvisado número de baile, aunque cada vez se hacía más evidente que aquella forma de ganarse la vida los llevaría tarde o temprano a morir de inanición. Madhuk, al menos, había mejorado los ritmos que le arrancaba al precario tambor, mientras que Sarasvati, por su parte, había confirmado poseer un innegable talento para la danza. Pese a todo, a la niña le resultaba casi imposible atraer la atención de los viandantes, para lo cual habría necesitado un bonito vestido, alhajas que adornaran su cuerpo y una capa de maquillaje sin el que ninguna mujer india se atrevería a salir nunca de casa.

Las escasas monedas que obtenían —más por caridad que otra cosa—, apenas les alcanzaban para comer una o dos veces al día, por lo que siempre andaban con hambre. En los momentos de mayor desesperación, Madhuk consideraba la posibilidad de robar un pedazo de pan. Sin embargo, Sarasvati le quitaba la idea de la cabeza tras recordarle la advertencia que en su día le hiciera el hombre del carro. El castigo era demasiado severo para que el riesgo mereciese la pena.

Algunas tardes se dedicaban a pasear por Pataliputra hasta desembocar habitualmente en el palacio de los Gupta, que constituía una auténtica ciudadela, fortificado con sus propias murallas y protegido por implacables soldados armados hasta los dientes. Parte de los jardines se encontraban abiertos al público para el disfrute de la plebe. El camino de acceso estaba decorado con estatuas de marfil y esculturas recubiertas de plata, que comunicaba con una interminable escalinata sobre la que se abría una vasta

cámara construida con paredes de ladrillo y sostenida por columnas de piedra. Aquella estancia, pese a su magnificencia, no era más que la garita de entrada donde cientos de individuos de toda clase y condición aguardaban la oportunidad de que el mismísimo rey de reyes los recibiera en audiencia. Los dos niños deambulaban por aquella antesala abrumados ante el lujo que los rodeaba, como si también ellos mismos tuviesen sus propios asuntos que dirimir con el emperador. Después regresaban de nuevo a las calles, donde su realidad miserable los abofeteaba en plena cara.

Las noches las pasaban a la intemperie, a las puertas de uno de los principales templos de la capital, rodeados de mendigos, peregrinos sin recursos y ascetas errantes. Mucho peor habría sido quedarse en cualquier calle a merced de todo tipo de criminales sin escrúpulos que asomaban en cuanto caía la oscuridad.

Ante semejante panorama, abandonar Pataliputra y regresar por donde habían venido habría supuesto la salida más fácil, pero ni siquiera en los momentos de mayor desconsuelo ninguno de ellos se mostró dispuesto a rendirse.

Por las mañanas acudían a la plaza para representar su número durante horas, teniendo además que conformarse con los sitios que nadie más quería. Aquel día ni siquiera encontraron hueco debido a la llegada de una compañía de acróbatas que se dedicaba a formar pirámides humanas. Los saltimbanquis precisaban de tanto espacio para llevar a cabo su espectáculo, que a los hermanos no les quedó más remedio que marcharse de allí.

—Vamos —instó Madhuk.

—Es hermoso lo que hacen —comentó Sarasvati mientras se iban.

Dieron varias vueltas hasta que finalmente se apostaron en la esquina de una calle medio muerta, que por desgracia fue el mejor lugar que pudieron encontrar sin levantar las iras de nadie. Sin desanimarse, se entregaron a su función habitual, aunque enseguida se dieron cuenta de que la gente pasaba de largo sin que pudieran llamar su atención. Una hora más tarde, no les habían arrojado ni una sola moneda que recompensase la inmensidad de su esfuerzo.

A media mañana, por fin, una mujer de mediana edad posó sus ojos en Sarasvati, a la que observó danzar durante largo rato. La desconocida se había percatado de la sensualidad que la niña desprendía en sus movimientos, así como de la belleza que ocultaba bajo su aspecto sucio y harapiento, y reconoció al instante el desbordante potencial que atesoraba en su interior.

La mujer, que en su juventud debió de haber sido realmente hermosa, se acercó a Sarasvati hasta situarse a dos palmos de ella.

—Niña, ¿cómo te llamas? —inquirió—. Yo soy Madunisha.

Al ver que la extraña se dirigía a su hermana, Madhuk dejó de tocar el tambor y se colocó justo a su lado.

—Mi nombre es Sarasvati.

—Es un nombre bonito —elogió—. Igual que lo eres tú. Sin embargo, no tienes buen aspecto. ¿Vives en la calle?

La niña asintió.

—Ya veo. Bueno, deja que te haga una propuesta. Si aceptas trabajar para mí, de entrada te garantizo un techo, ropa nueva y tres platos de comida al día. ¿Qué te parece?

Sarasvati intercambió una rápida mirada con Madhuk.

—¿Y puede mi hermano venirse también conmigo?

Madunisha lo contempló de arriba abajo.

—Imposible —contestó—. Mi oferta solo te incluye a ti.

Antes de que Sarasvati rechazase a la mujer, Madhuk tiró de ella para hablarle en privado.

—Tienes que irte con ella —susurró.

—Pero yo no quiero separarme de ti.

—Lo sé. A mí tampoco me gusta la idea. Aun así, no tenemos elección. Si continuamos viviendo de esta manera, antes o después enfermaremos y acabaremos muriendo a las puertas de un templo o en una miserable esquina.

—¿Y qué harás tú?

—No te preocupes por mí. Ya me las arreglaré. Tú aprovecha esta oportunidad. —Madhuk endureció el gesto al intuir lo que encerraba la propuesta de la desconocida—. No obstante, tienes que saber que probablemente a partir de ahora te veas obligada a hacer cosas muy poco agradables. ¿Entiendes lo que te digo?

—Creo que sí...

—Bien. Tienes que ser fuerte. Y solo si no te ves capaz de soportarlo, acude de nuevo a mí. —La niña trató de contener las lágrimas, que se le desbordaban a raudales—. Yo te seguiré para saber adónde te lleva. No perderemos el contacto. En todo caso, nunca abandones Pataliputra. Y recuerda siempre el motivo por el que decidimos venir aquí.

Los dos hermanos se dieron un último abrazo de despedida, que Madunisha presenció guardando un respetuoso silencio. Después tomó a Sarasvati de la mano y se la llevó consigo como una madre lo haría con su hija.

—Quédate tranquila. A partir de ahora yo cuidaré de ti.

El recorrido que hicieron no se prolongó demasiado, hasta que llegaron a una calle donde abundaban las tabernas y las casas de mala reputación. Durante el camino, la mujer no dejó de repetirle las bondades con las que contaría a partir de ese día: una cama para ella sola, comida variada y abundante, así como el privilegio de poder asearse a diario. Por el contrario, no empleó ni un segundo en explicarle el trabajo que a cambio tendría que llevar a cabo.

Se detuvieron ante una casa de tres plantas que por fuera no difería en nada de cualquier otra vivienda residencial. Sin embargo, no era ningún secreto que aquel discreto edificio acogía uno de los burdeles más prestigiosos de toda la ciudad.

Antes de cruzar la verja de entrada, Madunisha se inclinó sobre Sarasvati hasta situarse a su altura. El rostro moreno de la *kuttani*^[13] contenía una enorme boca de labios carnosos y de aliento extremadamente dulce gracias a la mezcla de mango y alcanfor que masticaba todos los días a primera hora de la mañana.

—Sarasvati, yo soy la dueña de este lugar, que tiene como fin principal dar placer a los hombres. Y estoy segura de que tú vas a gustarles mucho. Ahora conocerás a otras jóvenes que muy pronto se convertirán en tus nuevas compañeras y amigas. ¿Cuántos años tienes?

—Once.

—Y dime, ¿tienes alguna experiencia con los hombres?

La niña negó.

—¿Significa eso que todavía no te han desflorado?

—Así es.

—Bien. Eso es interesante. Tengo clientes muy poderosos que valoran especialmente esa cualidad. —Madunisha reanudó el breve interrogatorio—. Y dime, ¿ya eres mujer?

Sarasvati frunció el ceño, sin estar segura de haber comprendido la pregunta del todo.

—Lo que quiero saber es si ya sangras una vez al mes.

—No.

—Vale. Yo tengo por norma no poner a trabajar a ninguna de mis chicas hasta que no haya comenzado su ciclo. Así que esperaremos. Tampoco debe de quedarte mucho. Pero eso no significa que mientras tanto no tengas que ganarte el pan. Hasta entonces te emplearás en las tareas del hogar, limpiando, cocinando y desarrollando cualquier otra labor que se tercié.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Adelante, Sarasvati —dijo la *kuttani* abriendo la verja—. Bienvenida a tu nueva vida...

8

Bindusar sentía una satisfacción indescriptible, equivalente a la de una madre que ha dado luz a su hijo tras un interminable parto que se ha demorado durante días. El maestro caminaba por la calle con su magna obra bajo el brazo, después de haber finalizado su ambiciosa transcripción del Mahabharata tras años de minucioso esfuerzo. El siguiente paso consistía ahora en llevársela a un artesano para que se encargase del proceso de encuadernación. Cosería el compendio de hojas de palma con dos hilos que se pasaban por los extremos y lo reforzaría con cubiertas de madera sobre las que se aplicaba una capa de laca donde con frecuencia se solía pintar. Bindusar también había pensado encargarle a un artista que dibujase una vistosa portada para rematar la faena.

La noche anterior, Harshali lo había felicitado con gran efusividad, sabedora de la entrega con que su marido se había dedicado a aquel grandioso proyecto. Luego, obviando incluso los juegos preliminares, hicieron el amor con el mismo vigor que en su época de recién casados. Posiblemente la felicidad del respetado maestro alcanzaba en aquel momento de su vida su punto más álgido.

Como solía ser habitual a aquella hora de la mañana, las calles de la capital ardían de actividad. La combinación entre los compradores deseosos de gastar su dinero y los tenderos ávidos por colocar su mercancía siempre daba sus frutos. El dulce olor de las especias se fusionaba con el de los excrementos de vaca y arrojaba una curiosa mezcla a la que casi todo el mundo parecía haberse acostumbrado. Un elefante de la guardia real atravesó parsimoniosamente la vía obligando a los transeúntes a pegarse a los portales para evitar ser arrollados.

Bindusar estaba a punto de llegar a su destino cuando de repente sintió un golpe en el brazo, como si alguien hubiese tropezado con él viniendo desde atrás. Un instante después, se percató horrorizado de que le habían quitado su valioso libro. El maestro, sin dar todavía crédito, contempló a un mono salir disparado con el Mahabharata entre las manos, como si se tratase de un trofeo. Aunque no era habitual que los dichosos primates hurtasen otra cosa

que no fuese comida, de vez en cuando también se apropiaban de algún objeto que les resultase llamativo.

Bindusar intentó reaccionar, pero enseguida fue consciente de que jamás recuperaría su libro. El animal había trepado por un tenderete, desde donde ya había saltado a la terraza de la vivienda más cercana, chillando repetidas veces como si se mofase de los seres humanos. Si hubiese estado en su mano, Bindusar habría iniciado de inmediato la carrera para darle caza. Sin embargo, a su edad carecía ya de la movilidad necesaria como para perseguirlo por los tejados. Una sensación de absoluta desesperación se apoderó de todo su cuerpo y lo paralizó aún más si cabía. El maestro se imaginó al mono arrancando las hojas de palma hasta hacerlas pedazos, tan solo por pura diversión. ¡Diez años de trabajo tirados por la borda de la forma más absurda!

Finalmente, Bindusar salió de su parálisis y comenzó a gritar a los cuatro vientos que acababan de robarle, señalando con aspavientos al mono responsable de la fechoría. Nadie le prestó atención, excepto un niño que pedía limosna en una esquina, muy próximo al lugar donde el hecho había acontecido. El audaz muchachito no lo dudó y se lanzó a la persecución del mono haciendo gala de una increíble agilidad. De una cornisa se encaramó a la terraza, y de ahí a la azotea por la que había huido el animal, sin dar muestras de sentir vértigo alguno. Durante unos segundos, el maestro recuperó la esperanza de tener el libro de vuelta. Por desgracia, pronto se dio cuenta de que el peculiar ladrón había adquirido tanta ventaja que ni siquiera aquel héroe improvisado podría darle alcance. Fue entonces cuando el muchacho, que pareció haber llegado a la misma conclusión, detuvo su carrera en mitad del tejado y emitió un chillido imitando el habla del primate.

Para sorpresa de Bindusar, el mono se frenó en el acto y se dio la vuelta poco a poco, como si lo hubiese entendido. El niño reprodujo otra sucesión de sonidos, que acompañó con un amplio catálogo de gestos, que por algún motivo parecieron provocar en su objetivo un efecto tranquilizador. Los viandantes, atraídos por el alboroto, contemplaban desde la calle aquella extraña escena, que más parecía sacada de una leyenda que de la propia realidad. A continuación, el muchacho avanzó muy despacio hasta situarse a la altura del primate, al que pudo arrebatarse el libro sin que este opusiese resistencia.

Bindusar murmuraba un mantra de agradecimiento tras otro en honor al poderoso Shiva, al tiempo que sentía un inmenso alivio por el modo en que se había resuelto la situación. El niño descendió de los tejados con la misma

agilidad con la que había subido, y acto seguido le devolvió el manuscrito a su legítimo propietario.

—No sé cómo lo has hecho —confesó el maestro—. Jamás había visto algo así. En todo caso, no te imaginas cuánto te lo agradezco. ¿Cómo te llamas?

—Madhuk —contestó el muchacho.

Bindusar rebuscó en los bolsillos de su *vasana*^[14], decidido a recompensarlo como se merecía. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que podía —y debía— hacer algo más por aquel chico, cuyo miserable aspecto no dejaba lugar a dudas de lo mal que lo estaba pasando.

—Seguro que tienes hambre. Vente a mi casa y muy pronto sabrás por qué considero a mi esposa la mejor cocinera del mundo.

Madhuk no dudó un instante en aceptar su ofrecimiento. Ya habían pasado dos semanas desde que se separó de Sarasvati, y su situación había ido de mal en peor. Todos sus intentos por encontrar trabajo habían sido en vano, pues artesanos y comerciantes lo habían rechazado de plano, condenándolo al ostracismo más absoluto.

Durante el trayecto, el maestro no dejó de insistir en el gran valor que poseía aquel grueso manuscrito, agradeciéndole una y otra vez su milagrosa intervención. Madhuk se limitaba a asentir de vez en cuando, pensando más en la comida que Bindusar le había prometido que en la historia que estaba contándole acerca del enorme trabajo que le había llevado la escritura de aquella obra que carecía del menor significado para él.

En muy poco tiempo llegaron a la casa del maestro, que inmediatamente puso a Harshali al corriente de lo ocurrido. La mujer no vaciló un segundo en tomar las riendas del asunto, dispuesta a ocuparse del chico y su lamentable estado: la suciedad que impregnaba su cuerpo se olía desde lejos, se cubría con andrajos enmendados y saltaba a la vista que era puro pellejo y huesos.

—Bindusar, mientras yo le preparo algo de comer, llena una tinaja con agua para que se asee como es debido.

—¿Y qué ropa le doy?

—La mayoría de tus alumnos suelen dejar aquí una muda hasta la reanudación de las clases. Coge la que mejor pueda sentarle al chico.

Después de bañarse, perfumarse y vestirse con ropa limpia —aunque la *vasana* que le habían dejado le venía algo pequeña—, el aspecto de Madhuk había cambiado por completo. A continuación, Harshali le sirvió una amplia variedad de manjares (una sopa tradicional especiada con jengibre, comino y cilantro; berenjenas y patatas cocidas con salsa de ajo; arroz con pasas y

nueces, y fruta fresca de postre), que el muchacho devoró con el apetito de un tigre de Bengala.

Cuando terminó, Bindusar quiso saber más acerca de su invitado. No obstante, Madhuk se mostró especialmente reservado y optó por contestar sus preguntas con monosílabos o sencillos movimientos de cabeza. Todo cuanto pudo averiguar se redujo a constatar que no tenía familia y que, ante la imposibilidad de emplearse, no le había quedado más remedio que dedicarse a la mendicidad.

Bindusar notó la incomodidad del muchacho y pensó que de nada le valdría insistir.

—Bien, Madhuk —concluyó—. Hoy te dejaremos pasar el resto del día aquí e incluso dejaremos que duermas en casa si te sientes a gusto. Mañana por la mañana, sin embargo, tendrás que marcharte, aunque te daré algo de dinero para que te sirva de ayuda.

—Gracias —contestó.

—No hay de qué. Es mucho más lo que tú has hecho por mí.

Luego, Harshali se llevó al muchacho al jardín de la parte trasera, donde ella dedicaba buena parte de su tiempo al cuidado de las flores.

—¿Te gustan mis jazmines blancos? Tradicionalmente las bailarinas los usan como adorno para el pelo.

El discurso inofensivo de la mujer calmó visiblemente a Madhuk, que se mostró a partir de entonces más comunicativo.

—Son preciosos... —El brillo de su mirada dejaba entrever que su interés era real.

—También cultivo caléndulas, orquídeas y rosas —señaló mientras continuaban con el recorrido—. Normalmente suelo hacer ramilletes para ofrecérselos a Shiva, aunque a veces también los uso para decorar el pórtico de entrada.

Tras desprenderse de su coraza, Madhuk exhibió su cara más afable y entabló una larga conversación con Harshali acerca del jardín que ella mantenía con tanto mimo. Después se pusieron manos a la obra, podaron algunas plantas y regaron aquellas otras que más lo necesitaban.

Al cabo de un rato, Harshali no pudo evitar quedarse prendada de la sonrisa de aquel chico, así como de sus ojos castaños, que poseían la misma tonalidad oscura de su piel.

Cuando regresaron al interior, Bindusar había redactado una suerte de texto a modo de carta de recomendación, que esperaba que le sirviese a Madhuk para poder encontrar trabajo. El maestro le entregó la hoja de palma,

que el muchacho observó frunciendo el ceño en un claro gesto de incompreensión.

—¿No sabes leer?

Bindusar chasqueó la lengua contrariado, aunque tampoco podía decirse que la noticia le hubiese pillado por sorpresa. Con todo, en lugar de resignarse, el maestro decidió emplear el resto de la tarde en enseñarle el alfabeto, para que al menos tuviese una base en la que apoyarse por si más adelante se le presentaba al chico la oportunidad de aprender.

—Creo que yo no sirvo para esto —se excusó Madhuk antes siquiera de empezar.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

Pronto, el propio muchacho dejó atrás sus reservas y, de la mano de Bindusar, demostró poseer una agudeza mental bastante desarrollada para alguien que jamás había recibido educación de ningún tipo.

Por la noche, Madhuk volvió a disfrutar de una opípara cena, mientras conversaban sobre los más variados temas con mayor familiaridad que al principio. El chico se expresaba con desparpajo y lanzaba cualquier pregunta que se le pasaba por la cabeza, provocando las risas del matrimonio como consecuencia de su espontaneidad. Se había generado un clima de confianza tal que Bindusar aprovechó para intentar saber algo más acerca de la vida de Madhuk, después de que por la mañana se hubiese enrocado en un obstinado silencio. La tentativa, sin embargo, se quedó tan solo en eso, pues la actitud abierta del chico cambió de un instante a otro por completo en cuanto vio que volvían a interrogarlo acerca de su pasado. Madhuk se embutió de nuevo en su coraza protectora y terminó de cenar sumido en el mutismo más absoluto.

De repente, la situación se había tornado tan incómoda que Madhuk tardó muy poco tiempo en solicitar permiso para irse a dormir. Harshali lo acompañó a la primera planta y le asignó cariñosamente un lecho donde poder pasar la noche. El muchacho le dio las gracias y, tan pronto como se tendió en la cama, se dejó vencer por el sueño en menos de un minuto.

Al cabo de un rato, el matrimonio hizo lo propio, no sin antes llevar a cabo el último ritual del día en la pequeña capilla contigua a su dormitorio, como buenos shivaístas.

—Aunque la vida no lo ha tratado bien, Madhuk es un buen chico —dijo Harshali tras posar la cabeza sobre la almohada.

—Es cierto —convino Bindusar—. Y ello pese a las profundas heridas que todavía le escuecen por dentro y que aún no han cicatrizado. Tú también lo has notado, ¿verdad?

—Es imposible no darse cuenta.

Durante un breve lapso, un espeso silencio se deslizó entre los dos.

—¿Por qué no lo tomas como alumno? —propuso Harshali—. Solo de esa manera tendrá una oportunidad. De lo contrario, será como devolverlo de nuevo a la indigencia.

—Lo siento, cariño. Pero eso es imposible. Madhuk debe de ser un shudra^[15]... ¿Te imaginas cómo afectaría eso a mi reputación? ¿Qué familia volvería a confiarme de nuevo a sus hijos?

Harshali dejó escapar un suspiro de resignación.

—Tienes razón —murmuró.

Sin embargo, no pudo evitar seguir dándole vueltas a la cabeza mientras buscaba la postura más adecuada para dormir.

—Bindusar —susurró al cabo de varios minutos—. He pensado algo...

—¿Qué? —repuso el maestro en pleno duermevela.

—Adoptémoslo. De esa manera, Madhuk pasaría a ostentar nuestra casta y nadie podría hacerte el menor reproche.

El maestro se despabiló de repente.

—Harshali, esa es una decisión muy importante. ¿Lo has pensado bien?

—No quiero que vuelva a las calles. No después de haberlo conocido.

—¿No te das cuenta de que hay miles de chicos como él deambulando por Pataliputra?

—Sí, pero tengo la sensación de que el propio Shiva ha mediado para que Madhuk se cruzara en nuestro camino. De alguna forma, creo que es especial. ¿No te lo parece?

Bindusar no sabría explicar muy bien por qué, pero también lo creía. Además, no era la primera vez que consideraban la posibilidad de adoptar, aunque siempre habían pensado en un candidato de edad mucho menor. Por otra parte, al maestro no se le escapaba que aquella repentina decisión de Harshali podía estar íntimamente relacionada con sus problemas de fertilidad y el consecuente temor a que él tomase una segunda esposa. Por tanto, mediante aquella adopción no solo satisfaría los deseos de ser madre que siempre había perseguido, sino que también conseguiría despedirse para siempre de sus miedos.

—Hagamos una cosa... Si mañana por la mañana sigues pensando lo mismo, me comprometo a considerar seriamente tu propuesta.

CAPÍTULO SEGUNDO



«Aquel que ha nacido, es seguro que va a morir, y, después de morir, es seguro que uno volverá a nacer. Por consiguiente, en el ineludible desempeño de tu deber, no debes lamentarte».

Bhagavad-gita 2,27.

Al amparo de la sombra que le ofrecía su choza, el viejo observaba con nostalgia jugar a los niños a perseguirse por la única calle que conformaba el poblado.

Aquella era una de las numerosas aldeas situadas en el corazón del bosque, consideradas como primitivas por los habitantes de los núcleos urbanos, con los cuales no mantenían ningún tipo de contacto ni deseaban tenerlo. Precisamente, su apartada ubicación en las estribaciones de las montañas había provocado que aquellos pueblos tribales se mantuviesen libres de la carga de las castas, pues ningún sacerdote brahmán había llegado hasta allí para predicar el hinduismo.

La hija del anciano salió de la choza para unirse al trabajo. Un grupo de mujeres se dedicaba a destilar alcohol a partir de las flores de maura, de las cuales obtenían un exquisito licor que solían reservar para las ocasiones señaladas.

—¿Cómo te encuentras hoy, padre? —preguntó Chakori.

—Mucho mejor que ayer, gracias.

Después de sufrir una fuerte jaqueca durante todo el día anterior, por la noche el chamán del poblado le había suministrado un cóctel de hierbas medicinales que una vez más había probado ser efectivo.

A continuación, Chakori buscó con la mirada a sus dos hijos.

—Están jugando con los demás —dijo el viejo señalando a un grupo de críos que no paraba de reírse—. Vete a hacer lo tuyo, que yo no me moveré de aquí.

Aunque el clima de aquellas tierras solía ser particularmente cálido, los nativos habían aprendido a protegerse del sol desde tiempos muy antiguos. Los niños iban desnudos y los hombres apenas se cubrían con un taparrabos. Las mujeres, por su parte, usaban una banda de tela enrollada en la cintura y remangada hasta los riñones, y se adornaban con pendientes y aretes nasales que ellas mismas se confeccionaban. Construían chozas sin ventanas, pero con dos puertas alineadas, una frontal y otra posterior, que permanecían abiertas para dejar circular el aire. El techo era de paja y se extendía hacia delante, conformando un porche bajo cuya sombra los más ancianos se pasaban la mayor parte del día.

—Volveré a la hora de comer —dijo Chakori tomando el camino del sur.

En ese momento, su pequeña de apenas tres años acudió a su encuentro al tiempo que la llamaba con su dulce vocecilla.

—¡Mamá! ¡Espera!

Libni era tan hermosa como su madre. Ambas compartían ojos grandes y luminosos, semejantes al reflejo de la luna llena en un estanque de aguas cristalinas.

—¿Puedo ir contigo? —suplicó.

—No —replicó—. Te aburrirías enseguida. Ahora vuelve con tu hermano y seguid jugando hasta que os llamemos.

—¿Dónde está papá?

—Salió a cazar por la mañana temprano. Si necesitas cualquier cosa, pídesela al abuelo.

Libni obedeció y regresó junto a su hermano, que la cogió de la mano para reintegrarla junto al resto de la chiquillería. Kalu era de constitución enjuta, pero todos le decían que pronto crecería y que entonces sería tan fornido como su padre. Tenía cinco años y había desarrollado hacia su hermana pequeña un elevado instinto de protección. Libni, a su vez, lo imitaba en todo lo que hacía y jamás se separaba de él. Lejos de las habituales riñas entre hermanos, ellos se llevaban extraordinariamente bien.

—Ven conmigo, Libni. Estamos jugando a un juego en el que tenemos que escondernos para que no puedan encontrarnos. Ya verás qué divertido.

Los dos críos corrieron y se ocultaron entre unos arbustos que había detrás de una choza. La aldea estaba dispuesta de modo que los ocupantes de una casa podían salir a la puerta a saludar a sus vecinos cara a cara de un lado a otro de la calle. Además, en el centro había una especie de plaza coronada por una pila de piedras que representaba a su divinidad principal: la Madre Naturaleza. El perímetro del poblado, que agrupaba unas treinta familias con un total de doscientas personas, estaba protegido por una modesta valla de madera levantada con el fin de evitar el paso a las bestias salvajes. En concreto, los tigres podían causar estragos entre la población.

—¡Kalu y Libni están aquí!

El muchacho que los había descubierto se llamaba Lohith, aunque todo el mundo solía referirse a él como «el Tuerto», debido a que siendo muy pequeño un leopardo lo había atacado y le había arrancado un ojo, además de desfigurarle el rostro por completo.

—Siempre nos encuentran —se lamentó la niña haciendo un mohín.

—No pasa nada —repuso su hermano—. Buscar a los demás también es divertido.

Seguramente, si Kalu hubiese tratado de esconderse por su cuenta le habría ido mucho mejor, pero prefería no dejar a Libni sola siendo tan

pequeña.

Harto de ver a sus nietos perder todo el rato, el anciano se puso en pie y los llamó con un gesto de la mano.

—Escuchadme —susurró—. Os ayudaré a esconderos en un sitio donde nunca os encontrarán.

Los chiquillos no lo dudaron y siguieron a su abuelo hasta un enorme árbol que había en el extremo septentrional del poblado. Parte del tronco estaba hueco y a media altura había un agujero del tamaño de la cabeza de un adulto. El anciano comprobó primero que no hubiese una serpiente dentro y después alzó a Libni y la depositó en el interior.

—Deja hueco para tu hermano. Si os apretáis, habrá espacio para los dos.

Acto seguido, cogió a Kalu y lo ayudó a deslizarse en la cavidad del árbol.

—¿Estáis bien? —inquirió—. Vale. Yo estaré por aquí.

El anciano siguió las evoluciones del juego con una sonrisa en los labios. Tal y como había esperado, ningún crío —ni siquiera Lohith «el Tuerto», que era el mayor y más listo de todos—, fue capaz de hallar a sus nietos por más empeño que pusieron.

Cuando al cabo de un rato se dieron por vencidos, Kalu asomó la cabeza por la abertura del tronco y vociferó para dar a conocer su paradero. Salió del árbol por sus propios medios, aunque no pudo evitar caerse durante el descenso. No le importó. Había conseguido impresionar a sus amigos y se había proclamado vencedor del juego, pese a que había otros niños bastante mayores que él. Su abuelo tuvo que sacar a Libni, porque ella sola no podía salir. La pequeña también celebró la victoria sin parar de reír, orgullosa de poder sentirse la protagonista por una vez.

Al poco tiempo, el padre de ambos —llamado Dhanu—, estaba por fin de vuelta tras haber salido a cazar jabalíes y conejos. El poblado era autosuficiente y, además de la caza, vivía de recolectar frutos del bosque, de unos minúsculos huertos de verduras muy rudimentarios y de criar gallinas y vacas. Asimismo, también practicaban el trueque con otros grupos tribales, a los que ofrecían cambiar su afamado licor por cerámica o pescado. Todo lo que obtenían se repartía de forma equitativa entre las familias de la aldea, en presencia del montón de piedras que simbolizaba el dios de la tribu.

De brazos fuertes y voluntad aún más recia, Dhanu era el jefe del poblado, aunque no tomaba ninguna decisión importante sin antes haber escuchado al consejo de ancianos. Kalu y Libni enseguida lo asaltaron, deseando contarle la hazaña que habían conseguido con la ayuda del abuelo. Dhanu los cogió en

brazos y echó a caminar en dirección a la choza que compartían, mientras les escuchaba narrar de forma atropellada el reciente episodio sucedido.

—Estoy orgulloso de vosotros —los felicitó—. Para sobrevivir en la selva, la astucia es más importante que la fuerza bruta.

Tras dejar a sus hijos en el suelo, Dhanu les indicó que preparasen una hoguera. Desde muy pequeños, los niños aprendían a realizar ciertas tareas consideradas básicas para la supervivencia. Kalu se encargó de frotar dos palos de madera muy seca para hacer prender la yesca, mientras Libni traía la leña con que alimentar el fuego recién encendido. Muchas veces, casi sin necesidad de palabras, ambos hermanos se compenetraban a la perfección.

A aquella hora el poblado bullía de actividad: mujeres que adecentaban sus hogares, cocinaban o escardaban las malas hierbas de los huertos; hombres que se dedicaban a reparar los techos de paja de las chozas más deterioradas, a cuidar de los animales domésticos o a tallar las puertas de madera con figuras estilizadas; ancianos que conversaban bajo la sombra de los árboles o del porche de sus casas, y niños que correteaban por la plaza sembrando de risas el lugar.

Dhanu llevaba unos minutos despiezando un conejo, cuando avistó a su mujer, que ya venía de regreso con un cántaro de licor sobre la cabeza. Chakori se acomodó junto a ellos y escuchó a Kalu repetir por segunda vez la historia del escondite que el abuelo les había buscado. Libni asentía y añadía detalles por su cuenta, como si aquella hubiese sido la aventura más increíble de toda su vida. Chakori sonreía. Cuando nacieron, el chamán afirmó que sus dos hijos eran especiales y que estaban destinados a jugar un importante papel en el futuro.

Kalu nació el día más corto del año, justo al amanecer, en ese preciso instante en que la jungla cobra vida prácticamente a la vez y el primer atisbo de claridad asoma en el cielo. El chamán predijo que su hijo sería muy inteligente y artísticamente inquieto. No obstante, aún era demasiado pronto para saber si el presagio del brujo estaba o no en lo cierto.

En lo concerniente a Libni, la niña había nacido de noche, con un cielo sin estrellas y durante una terrible tormenta repleta de rayos y truenos. El chamán le atribuyó a la pequeña una voluntad de hierro, en virtud de la cual sería capaz de hacer cualquier cosa por los suyos. Además, afirmaba que un día embelesaría a los hombres sin esfuerzo alguno, pues nadie habría contemplado antes una belleza como la suya.

Durante los preparativos para la comida, alguien requirió la presencia de Dhanu, que como jefe del poblado siempre estaba disponible para atender

cualquier asunto. Quien lo reclamaba era un cazador veterano, que además solía llevar a cabo labores de vigilancia por las zonas aledañas. Su rostro reflejaba un semblante de clara preocupación.

—Nuevos invasores se han instalado en nuestros bosques —desveló en cuanto echaron a caminar—. En la dirección por donde sale el sol, no demasiado lejos de aquí.

—¿Cómo sabes que no son más de los mismos? —inquirió Dhanu.

—No lo son. Sus vestimentas y emblemas son diferentes.

Desde hacía varios meses un regimiento de soldados *sakas* se había desplazado al interior de la selva, donde hasta entonces no había llegado nadie excepto los propios indígenas que la habitaban. Al principio, los pueblos tribales temieron ser objeto de algún tipo de ataque por parte de los extranjeros. No obstante, el ejército *saka* no tenía ningún interés en ellos, por lo que se limitó a ignorarlos y abogó por una convivencia pacífica. Al fin y al cabo, la jungla era lo suficientemente grande para los dos. Ahora, sin embargo, otro ejército de origen distinto se adentraba también en aquellas tierras. En este caso, las nuevas tropas invasoras pertenecían al imperio de los Gupta.

—Probablemente los extranjeros de uno y otro bando sean enemigos entre sí, ¿verdad?

—Es lo que parece —convino el indígena.

—Está bien —dictaminó Dhanu—. Nosotros, como siempre, nos mantendremos al margen. Esta no es nuestra guerra.

* * *

Tropas imperiales se habían desplazado desde Pataliputra al oeste de la India con la misión de poner fin a una rebelión que ya le estaba causando al gobierno de los Gupta más problemas de los que nadie había previsto.

El imperio, tras varias campañas militares, había conquistado finalmente el reino de los *sakas* —también llamados sátrapas occidentales—, con lo que había logrado salida al mar por el oeste, con los beneficios que para el comercio aquella anexión suponía. De hecho, la capital de los *sakas* —Ujjain—, pasó a convertirse en la segunda ciudad más importante del Imperio gupta, solo por detrás de Pataliputra.

No obstante, pese a la derrota, un general rechazó someterse al dominio Gupta, huyó con su regimiento a las profundidades de la selva y se declaró en rebeldía. Dicho oficial tenía bajo su mando a medio millar de soldados de infantería, más caballos y elefantes. De cualquier manera, tampoco

preocupaba en exceso que una escisión tan pequeña del ejército se hubiese sublevado, pues no tenían ni la más remota posibilidad de reconquistar para los suyos el reino perdido. Los verdaderos problemas surgieron cuando los rebeldes comenzaron a asaltar las caravanas de mercaderes, que nada podían hacer para defenderse ante unos bandidos tan bien preparados. Los asaltos se ejecutaban de forma profesional, y tan pronto como se hacían con la mercancía desaparecían a toda velocidad para perderse de nuevo en el corazón de la selva. De repente, el ejército insurrecto se había convertido en un serio problema. Las rutas comerciales que discurrían por territorio *saka* ya no eran seguras.

Correspondía al gobierno del imperio garantizar la seguridad de los caminos y, para conseguirlo, se tomó la decisión de enviar un ejército con la misión de buscar y aniquilar al destacamento comandado por el general rebelde. Hasta la fecha, sin embargo, los intentos para derrotarlo habían sido en vano, y las tropas del imperio regresaban vencidas y diezmadas, para frustración del emperador. El éxito de los rebeldes se debía a que empleaban la táctica de la guerra de guerrillas. Ataques rápidos y sorpresivos, emboscadas, ver sin ser vistos y golpear para inmediatamente desaparecer sin dejar rastro. Se conocían al dedillo el territorio en el que se habían escondido—los tupidos bosques y las faldas de las montañas— y estaban siempre moviéndose de un lugar a otro, sin mantener nunca la base de operaciones en un mismo sitio.

Para acabar de una vez por todas con aquella lacra, el trabajo se le encargó a un joven general que venía de encadenar varias victorias de gran importancia y que hasta el momento no conocía el significado de la palabra fracaso. Dicho general, llamado Shakraditya, sabía que si completaba aquella misión con éxito, las puertas de la gloria se le abrirían de par en par a su regreso a la capital del Imperio gupta.

Los oficiales anteriores se habían acuartelado a las afueras de la jungla y desde allí habían enviado expediciones al interior de esta para localizar y destruir a sus enemigos. Shakraditya había considerado aquella estrategia un error y, en cambio, él había decidido levantar un campamento en medio del bosque, tras hallar el lugar adecuado: una amplia llanura radicada en un enclave flanqueado por suaves bordes montañosos. Alrededor del campamento habían cavado un foso y a continuación de este habían levantado una empalizada de madera. Aquellas fuertes medidas defensivas disuadirían a los rebeldes de llevar a cabo un asalto frontal.

Por otra parte, antes de lanzar ningún embate, Shakraditya se había propuesto cartografiar el terreno, porque sabía que el detallado conocimiento que sus enemigos tenían del lugar era la mayor ventaja de que disponían. Además, también se había informado acerca de los indígenas que habitaban la zona de conflicto. Algunas tribus salvajes poseían una larga tradición guerrera y podían plantar batalla si veían que invasores extranjeros penetraban en sus tierras. Por suerte, los pueblos tribales afincados en aquella región remota pertenecían a un grupo de naturaleza pacífica; habría que tenerlos en cuenta, pero al menos no supondrían una dificultad añadida.

Tras varias semanas siguiendo el plan previsto, Shakraditya comenzaba a impacientarse porque lejos de obtener los resultados esperados, todo se le ponía cada vez más en contra.

El general Gupta se hallaba en su tienda de campaña, contemplando un mapa a medio hacer en el que aparecían señalados los accidentes geográficos más importantes de la zona. Hasta el momento, cada vez que enviaba una patrulla de reconocimiento, los rebeldes *sakas*, que, de un modo u otro siempre se las arreglaban para descubrir en muy poco tiempo su posición, les tendían una emboscada. Dichas escaramuzas no solo les causaban numerosas bajas, sino que además ralentizaban enormemente el trabajo de cartografiado que estaban llevando a cabo.

—El plan avanza con excesiva lentitud —se lamentó Shakraditya.

—¿Y si los atacamos sin más? —terció Punyavan, su segundo oficial y el único integrante de todo el regimiento que osaba hablarle al general con absoluta franqueza.

—¿Atacar qué? ¿Sombras? No pienso apartarme del plan o de lo contrario acabaría cometiendo los mismos errores que ya condujeron a mis antecesores al desastre. —Alto y de complexión robusta, a Shakraditya lo temían incluso sus propias tropas debido al mal genio que gastaba. Pese a su juventud, ya se había granjeado el respeto de la plana mayor del ejército Gupta, y su ambición no conocía límites—. Lo que no entiendo es cómo es posible que los rebeldes intercepten siempre todas nuestras patrullas, sin importar la hora del día a la que salgan. ¿Acaso tienen ojos repartidos por toda la selva?

Punyavan se mordió el labio inferior antes de contestar.

—Quizá los tengan... pero no sean los suyos.

—¿Qué quieres decir?

—Cabe la posibilidad de que los pueblos tribales de la zona les estén prestando ayuda. Además de estar por todas partes, nadie se conoce el terreno como ellos ni se mueve por él con tanta facilidad.

Shakraditya negó con la cabeza.

—Parece poco probable, los indígenas jamás se mezclarían en una disputa que nada tiene que ver con ellos. Al contrario, su deseo es permanecer aislados sin que nadie los moleste.

—Es cierto —admitió Punyavan—. Pero... ¿y si los *sakas* los tienen amenazados para que colaboren con ellos? Otra opción es que los hayan comprado a cambio de suministros y enseres que los indígenas no podrían obtener por su cuenta.

—Tienes razón. Desde luego, es una alternativa que no habíamos considerado. Habrá que averiguarlo. Mañana nos acercaremos al poblado estratégicamente mejor situado y les haremos una visita.

—¿Amistosa?

—Eso dependerá de su grado de colaboración.

CAPÍTULO TERCERO



«La persona, para alcanzar el conocimiento trascendental más elevado, en vez de dedicar su inteligencia y capacidades personales debatiendo o siguiendo caminos falsos, debería acercarse a un maestro espiritual genuino para obtener de él el maravilloso conocimiento trascendental».

Katha Upanishad 1.2.9

Harshali no cambió de opinión a la mañana siguiente y le rogó a su marido que por favor hiciese todo lo posible por llevar a cabo la adopción de Madhuk.

Bindusar mantuvo su palabra e inmediatamente se reunió con el muchacho para comunicarle lo que habían decidido. Al principio, Madhuk recibió la noticia con cierto escepticismo, pero en cuanto se dio cuenta de que el maestro hablaba muy en serio, una inmensa sonrisa le iluminó el rostro dejando muy clara su postura. ¡Por supuesto que estaba de acuerdo! Dadas sus circunstancias, poder abandonar las calles y alojarse en un hogar en el cual se ocuparían de sus necesidades más básicas era lo mejor que podía ocurrirle.

Antes de iniciar el proceso, Bindusar efectuó algunas pesquisas en torno al chico, teniendo en cuenta que no sabían prácticamente nada acerca de él. ¿De dónde era? ¿De verdad no tenía ningún pariente cercano? Y, si era huérfano como él mismo había admitido, ¿cómo había perdido a sus padres, si es que alguna vez había llegado a conocerlos? Por desgracia, todo cuanto averiguó fue que llevaba muy poco tiempo en Pataliputra y que al principio se le había visto en compañía de una niña, junto a la que se había dedicado a representar un número de baile para tratar de ganarse algunas monedas. Cuando le preguntó al respecto, Madhuk volvió a mostrarse tan hermético como la primera vez: bajó la cabeza y guardó un calculado silencio, resuelto a que su pasado continuase envuelto en un halo de misterio y secretismo. Harshali estaba convencida de que Madhuk debía de haber sido víctima de un terrible trauma, cuyas secuelas emocionales prefería mantener apartadas en el lugar más recóndito de su cerebro. Desde luego, haría falta mucho tiempo y paciencia antes de que el chico se sincerase con ellos, si es que alguna vez tal cosa llegaba a suceder.

Por lo general, los procesos de adopción eran lentos y tediosos como cualquier otra gestión que implicase una burocracia excesiva. No obstante, gracias a los contactos que el prestigioso maestro había hecho a lo largo de los años, su caso se tramitó en tiempo récord. A ojos de la ley, a Madhuk lo reconocieron como hijo del ilustre matrimonio formado por Bindusar y Harshali, momento a partir del cual adquirió la casta brahmán a la que ellos pertenecían. El siguiente paso no podía ser otro que celebrar el ritual de iniciación que lo convertiría en «dos veces nacido».

La edad idónea para llevar a cabo el *upanayana*, como así se denominaba el rito, solía ser a los ocho años, aunque para los chatrias y vaisyas dicha edad se elevaba ligeramente. Las particulares circunstancias de Madhuk, ya cercano a los catorce, hacían de su caso una excepción.

La ceremonia tuvo lugar bajo un pequeño pabellón que se alzaba en el jardín, al pie de una hoguera que Bindusar solo prendía en ocasiones especiales como aquella. El iniciado se situó al lado del oficiante, uno con la cara vuelta hacia el este y el otro hacia el oeste. En el punto central del acto, Bindusar le concedió al muchacho el cordón sagrado —una cuerda compuesta por tres trenzas de nueve hilos de algodón entrelazado—, que se cruzaba sobre el hombro izquierdo y el costado derecho. Tendría que llevar este cordón a lo largo de toda su vida y quitárselo o romperlo le supondría a su dueño incurrir en una gran impureza ritual que solo limpiaría tras afrontar duras penitencias. Luego, el maestro recitó el considerado como el himno más venerado del Rigveda y le entregó su bastón al muchacho, que dio varias vueltas alrededor del fuego mientras le echaba varios leños para mantenerlo encendido.

Madhuk guardó en todo momento un respeto reverencial, obrando conforme a los ensayos que habían realizado, pues Bindusar le había dejado muy clara la importancia que se le concedía a aquel acto en el marco de la tradición hindú. Tras la finalización de la ceremonia, Harshali le propinó un abrazo tan fuerte que casi lo ahogó, y acto seguido festejaron su iniciación con un banquete repleto de exquisitos manjares que sació su hambre para toda una semana.

Teniendo en cuenta que el muchacho jamás había pisado una escuela durante su infancia, Bindusar se concentró primero en enseñarle la aritmética más elemental, así como a leer y escribir, para que las diferencias con respecto a sus alumnos habituales, cuando estos se reincorporasen a las clases, se notasen lo menos posible.

Al margen de dichos conocimientos, el núcleo principal de sus estudios lo conformaban los Vedas. El maestro recitaba de memoria pasajes enteros que Madhuk tenía que repetir verso a verso, apoyándose en recursos nemotécnicos que aquel le enseñaba. Además, como parte de su formación, una de las primeras cosas que el muchacho tuvo que aprender fue la ejecución de la *sandhya*, un ritual que se celebraba tres veces al día —al amanecer, al mediodía y al atardecer—, en honor al sol, al que se le tenía como símbolo de Visnú y de Shiva, y cuya correcta ejecución implicaba la recitación de mantras, el control de la respiración y la realización de libaciones de agua.

Aunque Bindusar era un excelente maestro, como padre se le notaba, en cambio, mucho más indeciso, no por falta de compromiso, sino porque todavía necesitaba algo de tiempo para acostumbrarse a su nuevo papel. Su principal error radicaba en que, en lugar de tratarlo como a un hijo, lo hacía más bien como a uno de los muchos alumnos que había tenido, sin darse cuenta de que Madhuk, más allá de sabiduría, lo que realmente necesitaba era el cariño de un progenitor. Bindusar no era muy dado a demostrar su afecto mediante el contacto físico y como mucho se limitaba a revolverle el pelo cuando quería expresarle su estima.

Con el transcurso de las semanas, el papel de Bindusar como padre fue ganándole terreno al de maestro, hasta que un día no necesitó esforzarse en actuar como el primero por encima del segundo. Curiosamente, lo que más contribuyó a fortalecer el vínculo entre ellos fue la *vina* que llevaba años olvidada en su habitación. Madhuk se empeñó en aprender a tocar el instrumento, y las horas que pasaron juntos en aquel ambiente distendido, muy alejado del rigor que exigía el estudio de los Vedas, facilitaron que un fuerte sentimiento de apego fluyera entre los dos.

Harshali, por el contrario, había asumido su papel de madre con toda la naturalidad del mundo, sin necesidad de pasar por ningún proceso de adaptación. Cuando no estaba estudiando, la mujer acaparaba por completo al muchacho, al que surtió de ropa, calzado, perfumes y todo tipo de accesorios para el aseo.

Pasaban muchas horas juntos cuidando del jardín, aunque también en la capilla, pues Harshali se ocupaba de enseñarle a Madhuk los rituales domésticos que debían llevarse a cabo en honor a Shiva. A la talla del dios hindú se la trataba como si fuese un invitado, al que se despertaba por la mañana con el sonido de campanillas, se le ofrecía agua para que se lavase los pies, se le honraba con flores, se le alimentaba con arroz y fruta, y hasta se le abanicaba los días de mayor calor. Shiva era un dios ambivalente, al mismo tiempo destructor y restaurador, y normalmente se le representaba como un asceta en estado de meditación, en cuya frente tenía un tercer ojo como símbolo de su privilegiado discernimiento.

Aunque al principio Madhuk pensó que el trato tan exquisito de que era objeto la estatua de Shiva por parte de Harshali debía de ser excepcional, después supo que en realidad aquella forma de adoración estaba extendiéndose con gran aceptación por una gran mayoría de los hogares de la India.

Por su parte, Madhuk había aceptado la nueva vida de estudiante que conforme a su casta recién adquirida debía observar, del mismo modo que habría aprendido un oficio si aquella hubiese sido su obligación. Por muy ajena que le resultase la práctica del estudio, no podía desaprovechar la increíble oportunidad que el destino le había brindado. Además, pronto comenzó a sentir que aquellos extraños que de la noche a la mañana se habían convertido en sus padres se ganaban en muy poco tiempo un hueco en su corazón. Madhuk tan solo lamentaba que Sarasvati no pudiese beneficiarse de su suerte, pero necesariamente debía mantener la existencia de su hermana en secreto.

Una de las cosas que más sorprendió a Bindusar fue darse cuenta de que Madhuk desconocía en gran medida los principios más básicos por los que se regía la sociedad hindú, como si el muchacho hubiese estado recluido en una cueva durante toda su infancia, de la que jamás hubiera salido hasta fechas muy recientes. En todo caso, era su deber remediar aquella carencia, de manera que tras entender que había llegado el momento adecuado, Bindusar se dispuso explicarle una de las doctrinas más elementales. Madhuk, por su parte, prefería con mucho aquel tipo de lecciones, cuyo aprendizaje lo ayudaba a integrarse con mayor facilidad en la sociedad donde vivía, que la interminable memorización de textos sagrados que no tenían el menor significado para él.

Maestro y alumno se sentaron en la posición de loto sobre una esterilla de la sala de estar, dispuestos frente a frente.

—Ya me has oído hablar de las cuatro grandes clases sociales en que se divide la sociedad, ¿verdad? Pues bien, de la misma manera, la vida del individuo también se divide en cuatro etapas llamadas *ashramas*. —Bindusar se acarició la calva antes de continuar—. Y la primera etapa es precisamente la que tú acabas de iniciar: la de estudiante.

—Maestro, perdone que lo interrumpa —intervino Madhuk, que de momento no sentía que el vínculo entre ambos fuese lo suficientemente estrecho como para poder llamarlo padre—, pero... ¿acaso la infancia no cuenta?

—Como los pájaros, los niños son almas libres a quienes se les deja jugar bajo la amorosa mirada de sus padres. No obstante, recuerda que no se convierten en miembros de pleno derecho de la sociedad hasta su segundo nacimiento, cuando tiene lugar el ritual del *upanayana*. —Madhuk asintió tras

haber comprendido y continuó prestando atención—. El estudiante, como ya sabes, debe trasladarse a la casa de su maestro y formarse en el estudio de los Vedas y otras materias complementarias, entregado a una vida casta y muy disciplinada.

Madhuk frunció el ceño en señal de confusión.

—¿Una vida casta? ¿Y por qué tal cosa es necesaria?

Bindusar ya se había acostumbrado al habitual desparpajo del muchacho y la pregunta no lo cogió excesivamente desprevenido.

—La idea detrás del celibato reside en que el poder sexual debería canalizarse hacia un objetivo espiritual, que constituye una de las principales metas de este ciclo. —El maestro reanudó su exposición tras comprobar que la aclaración había satisfecho a Madhuk—. Una vez finalizada la etapa de estudiante, da comienzo el segundo estadio: el de cabeza de familia. Desde ese momento, el joven debe empezar a trabajar, tomar una esposa y engendrar descendencia que perpetúe su linaje. Esta supone la época de mayor participación en la vida social y económica de la comunidad.

Madhuk alzó la mano, movido por una duda que lo había asaltado de repente.

—¿Será a través de mí como asegure usted su descendencia?

—No te hemos adoptado por este motivo, si es que tu pregunta iba por ese camino. —Socialmente, los hijos adoptados se consideraban pobres sustitutos de los hijos naturales, debido a que se cuestionaba la eficacia de su intervención en los ritos mortuorios. Bindusar, sin embargo, prefirió omitir aquella información.

—¿Y cuál es la tercera etapa?

—Cuando el cabeza de familia ya peina canas y ha visto nacer a sus primeros nietos, le llega el momento de retirarse al bosque como ermitaño. Allí habitará una pequeña cabaña y llevará una vida de austeridad, penitencia y contemplación.

—¿Eso hará usted? ¿Y qué pasará con Harshali?

—Ella se vendrá conmigo. La ley autoriza al hombre a iniciar dicha etapa solo o en compañía de su mujer. —El maestro se aclaró la garganta antes de continuar—: Finalmente, con la ancianidad, ya rotas las ataduras con el mundo, el hombre se convertirá en *sannyasin*, es decir, en un asceta errante que recorrerá los caminos esperando la muerte, sin más posesiones que una vara y el bol para las limosnas. El propósito de esta última etapa es alcanzar el *moksha* —la liberación—, abandonando así el infinito ciclo de nacimientos y muertes conocido como *samsara*.

Madhuk se quedó pensativo durante unos instantes, mientras asimilaba la lección.

—Entonces... —terció—, ¿todo el mundo tiene que cumplir con la doctrina de los cuatro *ashramas*?

—En absoluto —replicó Bindusar—. Este esquema representa el ideal al que debería aspirar todo hombre que desee cumplir con los principales objetivos del ser humano en el transcurso de una sola vida. No obstante, únicamente unos pocos lo consiguen. La mayoría no pasa de la segunda etapa, o también los hay que pasan de la primera a la tercera, sin llegar a ser nunca un cabeza de familia. Además, esta doctrina no se aplica ni a las mujeres ni a los integrantes de la casta shudra. Y muchísimo menos a los chandalas.

—Entonces, si lo he entendido bien, las cuatro etapas de la vida son las de estudiante, la de cabeza de familia, la de ermitaño y la de *sannyasin*. ¿Verdad?

—Así es, Madhuk —concluyó Bindusar—. Así que, a partir de ahora, grábate para siempre esta doctrina en la cabeza.

Un mes después de la llegada de Madhuk a su nuevo hogar, el maestro ya tenía por fin en sus manos el libro en el que tanto tiempo había invertido, espléndidamente encuadernado e ilustrado, y lo único que le faltaba era llevarlo hasta Nalanda para ofrecérselo a su insigne universidad.

—Me gustaría que vinieses conmigo —señaló Bindusar.

—Por supuesto —acató Madhuk.

—Iremos a pie, como si realizásemos un viaje de peregrinación. La ruta es segura y se encuentra en óptimas condiciones. Nos alojaremos en cualquiera de las numerosas casas de hospedaje que hay por el camino. A buen ritmo, en dos días estaremos allí.

Una vez en marcha, Madhuk se fijó en la gran cantidad de ascetas errantes que atestaban las carreteras y sintió una gran admiración por todos aquellos ancianos que en el ocaso de sus vidas aspiraban a alcanzar el ideal de *sannyasin*. La mayoría de ellos vestían con andrajos, se apoyaban en un báculo de bambú y llevaban por todo equipaje un raspador para limpiarse la mugre, un tazón de limosnas y un legajo de hojas manuscritas sujetas con una cuerda. Más adelante, conforme fueron acercándose a su destino, fueron mayoría los viajeros de cabeza rapada y túnica de color azafrán, a cuya esporádica presencia ya se había acostumbrado Madhuk en las calles de Pataliputra.

—La universidad de Nalanda es budista, por eso no es de extrañar que nos topemos con tantos monjes en las inmediaciones —aclaró el maestro.

El budismo había surgido en el siglo VI a. C., una época especialmente convulsa en la historia del pensamiento indio, en la que una gran variedad de individuos disconformes con el brahmanismo ritualista decidió echarse a los caminos para predicar sus propias enseñanzas. De las diferentes doctrinas que nacieron, algunas pudieron integrarse en la ortodoxia hindú, mientras que otras, consideradas por tal motivo heterodoxas, se desarrollaron de manera independiente.

El movimiento disidente más importante lo fundó Sidarta Gautama —Buda—, un príncipe que durante toda su juventud vivió protegido dentro de los muros de su palacio, rodeado de grandes lujos, hasta que una serie de salidas le descubrieron el sufrimiento que encerraba el mundo exterior. A partir de ese momento dejó atrás su vida anterior y se convirtió en un asceta errante decidido a buscar la verdad sobre la existencia humana.

Finalmente, tras años de penurias y esfuerzos, Sidarta consiguió alcanzar la Iluminación, y desde entonces se dedicó a predicar sus enseñanzas por toda la India. La esencia del budismo se resumía en las cuatro nobles verdades: la primera establece que la vida es sufrimiento; la segunda, que el origen del sufrimiento es el deseo; la tercera reconoce que puede ponerse fin al dolor; y la cuarta nos indica el camino, conocido como del óctuple sendero, una vía intermedia que debe evitar tanto el exceso de placeres como el ascetismo extremo.

El budismo trajo, además, el monasticismo organizado, que antes no existía en el país. Las comunidades de monjes se sostenían gracias a las generosas donaciones de los creyentes laicos, la mayor parte de los cuales pertenecían a la clase vaisya^[16].

—Pero, maestro, siendo usted shivaísta, ¿cómo es que mantiene tan buenas relaciones con los seguidores de Buda?

—Verás, yo soy de la opinión de que las distintas creencias religiosas deberían poder coexistir en paz. Por desgracia, en nuestra sociedad la intolerancia prevalece sobre el respeto demasiado a menudo. —Bindusar pensó que aquella constituía una magnífica oportunidad para ampliar la formación de Madhuk—. ¿Sabías que los credos más extendidos en nuestro país comparten una base común? Pues, así es. En realidad, el budismo tomó como punto de partida para desarrollar su propia filosofía determinados conceptos propios de la religión hindú. Estoy refiriéndome al karma, al *samsara* y al *moksha*, de los que ya me habrás escuchado hablar. En su día,

nadie cuestionaba que el karma acumulado como consecuencia de nuestras acciones repercutía más allá de nuestra existencia actual. Pero ¿cómo podía el hombre liberarse de la interminable rueda de reencarnaciones que constituye el *samsara*? Pues bien, al igual que otros muchos sabios brahmanes de su tiempo, Buda también buscaba la solución a ese dilema.

—Pero, entonces, ¿en qué se diferencia el budismo de la tradición hindú? —inquirió Madhuk con verdadero interés.

—A partir de ahí, en muchísimas cosas —replicó Bindusar—. Para empezar, Buda no reconocía la autoridad de los Vedas ni tampoco les otorgaba valor alguno a los rituales de sacrificio practicados por los sacerdotes brahmanes. Además, proclamaba que solo el hombre podía liberarse a sí mismo, sin que ningún dios pudiese ayudarlo en dicha tarea. Buda, aun admitiendo las deidades como entidades menores sometidas al *samsara*, no aceptaba la existencia de ningún Ser Supremo. Y, para terminar, tampoco reconocía la división de castas y permitía que cualquiera pudiese hacerse monje con independencia de su origen.

Bindusar se pasó el resto del trayecto contestando las múltiples dudas con que Madhuk lo acribilló a partir de ese momento, hasta que por fin llegaron a su destino.

El muchacho se quedó atónito ante el panorama que se desplegaba ante sus ojos. Aunque originalmente había nacido como un humilde monasterio budista, el lugar se había transformado en muy poco tiempo en una impresionante universidad. El recinto estaba compuesto por un complejo de edificios entre los que se incluían templos, aulas, pabellones que servían de residencias, bibliotecas, graneros, zonas verdes... y todo ello comprendido en un perímetro amurallado, por encima de cuyas paredes sobresalía un conglomerado de estupas^[17] en forma de cúpulas semiesféricas, sobre las cuales se reflejaban los rayos del sol.

A pesar de su origen y administración budista, en la universidad de Nalanda se admitían estudiantes de todos los credos, y además de la doctrina que le era propia, también se enseñaban los Vedas, filosofía hindú, lógica, gramática, astronomía y medicina —con especial énfasis en la ciencia ayurvédica^[18], muy avanzada en aquellos tiempos—. La vida académica y la actividad intelectual se palpaban en cada rincón de aquel centro, al que acudían sabios extranjeros venidos desde muy lejos para pasar allí largas temporadas, y en el que enseñaban los más reputados maestros, incluido el propio Bindusar, que invitado por el abad había impartido más de una clase magistral con gran éxito.

Bindusar se presentó ante el monje de la entrada y preguntó por el abad, al que deseaba ver en persona. El monje le trasladó la petición a un novicio, que regresó al cabo de unos minutos con la respuesta que esperaban.

—El abad aguarda junto a la estupa principal. Sean bienvenidos.

Madhuk y el maestro atravesaron un patio exterior y pasaron junto a un edificio en cuyo interior, a juzgar por el olor que escapaba de las ventanas, no cabía duda de que radicaban las cocinas. A continuación, enfilaron unas interminables escaleras que desembocaban en la sección más alta del monasterio, compuesta por un entramado de pasarelas de madera que circunvalaban el conjunto de estupas que coronaba la construcción. Desde aquella considerable altura, la espectacular panorámica que ofrecía el lugar podía hacerle pensar a uno que estaba mirando a través del tercer ojo de Shiva.

Instantes después, un monje de unos sesenta años acudía al encuentro de Bindusar, juntando las manos por debajo de la barbilla, a modo de saludo.

—Tu presencia aquí es siempre bienvenida —dijo el abad exhibiendo una cálida sonrisa.

—Es un placer volver a verte, Padmabandhu.

Al monje budista y al maestro hindú los unía una sólida amistad forjada a lo largo de muchos años. En el ámbito académico, ambos habían protagonizado apasionados debates en defensa de sus propias creencias, y pese a la sensibilidad de la materia, lo habían hecho siempre desde la tolerancia y el respeto. Padmabandhu era un hombre rechoncho y de carrillos rubicundos, cuyo carisma y duro trabajo lo habían llevado a ocupar el puesto que ostentaba en la actualidad.

—Por cierto, ¿y quién es este muchachito que te acompaña? Supongo que uno de tus alumnos, ¿verdad?

—En efecto —corroboró Bindusar—, pero es mucho más que eso: también es mi hijo. —El abad enarcó las cejas sin disimular su sorpresa. ¿Cómo era posible que su querido amigo le hubiese ocultado semejante información durante tanto tiempo?—. No es lo que piensas —se apresuró a aclarar el maestro—. Madhuk es fruto de una reciente adopción.

El gesto de extrañeza de Padmabandhu se tornó rápidamente en una sonrisa.

—Una decisión muy loable —señaló, aunque por prudencia prefirió no profundizar en el tema en presencia del chico.

Tras las presentaciones de rigor, el trío echó a caminar por las terrazas adyacentes a las estupas y las rodeó siempre en el sentido de las agujas del

reloj.

—Este sitio parece más grande cada vez que vengo —comentó Bindusar—. No sé cómo te las arreglas.

—Es cierto, la universidad no deja de crecer, pero aunque yo sea la cabeza visible de esta organización, el mérito no es solo mío. —El abad detuvo su avance un momento—. Pero dime, ¿qué te trae por aquí? ¿Acaso te gustaría que acogiésemos a Madhuk durante una temporada para que se especializase en un campo en concreto?

—No, nada de eso. Pese a su edad, mi hijo apenas acaba de comenzar sus estudios. —El maestro se aclaró la garganta antes de continuar—. Se trata del libro en el que llevaba trabajando durante tanto tiempo.

—¿Tu transcripción del Mahabharata? ¿Por fin la has terminado?

—Así es. Lo tengo aquí mismo.

Madhuk le tendió el manuscrito que él mismo había acarreado durante buena parte del viaje.

—Por favor, échale un vistazo.

Padmabandhu lo examinó con muchísimo cuidado, perfectamente consciente del tesoro que constituía aquella pieza.

—Desde la primera hasta la última página tu caligrafía es exquisita —elogió—. Felicidades, amigo. Es una obra realmente magnífica.

—¿Y qué te parecería que pasara a formar parte de vuestra ilustre biblioteca?

—¡Me encantaría! —exclamó el abad—. Aunque debo advertirte de que disponemos de un presupuesto limitado. Tengo que consultarlo, pero creo que podría ofrecerte en torno a los ochocientos *panas*^[19].

Aquella era una cantidad nada despreciable, equivalente a lo que Bindusar podía ganar a lo largo de todo un año.

—No pienso regatear, Padmabandhu. Aceptaré lo que me ofrezcas. Ya sabes que nunca me metí en este proyecto por razones pecuniarias.

Madhuk caminaba un paso por detrás de los adultos, abstraído de su conversación, mientras se asomaba continuamente a la barandilla para contemplar el gentío que discurría abajo, en el suelo, reducido al tamaño de atareadas hormigas. Poco después pasaron junto a una especie de garita de escaso tamaño, situada junto a la escalinata dispuesta en el extremo opuesto, que captó inmediatamente su atención. Un novicio sentado en la posición de loto se hallaba en el interior de la estructura, con un enorme tambor a un lado y un extraño aparato al otro, al que no le quitaba los ojos de encima.

—¡Madhuk! —lo llamó el maestro tras comprobar que se quedaba rezagado.

—¿Qué es esto? —preguntó el muchacho.

El propio Padmabandhu giró sobre sus pasos para explicarle a Madhuk la función del singular mecanismo de cuyo manejo se encargaba el novicio.

—Esto es una clepsidra, es decir, un reloj de agua, esencial para regular la vida del monasterio.

El artefacto se componía de un recipiente de metal lleno de agua, sobre cuya superficie flotaba una copa de cobre, a la que se le había realizado un agujero con el diámetro exacto para que se llenara justo al cabo de una hora.

—¿Y cómo funciona?

—Muy sencillo —repuso el abad—. Una vez que se llena, la copa se hunde en el agua. Y, en ese momento, el responsable de la clepsidra golpeará el tambor un número determinado de veces, según el momento del día.

Madhuk observó la clepsidra con gran interés. En el suelo había más copas, perforadas con un diámetro distinto según se quisiera señalar los tiempos cada media hora o cuarenta y cinco minutos. La ventaja sobre el reloj de sol, denominado gnomon, residía en que el de agua también funcionaba de noche, así como los días especialmente nublados. Aquel ingenioso instrumento no solo regulaba la vida monástica, sino también la de la corte en palacio.

Finalmente, iniciaron el descenso por las empinadas escaleras con destino a la biblioteca para depositar allí el libro de Bindusar.

—Quiero aprovechar este encuentro para hacerte partícipe de una noticia que muy poca gente sabe —anunció Padmabandhu por el camino.

—¿De qué se trata?

—Estoy a punto de renunciar a mi cargo de abad.

—No me lo esperaba —admitió el maestro—. ¿Y qué harás a partir de ahora? ¿Acaso te planteas una vida dedicada al retiro y la meditación?

—Nada de eso. Más bien todo lo contrario, pues mi próxima ocupación será todavía más exigente que la actual.

A Bindusar no se le ocurría qué labor podía conllevar mayor responsabilidad que la de dirigir el monasterio y la célebre universidad de Nalanda.

—¿De qué se trata entonces?

—Discúlpame, amigo. Pero todavía no puedo desvelártelo. Como podrás imaginarte, es un asunto bastante delicado. No obstante, te lo haré saber en cuanto pueda.

—Me tienes en ascuas, Padmabandhu. ¿Puedes decirme al menos qué te ha llevado a tomar una decisión así?

—Voy a serte sincero. Creo que a través de mi nueva ocupación podría llegar a ejercer una verdadera influencia sobre la vida de la gente.

Aquella respuesta lo dejó aún más intrigado, pero, fiel a sus principios, el abad no añadió ni una palabra. Durante el viaje de vuelta, Bindusar no dejó de rumiar el asunto sin sacar nada en claro, mientras que Madhuk, por su parte, aún seguía fascinado con el ocurrente funcionamiento del reloj de agua al que llamaban clepsidra.

2

Un nuevo consejo de ministros estaba punto de tener lugar.

En un extremo de la mesa, presidiéndola, se hallaba el emperador, y frente a él, en el extremo opuesto, su hermano Bhanugupta, en calidad de *mahamantrin*^[20]. A un lado se sentaban Abhimanyu —el *purohita*—, y el astrólogo de palacio, cuyos dictámenes se tenían muy en cuenta. Y al otro, Harshul —el *mahasenapati*^[21]—, que ocupaba un asiento junto al recaudador general de impuestos, que en aquella ocasión ejercería también las funciones de secretario.

Para preservar el secreto de las deliberaciones no había nadie más en la sala, ni sirvientes ni tampoco centinelas, que hacían guardia al otro lado de la puerta a una distancia prudencial. Asimismo, la ley sagrada no permitía la presencia de mujeres, indiscretas por naturaleza, ni la de loros o papagayos, cuyas facultades parlantes estaban excesivamente sobrevaloradas.

El consejo abordó al principio temas rutinarios, a los que no se les dedicaba más allá del tiempo imprescindible.

—Para lo que queda de año, deseo aumentar al doble la partida presupuestaria destinada a los académicos y eruditos —indicó el emperador—. Y muy especialmente a los matemáticos. Me consta que están logrando avances portentosos en dicha materia. Además, quiero nombrar a Kalidasa primer poeta de la corte, y que se le procure alojamiento en las dependencias de palacio. —Kalidasa se había convertido en el más extraordinario poeta y dramaturgo nacido en aquellas tierras, de cuyo trabajo Kumaragupta se había quedado prendado por completo.

El recaudador general de impuestos tomó nota de la voluntad expresada por el emperador, con la aquiescencia de todos los presentes. A nadie se le

escapaba que el mecenazgo de artistas y sabios constituía una de las principales funciones de los reyes.

—Además, en cuanto a las donaciones habituales destinadas al mantenimiento de los templos, quiero que se aumente en un veinte por ciento la cantidad consignada a los santuarios budistas y jainistas.

—¿Cómo?! —exclamó el *purohita*—. ¿Y eso a qué viene?

—Únicamente trato de ser lo más justo posible.

—¿Favoreciendo a las sectas heterodoxas en detrimento de la tradición hindú?

—Cálmate, Abhimanyu. Sabes que siempre he sido muy tolerante en lo que a la libertad de credo se refiere, igual que lo fueron mi padre y mi abuelo antes que yo. ¿No es verdad, hermano?

Bhanugupta asintió de forma casi imperceptible, como si le costase darle la razón.

—Una cosa es la libertad religiosa, a la que yo tampoco me opongo —argumentó Abhimanyu—, y otra muy distinta lo es favorecer más de la cuenta otras creencias, en perjuicio de tu propia fe.

—¡No exageres! De cualquier manera, los templos hindúes continúan acaparando la mayor parte de nuestra financiación.

El *purohita* se cruzó enérgicamente de brazos mientras cogía aire para proseguir con la discusión.

—Deberíamos seguir avanzando —intermedió Bhanugupta acariciándose el elegante bigote acabado en punta—. Aún nos quedan por delante importantes asuntos que tratar. —La intervención del *mahamantrin* pareció surtir el efecto deseado, pues Abhimanyu se dio finalmente por vencido—. Cambiemos de tema. ¿Alguna novedad acerca de los hunos blancos? —le preguntó a Harshul.

El *mahasenapati* se irguió ligeramente y se aclaró la garganta antes de contestar. La característica frialdad de su mirada ni siquiera se relajaba cuando se encontraba en el seno del consejo.

—Todavía no se han hecho con el control total de la Bactria, pero es tan solo cuestión de tiempo.

—Ya os advertí que tal cosa no sucedería antes del próximo equinoccio —señaló el astrólogo, cuyo nivel de acierto en sus predicciones era extraordinariamente alto.

Kumaragupta reclamó la atención para sí.

—De acuerdo, ya sabéis lo que pienso al respecto. Esperaremos a que el conflicto se haya resuelto del todo, y solo entonces estableceremos contactos

diplomáticos con ellos. Y, en todo caso, siempre desde el máximo respeto. ¿Está claro?

Tanto Bhanugupta como Harshul habrían sido más partidarios de adoptar desde el principio una postura mucho más firme con aquellos bárbaros del norte, cuya ambición parecía no conocer límites. Sin embargo, no tenía sentido volver a oponerse a la voluntad del emperador, por lo menos mientras las circunstancias siguiesen siendo las mismas.

—Bien, ahora me encargaré de exponer un asunto de carácter esencial, del que no he tenido conocimiento hasta esta misma mañana —anunció Bhanugupta paseando la mirada entre los presentes—. Según nuestro embajador en el reino de los *pushyamitras*, su soberano ha comunicado que no piensa abonarnos los correspondientes tributos a partir del año que viene.

Los *pushyamitras*, que constituían un feudo de la India central sito en la ribera del río Narmada, habían aceptado someterse voluntariamente al Imperio de los Gupta, convirtiéndose de ese modo en un reino vasallo. En virtud de dicha condición, que les permitía conservar la administración sobre su pueblo, debían pagar anualmente tributo al emperador, asistirlo con sus tropas en caso de confrontación con un tercero y también comparecer en persona con ocasión de ciertas ceremonias celebradas en la capital del Imperio. Aquellos reinos que se habían enfrentado a los Gupta, en cambio, se asimilaban por completo, y se nombraba un virrey que ejercía sobre ellos un gobierno directo.

—Seguramente se trate de una simple amenaza realizada en un momento de frustración —dijo Kumaragupta—. Pero cuando llegue la hora de la verdad, no se atreverán a hacerlo.

—Ojalá estuvieses en lo cierto —lo corrigió su hermano—. No obstante, me temo que van muy en serio. —Y dicho esto, deslizó una hoja de palma sobre la mesa, en la que el rey de los *pushyamitras* dejaba muy clara su postura—. Incluso han osado ponerlo por escrito.

—¡Es inaceptable! —exclamó Harshul—. Deberíamos desplegar inmediatamente nuestro ejército y someterlos por la fuerza.

—Estoy de acuerdo —secundó Bhanugupta.

—No tan deprisa —repuso el emperador—. La guerra debería constituir siempre la última respuesta.

—No nos dejan otra opción —insistió el *mahasenapati*—. Si no actuamos con contundencia, nos arriesgamos a que el resto de los reinos imiten su comportamiento y se declaren también en rebeldía.

Un murmullo de asentimiento se extendió por toda la sala. Tanto Abhimanyu como el astrólogo se mostraron de acuerdo con la tesis que defendían Bhanugupta y Harshul.

—Solo digo que antes de tomar una decisión pensemos en otras alternativas —se defendió Kumaragupta.

—No se me ocurre ninguna —replicó su hermano.

—Por si sirve de algo —terció el recaudador general de impuestos—, me gustaría dejar claro que nuestras arcas están llenas. —El comentario era del todo intencionado, pues aquel constituía un factor a tener muy en cuenta debido a los enormes gastos que una guerra solía generar.

El sistema impositivo establecido desde hacía siglos en la antigua India estaba perfectamente organizado. El impuesto base se aplicaba a las tierras de cultivo y a los rebaños, y se fijaba normalmente en una cuarta parte de los rendimientos, pudiendo satisfacerse tanto en especie como en dinero. Por otro lado, los artesanos debían contribuir al erario con el importe equivalente a dos días de trabajo al mes, mientras que los comerciantes tenían que abonar un peaje en las puertas de las ciudades, así como una tasa en los mercados. Además, el rey gozaba de la exclusiva titularidad sobre el subsuelo, de manera que la explotación de las minas constituía una de sus principales fuentes de ingresos. Por otra parte, de acuerdo con la ley sagrada, las mujeres, los niños, los estudiantes, los sacerdotes brahmanes y los ascetas estaban exentos de pagar impuestos.

—Soy consciente de que disponemos de recursos de sobra para afrontar una guerra. Mi preocupación tiene más que ver con la pérdida de vidas humanas, motivo por el cual no deberíamos tomar una decisión de este tipo tan a la ligera. —El emperador clavó su mirada en el *mahasenapati*—: ¿Has evaluado la capacidad del ejército enemigo al que tendríamos que hacer frente?

—No voy a negar que los *pushyamitras* gozan de una larga tradición como guerreros —admitió Harshul—. Además, su ejército permanece completamente intacto, debido a que se sometieron voluntariamente a tu padre. Pese a todo, no me cabe la menor duda de que venceremos.

—¿Y si los hunos blancos decidieran invadir nuestras fronteras desde los pasos del noroeste, aprovechando nuestro enfrentamiento con los *pushyamitras* en el centro del país? ¿Habéis contemplado esa posibilidad?

—Por eso tendríamos que atacarlos sin perder un solo minuto —replicó Bhanugupta—. Antes de que a esos malditos bárbaros les dé tiempo a asentarse en los territorios que todavía luchan por conquistar.

—Exacto —convino Harshul.

Kumaragupta lanzó un resoplido.

—Las cosas podrían complicarse —arguyó—. ¿Y si los *pushyamitras* lograsen hacerse con el apoyo de otros reinos igualmente descontentos? Si nos han lanzado este órdago, estoy seguro de que ya habrán iniciado sus contactos. En tal caso, la guerra se prolongaría mucho más de lo esperado, por no decir que correríamos el riesgo de que el imperio se partiese en dos.

—Lo que no podemos hacer es quedarnos de brazos cruzados —sentenció Bhanugupta—. Y parece muy claro que por aplastante mayoría el Consejo ha decidido que...

—¡Basta! —gritó el emperador, al tiempo que propinaba un puñetazo sobre la mesa. Habitualmente, el consejo adoptaba sus decisiones por mayoría, salvo en los asuntos de extraordinaria importancia, en los que la última palabra la tenía siempre el rey. Su hermano, sin embargo, actuaba como si tratara de sacar adelante aquel dictamen sin tenerlo para nada en cuenta—. No sigas por ese camino, te lo advierto.

Bhanugupta se quedó petrificado mientras sentía que una bola de odio se formaba en su interior.

—Pero yo soy el *mahamantrin*... —argumentó para defenderse.

—¡Y yo el emperador!

Un tenso silencio se apoderó del ambiente.

—¿Podríamos, por favor, rebajar el tono de la conversación? —terció el *purohita* en tono apaciguador.

—Nuestro padre habría actuado de forma muy diferente... —murmuró Bhanugupta por lo bajo.

—¿Cómo has dicho? —Se encaró Kumaragupta amagando con alzarse de la silla.

—Abhimanyu tiene razón —intervino Harshul extendiendo los brazos en actitud conciliadora—. No ganamos nada enfrentándonos entre nosotros.

La tensión de los siguientes minutos alcanzó tal grado de temperatura que evitaron incluso cruzar las miradas para reavivar el conflicto.

—He tomado una decisión —anunció Kumaragupta de repente—. Tengo la fórmula para evitar la guerra, a la vez que recuperamos el favor de los *pushyamitras*: le ofreceré a su soberano la mano de la princesa, mi hija Rudrabhiravi. El matrimonio armonizará las relaciones entre ambos linajes y habremos salvado así una situación de crisis sin tener que recurrir a las tropas, que seguirán estando a punto por si más adelante tenemos que enfrentarnos a los hunos blancos. —Y antes de que el consejo hubiese digerido aún la

noticia, añadió dirigiéndose al astrólogo—: Ponte a trabajar ahora mismo y calcula cuál sería la fecha más indicada para celebrar el enlace, de acuerdo con la posición de los astros. —Y dicho esto, dio por concluida la reunión.

3

Para suerte de Sarasvati, el burdel regentado por la *kuttani* que la había reclutado constituía una especie de gran familia, al frente de la cual Madunisha se ocupaba de cuidar de sus chicas como una loba lo haría con sus propias crías.

Aparte de Madunisha, la casa estaba habitada por media docena de jovencitas cuyas edades oscilaban entre los trece y los diecisiete años, y sobre las cuales recaía el deber de sacar el negocio adelante. Asimismo, también contaban con dos sirvientas de edad más avanzada, una dedicada a las tareas relacionadas con la limpieza, y la otra consagrada a la cocina.

Sarasvati había recuperado la sonrisa porque podía vestirse con ropa limpia, asearse a diario, comer hasta saciarse y dormir en una confortable cama con un techo sobre su cabeza. Y todo ello, de momento, sin tener que desempeñar el oficio que ejercían sus compañeras, acerca del cual ella aún carecía de la menor noción. Fiel a su palabra, Madunisha no la pondría a trabajar hasta que menstruase y adquiriese desde ese instante su condición de mujer.

No obstante, eso no quería decir que Sarasvati se quedase de brazos cruzados. Todo lo contrario. Durante el día ayudaba a las sirvientas en todo lo que podía, y por las noches se dedicaba a bailar, pues no había duda alguna de lo bien que se le daba. En la planta baja del burdel había dos grandes salones dispuestos para el entretenimiento de los clientes: el primero se reservaba para apostar a los dados y otros juegos de azar; y el segundo se destinaba a los espectáculos de música y baile. Un par de músicos contratados ex profeso por la *kuttani* tocaban allí casi todas las noches, y las muchachas se turnaban para contonearse al ritmo de las sugerentes melodías de corte oriental.

Por otra parte, Sarasvati se encargaba, asimismo, de avisar a la curandera cada vez que alguna de las muchachas requería de sus servicios. Podría decirse que Kundanika, como así se llamaba la mujer, también formaba parte de aquella singular familia cuya vida orbitaba en torno al prostíbulo. La curandera no solo atendía las dolencias de Madunisha y sus chicas, sino que

además había impuesto una serie de medidas de higiene que debían seguirse a rajatabla en el burdel. Los clientes, con independencia de su presunta pureza espiritual y de la naturaleza del acto que fuesen a llevar a cabo, tenían que lavarse sus partes íntimas antes de cada encuentro. En adición, Kundanika les proporcionaba a las chicas unos capuchones elaborados con cera de abeja, especialmente diseñados para prevenir embarazos una vez colocados en el interior de la vagina. De ella también se decía que practicaba exorcismos, prescribía remedios contra el mal de ojo y preparaba toda clase de antídotos contra cualquier tipo de veneno conocido.

El negocio le proporcionaba a Madunisha pingües beneficios, pese a que las ganancias de dos días de trabajo por mes de cada prostituta terminaban en las arcas del Estado, debido a que la actividad estaba sujeta a inspección por parte de la autoridad gubernamental. Buena parte de los ingresos se destinaban a cubrir los gastos del local y el sueldo de las sirvientas, y a las muchachas les daba una cantidad simbólica de dinero para que se lo gastasen en caprichos, pues ella ya se ocupaba de que todas sus necesidades estuviesen bien cubiertas.

Cuando alguna de sus chicas alcanzaba los dieciocho años, podía decirse que su carrera en el burdel estaba acabada. No obstante, Madunisha no dejaba a ninguna de ellas en la estacada y les ofrecía una salida imposible de rechazar: un matrimonio que ella misma arreglaba con un hombre decente que residiese en alguna población cercana, pero que desconociese por completo el oficio al que hasta entonces se habían dedicado. Mediante aquella fórmula, sus chicas tenían una segunda oportunidad, y ella misma se ganaba una comisión por su labor mediadora. Las prostitutas callejeras, en cambio, no tenían tanta suerte, ya que solían terminar sus días como mendigas o realizando trabajos de muy baja estofa.

Excepcionalmente, el destino de alguna de las chicas podía ser muy distinto, siempre que adquiriese cierta fama debido a sus exquisitas artes amatorias, hasta el punto de llamar la atención del responsable del harén real. En tal caso, la susodicha podía llegar a ser reclutada como *ganika*^[22], con lo que sería inmediatamente trasladada a palacio, donde llevaría a partir de entonces una vida de lujo como concubina del emperador.

La felicidad de Sarasvati alcanzó su punto más alto una mañana en que salió a hacer un recado, cuando su hermano, del que no había vuelto a saber nada desde su separación, la abordó. Su alegría fue aún mayor cuando este le contó que había dejado las calles gracias a la generosidad de una pareja que había decidido adoptarlo y brindarle una educación.

Aquel tipo de vida, sin embargo, solo le duró un par de meses, hasta que poco después de cumplir los doce años Sarasvati tuvo por fin su primera menstruación.

—Te dije que a partir de este momento todo cambiaría, ¿verdad? —le comunicó Madunisha, tras haberla ayudado a lidiar primero con los aspectos relativos a la higiene derivados de su nueva situación.

—Sí...

—Desde ahora tendrás que hacer el mismo trabajo que tus compañeras.

—¿Dar placer a los hombres?

—Así es. Y te estrenarás con uno de mis clientes más poderosos. ¿Sabías que este hombre está dispuesto a pagar una desorbitada cantidad de dinero solo por estar contigo? —Sarasvati percibía el perfumado aliento de la *kuttani* mientras escuchaba su discurso—. Tu virginidad es muy apreciada.

—¿Y qué tendré que hacer?

Más allá de lo que las otras chicas le habían contado acerca de sus encuentros, Sarasvati seguía ignorando todo lo relativo al sexo, porque Madunisha así lo había querido. Con independencia del aspecto meramente biológico, la virginidad debía extenderse también al ámbito de la mente. A cambio de su generoso desembolso, el cliente esperaba apropiarse de la inocencia de la niña en toda su amplitud.

—Déjate llevar. Haz lo que te pida. Este servicio es una excepción. Cuanto menos sepas, más satisfecho quedará el cliente.

—De acuerdo.

Madunisha le acarició la mejilla con dulzura.

—No te preocupes —señaló—. Estarás bien. Te lo prometo.

Apenas una semana más tarde todo estaba preparado para el encuentro.

Sarasvati aguardaba en una de las habitaciones de la primera planta, menos nerviosa de lo que en un principio habría creído. Las otras muchachas habían sabido calmarla a base de consejos y palabras de ánimo. Además, y como parte positiva, jamás se había visto tan guapa como en aquella ocasión. La propia Madunisha se había encargado de pintarle los labios, los ojos y también las uñas de los pies. Llevaba una guirnalda de flores frescas en la parte posterior de la cabeza, un sinfín de pulseras en ambos brazos, y, desvestida de cintura para arriba, lucía una larga falda de seda sujeta con una faja tachonada con gemas de color verde.

Era medianoche y el burdel había cerrado mucho antes de tiempo para mantener en secreto la identidad del ilustre cliente. La *kuttani* esperaba

afuera, pero lo hacía en una callejuela que comunicaba con la parte posterior, a salvo de las miradas indiscretas de transeúntes y vecinos.

Al cabo de escasos minutos, un palanquín dorado acarreado por cuatro musculosos sirvientes doblaba la esquina y se detenía a la hora convenida frente a la puerta de atrás. Su único ocupante, haciendo gala de todo su orgullo, descendió trabajosamente del vehículo y rechazó la ayuda de Madunisha, que lo recibió juntando las manos por debajo de la barbilla en señal de *namasté*.

—¿Todo en orden? —inquirió Abhimanyu.

—Desde luego —contestó la *kuttani*—. El local está completamente vacío. Tratándose de usted, puede estar seguro de que la discreción constituye siempre mi máxima prioridad.

El *purohita* sacudió la cabeza en señal de conformidad. Si en la corte se supiese que el sacerdote real visitaba sitios como aquel, aunque fuese muy de vez en cuando, su reputación acusaría un golpe tan fuerte que difícilmente podría recuperarse.

—Sígueme, por favor.

Madunisha lo condujo a través de los pasillos y las salas envueltas en penumbra. Solo por aquella noche, el habitual ambiente festivo se había visto sustituido por aquella insólita quietud.

—Por el precio que voy a pagarte, espero que la chica que me tienes preparada merezca la pena —espetó Abhimanyu mientras subían las escaleras camino de la primera planta.

—Llevo demasiados años en el negocio como para jugarme a estas alturas el prestigio que tanto esfuerzo me ha costado ganar.

La *kuttani* se paró ante la puerta de la habitación en cuyo interior esperaba Sarasvati, y a continuación se retiró mostrando su mejor sonrisa.

—A partir de ahora el resto es cosa suya...

El *purohita* accedió al aposento, tenuemente iluminado por una serie de faroles dispuestos sobre pequeños nichos abiertos en la pared. El lugar olía a incienso de sándalo mezclado con el aroma aceitoso que las lamparillas desprendían. Por todo mobiliario, había tan solo un taburete y una enorme cama con dosel. Sarasvati aguardaba en pie en el centro de la habitación, en actitud recogida y con las manos apoyadas sobre el regazo.

—Eres muy guapa. ¿Lo sabías?

—Gracias...

Abhimanyu carraspeó y dio un paso al frente, complacido ante la visión de aquella auténtica muñeca de carne y hueso. No cabía duda alguna de que le

gustaba lo que veía. Sarasvati, por el contrario, no se esperaba que su primer cliente, aquel llamado a tener el dudoso honor de desflorarla, fuera una persona tan mayor. No obstante, mantuvo su semblante imperturbable para no dejar traslucir lo que pensaba.

—¿Cómo te llamas?

—Sarasvati, señor.

—Me han dicho que ya eres toda una mujer, ¿verdad?

La niña asintió.

—Bien, bien. Eso me deja mucho más tranquilo.

El *purohita* recorrió la escasa distancia que los separaba para tocarla por vez primera, rozándole la cara con un cierto rastro de veneración. Su mano estaba caliente, pero el tacto le resultó áspero y desapacible. Pese a todo, Sarasvati se esforzó por mantener una sucinta sonrisa en los labios, como si en verdad estuviese disfrutando de todo aquel proceso.

Acto seguido, Abhimanyu se sentó en el borde de la cama y deslizó las manos hacia abajo, palpando con ansia el torso desnudo de la niña, cuyos pechos apenas conformaban un ligero relieve y sus areolas todavía no se habían definido del todo en torno a sus pezones diminutos.

—¿Te gusta? —preguntó con la voz entrecortada.

Al principio, Sarasvati no pudo evitar sentirse ligeramente asqueada. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que más le valía adoptar una actitud más neutra, casi complaciente, si no quería echarlo todo a perder.

—Sigamos descubriendo tu precioso cuerpo... ¿No te parece?

De un tirón la despojó de su falda, hasta dejarla completamente en cueros. Sus ojos se posaron en la vulva, aún desprovista de vello, y sin previo aviso hundió uno de sus dedos en la estrecha cavidad. El *purohita* comenzó a salivar como un perro al que acabasen de quitarle un hueso, mientras Sarasvati se dejaba hacer sin sentir la menor sensación de dolor o placer, más allá de una cierta incomodidad.

—Conviene que te humedezcas por dentro —masculló con la respiración agitada—. Es por tu propio bien. Ya lo entenderás cuando hagamos lo que viene a continuación.

Un par de minutos después, Abhimanyu se puso en pie cuán largo era y se desprendió de su *vasana* hasta dejar al descubierto su espartana desnudez.

Sarasvati contempló entonces el *lingam*^[23] de su cliente con una mezcla de repulsión e interés. Estaba cubierto de venas palpitantes y la punta redondeada se mostraba de un intenso color rojo. No estaba tieso del todo y su tamaño era más bien pequeño. El miembro de su hermano era incluso mayor.

Las chicas le habían contado que el sexo consistía básicamente en que los hombres les introducían su falo en el interior de la vagina. Pues bien, si así era, el miembro de aquel hombre no le daba ningún miedo.

La excitación del *purohita* aumentó aún más si cabía al ver que la niña examinaba su *lingam* con curiosidad.

—Tócamela —gimió—. Tócamela un poco antes de que te la meta.

Sarasvati extendió la mano y, sin vacilar un instante, le agarró el falo como si sujetase el mango de una sartén. Estaba caliente e inmediatamente lo notó crecer entre sus dedos.

—Vamos, ahora mueve la mano arriba y abajo —le indicó Abhimanyu con el pulso cada vez más acelerado.

Sarasvati obedeció, pero al cabo de unos segundos sucedió algo completamente inesperado. Su cliente se convulsionó de repente y de su *lingam* brotó una sustancia blanca y pegajosa que le salpicó toda la mano. La niña elevó la mirada y se detuvo sin saber qué hacer, mientras el *purohita* se recuperaba de su orgasmo anticipado. El hombre parecía aturdido y enfadado consigo mismo, como si aquello no tuviese que haberle ocurrido, pero tampoco hubiese podido impedirlo.

Seguidamente comenzó a vestirse, intentando contener el fuerte sentimiento de culpa que comenzaba a invadirlo. ¿Cuántas ofrendas tendría que realizar a Visnú? ¿Cuántos mantras tendría que recitar y cuántos sacrificios tendría que brindar al fuego sagrado del templo para limpiar su karma tras lo acontecido?

Cuando su cliente abandonó la habitación, Sarasvati suspiró aliviada tras haber salido bien parada de su primera experiencia profesional. Y, aunque sabía que todavía le quedaba todo por aprender, al menos ya había conseguido perderle el miedo.

Dattadevi se inclinó sobre el caballete y aplicó una cuidadosa pincelada en el lienzo, que en ese momento acaparaba toda su atención. Después de que Kumaragupta hubiese perdido definitivamente su interés en ella, la primera reina consorte se había refugiado en el arte de la pintura, al que dedicaba incontables horas y para el que había demostrado poseer un talento cada vez mayor.

—No te muevas tanto, Anumita. De lo contrario, vas a conseguir arruinarlo todo.

—Mi señora, si parece que tiemblo como un cervatillo al que estuviesen a punto de dar caza, se debe a la gran excitación que siento por el hecho de que alguien vaya a hacerme un retrato por primera vez. Además, como tampoco estoy acostumbrada a hacer de modelo, me resulta muy difícil mantenerme completamente inmóvil.

Aunque Anumita integraba el harén de palacio, no lo hacía precisamente en calidad de concubina. La mujer era enana —*vamanika*—, y su principal tarea consistía en distraer a sus compañeras con sus gracias, al modo de los bufones de las cortes europeas.

—¿Y qué vas a hacer con el cuadro cuando esté terminado? —preguntó la reina.

—Ais, el problema es que no tengo dinero para pagarle —suspiró Anumita—. A lo mejor podría darle algunas de mis joyas, aunque ninguna es de gran valor.

—No seas tonta. Pienso regalártelo. ¿Para qué querría yo tu dinero si ya vivo con todas las comodidades que podría desear?

Además, Dattadevi tenía en gran estima a Anumita, pues ambas llevaban juntas en la corte de los Gupta desde los tiempos de Chandragupta II.

—¡Qué bien! En ese caso, me encantaría que el cuadro ocupara un lugar en la sala principal del harén.

La reina sonrió. A ella también le habría gustado ver su obra expuesta ante los ojos de terceros. Por desgracia, todos sus cuadros descansaban en aquella habitación, que formaba parte de sus dependencias privadas. Allí disponía de todo lo necesario para pintar: pinceles de diferentes grosores fabricados con pelo de animal, potes con una amplia variedad de colores, y una enorme cantidad de lienzos en blanco.

—Y dime, Anumita. ¿Has sabido algo nuevo acerca del romance que parece haber surgido entre mi hija Rudrabhiravi y el hijo del recaudador general de impuestos?

La *vamanika* se cubrió la boca sin poder evitar reírse como si fuese una colegiala.

—Te he dicho que no te muevas —la reprendió Dattadevi—. Coloca la mano donde la tenías y procura conservar la pose.

—Lo siento, mi señora. Pero es que cuando pienso en la princesa y en lo rápido que ha crecido, aún me cuesta creer que ya esté a punto de descubrir los placeres de la carne.

—Aunque en parte ya es una mujer, siento que es mi deber seguir protegiéndola.

—Con todo el respeto, yo me atrevería a decir que Rudrabhiravi ya ha encontrado quien la proteja a partir de ahora —señaló la enana—. De hecho, he oído decir que sorprendieron ayer a la pareja en actitud cariñosa, en uno de los pabellones más lujosos de los jardines de palacio —añadió en un susurro.

Más que por sus respuestas ingeniosas o su capacidad para hacer reír, Anumita se había ganado el corazón de las muchachas del harén debido a que se enteraba de casi todo lo que ocurría en la corte de los Gupta. Desde luego, su baja estatura no le había supuesto un obstáculo para coronarse como la indiscutible reina del cotilleo.

—Pero, entonces... ¿te consta que hayan consumado el acto?

—No, no. En ese sentido puede estar tranquila, que todavía no han encontrado la suficiente intimidad como para poder llegar tan lejos.

El sonido de fuertes pisadas interrumpió la conversación. Acto seguido, alguien apartó la cortina a un lado y se plantó en el umbral de la puerta. Se trataba ni más ni menos que del propio emperador.

La *vamanika* se postró inmediatamente ante su figura, con la mirada apuntando al suelo y las manos cruzadas sobre las rodillas. Mantenía la boca cerrada en espera de que su señor hablase primero.

—Márchate, Anumita. No te necesito aquí en este momento.

—Sí, rey de reyes. —Y dicho esto, la enana se retiró a toda prisa de allí.

Dattadevi juntó las palmas de las manos e hizo una inclinación de cabeza, sin poder ocultar su extrañeza ante aquella inesperada visita, pues Kumaragupta nunca había pisado antes aquella habitación. Entretanto, el emperador recorría lentamente la estancia observando su colección de pinturas con gran interés.

—Sabía que pintabas, pero no tenía ni idea de que lo hicieras tan bien.

¿Cómo iba a saberlo si llevaba años ignorándola? A la reina le habría gustado decírselo en voz alta, pero tuvo que conformarse con solo pensarlo.

—Gracias...

El emperador se situó entonces frente al caballete y contempló con ojos curiosos el retrato de Anumita que todavía se encontraba a medio hacer.

Aunque le guardaba un gran rencor, Dattadevi sabía que debía hacer todo lo posible por recuperar el favor de Kumaragupta, y aquella constituía la mejor oportunidad que se le había presentado en años. La mujer, experta en el arte de la seducción, se colocó justo detrás y comenzó a masajear los hombros del emperador mientras le restregaba sus voluminosos senos contra la espalda.

Un imperceptible suspiro le indicó que transitaba por el camino adecuado. ¿Y si después de todo Kumaragupta había acudido a ella para satisfacer la pasión que bullía en su interior? Había pasado tanto tiempo desde que habían hecho por última vez el amor, que ya ni se acordaba de cuándo había sido. Acto seguido, la reina posó las manos sobre el pecho del hombre que regía los destinos de aquellas tierras y las deslizó hasta la altura de su miembro, que ya palpitaba con furor. Entonces, en un tono inequívocamente sensual, le susurró al oído el nombre de guerra que Kumaragupta había usado en sus tiempos de general, cuando ambos se habían conocido y él la había tomado como esposa.

Por desgracia para ella, su intento por devolverle los recuerdos de aquella época provocó el efecto contrario al deseado.

—¡No me llames de esa manera! —exclamó repentinamente el emperador apartándose de ella—. Yo ya no soy esa persona, ¿entiendes?

—Lo siento, yo... —Consternada, la primera reina consorte se disculpó como pudo.

El emperador se alisó la vestimenta con gesto serio, y se hizo evidente que su arrebatado de pasión ya se había extinguido del todo.

—He venido para comunicarte una noticia muy importante. —Y, a continuación, le explicó el problema que tenía con los *pushyamitras* y la actitud desafiante que habían adoptado contra el imperio. Dattadevi lo escuchaba con atención, sin entender qué podía tener ella que ver con aquella crisis de Estado, hasta que finalmente le desveló la decisión que había tomado para solucionar el problema: Rudrabhiravi tendría que contraer matrimonio con el soberano del reino sublevado.

—Tiene que haber otra salida... —murmuró la reina.

—Sí que la hay: la guerra. Pero no quiero llegar a ese punto si puedo evitarlo.

Dattadevi parecía seriamente afectada.

—¿Cuándo piensas decírselo?

—Cuanto antes... y lo haremos juntos.

—No va a tomárselo nada bien... ¿Sabías que está enamorada de un muchacho de la corte?

—De ese asunto ya me he ocupado —repuso el emperador—. Ya le he hecho llegar a su pretendiente el mensaje de que no vuelva a verla. Lo he hecho por el bien de nuestra hija, para que le sea más fácil aceptar su nuevo destino.

Kumaragupta se había limitado a hablar con el recaudador general de impuestos, que inmediatamente le había comunicado a su hijo lo que tenía

que hacer. A ninguno de los dos le convenía poner la menor objeción, pues si bien los cargos ministeriales eran hereditarios, el nombramiento de los nuevos titulares debía ser ratificado por el rey. Por tanto, si el joven aspiraba a suceder a su padre al frente del ministerio, le convenía olvidarse cuanto antes de la princesa.

—De cualquier manera, será muy duro para ella tener que casarse con alguien a quien no conoce, así como trasladarse a vivir a partir de entonces a la corte de un reino distante, debiendo dejar atrás a todas las personas que le importan.

—Le guste o no, tendrá que aceptarlo. Ser princesa no solo conlleva privilegios, sino también obligaciones. Además, no estará completamente sola: tú irás con ella.

A Dattadevi se le heló el corazón. Era cierto que en el palacio de los Gupta apenas tenía influencia desde que el emperador la había dejado de lado. No obstante, como primera reina consorte seguía gozando del respeto de la corte y de una vida de lujo con todas las comodidades. Pero... ¿qué sería de ella en un reino distinto, gobernado por dirigentes en los que no podía confiar? ¿Quién se preocuparía de su seguridad? Por la cabeza de Dattadevi pasaron todo tipo de imágenes fugaces, ninguna de ellas agradable, en las que sufría toda clase de calamidades entre los *pushyamitras*.

—Así lo haré, mi señor —dijo al fin en un susurro, tratando de contener las lágrimas.

Kumaragupta asintió complacido y, sin decir una palabra más, abandonó la habitación con la mirada apuntando al frente. Seguidamente, Dattadevi rompía a llorar, aterrada ante el futuro que les esperaba tanto a ella como a su hija.

Instantes después, llevada por la rabia, la reina agarró un vaso de pintura y lo arrojó contra la pared, mientras su odio hacia el emperador se hacía cada vez más fuerte.

Varios meses después de que hubiese tenido lugar su adopción por el matrimonio hindú, Madhuk no solo había cumplido los catorce años, sino que además su aspecto físico había cambiado por completo tras haber dejado atrás su extrema delgadez. Conforme pasaba el tiempo más los sentía como a sus padres, aunque en realidad aquella pareja no tuviese nada que ver con él.

¿Cómo no estar agradecido ante quienes lo habían rescatado de un final aciago y se habían volcado en proporcionarle afecto, educación y seguridad?

Por otra parte, Madhuk había logrado contactar en secreto con Sarasvati, a la que había encontrado mucho mejor de lo esperado. El muchacho prometió acudir a su encuentro cada cierto tiempo para no perder el contacto y mantener así viva la llama del fin que se habían propuesto alcanzar.

Bindusar se sentía orgulloso del esfuerzo llevado a cabo por el muchacho para adaptarse a su nueva vida de estudiante, pese a haberla iniciado a una edad tan tardía y haber carecido de una base educativa sin la cual todo se le hacía más cuesta arriba de lo normal. Harshali, por su parte, le había entregado todo su amor de madre sin pedir nada a cambio, agradecida al gran Shiva por haberle concedido aquella oportunidad. Por el contrario, seguía pesándole en el ánimo que Madhuk se negase a hablar con ella cuando le preguntaba acerca de su pasado, que todavía continuaba envuelto en un halo de tinieblas.

Los parientes más próximos a Bindusar, sin embargo, no se tomaron a bien la adopción de Madhuk, no solo por su avanzada edad, sino también por las dudas que les despertaba lo incierto de su origen. Los dos hermanos que el maestro tenía, ambos padres de sendas familias numerosas, querían evitar a toda costa la menor mácula que pudiese manchar la casta brahmán a la que pertenecían. Bindusar prefirió tomárselo con filosofía, convencido de que sus hermanos necesitarían algo más de tiempo para aceptar a Madhuk.

La educación del voluntarioso muchacho avanzaba a grandes pasos. Realizaba el ritual de la *sandhya* con gran desenvoltura, e incluso ya le arrancaba a la *vina* un puñado de acordes con cierta musicalidad. Además, el maestro se vio gratamente sorprendido al descubrir en Madhuk un talento oculto que jamás habría imaginado.

—Hijo, he estado leyendo con mucha atención el poema que me entregaste esta mañana. —Madhuk había aprendido a leer y escribir en muy poco tiempo, con lo que había demostrado ser más inteligente que la media de sus alumnos.

—Lo he hecho lo mejor que he podido...

Como parte de su aprendizaje, Bindusar le había pedido que escribiese unos versos acerca del tema que quisiera, en el que respetase una determinada estructura métrica que previamente le había fijado.

—No tengo palabras, Madhuk —confesó sosteniendo en la mano la hoja de palma con el escrito—. Tu poema no es solo impecable desde un punto de vista técnico, sino que además desprende una sensibilidad como pocas veces había conocido.

El poema de Madhuk consistía, básicamente, en una oda a la naturaleza, que describía con gran belleza, pero impregnada a su vez de una melancolía que fluía a lo largo de toda la composición.

—¿De verdad?

—Te lo aseguro —confirmó el maestro—. Creo que tienes un talento especial para la poesía, así que a partir de ahora voy a procurar que te centres en cultivar dicho arte.

Madhuk estaba perplejo, aunque tampoco podía negar que había disfrutado con la escritura de aquellos versos, que le habían surgido de manera natural. ¿Estaría Bindusar realmente en lo cierto atribuyéndole aquella extraordinaria habilidad?

El maestro cambió de tema y dio paso a continuación a la lección que pensaba enseñarle aquel día, relacionada esta vez con la filosofía del pueblo hindú. Aunque Madhuk estaba adaptándose a pasos agigantados, todavía le quedaban aspectos importantes que aprender.

—Además de las cuatro castas y los cuatro *ashramas*^[24], la sociedad hindú también se vertebra a través de la doctrina de los cuatro fines del hombre, denominados *purusharthas*. Esos cuatro objetivos son: *dharma*, *artha*, *kama* y *moksha*. ¿Te suenan de algo?

Definitivamente, Madhuk conocía el último, aunque sobre el primero también disponía de alguna que otra noción.

—Un poco —contestó.

—Bueno, hoy voy a explicártelos en detalle. Pero antes debes saber que los *purusharthas* se rigen por una jerarquía en orden de importancia descendente, de manera que, cuando alguno entra en conflicto con otro, se da prioridad al que goza de una posición superior. Y el más importante es el *dharma*. Por tanto, el resto son lícitos siempre que no se opongan a él. ¿Comprendes?

—Sí —respondió Madhuk algo titubeante.

—El *dharma* se identifica con la rectitud y equivale al cumplimiento de la ley sagrada. Es lo que se hace porque, aunque no sea placentero ni útil, es correcto hacerlo. El concepto de *dharma* constituye la base de la ética hindú.

El muchacho entrecerraba los ojos y procesaba aquella información de la mejor manera posible. Ya tendría tiempo de hacer preguntas cuando algo no

le quedase claro.

—El *artha* es la obtención de poder y riquezas —prosiguió Bindusar—. Y, siempre que uno se comporte con honradez, no hay nada de malo en ello. Solo cuando los individuos persiguen *artha* mediante la codicia y el engaño, apartándose del *dharma*, se causa un grave perjuicio tanto a las instituciones como a la sociedad en su conjunto.

—Así que, por ejemplo, las ganancias que usted obtiene como maestro formarían parte de ese *purushartha*, ¿verdad?

—En efecto.

—Entonces, ¿cómo debería perseguir yo *artha* en mi caso?

—Aguarda, Madhuk. No te precipites. Los cuatro fines del hombre deben interpretarse siempre en conexión con las cuatro castas y las cuatro etapas de la vida —señaló Bindusar extendiendo las palmas de las manos—. Déjame continuar y al final volveremos sobre eso.

El muchacho se disculpó y asintió con la cabeza.

—*Kama* constituye el tercer fin, que se identifica con el placer. Y, aunque fundamentalmente se refiere a la satisfacción del deseo sexual, también incluye otro tipo de placeres, como por ejemplo los de tipo artístico.

—¿De tipo artístico? —repitió.

—Así es. Me refiero a contemplar una danza, admirar una escultura... o también escuchar una hermosa poesía...

Una sonrisa asomó a los labios de Madhuk tras aquella velada alusión al reciente poema que había escrito.

—Y en último lugar tenemos el *moksha*, que, como ya sabes, supone la liberación del *samsara*. No obstante, se considera que muy pocos hombres están preparados para la búsqueda de este fin. Por lo tanto, la mayoría de las personas deberán vivir su vida equilibrando los otros tres objetivos.

En ese momento, Harshali entró en el salón para cambiar las velas de *ghee* que ya casi se habían consumido del todo. Bindusar aguardó a que terminase y, acto seguido, reanudó la explicación.

—Ahora volvamos al *dharma*, que, como te dije antes, es el *purushartha* más importante, y al mismo tiempo aquel que lo engloba todo. Pues bien, aunque hay un *dharma* común, unas normas generales que, por así decirlo, todo el mundo debe cumplir, también hay un *dharma* individual, que combinado con la casta propia de cada uno y la etapa de la vida en la que se encuentre determinará el comportamiento que cada persona está obligada a seguir.

—Pero, maestro...

—Espera, déjame terminar —le cortó—. Para que lo entiendas mejor, te diré que no es igual el *dharma* de un brahmán que el de un shudra. El primero, situado en la cúspide de la escala social, goza de numerosos privilegios, aunque también se encuentra sometido por su posición a normas de vida mucho más estrictas. El segundo, por el contrario, se sitúa en la escala más baja, pero tiene muchas menos obligaciones de tipo ritual. Del mismo modo, tampoco será igual el *dharma* de un cabeza de familia que el de un *sannyasin*. El primero tiene la obligación de obtener las ganancias suficientes como para sostener a los suyos, y también buscará el placer para satisfacer a su mujer y generar descendencia. El segundo, en cambio, ya se ha desentendido por completo de los asuntos materiales de este mundo, y su única preocupación consistirá en prepararse para morir. Y así podría continuar ofreciéndote múltiples ejemplos, con todas las alternativas que puedan ocurrírsete: no será igual el *dharma* de un rey que el de un campesino, el de una madre que el de un sacerdote o el de una prostituta que el de un orfebre.

Madhuk guardó un reflexivo silencio durante largo rato, que el maestro respetó escrupulosamente.

—¿Cuál es mi *dharma*, entonces? —dijo al fin.

—Buena pregunta —repuso Bindusar—. Piensa y dímelo tú.

—Soy brahmán y... me encuentro en la primera etapa de la vida, la de estudiante. Por consiguiente, en función de mi *dharma* sería inadecuado perseguir *artha* y *kama* en mi actual situación...

—Exacto. Muy bien interpretado.

Madhuk sonrió satisfecho. Poco a poco comenzaba a desentrañar los secretos que encerraba el intrincado pensamiento hindú.

La época lectiva estaba a punto de comenzar, lo cual significaba que media docena de alumnos se trasladaría a la casa de Bindusar para continuar con sus estudios.

La noticia había provocado en Madhuk un cierto desasosiego que Harshali había detectado casi desde el principio. La disminución de su apetito y sus dilatados silencios constituían claros síntomas de que algo no marchaba bien. A aquellas alturas, la mujer ya conocía a su hijo adoptado como si ella misma lo hubiese parido.

Harshali decidió no esperar más tiempo, sabedora de que Madhuk jamás sacaría a relucir el tema por voluntad propia. Era mediodía y el joven se había refugiado en el jardín, donde solía pasar buena parte de su tiempo.

—¿Te ayudo? —se ofreció tras comprobar que el muchacho se afanaba en arrancar las malas hierbas.

—No hace falta —repuso el chico esbozando una débil sonrisa.

Con todo, la oronda mujer se postró en el suelo y se puso también manos a la obra, acostumbrada como estaba a realizar aquella tarea.

—Madhuk, ¿quieres contarme qué es lo que te ocurre? Ya sé lo mucho que te cuesta abrirte, pero me gustaría que confiases más en mí. —El muchacho giró la cabeza a un lado, incapaz siquiera de sostenerle la mirada—. Te pondré las cosas más fáciles. Es la llegada de los estudiantes de Bindusar lo que te preocupa, ¿verdad?

Tras unos segundos de silencio, finalmente Madhuk asintió con lentitud.

—Pues no tienes motivos para estar intranquilo. Más bien todo lo contrario. Pronto compartirás la primera planta con otros chicos, que se convertirán en tus amigos mucho antes de lo que piensas.

—Ya, pero...

—¿Qué pasa?

—... Temo que cuando Bindusar me compare con ellos, se dé cuenta de que yo no soy tan listo.

Harshali no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡No digas tonterías! —exclamó divertida—. Para empezar, tú no eres menos listo que nadie y, aunque lo fueras, eso no cambiaría nada. Nosotros somos tus padres y vamos a quererte siempre de forma incondicional.

Acto seguido, la mujer atrajo hacia sí al chiquillo y lo abrazó con todas sus fuerzas. Madhuk sintió que los ojos se le humedecían al tiempo que una amplia sonrisa le regresaba de nuevo al rostro.

—Y ahora vente conmigo a la cocina y ayúdame a preparar el almuerzo —dijo Harshali—. Pero antes no olvides lavarte las manos.

Al cabo de un rato, el ruido de la puerta de entrada los advirtió de la llegada de Bindusar, que llevaba toda la mañana fuera.

—Me han invitado a un encuentro de sabios que tendrá lugar en Gaya —anunció tras irrumpir en la cocina—. Partiré mañana mismo y me ausentaré durante unos cuantos días.

—¿Y tus alumnos? —inquirió Harshali.

—No te preocupes. Estaré de vuelta antes de su llegada.

Madhuk fue a decir algo, pero en el último instante pareció echarse atrás. Sus ojos brillaban con especial intensidad.

—Por favor, no te quedes callado —señaló Bindusar—. Puedes hablar con total libertad.

—Maestro, ¿podría ir con usted? ¿Y podría llevarme la *vina* para practicar por el camino?

Bindusar no estaba seguro de que fuese lo más apropiado llevarlo a un encuentro de aquella naturaleza. No obstante, enseguida recordó lo mucho que Madhuk había disfrutado de su viaje a Nalanda y no le extrañó en absoluto que quisiese repetir.

—Te gusta viajar, ¿verdad?

El muchacho asintió con contundencia.

—Está bien —accedió Bindusar, tras intercambiar una rápida mirada con su esposa—. Iremos juntos a Gaya. Además, yo soy de la opinión de que viajando es como más y mejor se aprende...

La ciudad de Gaya se encontraba al suroeste de Pataliputra, aproximadamente a la misma distancia que la universidad de Nalanda.

Durante la marcha, Madhuk debía seguir memorizando los Vedas y también otras materias que Bindusar iba enseñándole, aunque por fortuna el nivel de exigencia no era el mismo que cuando se encontraban en casa. Saltaba a la vista que el muchacho disfrutaba del recorrido, y muy especialmente de la naturaleza salvaje que se extendía a su alrededor. Algunos trayectos los recorrían en compañía de peregrinos, que entablaban largos diálogos con Bindusar cuando se enteraban de que se trataba de un maestro brahmán de reconocido prestigio.

—Los devotos se desplazan de un lugar sagrado a otro del país para, de ese modo, purificar su alma —le explicó Bindusar a su hijo—. En nuestro sistema de creencias, la peregrinación ocupa uno de los lugares más destacados.

Antes de llegar a la ciudad, la pareja tomó una ruta distinta, pues su destino final se encontraba verdaderamente a unos veinte kilómetros de Gaya, en unas cuevas situadas en la colina de Barabar. Aquellas cuevas eran en realidad templos excavados en la roca, que el gran emperador Asoka mandó hacer varios siglos atrás para algunas sectas heterodoxas hacia las que sentía un gran apego. A partir de ese punto, comenzaron a cruzarse con monjes de todo tipo, de los que Madhuk no había escuchado hablar jamás.

—Ese es un representante de los *ajivikas* —dijo Bindusar señalando a un viejo asceta que circulaba lentamente por el camino—. Esta secta es determinista. Aunque creen en la reencarnación de las almas, niegan que las acciones humanas ejerzan influencia alguna sobre el karma, porque según

ellos nuestro destino ya estaría escrito de antemano. Cada persona estaría condenada a completar su ciclo de reencarnaciones sucesivas, que serían casi infinitas, hasta encontrar finalmente la paz.

Poco después se toparon con otro monje, que le dedicó a Bindusar una desdeñosa mirada.

—Maestro, ¿quién era ese y por qué lo ha mirado tan mal?

—Bah, no hagas caso. Es un integrante de la escuela *lokayata*, que niega todo valor a los Vedas y a la liturgia del sacrificio, y proclama la hipocresía de todos los sacerdotes brahmanes. Y por si esto no fuera suficiente, también niegan la existencia del alma, del *samsara* y de las prácticas ascéticas llevadas a cabo por el resto de las escuelas de pensamiento. Sostienen que solo existe el mundo material y que la felicidad solo depende de los placeres de los sentidos. Es decir, que persiguen *artha* y *kama*, pero sin *dharma*, ni tampoco la meta final del *moksha*.

—¿Y para qué va a reunirse gente que piensa de modo tan distinto? —inquirió Madhuk.

—Para intercambiar puntos de vista, debatir, exponer nuestras respectivas doctrinas, compararlas y, en algunos casos, ponerlas por escrito. Yo acudiré en representación del hinduismo shivaísta, pero también asistirá un portavoz visnuista. Por descontado, la presencia de monjes budistas está garantizada. Y, desde luego, los jainistas tampoco faltarán, porque son los anfitriones. El jainismo es un credo muy popular, no como las escuelas *lokayata* y *ajivika*, que son minoritarias y apenas tienen seguidores.

El fundador del jainismo, llamado Mahavira, compartía con Buda, del que fue contemporáneo, numerosos elementos biográficos en común.

Mahavira pertenecía a una familia noble acomodada, motivo por el cual vivió su infancia y juventud rodeado de los más placenteros lujos. No obstante, a los treinta años renunció a todos sus bienes y se convirtió en asceta errante, decidido a liberarse de las cadenas que lo ataban a este mundo. Tras muchos años sometiendo a severas penitencias, una noche de verano en que se encontraba meditando alcanzó finalmente la Iluminación. A partir de entonces se dedicó a predicar sus enseñanzas y fundó una comunidad de monjes que se ganó el favor de un grupo de creyentes laicos. El jainismo comparte con el hinduismo y el budismo las ideas del karma y el *samsara*, si bien ellos promueven el ayuno y la mortificación del propio cuerpo con el fin de alcanzar la liberación.

Al llegar a la cima de la colina, un monje jainista que parecía tener más de cien años les dio la bienvenida, apostado en mitad del camino, completamente

ajeno a la furia del sol.

—¡Bindusar! —exclamó abriendo los brazos—. Me alegra mucho que hayas venido. ¿Y se puede saber quién es el muchachito que viene contigo? —añadió.

—Es mi hijo —contestó—. Se llama Madhuk y es adoptado.

—¿Adoptado? ¿Estás seguro? Eso es lo que debe figurar en algún registro, pero... ¿qué es lo que te dice tu corazón? —El monje exhibió una sonrisa sin dientes—. Seguid adelante, por favor. Mis hermanos os esperan en las cuevas.

Tras avanzar unos pasos, Madhuk preguntó:

—¿Qué ha querido decir el anciano? ¿Por qué dudaba de mi adopción?

—No tiene importancia. Los jainistas siempre hablan así, haciendo de todo un enigma. Para ellos la verdad es relativa. Sostienen que la realidad solo puede observarse desde un ángulo concreto y parcial, porque nadie está capacitado para captarla en su plenitud. Las afirmaciones, por tanto, no serían ni verdaderas ni falsas, pues la verdad tendría múltiples caras. Te pondré un ejemplo para que lo entiendas mejor: en una aldea vivían cinco ciegos, que enseguida acudieron al encuentro de un elefante que por vez primera entraba en su territorio. Pero como no podían verlo, comenzaron a palparlo para saber cómo era, tras lo cual comenzaron a discutir. El que había abrazado una de sus patas defendía que era como una columna; el que lo había sujetado por la cola decía que era como una cuerda; el que le había tocado la trompa afirmaba que era como la gruesa rama de un árbol; el que le había acariciado una oreja juraba que tenía forma de abanico; y el que le había agarrado un colmillo argumentaba que aquella criatura se asemejaba más bien a un tubo sólido y puntiagudo. Por fin, un sabio que pasaba por allí les aclaró la situación. «Todos tenéis razón —sentenció—. Lo que ocurre es cada de uno de vosotros ha entrado en contacto con una parte distinta del elefante, que en realidad posee todas las propiedades que habéis mencionado». —El maestro tomó aire antes de continuar—. Lo que el monje jainista ha insinuado es que, pese a ser formalmente adoptado, el amor que Harshali y yo sentimos por ti es indistinto del que sentiríamos por un hijo natural.

Bindusar y Madhuk entraron en una de las cuevas y agradecieron de inmediato la refrescante atmósfera que se respiraba en su interior. La gruta, de paredes perfectamente pulidas, se componía de dos cámaras: una en forma de túnel que servía de antesala, y la segunda situada al fondo, más amplia y de contorno circular. El lugar estaba desprovisto de cualquier tipo de mobiliario, y su única fuente de iluminación era la luz que penetraba por la puerta de

entrada. Madhuk se fijó entonces en un grupo de monjes que se cubría tan solo con un paño de color blanco, idéntico al que lucía el anciano que los había recibido fuera, situado frente a otro grupo que no llevaba nada en absoluto.

—Todos ellos son jainistas —le explicó Bindusar al oído—. Lo que ocurre es que hace mucho tiempo hubo un cisma entre ellos: los del sur, conocidos como *digambaras* —vestidos de cielo—, son mucho más estrictos, por eso van desnudos en congruencia con la pobreza radical que preconizan. Además, consideran que las mujeres no pueden alcanzar la liberación, porque si se desnudaran provocarían el escándalo social. Los del norte, llamados *svetambaras* —vestidos de blanco—, son en cambio menos rigoristas.

Uno de los monjes interrumpió su meditación y se acercó lentamente hasta ellos, al tiempo que hacía uso de un plumero para barrer el suelo por delante de él.

—¿Qué hace? —inquirió Madhuk.

—El jainismo promueve la *ahimsa*, es decir, la doctrina de la no violencia. Bajo ninguna circunstancia debe dañarse jamás la vida de ningún ser vivo, ni siquiera la de un bicho que involuntariamente pudiésemos aplastar bajo nuestros pies.

La doctrina de la *ahimsa* también la adoptó el budismo prácticamente desde el principio, pese a entrar en aquella época en contradicción con la tradición brahmánica tan extendida relativa a los sacrificios de animales. Con el tiempo, sin embargo, incluso los brahmanes fueron abandonando aquella práctica considerada despreciable y asumieron el vegetarianismo como forma de vida, a semejanza de las escuelas heterodoxas a las que durante tanto tiempo habían criticado. En concreto, los jainistas eran los que habían llevado la doctrina de la *ahimsa* más lejos, hasta el punto de que algunos se tapaban la boca con una gasa o filtraban el agua que bebían, para impedir tragarse por accidente el insecto más diminuto.

A partir de ese momento, unos y otros acapararon la atención del maestro, y Madhuk quedó relegado a un segundo plano.

El encuentro entre los representantes de las diferentes escuelas de pensamiento se extendió a lo largo de dos días completos, en los que apenas durmieron e incluso algunos no comieron nada en absoluto. Los debates alcanzaron un nivel de complejidad tan elevado que Madhuk se sintió perdido desde el principio. Ante semejante panorama, Bindusar creyó que no tenía

sentido que el muchacho asistiese el acto y le dio permiso para abandonar la cueva y deambular a sus anchas en torno a la colina de Barabar. Madhuk se dedicó a practicar con la *vina* y también se entretuvo escribiendo un poema por encargo del maestro, que debía reflejar la belleza de las cuevas y del páramo en el que se hallaban.

Cuando iniciaron el camino de regreso, Madhuk aún no había finalizado su composición.

—Tienes que entregármela antes de llegar a Pataliputra —le advirtió Bindusar.

—Lo haré. Solo se me resiste un verso... —Y, a continuación, cambiando radicalmente de tema, añadió—: He estado pensando acerca de una cosa... En realidad hay algo que me gustaría pedirle.

—¿De qué se trata?

—Desearía poder visitar los lugares más sagrados del país —confesó para sorpresa del maestro.

—¿Me estás diciendo que te gustaría llevar a cabo viajes de peregrinación?

—Eso es —confirmó—. Usted mismo me habló de la importancia que atesoran las peregrinaciones en el marco de la religión hindú, ¿verdad?

—Es cierto, pero... —Bindusar sospechaba que el interés de Madhuk estaba más relacionado con sus ganas de viajar que con su reciente conversión—. Bueno, ya habrá tiempo para pensarlo con tranquilidad cuando lleguemos a casa. ¿De acuerdo?

6

Kumaragupta aguardaba a las puertas de palacio la llegada de un invitado muy especial: el nuevo consejero que pasaría a formar parte de su círculo más cercano. A su lado, el *purohita* negaba repetidamente con la cabeza, dejando así muy clara la magnitud de su disgusto. El habitual séquito de guardias y sirvientes se encontraba a espaldas de ambos, preparado para actuar a la menor necesidad.

—¿Se puede saber qué te ha hecho querer disponer de otro consejero personal? —inquirió Abhimanyu—. ¿Acaso mi labor ya no te satisface?

—Hazme el favor de no dramatizar. En ningún caso he puesto en duda tu capacidad para asesorarme.

—Ah, ¿no? Pues tienes una manera muy extraña de demostrarlo.

—Creo que me vendrá bien contar con otro punto de vista. Eso es todo.

—¿Y se puede saber a quién has elegido? —El *purohita* se daba fuertes tirones de la larga barba sin ser siquiera consciente de ello—. No entiendo a qué viene tanto secretismo.

Al fondo de la avenida principal que cruzaba los patios ajardinados, apareció una calesa tirada por caballos enviada por el propio emperador para recoger a su invitado.

—Ya está aquí —dijo Kumaragupta—. Se acabó el misterio. —Y acercando la boca al oído de Abhimanyu, añadió—: puede que al principio no te guste, pero espero que lo trates con el respeto que se merece y que con el tiempo le des una oportunidad. Al fin y al cabo, ambos seréis a partir de ahora mis voces más cercanas.

La calesa se detuvo a los pies de la escalinata y un sirviente se apresuró a abrir la puerta del vehículo, de cuyo interior emergió una rechoncha figura con la cabeza rapada, ataviada con una túnica de color azafrán.

—¡Es un monje budista! —exclamó el sacerdote brahmán.

—Es un hombre sabio y eso es lo único que importa.

El monje acometió el ascenso del primer escalón luciendo una amplia sonrisa, y cuando llegó hasta arriba pegó la frente contra el suelo y se prostró ante el emperador.

—Bienvenido, Padmabandhu. Te agradezco mucho que hayas aceptado la propuesta que te trasladé.

—Para mí es todo un honor.

—Te presento a Abhimanyu, el *purohita* —dijo el emperador—. Mi mano derecha para la mayoría de los asuntos.

—*Namasté* —se saludaron ambos hombres de fe al mismo tiempo.

—Seguramente habrás escuchado hablar de él, pues su fama lo precede —explicó Kumaragupta—. Padmabandhu es el responsable de haber convertido la universidad de Nalanda en el centro de saber más importante del imperio, incluso más allá de nuestras fronteras.

—Mi señor, más vale que deje los elogios o hará que me sonroje.

El emperador se rio de buena gana. Abhimanyu, por el contrario, no alteró ni un ápice su expresión.

—Está bien. Además, estarás cansado del largo viaje —señaló—. Un sirviente te acompañará a los aposentos que te hemos preparado, y más tarde yo mismo te enseñaré el palacio, que se convertirá en tu hogar a partir de ahora.

En cuanto el monje budista atravesó las puertas de la magna residencia, el *purohita* echó a caminar encolerizado, lo que obligó a Kumaragupta a ir detrás de él.

—¡Quieres hacer el favor de calmarte!

—¡Cómo has podido! —estalló el brahmán—. ¡Es un ultraje!

—No es para tanto. Es más, deberías estar contento de que la sabiduría de Padmabandhu se encuentre ahora al servicio del imperio.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, que la filosofía budista influya en la política del gobierno Gupta en perjuicio de la tradición hindú.

—Tu preocupación es infundada —insistió el emperador—. Simplemente creo que si cuento con dos consejeros que defiendan posturas contrarias, tendré una visión más clara de los asuntos.

Mientras discutían, ambos líderes se desplazaban a grandes zancadas a lo largo del recinto exterior de palacio, que se hallaba salpicado de edificios de distinta forma y tamaño según su función. A escasa distancia se encontraban los graneros reales, donde se almacenaban toneladas de cereales en millares de sacos debidamente estampillados por los funcionarios a cargo de la tarea.

—Esto se veía venir —farfulló Abhimanyu.

—¿De verdad?

—Me pregunto en qué me equivoqué al educarte para que cada vez te apartes más del credo visnuista.

—Pues a mí lo que me preocupa es que conforme envejeces, tu intolerancia es cada vez mayor.

Al doblar la esquina del arsenal, el emperador distinguió a su hijo caminando en su misma dirección. A Skandagupta lo acompañaba su tutor, un sacerdote brahmán de la máxima confianza del *purohita*.

—Ahora me cuestiono incluso qué pretendes para tu hijo, que por si se te había olvidado es el heredero del imperio.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena —replicó Kumaragupta—. Desde su mismo nacimiento, Skandagupta se ha sometido a cada ritual hindú que marca la ley sagrada, y así continuará siendo en el futuro. De hecho, en un par de años alcanzará la edad indicada para llevar a cabo el *upanayana*, momento en que se convertirá en «dos veces nacido». ¿Te quedas ahora más tranquilo?

A continuación, el niño salió corriendo hacia ellos ante las protestas de su tutor, que no pudo hacer nada por detenerlo.

—¡Padre! —exclamó Skandagupta echándose en sus brazos—. Ya estoy aburrido de tanto estudiar. ¡Llévame a montar en elefante!

—Ahora no es el momento. Yo estoy ocupado y tú también deberías estar atendiendo tus obligaciones. Pero si te portas bien, te prometo que esta tarde pasaremos un rato juntos.

Cuando el tutor los alcanzó, se llevó rápidamente al pequeño de la mano para retomar la lección interrumpida. Abhimanyu y Kumaragupta continuaron su avance durante varios minutos, sumidos en un silencio reflexivo. Guarniciones de soldados patrullaban las avenidas pavimentadas de losas pulidas, en interminables rondas que se extendían hasta la noche.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo al fin el *purohita*—. Que Padmabandhu no solo está aquí para ayudarte con los asuntos de Estado, sino también con aquellos otros que te afectan a un nivel mucho más profundo. Me refiero a la culpa que tanto te atormenta y que en ocasiones ni siquiera te deja dormir.

—No voy a negarlo —admitió Kumaragupta—. Estoy convencido de que el mal que causé ha ensuciado mi karma de tal manera que me perseguirá de forma implacable a lo largo de mis siguientes vidas.

—Si tan solo me escucharas... —se lamentó Abhimanyu—. Ya te he dicho otras veces que si actuaste conforme a tu *dharma*, en modo alguno habrás transgredido la ley sagrada.

—No me pidas que entre en detalles... pero puedo asegurarte que lo que hice es imperdonable...

—Todo aquello sucedió durante tu etapa como general, en la que luchabas por el imperio en el contexto de una guerra.

—Incluso en las guerras existe un código de honor.

El *purohita* resopló con desesperación.

—Estás enfocándolo todo desde el prisma equivocado —razonó—. Lo que tienes que preguntarte es si violaste tu *dharma*. Y por supuesto que no lo hiciste.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Para empezar, eres un chatria, perteneces a la casta guerrera y, por tanto, luchar hasta morir o matar es un rasgo inherente a tu condición. Pero eso no es todo; además, eres un rey; para ser exactos, el heredero en aquella época, y los textos sagrados dejan muy claro que es deber del soberano ensanchar sus dominios.

—Los textos también dicen que es deber de un rey construir un imperio de paz duradera.

—Exacto. ¿Y no es cierto que en ocasiones la guerra es el único camino para lograr la paz?

Kumaragupta suspiró desencantado.

—Lo siento, Abhimanyu. Pero aunque tus palabras tengan sentido, en ellas no encuentro el consuelo que busco.

—¿Y crees que con Padmabandhu será distinto?

—No lo sé. Sin embargo, estoy dispuesto a escucharlo.

La paciencia del *purohita* llegó a su límite y decidió marcharse sin despedirse, llevado por la indignación.

El emperador no hizo nada por detenerlo y prosiguió caminado sin destino aparente, por el mero placer de disfrutar de una mañana soleada en el exterior. En todo caso, sabía que pronto tendría que ponerle fin a ese momento de asueto, pues aunque se tratase de la persona más poderosa del Estado, no por ello estaba menos sujeto a las obligaciones de su cargo.

Fundamentalmente, el monarca desempeñaba una doble función: proteger su reino de invasores extranjeros y procurar que sus súbditos observasen las costumbres, el orden social y las reglas de conducta. Los textos sagrados temían tanto la anarquía, que preferían un rey débil u opresivo a la total ausencia de autoridad. No obstante, eso no quería decir que los reyes no estuviesen sometidos a controles efectivos que garantizaran el cumplimiento de sus deberes. Un soberano que vulnerase la ley sagrada podía ganarse la enemistad de la casta sacerdotal. Asimismo, su consejo de ministros, en caso de ser desoído de forma sistemática, podía urdir una conspiración para deponer a su rey. Y, por último, e igualmente eficiente, el propio pueblo también podía suponer una seria amenaza, en caso de que sus necesidades no fuesen tenidas en cuenta.

De repente, un grito de desesperación llegó a oídos de Kumaragupta, que se dirigió hacia la zona del jardín de donde había provenido el clamor. Tal y como había sospechado, la voz pertenecía a la princesa Rudrabhiravi, que protagonizaba junto al hijo del recaudador general de impuestos una fuerte discusión. El emperador se situó a una distancia prudente, oculto tras unos setos, desde donde podía observar la escena sin ser visto.

—¡Pero tú me querías! —exclamó la princesa golpeando el pecho de su amado con rabia—. ¿Por qué finges ahora lo contrario?

Después de que su padre le hubiese comunicado la noticia relativa a la boda que para ella había pactado, la primera reacción de Rudrabhiravi había sido la de encerrarse en su habitación. De allí no salió en varios días, mientras se negaba a recibir visitas y se sumía en un llanto desconsolado.

—Lo siento, pero las circunstancias han cambiado.

El muchacho parecía realmente apenado, además de sobrepasado por la situación. Kumaragupta no podía reprocharle nada, pues él mismo había

conspirado para que actuase de aquella manera.

—No te resignes todavía —suplicó la princesa—. Aún puedo convencer a mi padre para que dé marcha atrás. ¡No tiene ningún derecho a mezclarme en sus intrigas políticas como si yo no fuese más que un instrumento que manejar a su antojo!

El hijo del recaudador general de impuestos ya había dicho todo lo que tenía que decir y no quiso prolongar aquel encuentro más tiempo del necesario. Sopló un beso con la mano a modo de despedida y, tras darse la vuelta, optó por marcharse a toda prisa de allí.

Rudrabhiravi rompió a llorar como si el mundo fuese a acabarse de un instante a otro. A Kumaragupta le disgustaba ver sufrir a su hija de aquella manera. Sin embargo, sabía que abrazarla habría sido un error. En ese preciso momento era la persona menos indicada para ofrecerle consuelo.

7

Cuando Madunisha se enteró de que Sarasvati seguía siendo virgen pese a su encuentro con el *purohita*, le pidió a un buen cliente, joven y de confianza, que hiciese los honores y la desflorase de una vez por todas. La niña sangró una pizca, lo normal en aquellos casos, y, salvo una ligera punzada de dolor durante las primeras embestidas, por fin sintió haberse liberado del estigma que la diferenciaba del resto de sus compañeras.

A partir de ese momento, la *kuttani* se ocupó de enseñarle todo lo necesario para ejercer aquella profesión al nivel más exigente posible. El formidable prestigio de que gozaba su burdel, conquistado a lo largo de muchos años, podía echarse a perder en unos pocos meses si sus chicas no estaban a la altura de lo que demandaba el negocio en un lugar tan competitivo como la capital del Imperio gupta.

—No debes sentirte avergonzada —le dijo—. Al contrario, nosotras somos mucho más respetadas de lo que crees. Piensa que somos expertas en el arte del *kama*^[25].

Además, Madunisha le enseñó que no había que hacer distinciones entre los clientes, ya fuesen feos o guapos, gordos o delgados, jóvenes o viejos, chatrias o vaisyas, budistas o hindúes... Con independencia de su origen, creencias o características físicas, todos los hombres se merecían el trato más exquisito siempre que su cartera estuviese bien repleta.

Pese a todo, aquella regla general contaba con una excepción, pues a nivel interno las chicas sí que clasificaban a los clientes según las dimensiones de su *lingam*. Los hombres-liebre eran aquellos que la tenían más pequeña; los hombres-toro rondaban un tamaño mediano, y los hombres-caballo gastaban un miembro de proporciones gigantescas. Dicha clasificación guardaba una gran importancia a efectos prácticos, por cuanto las propias chicas, a su vez, encajaban en una determinada categoría según la profundidad de su vagina. De menor a mayor, ellas podían ser mujeres ciervo, yegua o elefante. Las uniones ideales eran aquellas que se producían dentro de una misma categoría, aunque también se admitían aquellas en las que solo hubiese un salto de diferencia. Únicamente debían evitarse dos combinaciones: el hombre-liebre con la mujer-elefante, en tanto que el primero podía sentirse acomplejado y encontrar en el acto escasa satisfacción; y el hombre-caballo con la mujer-ciervo, con el fin de evitarle a esta última un dolor innecesario. A juicio de la *kuttani*, que llevó a cabo la correspondiente exploración, Sarasvati encajaba en la categoría de mujer-ciervo. Dicha circunstancia, por tanto, habría de ser tenida en cuenta.

Al principio, a Sarasvati le asignaron siempre los servicios más sencillos, con el fin de que fuese haciéndose al oficio de manera progresiva. No le llevó mucho tiempo dominar el coito en sus posturas más habituales, como tampoco le costó demasiado trabajo aprender las diferentes formas de estimular adecuadamente el *lingam*, tanto con la mano como con la boca. Algunos clientes demandaban ciertas prácticas que se salían de la línea trazada, a las que poco a poco tuvo que acostumbrarse. Para su sorpresa, muchos hombres compartían el deseo oculto de que les introdujesen un consolador de madera por el ano, buscando un tipo de placer distinto.

Aunque la propia Madunisha había sido una afamada prostituta durante su juventud, y aún conservaba gran parte de su belleza, ya casi no ejercía salvo en contadas ocasiones. Por ejemplo, a veces participaba activamente en un servicio con fines ilustrativos, para instruir en una determinada práctica a alguna de sus chicas; o en otros casos atendía un requerimiento específico de algún viejo cliente que sentía hacia ella una especial predilección.

Otro aspecto que la *kuttani* se tomaba muy en serio era el de la seguridad de sus chicas. No se permitía ningún tipo de violencia, y si algún cliente contravenía esa regla podía estar seguro de que recibiría su castigo. Para muestra, lo que sucedió varias semanas después de la llegada de Sarasvati, cuando un tipo que había bebido más de la cuenta le propinó a una de sus compañeras un puñetazo con tanta fuerza que le hizo saltar un diente.

Madunisha no pronunció palabra y dejó que se marchara como si nada hubiese ocurrido. Al día siguiente, sin embargo, dicho cliente apareció tirado en una cuneta, tras haber recibido una paliza de muerte a manos de ciertos delincuentes del hampa con los que la *kuttani* mantenía tratos cuando era necesario. Aunque no resultara agradable, de vez en cuando era inevitable escarmentar a alguien que se lo hubiese buscado, lo que a su vez servía de advertencia para el resto de su clientela.

Entre las chicas reinaba el compañerismo, y a Sarasvati la acogieron con gran cariño, como si fuese la hermana pequeña de aquella singular familia sin lazos de sangre. En particular, una de ellas destacaba por encima del resto debido a su insultante belleza y al dominio de las artes amatorias que ya acreditaba a los quince años. Vasavadatta, como se llamaba, era la favorita de buena parte de la clientela, y la propia Madunisha admitía que tenía serias posibilidades de ser elegida como *ganika*, aunque con esas cosas nunca se sabía, pues también dependía de las necesidades que en un momento determinado tuviese el harén real.

Cada noche debían estar preparadas para una nueva jornada de trabajo, y para ello pasaban toda la tarde arreglándose, proceso que Sarasvati disfrutaba de principio a fin. Primero se daban largos baños de agua caliente, en los que además de enjabonarse la piel, también se frotaban las encías con raíces y una pasta a base de miel, pulpa de frutas, sal y aceite. Después de secarse, se untaban una pasta de sándalo por todo el cuerpo, excepto en la zona del pecho, que embadurnaban de azafrán almizclado para darle un brillo dorado que realzaba su belleza. A continuación, se extendían un bálsamo perfumado por las axilas y la parte superior de los muslos, y finalmente se delineaban los ojos con kohl y se pintaban la boca. Por último, elegían entre una gran variedad de ropa y de adornos corporales en forma de brazaletes, collares, gargantillas, ajorcas o anillos, que la *kuttani* ponía a su disposición.

Madunisha era tan perfeccionista que cuidaba hasta el detalle más insignificante que uno pudiese imaginarse. Era así hasta el punto de que, para que el olor de las vulvas de sus chicas fuese lo más fragante posible, controlaba de forma muy estricta su alimentación, un efecto que conseguía acotando su dieta al arroz, las lentejas, los vegetales y la fruta, todo ello con un limitado uso de las especias, evitando por completo la cebolla y el ajo, y sobre todo la carne en cualquiera de sus vertientes.

Lo que Sarasvati más disfrutaba era bailar en el salón reservado para los espectáculos. Al principio improvisaba y hacía gala de su talento natural, tal y como había hecho en las calles. No obstante, enseguida la hermosa

Vasavadatta le enseñó algunos pasos de la danza tradicional india, gracias a los cuales su arte experimentó una notable mejoría, hasta el punto de que los clientes más refinados comenzaron a acudir específicamente los días en que a Sarasvati le tocaba actuar.

En contra de lo que pudiese parecer, las chicas no eran prisioneras ni nada por el estilo. Por lo pronto, podían salir a su antojo, siempre que estuviesen de regreso a la hora convenida. Y, además, podían abandonar el burdel cuando quisieran, sin que nadie se lo impidiese y sin temor a represalias de ningún tipo. Sin embargo, rara vez alguna lo hacía, porque después de todo aquella vida era mejor que la perspectiva de volver a las calles de las cuales habían salido, sin futuro ni porvenir. Madunisha había sabido ganarse el cariño de todas ellas, y Sarasvati en particular agradecía que jamás la hubiese interrogado acerca de su pasado, porque de lo contrario no le habría quedado más remedio que callar o mentir.

Una mañana, Sarasvati acudió en busca de la curandera porque una de sus compañeras se había pasado toda la noche con diarrea y no podía siquiera levantarse de la cama. Normalmente ya no ejercía de recadera, pero cuando la sirvienta estaba demasiado ocupada con otras tareas, a ella le tocaba siempre realizar aquella función por ser la que menos tiempo llevaba allí.

Cuando Sarasvati entró en el local, el mostrador estaba vacío.

—¿Kundanika? —voceó.

Además del vestíbulo de entrada, al fondo de la planta baja había dos estancias más. Una de ellas servía de consulta, en caso de que algún cliente precisase ser examinado en mayor profundidad, y la otra era una especie de botica, donde Kundanika preparaba sus remedios a base de ingredientes naturales. Su vivienda se encontraba en la parte de arriba.

—Sarasvati, ¿eres tú? —La voz procedía del tosco laboratorio—. Pasa, por favor —añadió sin esperar respuesta.

La niña obedeció y rodeó el mostrador para acceder a la habitación de la derecha. Allí, inclinada sobre una mesa, Kundanika pulverizaba con mucho cuidado la raíz de una planta que ella misma había recolectado el día anterior. Incluso trabajando, la curandera no renunciaba a ir de punta en blanco, como si perteneciese a las clases altas, aunque no fuese más que una mujer shudra con un negocio que le dejaba más dinero de lo que muchos llegarían a ganar jamás. De semblante bonachón, Kundanika tenía ya una cierta edad, pese a lo cual conservaba un envidiable estado de salud.

—¿Qué ocurre? —replicó alzando un instante la vista de lo que estaba haciendo.

Sarasvati le resumió en pocas palabras el motivo de su visita.

—Tienes que venir al burdel —concluyó.

—Iré enseguida, pero antes tengo que terminar una cosa.

—¿Te espero?

—Vale, solo será un momento.

La niña continuó observando la escena en silencio. Sobre la mesa había también una mangosta encerrada en una jaula de bambú, cuya presencia en algunos hogares no resultaba extraña, debido a que estos animales eran tremendamente eficaces deshaciéndose de los roedores. En el mercado de la plaza central podían adquirirse a un precio muy asequible.

—¿Tienes ratones en casa? —preguntó Sarasvati.

—No —repuso Kundanika mezclando la raíz triturada con una masa de gusanos molidos, que dio como resultado un mejunje repugnante.

—Entonces ¿para qué tienes la mangosta?

—Ahora lo verás.

La curandera depositó el preparado en un pequeño recipiente y se lo dio al animal como alimento. No transcurrió ni un minuto desde la ingesta del primer bocado cuando la mangosta comenzó a sufrir espasmos hasta caer fulminada al suelo.

—¡¿La has envenenado?! —exclamó Sarasvati llena de incredulidad.

—Lo siento, pero forma parte de mi trabajo.

—No lo entiendo. Yo pensaba que tú te dedicabas a sanar. Y esto es justo todo lo contrario.

Kundanika acarició el pelo de la niña en un gesto casi maternal.

—En mi negocio yo atiendo a gente de todo tipo. Y, a veces, algunos clientes me piden que les proporcione ciertas sustancias que producen los efectos que acabas de presenciar. Yo no los juzgo y, siempre que me paguen lo que les pido, me limito a darles lo que necesitan. Lo que hagan después ya no es asunto mío...

Sarasvati permaneció pensativa durante unos segundos, como si tratase de asimilar aquella respuesta.

—Kundanika... ¿tú me enseñarías?

La curandera la miró sin comprender.

—¿Enseñarte a qué?

—A preparar veneno —sentenció.

CAPÍTULO CUARTO



«El comprador de carne practica himsa (violencia) mediante su riqueza; aquel que come la carne lo hace por paladear su sabor; el asesino practica himsa por matar al animal. Así pues, existen tres formas de matar. Quien trae carne o envía por ella, quien despedaza un animal y quien compra, vende o cocina carne y se la come: todos ellos deben considerarse devoradores de carne».

Mahabharata, Anu Parva 115:40

El poblado indígena se preparaba para una de sus habituales celebraciones, en las que comerían, bebería, cantarían y bailarían, y también darían gracias a su divinidad.

Dhanu, el regente de la aldea, iba de un lado para otro dando instrucciones para que al atardecer todo estuviese dispuesto para el acto. Las mujeres se encargaban de guisar el banquete, mientras los hombres se ocupaban de preparar una pira en el centro de la plaza, junto al sagrado cúmulo de piedras que luego harían arder en cuanto se hiciese de noche. El chamán dirigiría la ceremonia, pues además del lado lúdico, el apartado espiritual de esta también debía tenerse en consideración.

—¿Quieres estarte quieto, por favor?

Chakori aplicaba sobre el torso de su hijo una mezcla de pigmentos vegetales para pintarle ciertos dibujos ancestrales que poseían una fuerte carga simbólica. Kalu, sin embargo, no tenía paciencia para permanecer inmóvil durante tanto tiempo, y todo lo que deseaba era salir corriendo a jugar con sus amigos.

—¿Vas a tardar mucho? —inquirió.

—Lo que sea necesario. Si acudes a la ceremonia sin llevar los grabados tradicionales, el chamán se enfadará contigo. Aparte, siendo hijo de quien eres, tú más que ningún otro niño deberías dar ejemplo.

—Pues cuando yo sea el jefe del poblado haré lo que quiera —dijo Kalu.

—No digas tonterías —replicó Chakori—. Además, ese puesto tendrás que ganártelo. No pienses que vas a heredarlo sin antes demostrar que estás preparado.

La pequeña Libni, por el contrario, parecía encantada con tener que arreglarse para la fiesta, lo que en su caso significaba vestirse con una falda y ponerse una flor en la cabeza.

—Mamá. ¿A mí no vas a pintarme el pecho?

—En cuanto acabe con Kalu. Pero a ti solo la frente, como nos corresponde a las mujeres.

A continuación, aparecieron los mellizos Bair y Baru armando un gran escándalo, simulando ser cazadores que disparaban flechas imaginarias.

—Vente a jugar con nosotros, Kalu —le pidieron—. A nosotros ya nos han pintado, ¿ves?

Los mellizos eran primos de Kalu y Libni, y se pasaban la mayor parte del día juntos.

—Ahora mismo podrá irse —señaló Chakori—, pero tenéis que procurar que no se os estropeen los dibujos.

Bair y Baru adoptaron una actitud sumisa, aunque a la hora de la verdad eran los críos más traviosos del poblado.

—Ya casi estoy listo —dijo Kalu.

—Eso sí. En cuanto dé comienzo la ceremonia tenéis que comportaros. ¿De acuerdo?

—Vale, mamá.

La atmósfera festiva que se respiraba en la aldea se vio de repente interrumpida por la llegada de uno de sus miembros. El hombre reclamó de inmediato la presencia de Dhanu, mientras recuperaba el aliento después de haber venido corriendo tan rápido como había podido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dhanu.

—Vienen hacia aquí.

—¿Quiénes?

—Los extranjeros que se instalaron en la llanura del valle —aclaró—. Forman un grupo amplio, van armados y llevan consigo un elefante.

Hasta ahora, aquellos forasteros no les habían molestado, como tampoco lo habían hecho aquellos otros que llevaban mucho más tiempo ocultándose en las estribaciones de las montañas. Sin embargo, parecía que la situación estaba a punto de cambiar. Dhanu pensó a toda velocidad. Tenía que decidir cómo actuar y no había tiempo para consultarlo con el consejo de ancianos.

Varios indígenas más ya se habían congregado a su alrededor para saber lo que ocurría. Dhanu respiró hondo y les explicó lo que había resuelto hacer.

—Avisad a todo el mundo. Las mujeres y los niños que se refugien ahora mismo en las chozas y que no salgan hasta que el peligro haya pasado. Los hombres reuníos en la plaza. Desarmados. No quiero a la vista los arcos de caza ni armas de ningún otro tipo. Mostraos serenos, pero firmes. En todo caso, no dejéis traslucir el menor signo de hostilidad.

Por descontado, la entrada del poblado estaba cerrada. Todavía cabía la posibilidad de que los forasteros comprendiesen sus deseos de no establecer contacto de ningún tipo. A nadie se le escapaba que lo contrario no traería más que problemas.

En ese momento, Dhanu sintió que alguien le tiraba del taparrabos. Era su hijo Kalu, que ya lucía en el pecho los dibujos rituales para la ceremonia.

—Papá, ¿qué pasa?

—Vuelve ahora mismo a la choza con Libni y tu madre. Y que no se os ocurra salir. ¿Entendido?

No hubo tiempo para más. El furioso barrito de un elefante les advirtió de que ya los tenían encima. Dhanu apretó los puños y tensó los músculos de los brazos. Instantes después, el paquidermo irrumpía en el poblado arrasando la valla que lo circundaba como si fuese de papel. No se detuvo de inmediato y continuó trotando peligrosamente en dirección a una hilera de chozas que había frente a él. El *mahout*^[26] parecía incapaz de controlarlo y, solo después de clavarle el *ankus*^[27] en la cabeza y retorcerlo a conciencia, el animal frenó su carrera debido al dolor.

El método más efectivo que los ejércitos indios utilizaban para capturar a los paquidermos consistía en cavar una profunda zanja con terraplenes accesible mediante un endeble puente camuflado con tierra y hierba. En el interior se colocaban dos o tres hembras, cuyo olor atraía a los machos; una vez dentro del recinto, los capturaban levantando el puente tras su paso. Para amansarlos, normalmente se les ataba a un poste junto a elefantes ya domesticados, para que poco a poco perdiesen su agresividad siguiendo su ejemplo. Si se resistían, se les hacía pasar hambre para debilitarlos, hasta que permitiesen a un hombre subirse a su lomo. Era entonces cuando comenzaba su adiestramiento y se les enseñaba una gran variedad de maniobras que llevar a cabo: saltar por encima de taludes y fosos, sentarse y levantarse a la voz de mando, marchar o servir de ariete contra las fortificaciones enemigas.

Tras el susto inicial, una patrulla militar penetró en el recinto haciendo gala de un indiscutible aire de superioridad, portando un estandarte con el emblema de la dinastía Gupta. Los soldados esgrimían sus armas reglamentarias —arcos y flechas, espadas, lanzas y escudos— y se cubrían la cabeza con gruesos turbantes envueltos con firmeza, que les proporcionaban cierta protección. Incluso habían ataviado al elefante con una pesada cota de malla, además de atarle cuchillas a los colmillos con el fin de multiplicar su capacidad de destrucción.

Dhanu intentaba no dejarse impresionar, aunque reconocía que era difícil no hacerlo. Un tocado de plumas blancas que se había adherido a la coronilla lo identificaba como la máxima autoridad. Por el bando del ejército Gupta, el temible general Shakraditya hizo notar su presencia avanzando lentamente hacia él. Punyavan, su segundo oficial, le pisaba los talones.

Ambos dirigentes se situaron frente a frente, estudiándose con la mirada. Dhanu adivinó en el rostro del extranjero la repulsa que el poblado y sus gentes le provocaban. Desde el punto de vista de aquellos que se consideraban a sí mismos como civilizados, ellos no eran más que un pueblo atrasado que llevaba anclado desde hacía miles de años en un sistema de vida arcaico y

primitivo. Dhanu, sin embargo, lo veía de modo muy distinto. Aunque ellos no tenían propiedades, allí nadie pasaba hambre. Trabajaban con dureza, pero también disponían de tiempo libre, que empleaban en celebraciones y bailes. Todos se ayudaban de manera solidaria, no existía la delincuencia y las principales decisiones se tomaban de forma consensuada. ¿Llevaban un tipo de vida simple? Sin duda. Con todo, para ser felices ellos no necesitaban más.

—Supongo que tú eres el jefe de este sitio, ¿verdad? —inquirió Shakraditya—. ¿Cómo te llamas, salvaje?

—Mi nombre es Dhanu, y mi pueblo no desea mantener relación alguna con el suyo.

El general lo examinó de arriba abajo y, acto seguido, dejó escapar una aparatosa carcajada.

—Escúchame bien, salvaje. O Danhu. Lo que sea. Yo soy Shakraditya, y a todos los efectos hablo por boca del mismísimo emperador, que por si no lo sabías es el señor que gobierna sobre estas tierras, que acaba de conquistar.

Dhanu no le contradijo. Se limitó a sostenerle la mirada y a dejarlo hablar. En primer lugar, Shakraditya le explicó el motivo de su presencia allí. Al parecer, su misión consistía en acabar con una escisión del ejército *saka* que se había refugiado en la selva tras negarse a aceptar la derrota de los suyos, y la consiguiente anexión de su reino al imperio que él representaba. Pues bien, dichos rebeldes se habían hecho en aquella remota zona mucho más fuertes de lo esperado, y Shakraditya sospechaba que podían estar recibiendo ayuda de los poblados indígenas como en el que ahora mismo se encontraba.

—Los hemos visto y sabemos de su existencia —repuso Dhanu—. Pero jamás han establecido con nosotros contacto alguno.

—¿Y con alguna otra aldea?

El general había elegido aquel poblado en particular por su inmejorable situación estratégica, pero había muchos más repartidos por toda la selva. De hecho, no era la única visita que pensaba hacer aquel día.

—Ni con esta ni con ninguna otra —replicó Dhanu de forma tajante. Aunque cada poblado era autosuficiente, todos pertenecían a la misma etnia tribal y se relacionaban a diario. Sin ir más lejos, un gran número de matrimonios se conformaban entre contrayentes de asentamientos vecinos.

—Te creo —dijo Shakraditya en tono condescendiente—. Pese a todo, prefiero comprobarlo para despejar cualquier duda.

—¿Qué?

—Mis hombres van a registrar el lugar. —Si encontraban enseres de manufactura avanzada, como por ejemplo cuchillos o herramientas de metal,

que de ninguna manera los salvajes podían haber fabricado por su cuenta, podrían demostrar que los *sakas* les suministraban aquellos obsequios a cambio de su ayuda—. Así que mejor será que adviertas a los tuyos para que no causen problemas.

Shakraditya no esperó una respuesta y, tras intercambiar unas palabras con Punyavan, este se encargó de coordinar el registro de la aldea.

Los soldados se dividieron en parejas y comenzaron a inspeccionar las chozas una por una. Dhanu hizo un llamamiento a la calma para evitar cualquier tipo de conflicto. Cuanto antes terminasen, antes se marcharían de allí.

Las mujeres y los niños se vieron obligados a salir de las casas, donde hasta entonces habían permanecido ocultos de las miradas de los extranjeros. Bair y Baru, los mellizos, se separaron de su madre y se fueron con Lohith «el Tuerto», que observaba a los visitantes con una mezcla de miedo, curiosidad y un respeto desmedido. Los soldados que pasaron junto al niño de la cara desfigurada y un ojo de menos lo miraron fijamente sin disimular un ápice la repulsión que su aspecto les produjo. Uno de ellos hizo un comentario despectivo que a su compañero le pareció divertido, a tenor de sus estruendosas carcajadas. Por suerte, los indígenas que fueron testigos de la ofensa no cayeron en la provocación.

Todo transcurría sin incidentes, hasta que de una de las chozas se oyeron gritos seguidos del sonido de lo que parecía un forcejeo.

Un soldado salió y dijo:

—Aquí hay un salvaje que se niega a que entremos en el cobertizo que hay en la parte de atrás.

Se trataba de la casa del chamán, y Dhanu entendió enseguida la naturaleza del problema. Shakraditya, sin embargo, actuó antes de dejarlo hablar, apartando al brujo del medio y arrojándolo al suelo con gran violencia. Después entró en la casa y accedió al cobertizo al que les había prohibido la entrada. Estaba vacío. Shakraditya regresó sobre sus pasos entre frustrado y confundido.

—El cobertizo del chamán constituye la capilla sagrada e inviolable de los espíritus de los antepasados —aclaró Dhanu—. Por su culpa, ahora tendrá que prenderle fuego y volver a construirla.

A Shakraditya le importaban muy poco las supersticiones de los salvajes y se limitó a asentir con indiferencia. A continuación, Punyavan se acercó hasta él y le comunicó que el poblado estaba limpio. No habían encontrado nada que conectase a los indígenas con los rebeldes *sakas*.

—Nos marchamos —anunció el general.

Dhanu respiró aliviado. El balance tras el paso de los extranjeros por la aldea no había sido tan malo: una valla rota que tendrían que reparar de inmediato y el percance sufrido por el chamán, que al menos físicamente parecía encontrarse bien.

Pero entonces surgió un problema que nadie habría podido prever. El elefante del ejército Gupta se negaba a moverse, pese a las insistentes órdenes que le daba su *mahout*. Por toda respuesta, el paquidermo alzaba la trompa y barritaba de forma desaforada, armando un gran escándalo. En la antigua India se creía que un elefante podía llegar a ser perverso por naturaleza si se mostraba excesivamente obstinado, exhibía un fuerte temperamento y una sospechosa animadversión al trabajo. En tales casos, la única manera de entrenarlos era mediante el castigo físico continuado. El *mahout* estaba convencido de que su montura respondía a dicho canon, y una vez más empleó el *ankus* para clavárselo en la cabeza y obligarlo así a obedecer.

Más que ayudar, aquello enfureció todavía más al animal, que amenazaba con emprender una alocada carrera de un momento a otro. Dhanu supo que tenía que intervenir. Si el elefante se desbocaba, podía acabar destrozando media aldea y llevarse por delante a unos cuantos. Su experiencia al cuidado de los paquidermos era de sobra conocida. Habitualmente, entre varios poblados solían adoptar un elefante al que domesticaban desde pequeño, para que los ayudase con tareas de todo tipo: transportar troncos, despejar caminos de obstáculos pesados, cruzar ríos o hasta para apagar incendios usando su trompa como manguera. El elefante solía pasar una temporada en cada aldea, y Dhanu venía haciéndose cargo de él cuando les tocaba en la suya, desde hacía muchos años.

—Déjame intentarlo a mí —le pidió a Shakraditya—. Yo puedo hacer que me obedezca.

Su primera reacción fue la de reírse a carcajadas. No obstante, se lo pensó dos veces y ordenó al *mahout* que descendiese del elefante.

—Pero, señor, ¿cree que es buena idea dejarlo en manos de un salvaje?

Dhanu dio un paso adelante.

—Para el elefante, ni tú eres un soldado ni yo soy un salvaje. Su respuesta vendrá dada por el modo en que se le trate.

Aunque a regañadientes, el *mahout* se acabó echando a un lado.

—Este animal es tan perverso como peligroso —le advirtió a Dhanu cuando se cruzó con él—. No tienes ni idea de dónde te metes.

—Te diré algo —replicó el jefe del poblado sin arredrarse—. Los elefantes perdonan mucho más que nosotros, pero jamás olvidan. El día menos pensado, este de aquí te agarrará con la trompa y te estampará con todas sus fuerzas contra el tronco de un árbol.

Dhanu comenzó a palpar al elefante para que este se familiarizase con él. Durante varios minutos no hizo otra cosa que regalarle un sinfín de caricias, mientras prestaba especial atención a los berridos cortos y estridentes que el animal no dejaba de emitir. Los elefantes son criaturas ruidosas que para expresarse profieren toda suerte de sonidos. En función de si sienten miedo, ira, alegría o sencillamente quieren intimidar a uno de sus congéneres, su característico barritito adquiere matices diferentes, que pueden asemejarse a un ronroneo, un bufido o un resoplido. Y en este caso en concreto, Dhanu estaba seguro de que sus berridos eran de dolor.

El paquidermo tenía quemaduras en la piel provocadas por el sol, y también heridas en la cabeza y las orejas, que el propio *mahout* le había causado debido al excesivo uso que hacía del *ankus* para manejarlo. No obstante, Dhanu creía que el dolor que tanto lo torturaba debía tener un origen distinto. Fue entonces cuando se fijó en las cuchillas que los soldados le habían adherido a los colmillos. Una de ellas no estaba bien puesta, de manera que se le clavaba en la parte donde el colmillo se unía con la carne. A continuación, Dhanu procedió a retirar aquel accesorio letal y el elefante se sintió automáticamente aliviado.

Con el animal mucho más calmado, Dhanu se subió a su lomo y, simplemente dándole unos sutiles toques en la base de las orejas con los pies, se bastó para conducirlo hasta la puerta del poblado. Allí se bajó de un salto, esperando que los extranjeros se marchasen para no volver.

Pero a Shakraditya aún le quedaba algo por hacer.

—Te has ganado mi respeto, Dhanu —dijo. Después se giró y las siguientes palabras se las dedicó a su *mahout*—. Tú, por el contrario, me has causado una inmensa decepción. Un *mahout* que no conoce a su elefante, no sabe cuidarlo ni es capaz de conseguir que lo obedezca no merece formar parte de mi ejército, donde solo quiero a los mejores.

El *mahout* palideció y, sabiendo lo que le esperaba, comenzó a balbucir un alegato de disculpa.

Shakraditya dio una orden y varios de sus hombres inmovilizaron al pobre desgraciado, al que tumbaron en el suelo. Al principio, el *mahout* gritó y se resistió ligeramente, pero enseguida aceptó su destino.

—¿Qué te propones? —inquirió Dhanu, cada vez más desconcertado por la situación.

—¿Yo? Nada —repuso el general mostrando una siniestra sonrisa—. Será su propio elefante quien se encargue de castigarlo como se merece.

El *mahout* se había puesto a llorar al tiempo que murmuraba una oración a su divinidad hindú predilecta.

—Ahora bien —prosiguió diciendo Shakraditya—, reconozco que voy a necesitar tu ayuda. ¿Podrías indicarle al elefante que utilice una de sus patas para aplastarle la cabeza? Sin duda, a ti te obedecerá.

Dhanu se sintió entre la espada y la pared. Aunque no deseaba tener nada que ver con aquella ejecución, sabía que negarse solo le traería problemas. Al menos, si hacía lo que se le pedía, lograría que las dichosas tropas del Imperio gupta se marchasen definitivamente de allí.

—Está bien —accedió.

Antes de nada, el jefe del poblado se encargó de que los niños que estaban en la plaza, incluidos los suyos, no presenciasen lo que iba a ocurrir. Luego se acercó al elefante y lo situó junto al *mahout*, al que mantenían inmovilizado contra el suelo. Dhanu palmeó la pata delantera derecha del paquidermo, que por su dócil comportamiento dio muestras de que ya tenía experiencia llevando a cabo aquella tarea. El animal alzó la pata y a continuación la dejó caer sobre la cabeza del *mahout*. No obstante, no aplicó una excesiva fuerza, lo que hizo que la muerte resultase más dolorosa de lo previsto. La víctima aulló. Los ojos se le salieron de las órbitas, los dientes se le astillaron y el cerebro le brotó por los oídos.

Shakraditya se frotó las manos con satisfacción y, tras mandar recoger el cuerpo del fallecido, abandonó el poblado sin ninguna prisa.

Dhanu los observó partir en silencio y deseó con todas sus fuerzas no tener que volver a saber nada más de ellos.

CAPÍTULO QUINTO



«Comenzó a viajar solo por diversos lugares sagrados, como Ayodhya, Dvaraka y Mathura, pensando únicamente en Krishna. Viajó por donde el aire, la colina, el huerto, el río y el lago son puros e inmaculados, y donde las formas del Ilimitado adornan los templos. De esa manera, realizó la marcha del peregrino».

Srimad-Bhagavatam 3.1.18.

La reanudación de la época lectiva dio lugar al regreso de los alumnos de Bindusar, cuyo hogar se transformaba a partir de entonces en una pequeña escuela.

Media docena de estudiantes se instalaron en la casa del maestro, lo cual trajo como consecuencia la inevitable pérdida del ambiente familiar e íntimo que hasta la fecha Madhuk había conocido. Además, el matrimonio contrataba a una sirvienta que se ocupaba únicamente de la cocina, pues los propios alumnos tenían la obligación de llevar a cabo las tareas domésticas, incluyendo el cuidado del jardín, como muestra de respeto hacia su gurú.

Los estudiantes estaban sometidos a una disciplina bastante rigurosa: se levantaban al alba y su primer deber consistía en saludar a Bindusar tocándole los pies. Observaban una obediencia total, comían dos veces al día y la mayor parte de la jornada se reservaba para el estudio. Aparte de la memorización de los Vedas, el maestro les enseñaba otras ciencias auxiliares en función de la casta a la que cada uno perteneciera y les inculcaba los valores morales por los que debían regirse como ciudadanos de pleno derecho de la sociedad hindú.

El trato que los alumnos le procuraban a Madhuk era correcto, si bien en determinados momentos resultaba demasiado frío. En todo caso, en muy poco tiempo quedó bastante claro que la camaradería que se dispensaban entre ellos no lo incluía a él. De hecho, aunque al principio luchó por que lo aceptaran, pronto dejó de hacerlo porque enseguida se dio cuenta de que el esfuerzo no merecía la pena. Los estudiantes pertenecían a familias de clase alta, ricas e influyentes, que al parecer no veían con buenos ojos la adopción de un crío salido de las calles, acerca de cuyo pasado no se sabía nada en absoluto. Los hermanos de Bindusar habían sido desde el principio de aquella misma opinión, y pese al tiempo transcurrido todavía no habían aceptado a Madhuk, ni tampoco parecía que tuviesen intención de hacerlo. No obstante, en este caso parecía que los motivos de fondo tenían más que ver con la herencia del maestro —que eventualmente iría a parar a manos de Madhuk—, que con cualquier otra cosa.

A la escasa afinidad con sus compañeros se unió, además, el hecho de que Madhuk recibía una educación diferenciada que lo distanciaba aún más de

ellos, debido a que los alumnos de Bindusar le llevaban años de ventaja en sus estudios.

Todo ello contribuyó a que el maestro aceptase el sorprendente deseo que Madhuk le había expresado de llevar a cabo viajes de peregrinación tras su anterior visita a las cuevas de Gaya. La idea no era mala, porque el muchacho necesitaba empaparse de la cultura y las tradiciones de su tierra, y las experiencias que adquiriese lo ayudarían sin duda a encontrarse consigo mismo, así como a cicatrizar las heridas que todavía ardían en su interior. No obstante, si de verdad pretendía acometer aquellos viajes en solitario, debía cumplir una serie de requisitos.

Para empezar, la seguridad era lo primero. Madhuk solo recorrería aquellos caminos transitados por otros peregrinos cuya protección estuviese plenamente garantizada. Por otra parte, sus ausencias no podrían prolongarse más allá de dos semanas, lo cual excluía viajes a lugares excesivamente lejanos y lo apremiaba a desplazarse a bordo de cualquier medio de transporte que estuviese a su alcance, ya fuese una carreta, un camello o un asno. El dinero no supondría un problema, pues Bindusar lo proveería de cuanto fuese necesario. Y, por último, Madhuk se comprometía a seguir estudiando los Vedas durante el transcurso de sus viajes.

Partiendo de las condiciones citadas, el muchacho era libre de elegir su destino. Los centros de peregrinación hindúes —denominados *tirthas*—, poseían la consideración de sagrados por su asociación con antiguos personajes de la mitología (dioses o santos), cuyas hazañas habían sido recogidas por escrito, y en honor de quienes se había levantado un templo. Además, otros lugares de peregrinación solían ser las montañas, los ríos o los lagos, debido a la relación de respeto que el hinduismo mantenía con la naturaleza y al poder que tradicionalmente se le atribuía al agua. Se creía que un *tirtha*, que literalmente significa «vado», podía ayudar a alcanzar el *moksha* con mayor facilidad.

Asimismo, Bindusar también le ofreció a Madhuk la posibilidad de peregrinar a lugares de tradición budista, pues de sobra era conocida su tolerancia hacia el resto de los credos. Entre los centros de peregrinaje más destacados se encontraban el Árbol de la Sabiduría, donde Buda había alcanzado la Iluminación, el parque donde había predicado su primer sermón y también las localizaciones de su nacimiento y muerte.

Cuando Madhuk emprendió su primer viaje, Harshali lloró como si temiese no volver a verlo, asustada ante la idea de que pudiese sucederle alguna desgracia por el camino. Afortunadamente, el muchacho regresó sano

y salvo, no solo aquella vez, sino también todas las que la sucedieron. Las peregrinaciones probaron tener un efecto positivo en Madhuk, que retornaba siempre con el espíritu renovado, y cada vez más confiado y seguro de sí mismo, como si se impregnase del carácter sagrado —casi mágico—, que se les atribuía a los *tirthas*.

Los meses subsiguientes transcurrieron de la manera en que habían previsto. Madhuk alternaba estancias en la casa del maestro, dedicado al estudio junto al resto de los alumnos, con breves escapadas a los lugares considerados santos, tanto para los budistas como para los peregrinos de tradición hindú. El joven adquirió también bastante destreza con la *vina*, que solía llevar consigo en cada uno de sus desplazamientos. Bindusar admitía con una sonrisa que su hijo ya tocaba el instrumento mucho mejor que él.

A la vuelta de uno de sus viajes, Madhuk halló a Harshali en la capilla contigua a su cuarto, ofreciéndole a Shiva una bandeja de fruta al tiempo que murmuraba una oración. Nada más verlo, la mujer se puso en pie y lo abrazó sonriendo de oreja a oreja.

—¿Dónde has estado esta vez? —le preguntó. Ambos se habían sentado en el suelo frente a la talla del dios hindú, envueltos en la escasa luz que arrojaba la presencia de un puñado de velas. Un suave aroma a incienso flotaba en el ambiente.

—¡En Aidhoia! —contestó entusiasmado. En aquella población había nacido Rama, la séptima encarnación de Visnú, y también habían tenido lugar los acontecimientos que se describen en el Ramayana^[28].

—Me alegro por ti, Madhuk. Aunque, como ves, cada vez que te ausentas yo me dedico a diario a pedirle protección a Shiva. Por suerte, hasta el momento ha escuchado todas mis plegarias.

—Te preocupas demasiado. Ya ves que siempre vuelvo sano y salvo, como también lo hacen los miles de peregrinos que inundan los caminos.

—No puedo evitarlo. Así somos las madres. —A Harshali le sobrevino de repente un ataque de emotividad—. No puedes imaginarte el lugar tan importante que has venido a ocupar en nuestras vidas. Durante muchos años me sentí desgraciada, pero tu llegada lo ha cambiado todo por completo. Bindusar y yo te queremos mucho, Madhuk. Y, además, nos sentimos tremendamente orgullosos de ti.

El muchacho correspondió aquellas palabras con un beso cargado de afecto y ternura.

—Yo también os quiero —repuso—. Sin embargo, me entristece que por mi culpa los hermanos de Bindusar ya no se hablen con él.

—Desde luego, no nos lo esperábamos. Si por algo está sufriendo Bindusar es por la gran decepción que se ha llevado. Jamás pudo haberse imaginado que sus hermanos fueran a darle la espalda en un asunto de tanta importancia. En todo caso, tú no tienes nada que reprocharte.

Un pesado silencio cayó sobre los dos, como si un lienzo de terciopelo hubiese cubierto la estancia. Madhuk había cerrado los ojos y apretaba los párpados con fuerza mientras llevaba a cabo un profundo debate en su interior. Finalmente, el joven pareció resolver el conflicto interno que lo atenazaba y rompió el silencio con un hilo de voz.

—Yo era apenas un crío cuando mi madre murió —confesó—. Y pese a lo pequeño que era y el tiempo transcurrido desde entonces, no pasa un solo día sin que recuerde su rostro.

Harshali se estremeció. Era la primera vez que Madhuk abría su corazón de aquella manera, enfrentándose por fin a los fantasmas de su pasado. Sin duda, aquella constituía la prueba más evidente de que sus profundas heridas comenzaban a cicatrizar.

—No la olvides nunca —señaló.

—No lo haré. Pero me gustaría decirte que, desde que te has convertido en mi nueva madre, el dolor que sentía ya se ha hecho mucho más pequeño.

Una lágrima de emoción recorrió la mejilla de Harshali, que no quiso añadir nada más, con la esperanza de que Madhuk continuase sincerándose del modo en que lo había hecho. Sin embargo, el muchacho se recompuso en el último momento, hasta que recuperó su entereza habitual. Con todo, Harshali sabía que tras aquel primer paso ya no habría vuelta atrás y que tan solo era cuestión de tiempo que la coraza tras la que se escudaba acabase resquebrajándose, como la presa que se enfrenta a su primera grieta.

Por esos días, Madhuk volvió a protagonizar un encuentro furtivo con Sarasvati, a la que tenía que poner al día de los avances que hasta la fecha había logrado. Aunque cada uno de ellos actuara por su cuenta, la coordinación entre ambos resultaba crucial para alcanzar el objetivo que se habían propuesto llevar a cabo. En sus inicios, este no era más que una quimera. Sin embargo, por vez primera se atisbaban visos de que algún día podía llegar a hacerse realidad.

Por otro lado, cuando tan solo faltaban un par de semanas para la finalización de la temporada de estudios, Bindusar cayó enfermo y sus alumnos tuvieron que regresar con sus familias antes de lo previsto. Aunque de acuerdo con el médico el asunto no revestía excesiva gravedad, el maestro debía permanecer en cama mientras no remitiesen las fiebres, y en modo alguno podía continuar con su labor educativa. Bindusar llevaba varios días sin moverse del lecho bajo los solícitos cuidados de Harshali, que seguía las instrucciones del médico al pie de la letra.

Madhuk estaba preocupado porque nunca antes había visto a su padre adoptivo en semejante estado, y una mañana más se sentó al borde de su camastro para hacerle compañía.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Débil... No voy a negarlo. Aunque en mi situación no puede esperarse otra cosa. De cualquier manera, no te preocupes. Me pondré bien. Ya he pasado antes por esto.

—¿El médico es tan bueno como parece?

—El más prestigioso de Pataliputra. Y, sin duda, uno de los mejores expertos en la ciencia *ayurvédica* de todo el país.

Un paño húmedo cubría la calva de Bindusar con el fin de mantenerle a raya la fiebre. Madhuk se lo retiró y se lo cambió por otro nuevo.

—¿Te acuerdas de Padmabandhu? —inquirió el maestro.

—Sí, el abad de Nalanda.

—Eso es. Bueno, eso era cuando lo conociste. Hace ya un tiempo que pasó a formar parte de la corte como consejero del emperador. —Bindusar tosió antes de continuar—. Pues bien, precisamente hoy he recibido una invitación suya para asistir a una recepción en palacio, a la que acudirán otros sabios y eruditos.

—¿Y para cuándo está prevista?

—Para mañana. La verdad es que no he podido tener peor suerte —se lamentó.

—Ya habrá otra ocasión. Lo importante ahora es que te recuperes.

Un nuevo acceso de tos más fuerte que el anterior dejó a Bindusar sin habla durante algunos minutos. Un poco de agua lo hizo sentirse algo mejor.

—Hijo, me gustaría decirte algo importante. Cuando me muera...

—No vas a morirte —lo interrumpió Madhuk.

—Lo sé... Puedes estar seguro de que voy a salir de esta —aclaró—. Pero eventualmente sucederá en el futuro. Y cuando tal cosa ocurra, quiero que seas tú, tal y como dispone la tradición, quien lleve a cabo el *antiesti*. No

dejes que mis hermanos se interpongan y ocupen tu lugar. Aunque seas un hijo adoptivo, para mí no eres menos que si hubieses sido un hijo natural.

El *antiesti* comprendía el conjunto de ritos mortuorios que el primogénito llevaba a cabo tras la defunción de su padre, con el fin de asegurarle un tránsito seguro hacia el otro mundo.

—Lo haré —repuso Madhuk con sobriedad—. Pero preferiría que cambiases de tema. Aún te quedan muchos años por vivir.

Bindusar cerró los ojos para quedarse dormido al cabo de un instante. Su respiración se hizo acompasada y la fiebre pareció disminuir. Pasada una media hora volvió a despertarse, y se dio cuenta enseguida de que el muchacho aún seguía a su lado.

—¿Por qué no haces el viaje que habías planificado? —le planteó sin dudar. Madhuk había previsto peregrinar en aquellas fechas a Kushinagar, la ciudad donde murió Buda, en la cual se habían levantado decenas de templos y monasterios en su honor. Sin embargo, la enfermedad del maestro había trastocado todos sus planes.

—No me gustaría irme y dejarte así.

—Aprecio tu preocupación, pero tampoco es para tanto. Vete tranquilo, disfruta del viaje y regresa más sabio. Después de todo, de eso es de lo que se trata.

—No sé...

—Para cuando vuelvas yo ya me habré recuperado. Y sabes de sobra que Harshali estará muy pendiente de mí. —La expresión de Bindusar se tornó seria de repente—. Te pediría tan solo que durante tu peregrinaje reflexionases acerca de un asunto muy concreto... Ya se ha cumplido un año desde que te adoptamos y, aunque es cierto que últimamente has realizado algunos progresos, todavía no te has atrevido a dar el paso de sincerarte del todo con nosotros. Quizá ha llegado el momento... ¿No te parece? Piensa en ello durante tu viaje y, si crees que estoy en lo cierto, cuéntame a la vuelta todo lo que sigues ocultando en el fondo de tu alma y libérate para siempre de ese peso que en ocasiones no te deja avanzar.

Madhuk bajó la mirada. Sabía que Bindusar llevaba razón, pero... ¿cómo reaccionaría si supiese toda la verdad?

—Pensaré en ello. Te lo prometo —dijo al fin. Y, a continuación, añadió —: gracias, padre...

Bindusar, emocionado, sintió que los ojos se le humedecían y la voz se le secaba. Era la primera vez que Madhuk lo llamaba de aquella manera.

Pasado un año desde que soltasen al caballo, por fin estaba todo preparado para llevar a cabo el ritual del *asvamedha*, que reconocería a Kumaragupta como soberano universal.

La ceremonia transcurría a orillas del río Ganges, en una explanada sobre la que se había levantado un altar de piedra, frente al que ardía el fuego sagrado y a cuyo alrededor se habían dispuesto un centenar de sacerdotes brahmanes que oficiaban el acto encabezado por el *purohita*. Cada uno de ellos tenía su propia función: algunos invocaban a los dioses entonando los himnos del Rigveda; otros ofrecían oblaciones al fuego sagrado en forma de granos de arroz, *ghee* o harina de cebada; mientras un tercer grupo supervisaba la correcta ejecución del rito, recitando mentalmente mantras para compensar cualquier error cometido por alguno de sus compañeros.

En primer plano se había erigido un amplio pabellón destinado a acoger al emperador, a toda su corte y a los gobernantes de los reinos vasallos que habían acudido a rendirle tributo. Además, aquel día había sido declarado festivo, y en torno al recinto se agolpaba buena parte de la población de Pataliputra, que no quería perderse detalle de la ceremonia.

Pese a que Abhimanyu había sido el principal impulsor del *asvamedha*, su satisfacción no era total. Mediante esta celebración, el *purohita* había pretendido devolver el protagonismo al ritual del sacrificio que desde siempre había constituido la piedra angular del brahmanismo, frente al nuevo hinduismo cada vez más centrado en su doble vertiente tanto ascética como devocional. Igualmente, aquella constituía una inmejorable oportunidad para reivindicar el poder de la casta sacerdotal, que antaño había llegado a estar a la altura de los reyes.

Sin embargo, las cosas no habían salido como él había previsto, pues Kumaragupta había invocado la doctrina de la *ahimsa* que defendían jainistas y budistas, para prohibir el sacrificio de las incontables cabezas de ganado que tradicionalmente se llevaba a cabo durante el *asvamedha*. Tan solo podrían darle muerte al caballo, sin cuyo sacrificio la ceremonia habría perdido todo su sentido.

Abhimanyu se sentía tan frustrado como furioso. La influencia que Padmabandhu ya ejercía sobre el emperador no le gustaba lo más mínimo. El dichoso monje budista lo había convencido incluso de que no volviese a participar en las habituales cacerías que tenían lugar en su coto privado, para respetar de ese modo el principio de no dañar a ningún ser vivo. El *purohita*

había intervenido entonces para decirle al emperador que no debía sentir temor de ningún tipo, pues su pertenencia a la casta chatria lo habilitaba para practicar la caza sin que el ejercicio de dicha actividad contrariase su *dharma* en absoluto. Con todo, Kumaragupta se había refugiado en las tesis budistas para no entrar en razón.

En el interior del pabellón, el emperador presidía el acto sentado en un trono improvisado, mientras sus cortesanos se habían acomodado sobre mullidas alfombras dispuestas en el suelo.

Skandagupta se hallaba junto a su padre contemplando la ceremonia con cierta desgana, hasta que el caballo que había recorrido las tierras fronterizas durante todo un año, bajo la atenta vigilancia de una guarnición de soldados, hizo por fin su acto de aparición. Una pareja de sacerdotes condujeron al equino a la zona del altar, y a continuación lo ataron a un poste. El animal, asustado, comenzó a relinchar debido a la proximidad del fuego.

Padmabandhu se inclinó sobre el niño para explicarle al oído el significado de cada uno de los elementos que integraban el ritual, debido a que todos ellos estaban cargados de un enorme simbolismo. El caballo se identificaba con el cosmos y su sacrificio representaba el acto de la creación. A Skandagupta le gustaba bastante el monje budista, pues era mucho menos estricto que el *purohita* y además no le importaba jugar con él a espantar las ranas del jardín. La adaptación del nuevo consejero había sido tan rápida como efectiva, tras haberse ganado la confianza de la corte de Kumaragupta gracias a su juiciosa labor de asesoramiento. Tan solo Abhimanyu y sus acólitos recelaban del budista, al que consideraban un lobo con piel de cordero cuyas verdaderas intenciones pasaban por fomentar las enseñanzas de Buda en detrimento de la religión hindú.

Al otro lado de Kumaragupta se sentaba su hija Rudrabhiravi, que aún seguía deprimida por el matrimonio que su padre había pactado para ella. Al disgusto que aquella noticia le había supuesto, pronto se le sumó la decepción por la actitud del hijo del recaudador general de impuestos, que en vez de luchar por su amor se quitó rápidamente de en medio como si jamás la hubiese querido. Durante un tiempo, adoptó una postura rebelde con todo el mundo, creyendo ingenuamente que su comportamiento subversivo podría cambiar de algún modo los planes predispuestos. Hasta que, cuando por fin se dio cuenta de que nada de lo que hiciese alteraría en absoluto la situación, y sin que nada le importase ya lo más mínimo, Rudrabhiravi, con el corazón destrozado, acató la decisión de su padre como le correspondía por su condición de princesa.

—Hija, puede que todavía seas demasiado joven para comprender la importancia de ciertos hechos, pero estoy seguro de que lo harás en un futuro. Tu enlace con el rey de los *pushyamitras* no responde a ningún capricho, muy por el contrario, gracias a él evitaremos una guerra de consecuencias imprevisibles para el imperio.

La princesa apenas le dedicó a su padre una fugaz mirada. Vestida con un sari de seda con bordados de plata y profusamente maquillada y acicalada, la muchacha ya competía en belleza con su madre, con la que guardaba un extraordinario parecido.

—¿Y mis sentimientos? —inquirió.

—Nosotros, los que formamos parte de la dinastía Gupta, nos debemos al imperio. Todo lo demás es secundario.

Rudrabhiravi parecía resignada a su suerte. Esa misma mañana había conocido brevemente al que se convertiría en su futuro esposo. Un hombre de la edad de su padre, rudo, vanidoso y con el rostro cubierto de cicatrices de guerra.

—Tienes que ser fuerte y no olvidar nunca quién eres ni lo que representas —señaló Kumaragupta—. Además, no estarás sola. Ya lo sabes. Tanto tu madre como tus sirvientas de confianza también se irán contigo.

Entretanto, la ceremonia proseguía el curso establecido. Las concubinas y *ganikas* que formaban parte del harén aparecieron a continuación en escena y se situaron alrededor del caballo, que relinchaba muy alterado producto del nerviosismo. Anumita también se encontraba entre ellas, pese al contraste tan evidente que había entre la enana y sus compañeras. En cabeza marchaban las dos esposas del emperador, las cuales dieron tres vueltas alrededor del caballo, al que le dirigieron palabras rituales de amor mientras lo abanicaban con el faldón de sus vestidos. Las veladas alusiones a la fecundidad que salpicaban la ceremonia tenían como propósito asegurar la prosperidad del imperio.

Dattadevi rehuía en todo momento la mirada de Savitridevi, la segunda reina consorte y madre de Skandagupta, a la que había evitado a propósito desde que hubiese recibido la orden de trasladarse con su hija al reino de los *pushyamitras* una vez que el enlace de esta se hubiese formalizado. Savitridevi había intentado hablar con ella para darle su apoyo, pero la primera reina consorte se sentía tan humillada que ni siquiera había querido oírla. La eterna rivalidad que Dattadevi había mantenido con ella probablemente la había privado de una amistad sincera que podía haber perdurado en el tiempo. En tal caso, ahora habría podido recurrir a ella, que

todavía era capaz de ejercer una cierta influencia sobre el emperador. Por desgracia, la realidad era que nadie de verdadera relevancia podía prestarle ayuda y que solo dependía de ella para escapar a su destino.

Acto seguido, un grupo de sacerdotes obligó al caballo a recostarse sobre un paño, para proceder a asfixiarlo utilizando una tela de lino untada con manteca. Luego emplearon un cuchillo con empuñadura de oro para descuartizarlo y finalmente ofrendaron oblaciones al fuego sagrado con la sangre del animal.

En un extremo del pabellón de gala, Bhanugupta y Harshul conversaban en voz baja, al tiempo que seguían con la mirada el desarrollo de la ceremonia.

—¿Se puede saber qué ha hecho Kumaragupta para arrogarse con el título de *chakravartin*? —En lugar de sentirse orgulloso, Bhanugupta parecía verdaderamente enojado con su hermano por haberse atrevido a compararse en grandeza con su padre y su abuelo.

—¿Quieres que sea sincero? —inquirió el *mahasenapati*.

—Te lo ruego.

—No ha hecho nada para merecerlo. Eso está claro. Desde que ascendió al trono se ha limitado a conservar los territorios conquistados en el pasado, pero no ha iniciado una sola guerra para ampliar las fronteras del imperio. — El tono de voz de Harshul reflejaba su gran descontento—. No obstante, también es justo reconocer que detrás de todo esto se encuentra en realidad la mano del *purohita*.

—Abhimanyu persigue sus propios intereses. Eso puedo entenderlo. Aunque si Kumaragupta tuviese un poco más de dignidad, jamás habría accedido a celebrar esta pantomima, que a todas luces le viene grande.

Bhanugupta posó la vista en el espacio reservado a los reyes vasallos. El soberano de los *pushyamitras* destacaba sobre todos ellos, pues desde su llegada no había hecho otra cosa que pavonearse delante del resto, debido a la generosa propuesta que le había hecho el emperador. Aquello no podía resultar más humillante. Un reyezuelo osaba sublevarse, y en lugar de escarmentarlo como era debido se le premiaba con la mano de la princesa. En todo caso, el enlace aún tardaría un tiempo en formalizarse, pues solo podía llevarse a cabo en la fecha señalada por el astrólogo de palacio.

—Ese energúmeno va a casarse con mi sobrina y estrechará de ese modo sus lazos con la dinastía imperial. ¿Puede, acaso, mi hermano hacernos caer más bajo?

—Yo, desde luego, habría resuelto el problema de manera muy distinta —manifestó Harshul.

Bhanugupta captó en su brillante mirada los ecos de guerras pasadas. El *mahasenapati* llevaba tantos años sin participar en una batalla que temía que su esencia bélica se desvaneciese por el mero paso del tiempo. El hermano de Kumaragupta se frotó las manos sudorosas, convencido de que podía jugar aquella baza a su favor.

—Si yo fuese el emperador, mi primera orden sería atacar a los *pushyamitras* ahora mismo. —Bhanugupta sabía que estaba pisando terreno resbaladizo, pero aun así decidió arriesgarse y tantear al *mahasenapati* para averiguar de qué apoyos disponía—. Si una desgracia repentina le ocurriese a Kumaragupta... ¿Me respaldarías para sucederlo?

La intimidatoria mirada de Harshul lo aplastó como una losa, y por un instante pensó haber llevado sus insinuaciones demasiado lejos. No obstante, este ladeó a continuación la comisura de los labios conformando una sutil sonrisa.

—Visnú no quiera que le pase nada a mi hermano, desde luego —añadió a toda prisa Bhanugupta, que ya había obtenido la respuesta que quería. Después realizó unos cuantos cálculos mentales. Con el respaldo del *mahasenapati*, tenía muchas posibilidades de ocupar el trono del emperador en el hipotético caso de que a este le ocurriese alguna cosa. Su legítimo sucesor, Skandagupta, era tan solo un niño de ocho años. Por el contrario, él contaba con una amplia experiencia en tareas de gobierno y además ejercía en la actualidad el cargo de *mahamantrin*. Asimismo, también necesitaría el apoyo de la casta sacerdotal, para lo cual tendría que ganarse el favor del *purohita*. Bhanugupta estaba seguro de poder convencerlo para que, llegado el caso, Abhimanyu obviase el defecto de sus piernas arqueadas y bendijese de ese modo su nombramiento, aunque aquello significase no cumplir a rajatabla con la ley sagrada.

—Los hunos blancos consolidan su avance sin que nadie sea capaz de hacerles frente —apuntó Harshul—. Pronto llegarán a nuestras fronteras.

—Así es. Y mi hermano tampoco está haciéndoles llegar el mensaje adecuado.

Bhanugupta defendía un giro radical en la política del imperio, en una línea mucho más agresiva. Pero... ¿hasta dónde sería capaz de llegar para conseguirlo?

Justo en ese momento, envuelto por un ruido ensordecedor proveniente de los vítores del público, la fanfarria de los músicos y los cánticos de los

sacerdotes, Kumaragupta encaminó sus pasos hacia la explanada donde el *purohita* lo recibiría para proceder a coronarlo como *chakravartin*.

3

Varios meses después de comenzar a ejercer, Sarasvati ya había cogido la suficiente experiencia como para convertirse en una de las chicas más demandadas por la selecta clientela del burdel.

Con el tiempo había ido acostumbrándose a su trabajo, aunque su desempeño de este no le reportase satisfacción de ningún tipo. De cualquier manera, Sarasvati ya había interiorizado la regla número uno que la *kuttani* les inculcaba, que consistía en que por encima de todo su labor radicaba en rendir tributo al *kama* y, por extensión, a cada uno de los hombres que precisaban de sus servicios. Por fortuna, la carga de trabajo no era en absoluto excesiva, y las chicas no realizaban más allá de dos o tres servicios al día para garantizar la calidad del mismo. Madunisha estaba muy satisfecha con ella, pues, pese a tratarse de su incorporación más reciente, ya le dejaba más beneficios que otras compañeras suyas de mayor veteranía.

El éxito de Sarasvati, por el contrario, había despertado los celos de Vasavadatta, que hasta entonces había constituido siempre el indiscutible centro de atención. La hermosa Vasavadatta soñaba con convertirse en *ganika* y no aceptaba que ninguna de sus compañeras le hiciese sombra, ni siquiera una recién llegada como Sarasvati a la que aún le quedaba tanto por aprender. En tales circunstancias, le correspondía a Madunisha evitar que la convivencia entre sus chicas se enturbiase más de la cuenta, ya que podía repercutir negativamente en la marcha del negocio. Hasta el momento, sin embargo, más allá de los citados celos, no había pasado nada realmente significativo como para que la *kuttani* se viese obligada a intervenir.

Sarasvati, sin embargo, comenzaba a sentirse cada vez más incómoda, sobre todo después de que Vasavadatta le retirase la palabra y crease en torno a ella una sutil corriente de animadversión. Ante semejante panorama, una mañana se decidió a hablar con ella para intentar arreglar las cosas.

—Vasavadatta, ¿por qué me has vuelto la espalda? Yo jamás me interpondría en tu camino. ¡No podría aunque quisiera! —Sarasvati lo decía muy en serio. Su compañera, con dieciséis años recién cumplidos, poseía un cuerpo perfecto por el que los hombres perdían la cabeza: pechos abundantes, caderas pronunciadas y largas piernas estilizadas que le proporcionaban una

envidiable estatura. Además, ella dominaba las artes amatorias como ninguna otra en el burdel.

—Por supuesto que no —replicó señalándola con el dedo—. Pero porque yo no pienso dejarte hacerlo. —Vasavadatta sabía de sobra que en ese momento Sarasvati no la superaba en ninguna faceta. No obstante, se daba perfecta cuenta del increíble potencial que poseía. En un año, cuando su cuerpo comenzase a mostrar las formas de una mujer adulta, su belleza competiría directamente con la suya.

—No estás siendo justa conmigo —insistió Sarasvati con un hilo de voz.

—Ni lo pretendo. —Y dicho esto, Vasavadatta se marchó dejándola con la palabra en la boca.

Sarasvati, dolida, se ocultó en el último rincón de la casa para llorar donde nadie la viera. Con todo, minutos más tarde apareció Madunisha, a la que no se le escapaba nada de lo que ocurría en sus dominios.

—Cálmate, niña —dijo en tono consolador—. Vasavadatta no es mala persona, lo que pasa es que su obsesión por convertirse en *ganika* está afectando a su buen juicio. No te preocupes, yo hablaré con ella. —Y, a continuación, animó a Sarasvati a darse una vuelta para que se olvidase de lo ocurrido.

Sarasvati aceptó el consejo de la *kuttani* y se pasó buena parte de la mañana recorriendo las mismas calles que aproximadamente un año atrás se había pateado junto a su hermano, cuando parecía que no habría futuro para ninguno de los dos. Todo le parecía diferente desde que había abandonado su vida de indigente, hasta el punto de que solía detenerse ante los establecimientos de los joyeros, donde de vez en cuando se permitía el lujo de concederse algún que otro capricho con el dinero que recibía.

Después de contemplar durante largo rato un deslumbrante broche de zafiro que al final no se decidió a comprar, Sarasvati sufrió un encontronazo que casi acaba con ella en el suelo. Un joven que salía de la sastrería de al lado casi la derriba al no mirar por dónde iba, urgido por las prisas. A primera vista, la muchacha creyó que se trataba de un soldado de la guardia real.

—Lo siento —se disculpó el joven, que no pensaba detenerse hasta que sus ojos se posaron en los de Sarasvati, momento en el que cambió instantáneamente de opinión—. ¿Estás bien? —añadió sin moverse del sitio.

—Sí, no ha sido nada. —Sarasvati lo evaluó en décimas de segundo. El joven tendría unos quince años y, aunque se parecía ligeramente a Madhuk, su constitución era mucho más fuerte, y el color de sus ojos era verde claro. Tras aquel repaso se dio cuenta de que el atuendo que le había llevado a creer

que se trataba de un soldado era en realidad un vulgar disfraz al que seguramente el sastre acababa de realizarle algún tipo de remiendo. De hecho, incluso las armas que portaba al cinto eran de mentira.

—Yo soy Gauresh —se presentó inclinando graciosamente la cabeza—. ¿Y tú?

—Sarasvati...

—Aunque tu nombre es bonito, de ninguna manera hace justicia a tu belleza.

No cabía duda de que el joven estaba flirteando con ella, y Sarasvati se descubrió a sí misma encantada con la situación. Hasta ahora, el único trato que había mantenido con el género masculino se había reducido a ser el objeto de una mera transacción. Gauresh, en cambio, intentaba conquistarla recurriendo a otro tipo de argumentos, mucho más cercanos al arte del cortejo y la seducción.

—¡Cómo he podido ser tan torpe como para tropezar a plena luz del día con alguien que ya de por sí desprende tanta luz!

El caudal de piropos no cesaba y Sarasvati no pudo evitar sonrojarse ante tanta consideración.

—Para, por favor. ¡No es para tanto! —replicó entre risas.

Gauresh se sumó a las carcajadas, para recuperar a continuación su pose más apuesta.

—Me encantaría poder seguir hablando contigo, pero ahora mismo me esperan en otro sitio donde mi presencia es obligada. No obstante, si me dices dónde vives, me complacería mucho pasarme a buscarte en otra ocasión.

Sarasvati habría accedido encantada, pero si le revelaba que su domicilio radicaba en un burdel, estaría dando a conocer su condición de prostituta.

—Lo siento... apenas te conozco —argumentó a modo de excusa.

—Ese sería precisamente el propósito de nuestro encuentro —repuso Gauresh desplegando su cautivadora sonrisa—. Tiene sentido, ¿no?

Gauresh era un chico amable, simpático y también muy atractivo. Pero Sarasvati, sabedora de que no tenía elección, se limitó a bajar la mirada por toda respuesta.

—Está bien, un auténtico caballero debe saber cuándo admitir su derrota —señaló sin perder la sonrisa—. No obstante, si deseas volver a verme, podrás encontrarme a esta misma hora en el templo de Visnú. —Y dicho esto, Gauresh echó a correr y desapareció de la vista de Sarasvati tras doblar la primera esquina.

Aunque tenía pensado regresar, el comportamiento del muchacho la había llenado de intriga. El estrafalario disfraz, el singular lugar donde la había citado, así como sus excesivas prisas, la llevaron a no querer esperar para saber qué había detrás de todo aquello.

Media hora después, Sarasvati entraba en el templo abriéndose paso entre la muchedumbre conformada por devotos y peregrinos, y pese a buscarlo a conciencia no halló ni rastro de Gauresh. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el recinto sagrado no solo lo integraba el santuario principal, sino también toda una serie de edificios anexos, entre los cuales había una sala destinada a la representación de obras teatrales, espectáculos de danza o recitaciones épicas.

Sarasvati se dirigió hacia allí y pronto averiguó que estaba celebrándose una función. Sin pensárselo dos veces, pagó el precio de la entrada y accedió al interior suntuosamente engalanado: del techo colgaban pendones de seda y las paredes exhibían exuberantes guirnaldas de flores que arrojaban un olor exquisito. El público asistía a la obra en pie, situado frente a un austero escenario que carecía de cualquier tipo de decorado, salvo por un telón de fondo que a modo de mural cambiaba con cada acto.

Sarasvati se sintió enseguida cautivada por la obra que se desarrollaba ante sus ojos, un melodrama en toda regla basado en la historia de un rey antiguo que sufría todo tipo de calamidades, las cuales provocaban la lágrima fácil de la audiencia. El diálogo principal tenía lugar en prosa, aunque también se intercalaban fragmentos en verso cuando se estimaba oportuno.

Al cabo de un rato, Gauresh entró en escena con su disfraz de soldado, impostando una voz grave para tratar de acentuar el carácter intimidatorio del personaje que encarnaba. Aunque tenía un papel pequeño, su sola presencia en el escenario multiplicó aún más si cabía la atracción que desde el primer momento el muchacho había despertado en ella.

Pese a los episodios de tristeza que salpicaban toda la trama, la obra terminó con final feliz conforme dictaba la dramaturgia de la época. El reparto de actores recibió un cálido aplauso y, una vez echado el telón, el público comenzó a abandonar el recinto poco a poco. Sarasvati se encaminaba también hacia la salida cuando de pronto escuchó una voz a su espalda.

—¡Espera! No te vayas.

Al girarse, allí estaba Gauresh con su socarrona sonrisa. Aún seguía disfrazado con el atuendo de su personaje, pues había tenido que correr tras ella para que no se le escapara.

—Te había visto desde el escenario —aclaró—. El brillo de tus increíbles ojos de color turquesa casi me ciega —agregó haciendo gala de todo su encanto.

Sarasvati no dijo nada. Notaba un singular cosquilleo en la boca del estómago y no dejaba de atusarse el pelo de forma involuntaria. Nunca antes se había sentido así.

—Bueno, y... ¿qué te ha parecido?

—Me ha encantado —repuso con timidez—. Es la primera vez que asisto a una obra de teatro.

—¿En serio? Yo podría hablar con el portero para que te dejase pasar siempre que quisieras sin tener que pagar la entrada. Apuesto a que te gustaría repetir.

—Yo... te lo agradezco... Ahora tengo que irme...

—Está bien, pero volveremos a vernos, ¿verdad?

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que Sarasvati se dio la vuelta y se marchó sin decir nada.

Pese a su firme promesa de olvidarlo, durante los días siguientes no hizo otra cosa que pensar en Gauresh a todas horas. Para su enorme frustración, ocurría sin embargo todo lo contrario, de manera que cuanto más se esforzaba por apartarlo de su mente, más lo tenía presente en cada uno de sus pensamientos. Un sentimiento incontrolable crecía dentro de ella, como la chispa que prende una pira y que termina trasformada en un violento fuego. Sarasvati se rindió entonces a la evidencia y decidió volver a encontrarse con el joven actor con una condición que ella misma se impuso: no le ocultaría el modo en que se ganaba la vida.

Sarasvati acudió de nuevo al gran templo y esta vez pudo presenciar la obra de teatro desde el principio. La historia volvió a conmoverla y, además, siempre que Gauresh aparecía en escena notaba que se le aceleraba el corazón.

El actor la localizó fácilmente entre la audiencia y se permitió incluso el lujo de guiñarle un ojo desde las tablas entre una línea de diálogo y otra. Al finalizar la representación, Sarasvati lo aguardó al pie del escenario, mucho más radiante incluso que la vez anterior, pues en esta ocasión se había arreglado a conciencia.

—Sabía que volverías. —El actor exhibía su habitual talante bromista, mezclado con una pizca de arrogancia que le daba el toque perfecto.

Esta vez pudo cambiarse de ropa y sustituir su falsa indumentaria de soldado por una *vasana* de lino y un turbante rojizo enrollado a la manera de los estados del sur. La pareja prefirió alejarse de las céntricas calles de la ciudad para dirigirse a la afueras y disfrutar de un largo paseo por la orilla del Ganges.

—Mi padre es el dueño de la compañía, y todos los actores que participamos en la obra formamos parte de la familia.

—¿De veras?

—¡Desde luego! Y los que no actúan se ocupan del resto de las tareas: directores de escena, maquilladores, tramoyistas...

Gauresh, ya de por sí parlanchín por naturaleza, llevaba en todo momento el peso de la conversación. El muchacho viajaba por todo el país con la compañía de teatro, que se desplazaba de una región a otra aprovechando las fiestas populares de cada sitio y la masiva afluencia de público que estas atraían. En Pataliputra se encadenaría a continuación la celebración de varios festivales, de modo que habían previsto quedarse a lo largo de toda la primavera, tiempo durante el cual llegarían a representar hasta tres obras distintas.

—En la siguiente haré de campesino, pero mi papel tendrá una relevancia mayor.

—¿Siempre has sido actor?

—¡Claro! Yo ya estaba subido a un escenario cuando todavía me encontraba en el vientre de mi madre —rio.

Unos metros más adelante se toparon con una antigua ermita en ruinas, actualmente devorada por la vegetación y que en el pasado debió de estar dedicada a alguna divinidad hindú que con el tiempo terminó sepultada en el olvido. Allí aprovecharon para sentarse sobre una piedra y tomarse un descanso mientras reanudaban la conversación. Sarasvati creyó que había llegado el momento de tomar la palabra y decirle a Gauresh lo que tanto temía. Si iban a seguir viéndose, no podía dejar que aquella relación se cimentase sobre una mentira.

—Hay algo que deberías saber —anunció con voz trémula.

—Por supuesto —repuso el chico—. Hablo tanto que apenas te he dejado decir nada.

Cuando Sarasvati le confesó que se prostituía en uno de los burdeles más afamados de la capital, a Gauresh la sonrisa se le congeló en el semblante. Ella advirtió enseguida su cambio de expresión e, incapaz de sostenerle la mirada, clavó los ojos en un punto indeterminado del suelo. No obstante,

instantes después notó que la mano de Gauresh asía su barbilla y la alzaba con suavidad.

—No tienes nada de lo que avergonzarte —aseveró—. A veces en la vida uno tiene que hacer lo que sea para sobrevivir.

Y, antes siquiera de que le diese tiempo a reaccionar, el muchacho se inclinó sobre ella y la besó con extrema delicadeza. Sarasvati había estado con muchos hombres, pero jamás había sentido antes nada parecido a partir de un gesto tan pequeño. Todo el cuerpo se le estremeció por dentro, mientras por fuera se le erizaba el vello como por efecto de una corriente eléctrica. Acto seguido fue ella la que buscó la boca de Gauresh, hasta que ambos se fundieron en un solo cuerpo.

Sarasvati supo entonces que, por primera vez en su vida, estaba comenzando a enamorarse...

4

Dattadevi no había dejado de pensar en lo que el emperador le había ordenado: que debía trasladarse al reino de los *pushyamitras* tan pronto como la hija de ambos se hubiese casado con el soberano de aquellas tierras.

La primera reina consorte se había limitado a asentir, había participado en el ritual del *asvamedha* con total naturalidad y, en definitiva, había fingido estar de acuerdo. Sin embargo, en realidad no iba a permitir que las cosas transcurriesen de aquella manera. Su marcha al reino de los *pushyamitras* no era más que una forma de destierro que no estaba dispuesta a tolerar. Entre aquellos salvajes de costumbres atrasadas no la esperaba otra cosa que una vida llena de humillaciones e incomodidad. Ni ella ni su hija se merecían aquella especie de exilio siniestro del que jamás escaparían.

El odio que había ido acumulando hacia Kumaragupta por haberla condenado al olvido durante años alcanzaba ahora su punto más álgido. A Dattadevi, por tanto, no le tembló el pulso a la hora de tomar la única decisión que podía librarla de su aciago destino: acabar con la vida del emperador.

La primera reina consorte no solía abandonar la seguridad que le proporcionaban los muros de palacio, salvo con motivo de la celebración de algún festival o cuando acudía al mercado con el fin de hacerse con alguna joya o algún vestido de seda que solo figuras tan privilegiadas como ella podían permitirse. No obstante, aquella mañana había salido y se había internado en las calles de Pataliputra con objeto de poner en marcha la

primera parte de su plan. Con ella viajaba una cría de loro de la que se había encaprichado y a la que ya había empezado a enseñar a hablar.

El palanquín en el que se desplazaba se detuvo frente a un humilde establecimiento, que, según le habían contado, estaba regentado por una curandera que podía conseguirle lo que necesitaba. Su fuente de información había sido Anumita, que si no sabía algo por ella misma siempre podía averiguártelo. Por supuesto, no le había dicho para qué quería el veneno, ni tampoco a la enana se le habría ocurrido preguntar. La *vamanika* era de su total confianza y, aunque se pirrase por un buen cotilleo, también sabía mantener la boca cerrada cuando las circunstancias así lo requerían.

Dattadevi descendió del palanquín y recorrió la escasa distancia que la separaba del local bajo la curiosa mirada de los transeúntes, poco acostumbrados como estaban a recibir la visita en su barrio de una personalidad tan destacada de la corte de los Gupta. Un sirviente que también hacía las veces de guardaespaldas la seguía a un paso de distancia, llevando al pequeño loro consigo.

Cuando Dattadevi entró en el establecimiento, Kundanika ya la esperaba tras el mostrador, alertada por el revuelo que se había formado en la calle. La curandera reconoció inmediatamente a la primera reina consorte, a la que había visto en más de una ocasión en los desfiles que de cuando en cuando se realizaban a mayor gloria del emperador.

—Tengo entendido que en esta botica puedo encontrar ciertas sustancias... que normalmente no están al alcance de cualquiera.

Kundanika supo en el acto a qué se refería.

—Pasemos a mi consulta, donde gozaremos de mayor privacidad.

Dattadevi accedió al cuarto situado al fondo a la izquierda mientras su sirviente se quedaba haciendo guardia en el vestíbulo. Una vez acomodadas, Kundanika tomó la palabra para saber exactamente qué tipo de veneno podía ofrecerle a su cliente, en función de lo que pretendía.

—¿Qué resultado busca? La muerte... o quizá solo un daño parcial.

Por un instante Dattadevi contempló la posibilidad de causarle a Kumaragupta un mal que lo inhabilitase para gobernar, pero sin llegar al extremo de quitarle la vida. Sin embargo, enseguida rechazó aquella idea, decidida a no dejar ningún cabo suelto.

—La solución ha de ser definitiva... —contestó.

La curandera agradeció la franqueza de la reina.

—Y, ¿qué le convendría más? ¿Una muerte rápida u otra que se produjese al cabo de unos días?

Dattadevi no había pensado en ello. La segunda opción podría beneficiar a alguien que pretendiese huir del lugar de los hechos antes de que el veneno hubiese actuado. Ella, sin embargo, no se movería de allí.

—Si la muerte es fulminante, tanto mejor.

—Entendido. Espere un momento. Ahora mismo vuelvo con lo que necesita.

Un par de minutos más tarde, Kundanika reapareció sosteniendo un pequeño saquito entre las manos.

—El principal ingrediente de este preparado es la planta de acónito, que en la dosis adecuada resulta letal. El sabor amargo quedará disipado si se mezcla con una bebida, como por ejemplo un zumo de frutas.

—¿Se sufre algún dolor?

La curandera asintió.

—Al principio, el sujeto experimentará el entumecimiento de la cara, así como la inmediata debilidad muscular de las cuatro extremidades. Acto seguido, la intoxicación atacará al corazón. Aumentará el ritmo de sus latidos y el dolor en el pecho será insoportable. Si el veneno no produce la muerte a través de la parálisis de los músculos utilizados para la respiración, lo hará al causar una insuficiencia cardiaca. Lo que ocurra primero.

A continuación, Kundanika le explicó a su ilustre cliente cómo calcular la dosis correspondiente para provocar el efecto deseado, y finalmente le comunicó el precio de la transacción. El dinero no suponía un problema, y pese a lo elevado de la cifra, la primera reina consorte le pagó lo que pedía.

—En cuanto a mi visita —comenzó a decir Dattadevi.

—Descuide —interrumpió la curandera—. Sin la discreción de la que siempre he hecho gala, jamás habría permanecido al frente de este negocio durante tantos años.

Dattadevi se subió de nuevo al palanquín, pero no mandó regresar al palacio de inmediato. Antes de usarlo contra el emperador, quería probar la verdadera eficacia del veneno que había comprado. Para ello, primero se hizo con una jarra de zumo en el mercado y después ordenó poner rumbo a los campos de cremación, el lugar donde malvivían los chandalas más despreciables de cuantos pertenecían a aquella casta de malditos.

Durante el trayecto tuvo tiempo de sobra para reflexionar acerca de lo que se había propuesto llevar a cabo. Envenenar a Kumaragupta no solo implicaba dejar al imperio sin su legítimo gobernante, sino también a su propia hija

huérfana de padre. Con todo, estaba dispuesta a hacerlo. No tenía miedo. Si la descubrían, la ejecutarían sin dudarle. Pero, al menos, debido a la posición que ocupaba, tendría una muerte rápida y no sería empalada como harían con cualquier vulgar delincuente. Mejor eso que la vida plagada de vejaciones que le esperaba entre los *pushyamitras*. Dattadevi trató de convencerse a sí misma de que aquello no solo lo hacía en su propio beneficio, sino también en el de Rudrabhiravi, condenada a casarse con un soberano mucho mayor que ella, al que apenas conocía.

Cuando llegaron a los campos de cremación, los sirvientes que acarreaban el vehículo se detuvieron a una prudencial distancia del conjunto de cabañas habitadas por los incineradores de cadáveres. Dattadevi retiró la cortina de la ventana y, tras comprobar la miseria que se extendía a lo largo de aquel pedazo de tierra yerma, atestada de huesos humanos desperdigados por cualquier parte, decidió que ni siquiera se apearía del palanquín.

A la vista había tan solo un niño y una niña, que dejaron de lado sus juegos en cuanto divisaron el lujoso vehículo aproximarse en la lejanía. Eran Rashmi y su hermana, los hijos de Kumaresh. A los críos ni siquiera se les pasó por la cabeza acercarse al palanquín, pues desde su nacimiento les enseñaban que como intocables que eran, no podían relacionarse con el resto de las castas para evitar contagiarlas con su impureza.

La reina mezcló una dosis de veneno con el zumo que había traído consigo y a continuación llamó a su sirviente de confianza.

—Llévaselo a esos niños y vuélvete enseguida.

—¿A quién se lo doy? ¿A él o a ella?

Dattadevi no lo dudó. Si ya de por sí la muerte de un chandala no le importaría a nadie, si además era mujer menos aún.

—A ella.

El shudra se dispuso a obedecer. Sin embargo, la reina no pudo evitar en el último momento que un cierto sentimiento de culpa se apoderase de ella.

—Espera —señaló. Entonces se quitó uno de sus deslumbrantes anillos y se lo dio a su sirviente. No obstante, no le pareció suficiente y también añadió como compensación la cría de loro a la que tanto cariño le había cogido—. Estas cosas son para el niño.

El shudra se acercó a los críos y cumplió con el mandato que había recibido.

—Es un regalo —dijo tendiéndole el zumo a la niña—. Tómatelo. Te gustará.

La chiquilla le dio un sorbo y el rostro se le iluminó de felicidad. No recordaba haber probado en toda su vida nada tan rico. Su hermano le pidió compartir el vaso entre los dos, pero el hombre intervino para impedirlo.

—Es solo para ella —puntualizó—. Para ti tengo otra cosa.

El sirviente le entregó a Rashmi el loro y el anillo. La joya fue a parar a su bolsillo, y el pájaro, a uno de sus hombros.

—¡Es precioso! —exclamó, al tiempo que le acariciaba el plumaje y le hacía algunas carantoñas.

Mientras tanto, su hermana se apuraba el zumo en apenas tres tragos.

Tras haber seguido las instrucciones al pie de la letra, el sirviente volvió junto a su ama, que aguardaba expectante a que el veneno hiciese su efecto.

En menos de un minuto, la niña comenzó a sufrir los primeros espasmos, para acto seguido desplomarse pesadamente contra el suelo. Rashmi la miró horrorizado y, tras ver que no reaccionaba, corrió al interior de su casa gritando auxilio.

Dattadevi había visto suficiente.

—Vámonos de aquí —ordenó.

Los sirvientes izaron el palanquín y emprendieron a toda prisa el camino de regreso.

5

En algún punto indeterminado al pie de la cordillera del Hindukush^[29]

Aunque los hunos blancos tenían su capital en Badian, su rey, llamado Khingila, tan solo vivía allí los meses de invierno, mientras que durante el resto del año trasladaba su gobierno allá donde el ejército estuviese librando su última batalla.

Los hunos blancos, a diferencia de la rama principal de la que se habían escindido, se habían convertido en agricultores sedentarios y se habían desprendido de la condición de nómadas que siempre los había caracterizado. Asimismo, habían adquirido las cualidades propias de una civilización avanzada.

Khingila, por tanto, mantenía relaciones diplomáticas con sus vecinos, y sus súbditos observaban el conjunto de leyes dictadas bajo su mando. En todo caso, el carácter menos bárbaro de los hunos blancos no había hecho en absoluto disminuir su ardor guerrero ni tampoco sus ansias expansionistas. Su

ejército contaba con excelentes jinetes que disparaban el arco desde sus monturas, técnica que causaba estragos entre sus enemigos.

Precisamente, Khingila se hallaba en ese instante en el interior de su tienda, discutiendo con sus generales la estrategia más adecuada para conquistar el norte de la India. El ataque no sería a corto plazo, pues aún debían llevar a cabo multitud de preparativos, como decidir el punto más adecuado a través del cual invadir la frontera. No obstante, aquella idea ya llevaba bastante tiempo instalada en su cabeza.

De repente, un comandante de su máxima confianza entró en la estancia y le comunicó algo al oído.

—Hazle pasar —señaló Khingila.

Al parecer, un extraño individuo que había sido apresado rondando en las inmediaciones del campamento había solicitado audiencia con él. Aquel singular personaje decía venir de Pataliputra, la capital del Imperio gupta, si bien no lo hacía en calidad de emisario del emperador.

—Esto puede resultar interesante —comentó entre los suyos.

Trajeron al enviado ante la presencia del rey heftalita, que tras contemplarlo de arriba abajo creyó que debía de tratarse de una broma, si no fuese porque su subordinado le había asegurado que merecía la pena escuchar lo que había venido a decir.

—¿Quién eres?

El emisario no contestó de inmediato. Aunque no parecía estar asustado, sí que se sintió impresionado cuando tuvo a Khingila delante, tanto por la juventud del soberano como por la ausencia de rasgos asiáticos en su rostro, lo cual se debía a que los hunos blancos se habían mezclado con los persas.

—Mi identidad es lo de menos —replicó.

Aquella respuesta rozaba la insolencia y el rey no estaba dispuesto a permitir semejante desafío. De una sola zancada se plantó ante el extraño emisario, desenvainó su espada y le lanzó una estocada que amenazaba con partirlo por la mitad. En el último instante, sin embargo, se frenó y dejó la hoja a escasos milímetros de su objetivo. El emisario, que ya se había dado por muerto, no pudo evitar orinarse encima.

Khingila lo señaló y comenzó a reírse de él. Sus generales lo secundaron con un coro de carcajadas.

—Al menos no se ha cagado —se burló.

El enviado recuperó algo de aplomo, aunque no lo suficiente como para atreverse a hablar.

—Llevaos a este desgraciado de aquí antes de que me arrepienta.

—Por favor —suplicó cuando ya lo arrastraban afuera—. Escuche lo que tengo que decir. Yo podría facilitarle la invasión del norte de la India y ayudarlo a derrocar a la dinastía Gupta que gobierna el país desde hace más doscientos años.

Una siniestra sonrisa acudió a los labios de Khingila, al que aquellas palabras le sonaron como música para los oídos.

6

A la finalización del último consejo de ministros, el *purohita* le pidió a Kumaragupta que aguardase un momento para poder hablar a solas.

—No puedes imaginarte lo mucho que me has decepcionado —escupió Abhimanyu, profundamente herido en su orgullo.

—No estás siendo justo conmigo —replicó el emperador.

El disgusto del *purohita* llevaba meses gestándose, tras advertir que la mano de Padmabandhu se hacía notar cada vez más en la política del Imperio gupta. Desde su punto de vista, Kumaragupta había aprobado varias medidas de clara influencia budista —de carácter humanitario en su mayoría—, mediante las cuales no buscaba otra cosa que limpiar su mala conciencia por los actos presuntamente reprobables que decía haber perpetrado durante su etapa como general.

Ciertamente, Abhimanyu no se había opuesto a la realización de todas aquellas disposiciones, porque algunas de ellas resultaban del todo inofensivas. Por ejemplo, para favorecer las peregrinaciones, el emperador había impulsado la construcción de fuentes en las rutas, así como la plantación de frondosos árboles que aliviaban con su sombra los rigores del camino. También mandó fundar hospitales destinados a atender a los más necesitados, cuyos gastos de mantenimiento correrían a cargo del tesoro real.

Asimismo, Kumaragupta había insistido en que sus tropas debían respetar siempre el código de honor implícito en cualquier tipo de conflicto bélico, o de lo contrario amenazaba con castigar severamente al general que incumpliese su aplicación.

Sin embargo, otras medidas de mayor calado habían despertado las iras del *purohita*, que veía que Padmabandhu se ganaba poco a poco el favor de Kumaragupta, hasta salirse finalmente con la suya.

La reciente reforma del sistema penal, con el fin de suavizarlo, constituía la mejor prueba de ello. Para empezar, la aplicación de la pena capital se

restringió a tan solo unos pocos casos, y el método de ejecución tampoco podía causarle al condenado un sufrimiento innecesario. Hasta entonces había sucedido todo lo contrario, pues se había utilizado una amplia variedad de procedimientos, como el empalamiento, que era el más habitual, el descuartizamiento con bueyes, el enterramiento del reo con la cabeza por encima de la tierra, para que los chacales y las aves carroñeras le diesen muerte, o el dejarle en una barca a merced de la corriente, después de haberle cortado las manos, los pies, la nariz y las orejas. Otra novedad introducida consistió en concederle al reo tres días de gracia previos a su ejecución, para que tuviese tiempo de arreglar sus asuntos y pudiese preparar su mente para la muerte.

Todas aquellas medidas no solo rompían con siglos de tradición, sino que además, y siempre desde el punto de vista de Abhimanyu, únicamente servirían para que el pueblo percibiese a su rey como una figura débil, que no impartía verdadera justicia entre los condenados.

Pero las reformas no acabaron ahí. Además, se legisló para moderar la dureza de las penas, sustituyendo los castigos físicos por multas pecuniarias. Asimismo, se prohibió el trato degradante que en las cárceles se administraba a los presos, que muchas veces morían debido a las privaciones a las que eran sometidos. El *purohita*, sin embargo, era de la opinión de que los delincuentes y malhechores no merecían la compasión de las autoridades y que era preferible aplicar la mano dura para que sirviese de escarmiento.

—¿Acaso has olvidado que yo te instruí?

—Desde luego que no, Abhimanyu. Eres el mejor maestro que pude haber tenido.

—Yo también estaba orgulloso de ti, pero actualmente ni siquiera te reconozco.

—Quizá lleves demasiado tiempo anclado en el pasado, en las mismas ideas... —rebatió el emperador.

—¿De verdad? Pues ni tu padre ni tu abuelo se apartaron jamás de la tradición, y fueron ellos los que hicieron del Imperio gupta lo que es ahora.

—Puede que yo no sea como ellos.

Abhimanyu negó con la cabeza. Su peor temor era que Kumaragupta apoyase la última propuesta del consejero budista en materia penal, que resultaba inconcebible para el pensamiento de la época. De acuerdo con los Vedas, el sistema legal imponía la pena correspondiente en función de la casta del infractor. De este modo, la sanción que se le aplicaba a un condenado perteneciente a una casta elevada era mucho menos estricta que la que recibía,

por ejemplo, un shudra, pese a que ambos hubiesen cometido el mismo delito. Pues bien, Padmabandhu planteaba que todos los hombres fuesen iguales ante la ley, con independencia de su casta de origen. Aquella ocurrencia era tan disparatada que incluso Kumaragupta se había mostrado en desacuerdo. Pero ¿por cuánto tiempo? La influencia que el consejero budista ejercía sobre el emperador se acrecentaba día a día.

—Los tiempos cambian, Abhimanyu.

—¡No en la tierra de los hijos de Bharata! —tronó el *purohita*. Y, dicho esto, encaminó sus pasos hacia el templo de palacio, al tiempo que una idea iba cobrando cada vez más fuerza en su cabeza: tenía que hacer algo para impedir que Kumaragupta continuase gobernando sobre el imperio...

Después de llevar todo el día absorbido por las obligaciones propias de su cargo, Kumaragupta por fin se daría un respiro. El resto de la tarde lo dedicaría a disfrutar de sus artes favoritas: la danza y la poesía.

El emperador atravesó varios corredores seguido muy de cerca por una pareja de la guardia real, que no se separaba de su lado hasta que llegaban a la sala del trono. A partir de ese momento, cada uno de ellos se situaba a un lado de la puerta, custodiando la entrada y prohibiendo el acceso a todo el personal no autorizado. Los centinelas, para comprobar que todo estaba en orden, echaban un vistazo al interior de la estancia cada media hora. Un reloj de agua advertía del tiempo transcurrido, y el sirviente que lo controlaba hacía sonar un gong cuyo estallido resonaba por los pasillos de todo el palacio.

El salón del trono era enormemente amplio: dos filas de columnas profusas en detalles sostenían un techo de madera situado a gran altura, entre las cuales se abría una especie de galería que conducía hacia un trono dorado dispuesto sobre un pedestal de piedra. El suelo de mármol pulido era tan brillante que el rey era capaz de distinguir su propia imagen reflejada en la superficie. Una multitud de lámparas de *ghee* añadían cierta luminosidad suplementaria a la que ya de por sí penetraba a través de las ventanas.

Cuando Kumaragupta accedió al lugar, sus cortesanos de mayor confianza ya se hallaban dispuestos a ambos lados de la estancia, arrellanados sobre cojines y rodeados de bandejas surtidas con los más deliciosos bocados: cuajada perfumada, quesos cremosos, albóndigas de arroz bañadas en azúcar y bombones hechos con granos salteados en aceite. Un reducido grupo de músicos se valía de una *vina*, címbalos y un diminuto tambor para crear una

apacible melodía que se desparramaba en el ambiente y que se mezclaba con la balsámica fragancia que despedían las velas de incienso.

Kalidasa, el gran poeta de la corte, saludó efusivamente a su mecenas y enseguida procedió a recitar la última oda que había compuesto, que giraba en torno al amor con alusiones constantes a ciertas divinidades hindúes, como dictaba la costumbre.

El emperador se deleitó con el poema y no dudó en felicitar a su creador después de que hubiera concluido la declamación. Acto seguido, Kumaragupta inició un debate literario con el resto de los presentes para desmenuzar el texto de Kalidasa, que gustaba de introducir reflexiones de tipo moral en sus versos. Además, la enorme riqueza léxica del sánscrito permitía el uso de abundantes juegos de palabras, pues muchas de ellas tenían más de un significado o admitían connotaciones diferentes. Kumaragupta también había probado a escribir sus propios poemas, aunque por el momento había preferido no mostrarlos en público. Aquella transición de príncipe guerrero a emperador amante de las artes y las letras había hecho de él un hombre más compasivo y, por ende, más sensible a los dramas humanos.

Después, un trío de bailarinas del harén acudió para ofrecerle a su señor la danza que había pedido. El emperador se acomodó en el trono y los cortesanos hicieron lo propio sobre las alfombras. Pronto, los cascabeles que adornaban los tobillos de las *ganikas* comenzaron a tintinear al compás de la música que interpretaba la pequeña orquesta. La danza india era tremendamente compleja, debido a que se basaba en la ejecución de determinados gestos y movimientos que implicaban distintas partes del cuerpo, cada uno de los cuales tenía un significado concreto. Las combinaciones posibles eran tantas que las bailarinas profesionales podían contar una historia completa, que solo comprenderían aquellos espectadores que conocieran el código.

Kumaragupta disfrutó del espectáculo, aunque advirtió que el nivel de sus bailarinas no era todo lo bueno que esperaba de ellas. Tendría que hablar con el responsable del harén para decirle que centrarse sus esfuerzos en mejorar esa faceta, aunque fuese en detrimento de otras artes que también debían dominar las *ganikas*.

De bastante buen humor, el emperador decidió dirigirse a un pequeño pabellón de pilares pintados y cerrado con llamativos cortinajes, en cuyo interior lo aguardaba un estanque lleno de aguas perfumadas que sus sirvientes le arrojarían por encima de la cabeza. No obstante, antes de desnudarse recibió el aviso de que el astrólogo solicitaba audiencia inmediata

para tratar un asunto de extrema gravedad. Kumaragupta lo hizo pasar y ordenó a sus asistentes que los dejaran a solas.

El astrólogo se llamaba Cidambara y era un hombre enjuto de dientes sucios y barba descuidada, que se pasaba la mayor parte del tiempo en el torreón de palacio, donde tenía su propio observatorio. Precisamente, aquel día no había acudido a la reunión del consejo, como era habitual.

—Mi señor —dijo pegando la frente al suelo.

—¿Qué ocurre, Cidambara? ¿Qué puede ser tan importante como para interrumpir el baño que estaba a punto de tomar?

El astrólogo tragó saliva, dando evidentes muestras de nerviosismo.

—Se trata de un asunto muy delicado...

—Déjate de preámbulos. Nos conocemos desde hace años y sabes lo mucho que valoro tu trabajo. Habla sin miedo.

—Una cuidada lectura del firmamento me ha desvelado que un trascendental evento pronto tendrá lugar...

—¿Y bien?

—Alguien atentará contra su vida...

—¿Qué dices?

—Lo siento, mi señor —balbució Cidambara—. Pero he repasado los cálculos infinidad de veces y el resultado siempre es él mismo. La actual posición de la estrella polar, la aparición de la luna roja durante el último eclipse y la conjunción de los planetas que...

—Los pormenores no me interesan —lo interrumpió Kumaragupta—. Lo que de verdad quiero saber es quién planea cometer semejante atrocidad.

El astrólogo se encogió de hombros.

—Eso no puedo saberlo. Por desgracia, semejante grado de detalle queda fuera de mi alcance.

El emperador no ignoraba que en los últimos tiempos se había ganado la enemistad de ciertas personas que formaban parte de su círculo más cercano, pero... ¿hasta el punto de conspirar para acabar con su vida?

—¿Sabrías al menos decirme el cuándo?

—En los próximos meses —repuso—. Lamento no poder ser más preciso.

Kumaragupta asintió resignado. Lo primero que haría sería poner en alerta a sus espías de palacio, para que doblasen la vigilancia. Después permaneció pensativo durante algunos instantes, hasta que por fin se atrevió a formular la pregunta del millón.

—Ese atentado que los astros vaticinan... ¿Podré escapar de él con vida o nada de lo que haga me salvará?

Cidambara se tomó su tiempo para contestar.

—No puedo asegurarlo, pero con toda seguridad provocará que se tambaleen los cimientos del imperio...

7

Durante su último viaje de peregrinación, Madhuk no había dejado de pensar en lo que le había sugerido su padre y maestro. ¿Debía sincerarse con él o debía, por el contrario, seguir manteniéndolo en la oscuridad en lo que a ciertos asuntos se refería? Al final había llegado a la conclusión de que confesaría... aunque solo a medias. Estaba dispuesto a revelar su origen, detallarle su pasado e incluso a desvelarle la existencia de Sarasvati. Pero en ningún caso le descubriría los planes que junto a su hermana había trazado, pues no le cabía la menor duda de que Bindusar se opondría a su realización.

Madhuk atravesó el portón de acceso a la ciudad con claros síntomas de agotamiento tras el largo viaje. Estaba deseando llegar a casa y descansar, así como disfrutar de las atenciones de Harshali, que a buen seguro le prepararía de comer su plato favorito. Además, también tenía ganas de reencontrarse con Bindusar, al que recordaba bastante enfermo en el momento de su partida. Si todo había ido bien, ya tendría que haberse recuperado prácticamente del todo.

Cuando enfiló la calle donde vivía, enseguida se dio cuenta de que algo no marchaba como era debido. Un grupo de vecinos se arremolinaba frente a la puerta de entrada, formando un corrillo en el que se alternaban los lamentos con las negaciones de cabeza. Uno de los presentes, que lo conocía de vista, le dio entonces las malas noticias.

—Lo siento, muchacho —repuso—. Yama^[30] ha decidido llevarse al respetado maestro mucho antes de tiempo.

Madhuk, incrédulo, dio un paso atrás.

—Pero...

—Las fiebres empeoraron su estado y nada pudo hacerse.

—¿Cuándo? —articuló a duras penas.

—Ayer —aclaró—. El funeral es ahora mismo. Si te das prisa, aún podrás llegar a tiempo.

Madhuk averiguó que la comitiva se dirigía a los campos de cremación y salió corriendo, intentando que sus propias lágrimas no le nublasen la vista. Ahora se arrepentía de no haber permanecido junto a Bindusar mientras este

convalecía, aunque su presencia no hubiese cambiado el desenlace de los hechos. Al salir de la ciudad tuvo que pedir indicaciones, pero tan pronto como atisbó en el horizonte varias columnas de humo alzándose por encima de los bosques, supo a ciencia cierta hacia dónde debía dirigirse.

En cuanto llegó a la explanada, sus pasos se encaminaron hacia la multitud, que se congregaba frente a una pira sobre la que se había levantado un palio compuesto por pértigas y un tejado de follaje. El cadáver de Bindusar, untado con aceites perfumados, embutido en una *vasana* impoluta y adornado con guirnaldas, yacía sobre la pila de leños dispuesta para la ocasión. Junto a la pira había un sacerdote brahmán oficiando la ceremonia, dedicado en ese momento a recitar unos himnos con el fin de ahuyentar a los demonios que inevitablemente frecuentaban aquellos lugares impuros. Asistiendo al sacerdote en los ritos mortuorios, Madhuk distinguió al hermano mayor del maestro ejerciendo su papel con aire solemne. Un fuerte sentimiento de culpa lo invadió de repente. Bindusar le había pedido expresamente que se ocupase de aquella tarea, y después de todo él le había fallado.

Madhuk buscó a Harshali con la mirada, pues ella era la única que podía interceder por él para que asistiese al sacerdote en el *antiesti*, tal y como Bindusar habría querido. El lugar estaba atestado y tuvo que ponerse de puntillas para obtener una visión mejor. Habían acudido en pleno las familias de los dos hermanos del maestro; también se daban cita numerosos alumnos que habían pasado por su vida y que ahora se habían convertido en hombres de provecho, así como amigos y compañeros de profesión que no habían querido faltar a su despedida.

No localizaba a Harshali por ninguna parte, aunque la labor tampoco resultaba fácil debido a la gran cantidad de personas que se había reunido allí. Como poco, más de un centenar. Madhuk comenzó a abrirse camino entre el gentío para acercarse a las primeras filas. Sin embargo, un familiar del maestro le cortó el paso tras haberlo reconocido. No pronunció palabra, pero por la frialdad de su mirada el muchacho supo sin dudar que su presencia en el funeral no era bienvenida.

En ese instante el sacerdote oficiante prendió la pira, de la que enseguida brotaron llamas de gran altura que comenzaron a lamer el cadáver de Bindusar. En menos de un minuto el fuego se tornó tan virulento que ya había envuelto por completo el cuerpo del difunto como si el mismísimo Yama se hubiese materializado para mecerlo entre sus brazos. En la explanada se hizo un silencio absoluto, tan solo interrumpido por el crepitar de la madera y la

monótona oración del sacerdote brahmán. No había muchas mujeres, pero las que habían acudido pronto se hicieron oír entonando quejumbrosos lamentos mezclados con un llanto exagerado. El propio Madhuk se sumió en un mar de lágrimas que le descendían por las mejillas en forma de catarata. Parecía imposible que aquello pudiese estar pasando.

Poco después, la multitud se dividió en dos, como el mar Rojo ante Moisés, abriendo un estrecho pasillo que desembocaba en la pira. Y, situada en el extremo opuesto, Harshali se dejaba ver por primera vez.

La mujer desfiló a través del pasillo dispuesto por los asistentes al funeral. Tenía la mirada perdida y actuaba como desconectada de la realidad, pero avanzaba hacia la pira en llamas con paso firme y decidido. Madhuk reaccionó al fin e inmediatamente emprendió la carrera para encontrarse con ella.

—¡Madre! —exclamó—. ¡Estoy aquí!

Harshali sacudió la cabeza como si despertara de un sueño muy profundo y, ante la visión de su querido hijo adoptivo, los ojos se le iluminaron como estrellas en la noche. Ambos se estrecharon en un prolongado abrazo, unidos por la tragedia que acababa de golpearlos. No obstante, al cabo de unos segundos el muchacho sintió que varias manos tiraban de él hasta lograr separarlo de Harshali. Eran parientes de Bindusar los que se habían tomado la libertad de inmovilizarlo haciendo uso de la fuerza.

El muchacho trató de zafarse, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Harshali le devolvió una mirada de impotencia.

—Lo siento mucho, Madhuk. Pero tengo que hacer esto —repuso la mujer—. Te quiero. —Y, dicho esto, reanudó el paso con los ojos arrasados en lágrimas.

Madhuk no comprendía nada de lo que estaba pasando, mientras su madre adoptiva se aproximaba cada vez más a la pira, que en aquel momento ardía en toda su plenitud. Además, para rematar lo extraño de la escena, algunos de los presentes se inclinaban sobre ella cuando esta pasaba por su lado, y le decían cosas como: «Salúdalo en mi nombre, por favor», o «Dile de mi parte que todavía no se merecía morir».

Harshali se acercó tanto a la pira que Madhuk estaba seguro de que no tardaría en apartarse, porque a una distancia tan corta el calor debía de estar a punto de abrasarla. Sin embargo, en lugar de eso hizo todo lo contrario: la mujer se arrojó a las llamas y se abrazó al cuerpo de su marido mientras era devorada viva por el fuego.

Madhuk abrió los ojos horrorizado, al tiempo que de su garganta brotaba un amago de alarido. Por su cabeza pasó la idea de intentar socorrerla, pero los dos hombres que lo sujetaban no le dejaban moverse ni un milímetro.

El muchacho, abatido, jamás había oído hablar del ritual de la *satí*, una costumbre cada vez más arraigada entre las castas superiores, según la cual la viuda se inmolaba en la pira funeraria de su marido recientemente fallecido, para expresar así su deseo de permanecer siempre a su lado. En teoría, la *satí* era voluntaria, aunque en la mayoría de las ocasiones el peso de la tradición, unido a la presión de la familia, resultaban clave en el proceso.

El olor se hizo insoportable, pero de allí no se movió nadie hasta que el fuego de la pira comenzó a extinguirse y a dar paso a una densa humareda que ascendía hasta el cielo en forma de remolino. Acto seguido, a una señal del sacerdote, los asistentes comenzaron a circunvalar la pira, no en el sentido auspicioso de las agujas del reloj, sino en el contrario. Después, en silencio, emprendieron el camino de regreso a la ciudad, no sin antes hacer una parada obligada en el río, para purificarse mediante un baño tras haber atendido al funeral.

Cuando ya casi se habían marchado todos, los dos hermanos de Bindusar se plantaron ante Madhuk, que si todavía no había encajado la muerte del maestro, mucho menos la de Harshali, cuyo terrible desenlace le había causado una profunda conmoción.

—Espero que no se te ocurra reclamar nada de lo que perteneció a Bindusar —le advirtió el hermano mayor—. Ni siquiera quiero verte cerca de su casa. Por lo que a nosotros respecta, tú no eres parte de la familia.

Aunque sin fuerzas para replicar, Madhuk entendió enseguida de qué iba todo aquello. Al parecer, no estaban dispuestos a tolerar que los bienes, la vivienda y el capital que el maestro había atesorado durante años fuesen ahora a parar a él.

—Ni se te ocurra reclamar la herencia de nuestro hermano o atente a las consecuencias... ¿entendido?

Y, dicho esto, se marcharon junto al sacerdote y abandonaron los campos de cremación en último lugar. Entretanto, Madhuk se quedó allí, frente a los restos carbonizados de la pira, sintiéndose completamente solo, perdido y desamparado.

Madhuk no se movió en toda la tarde de aquel siniestro paraje que hedía a muerte y miseria a cualquier hora del día.

Los cimientos sobre los que había construido su nueva vida habían desaparecido de repente bajo sus pies. Su corazón, que había vuelto a abrirse para dar cabida al amor que el matrimonio hindú le había entregado sin pedir nada a cambio, volvía a sumirse de nuevo en un inconmensurable vacío, como ya le hubiese ocurrido en el pasado. El muchacho lloró hasta que no le quedaron fuerzas, y solo cuando les hubo rendido el debido homenaje a Bindusar y Harshali comenzó a preocuparse por él mismo. Una vez más, volvía a encontrarse como al principio.

Fue entonces cuando sintió la presencia de alguien a su espalda. Madhuk se giró y distinguió a un hombre situado a unos diez metros de distancia, acompañado por un niño pequeño que se ocultaba parcialmente tras él. Más allá, un puñado de chozas insignificantes recibían los últimos rayos de sol que anunciaban el fin del atardecer.

Kumaresh llevaba un buen rato esperando a que el muchacho se marchara para poder hacer su trabajo: recoger la ceniza y los restos carbonizados de los difuntos, y depositarlos en un recipiente. Tres días después, un sirviente de la familia acudiría a recoger la urna, cuyo contenido se arrojaría al Ganges en una ceremonia íntima reservada a los parientes más cercanos. El problema radicaba en que si el chandala se aproximaba demasiado, se arriesgaba a despertar la ira de aquel joven que podía alegar sentirse contaminado por su excesiva cercanía. Y si más tarde lo denunciaba, podría meterlo en un serio apuro.

—Lleva ahí todo el día, padre —murmuró Rashmi, que aún tenía pesadillas a raíz de la trágica muerte de su hermana tras beberse un zumo que le había dado un individuo venido de la ciudad.

—Cállate —replicó Kumaresh.

Madhuk dio un paso adelante en dirección al chandala, que reaccionó inmediatamente extendiendo los brazos con las palmas de las manos abiertas por delante de sí.

—No hay ningún problema —se apresuró a aclarar—. Esperaremos a que se vaya el tiempo que haga falta.

Madhuk ignoró el comentario y prosiguió su avance hacia la pareja de intocables integrada por el padre y el hijo. La indudable calidad de su *vasana* y el cordón sagrado que lucía indicaban a las claras que pertenecía a una casta elevada, pero solo cuando lo tuvo más cerca Kumaresh apreció que los hilos usados para entrelazar el cordón sagrado eran de algodón blanco (los chatrias usaban hilo de cáñamo de color rojo, y los vaisyas, hebras de lana de tonalidad marrón), lo cual lo identificaba específicamente como integrante de

la casta brahmán, la más importante de todas. El chandala tragó saliva y agachó la mirada para evitar cualquier problema.

Cuando tan solo los separaban un par de pasos, Madhuk se dio cuenta de que el rostro del sepulturero le resultaba familiar.

—Yo te conozco —dijo.

—¿Es verdad eso, padre? —intervino el niño.

—Silencio, Rashmi.

Kumaresh alzó los párpados lo justo para mirarlo y enseguida negó con la cabeza.

—Sí —insistió Madhuk—. Tú me advertiste de la peligrosidad de robar en el mercado y después me ofreciste un mango para saciar el hambre que tenía.

Tras observarlo más detenidamente, el chandala comprendió por qué no lo había reconocido. A diferencia del joven arreglado y bien alimentado que tenía delante, el que había conocido en su día era un palillo cubierto de harapos. Pero no había duda de que se hallaba ante la misma persona.

—Yo me llamo Madhuk —se presentó—. ¿Y tú?

—Yo soy Kumaresh, y este de aquí es mi hijo Rashmi —contestó cada vez más desconcertado. ¿Qué hacía un brahmán tratándolo de forma tan amable?

—Aunque ha pasado mucho tiempo desde que nuestros caminos se cruzaron, lo cierto es que hoy vuelvo a necesitar tu ayuda. No tengo donde quedarme. ¿Podría al menos pasar esta noche en tu hogar?

El intocable lo miró con los ojos desorbitados. ¿Acaso aquel muchacho no temía perder su pureza religiosa al entrar en contacto con su familia y la cabaña que habitaban?

—Por favor... —suplicó el muchacho.

Todavía sin dar crédito, Kumaresh accedió porque en su ánimo estaba siempre hacer el bien para mejorar así su karma. Sin embargo, cuando recibió el abrazo de Madhuk en señal de agradecimiento, pensó que debía de estar soñando. Nadie que no fuese otro chandala lo había tocado en toda su vida. Ni siquiera los *shudras* se rebajaban a ese nivel. Y ahora, sin entender por qué, un brahmán lo trataba de igual a igual ignorando por completo los principios más elementales de la tradición hindú.

Pero Madhuk, en su situación actual, tenía asuntos mucho más urgentes en los que pensar. A partir de ese momento... ¿Qué sería de él?

Las semanas que siguieron al primer encuentro con Gauresh fueron las más felices de Sarasvati en toda su vida. Ambos se habían enamorado perdidamente el uno del otro, con la intensidad que solo el amor adolescente es capaz de imprimir.

Dos o tres veces por semana, Sarasvati acudía a buscarlo al templo donde tenían lugar las funciones de teatro, tras las cuales se escapaban a cualquier parte donde pasar la tarde juntos. Solían frecuentar los parques, y otras veces se desplazaban a las afueras para dar largos paseos por la orilla del río. Habían adecentado la ermita en ruinas donde se dieron su primer beso, hasta convertirla en un refugio secreto para los dos. Allí acostumbraban a culminar sus encuentros, yaciendo sobre una manta que dejaban siempre escondida debajo de una piedra.

Cuando Sarasvati hacía el amor con el joven actor, la embargaba un conjunto de sensaciones que percibía a través de su piel, su mente y su corazón, en perfecta sintonía. Y aquello no era nada comparado con el momento en que alcanzaba el clímax y oleadas de placer la removían por dentro hasta el punto de que se sentía, durante unos instantes, desgajada de su propio ser. ¡Qué diferentes eran sus relaciones con Gauresh de las que mantenía con sus clientes, en las cuales se limitaba a satisfacer sus deseos de forma complaciente, pero sin sentir nada en absoluto!

La confianza entre ambos era completa, y si Gauresh sabía a lo que se dedicaba Sarasvati era porque ella misma se lo había dicho. No obstante, cuando surgió el tema de su pasado, Sarasvati lo esquivó mediante evasivas y subterfugios. Por descontado, no le había mencionado la existencia de su hermano ni menos aún el propósito que los había llevado hasta allí.

En otro orden de cosas, las tensiones con Vasavadatta parecían haberse suavizado después de que Madunisha hubiese mantenido una seria charla con ella. Su compañera dejó de malmeter contra ella y volvió a dirigirle la palabra tras haber estado semanas sin hacerlo. Con todo, Sarasvati aún percibía cierta inquina bajo aquella máscara de simpatía, lo cual la llevaba a pensar que su cambio de actitud no había sido del todo sincero.

Sus peores temores se confirmaron durante una jornada de trabajo en la que Sarasvati acabó acostándose con un cliente que no debería haberle correspondido. Aquella noche había acudido un mercader extranjero en la que constituía su segunda visita al burdel. La vez anterior había estado con Vasavadatta, pero en esta ocasión el cliente había expresado su deseo de

acostarse con una chica distinta. La elegida acabó siendo Sarasvati, pese a que su compañera debería haberlo impedido. ¿Dónde radicaba el problema? Muy sencillo. Aquel cliente entraba dentro de la categoría de hombre-caballo, por lo que jamás debió haber sido atendido por Sarasvati, que, como todas ellas sabían, era una mujer-ciervo. El daño que sufrió en los genitales fue tan grande que precisó de la atención de Kundanika. La curandera, que la tenía en gran estima, le había enseñado a lo largo de los últimos meses a preparar ciertos remedios curativos.

La disculpa posterior de Vasavadatta, que argumentó no recordar el descomunal tamaño del *lingam* que poseía aquel cliente, no convenció a nadie, y mucho menos a la *kuttani*, que por experiencia sabía mejor que nadie que una profesional del sexo jamás olvidaba un detalle de esa naturaleza. Madunisha decidió entonces que tendría que hacer valer sus contactos para recurrir a una determinada persona cuya intervención podría solucionar aquel problema.

Conforme el amor de Gauresh fue creciendo en intensidad, mayor era también la tristeza que iba socavándolo por dentro. Aunque al principio no le había supuesto ningún problema, con el tiempo había terminado haciéndosele insoportable el modo en que Sarasvati se ganaba la vida.

—Solo pensar que otros hombres pueden permitirse el simple lujo de acariciarte ya me vuelve loco —confesó el muchacho.

Se hallaban en la ermita abandonada, tumbados en el suelo, con la mirada clavada en el infinito.

—Es a ti a quien amo...

—Lo sé, pero eso ya no me basta.

—También es duro para mí —repuso Sarasvati—. Antes de conocerte, mi trabajo era mucho más sencillo.

—¡Pues déjalo! —gritó Gauresh, que nunca antes se había expresado en ese tono.

Sarasvati esperó a que se calmara. Dadas las circunstancias, comprendía que hubiese reaccionado de aquella manera.

—No tengo alternativa. Además, ahora mis compañeras son mi nueva familia. Madunisha me protege y se preocupa por mí.

—¡No seas ingenua! La *kuttani* solo piensa en su negocio. Si no le resultases rentable, puedes estar segura de que ya se habría deshecho de ti.

Sarasvati disentía. Ella estaba convencida de que el afecto también jugaba un papel importante en la relación que Madunisha mantenía con ella y el resto de las chicas. No obstante, prefirió no discutir.

—Abandona el burdel, por favor —insistió Gauresh.

—¿Y qué será de mí? —Sarasvati abordó entonces un tema que, consciente o inconscientemente, ninguno de los dos se había atrevido a acometer, como si por el hecho de evitarlo el problema fuese a desaparecer por sí solo—. La primavera está a punto de tocar a su fin, momento en que tu compañía de teatro se marchará de Pataliputra para retomar vuestra gira por el resto del país. No regresarás hasta dentro de un año. ¿Te he pedido yo acaso que dejes tu trabajo y a tu familia, y te quedes aquí por mí?

Gauresh permaneció en silencio, enfadado consigo mismo y también con el mundo entero. Poco después se marcharon de allí, sin intercambiar una sola palabra durante el trayecto de regreso. La despedida entre ellos nunca había sido tan fría.

Aquella misma noche, Sarasvati se llevó una sorpresa tan grande que por unos segundos se quedó sin aliento. Gauresh apareció en el prostíbulo sin previo aviso y sin que, desde luego, ella lo hubiese invitado a acudir. El desconcierto de la muchacha era absoluto. ¿Cómo se le había ocurrido hacer una cosa así? ¿Qué pretendía? De entrada, decidió mantenerse a la expectativa, mientras seguía poniendo bebidas y coqueteando con los asiduos que apostaban a los dados en la sala de juegos. Por un lado, la aterraba que el joven actor montase una escena que la dejase en evidencia delante de Madunisha. Y, por otro, la avergonzaba terriblemente que Gauresh la observase marcharse con uno de los clientes al piso superior. Durante un instante, ambos cruzaron las miradas, pero a ella no le bastó para adivinar el motivo de su extraña presencia allí. Gauresh actuaba como si no la conociera y se limitaba a deambular por el lugar en compañía de un hombre mayor que había ido con él.

Cada vez más incómoda, Sarasvati se desplazó hasta la sala contigua, donde los músicos tocaban una pieza y una de las chicas se contoneaba al ritmo de la melodía, al tiempo que algunos clientes degustaban los más selectos licores y se relajaban contemplando el espectáculo. Sarasvati se dirigió a su compañera y le rogó que le cambiara el turno. Por suerte, no se trataba de Vasavadatta, que seguramente se habría negado. Desde ese momento, se dedicó únicamente a danzar y concentró sus cinco sentidos en aquella tarea. Gauresh se acomodó en aquella sala como un visitante más, aunque entre ambos apenas hubo contacto visual porque ella prefirió evitarlo.

Finalmente, cuando el joven actor abandonó el burdel, Sarasvati pudo respirar tranquila y comportarse con naturalidad durante el resto de la noche.

Dos días después, Sarasvati acudió en busca de Gauresh, al que esperó a la salida del templo.

—¿Por qué tuviste que venir? —le reprochó nada más verlo—. No debiste hacerlo. Me hiciste sentir incómoda.

—Lo sé y lo siento. Pero no me quedaba otra opción.

—¿De qué hablas?

—La semana que viene reanudaremos nuestra gira. Nos marchamos — anunció el joven actor—. Y como no podía quedarme de brazos cruzados, decidí confesarle a mi padre lo nuestro. Al principio no se lo tomó bien, pero luego insistió en conocerte.

—¿El hombre que te acompañaba era tu padre? —Sarasvati no pudo evitar ruborizarse y se cubrió el rostro con las manos.

—Eso ahora es lo de menos. Tengo excelentes noticias. Mi padre quedó fascinado por tu belleza y sobre todo por tu extraordinaria forma de bailar. Me dijo que pocas veces había tenido la ocasión de toparse con un talento como el tuyo, y él entiende de estas cosas. Eso te lo aseguro.

—¿Adónde quieres ir a parar? —inquirió impaciente.

Una enorme sonrisa iluminó el semblante de Gauresh.

—¡Puedes unirte a la compañía! Mi padre te escribirá papeles a medida y pronto te convertirás en una auténtica actriz y bailarina de teatro. Además, podremos seguir juntos sin tener que escondernos. Y, con el tiempo, acabaremos casándonos. ¿Qué te parece?

Gauresh pensaba que Sarasvati comenzaría a dar saltos de alegría y que después lo abrazaría con todas sus fuerzas. Sin embargo, no ocurrió nada de eso.

—Yo... —Aunque la propuesta era un sueño hecho realidad, ella se debía a una causa que estaba por encima de todo aquello. Madhuk. La misión. Asuntos a los que no podía referirse.

—¿Qué te pasa? —Una evidente expresión de desencanto se hizo visible en el rostro de Gauresh—. ¿Es que no me amas?

—Por supuesto que sí. No tiene nada que ver con eso. —Un puñado de lágrimas se le agolparon en los ojos.

—Entonces no lo comprendo. ¿Acaso prefieres seguir llevando el tipo de vida que tienes ahora?

Sarasvati lo miraba sin decir nada, mientras daba rienda suelta al llanto que le pedía paso desde las entrañas. Gauresh, sin poder ocultar su decepción,

dio un paso atrás.

—La caravana partirá a mediodía, justo dentro de una semana. Te esperaré junto a la columna que hay frente a la puerta principal de la ciudad. Tienes tiempo para pensártelo. No me falles, por favor. —Y, dicho esto, se marchó sin volver la vista atrás.

Los días subsiguientes supusieron un calvario para ella, aunque acostumbrada como estaba a no dejar traslucir sus sentimientos, sus compañeras ni siquiera lo notaron. Sin duda alguna, a Sarasvati le habría encantado iniciar aquella vida que Gauresh le había propuesto. Sin embargo, por el momento aquella posibilidad estaba descartada, si no quería tirar por tierra los avances que tanto ella como su hermano habían logrado. En todo caso, nunca se habría imaginado que tendría que llevar a cabo un sacrificio de semejante envergadura.

Con todo, Sarasvati no pudo evitar asistir a la partida de la compañía, el día y la hora en que Gauresh la había citado. Incapaz de afrontar una despedida, la muchacha se ocultó detrás de una esquina y se limitó a observar las carretas repletas de bártulos y enseres cruzar bajo el gigantesco portón de entrada, rumbo a nuevos destinos donde embelesar al público con sus maravillosas representaciones de teatro. Tras la marcha de la caravana, Gauresh se resistió a abandonar la ciudad y aguardó junto a la columna imperial que daba la bienvenida a peregrinos y visitantes. Pese a todo, aún no había perdido las esperanzas y confiaba en que Sarasvati apareciese corriendo por la calle principal en el último momento.

Finalmente, cuando el sol ya declinaba en el cielo, Gauresh comprendió que su amada no vendría y que ni tan siquiera le haría llegar una nota a través de un mensajero. El muchacho abandonó Pataliputra con el corazón hecho pedazos y la mirada apuntando al suelo.

Sarasvati, por su parte, regresó al burdel con los ojos hinchados y la garganta reseca de tanto llorar. Aquella noche, Madunisha la encontró tan mal que la dispensó de trabajar hasta que se hubiese recompuesto. La *kuttani* no le hizo preguntas porque ya se imaginaba las respuestas. Todos los síntomas apuntaban a que la enfermedad que la aquejaba estaba íntimamente relacionada con los entresijos del amor.

El incidente, no obstante, lo aprovechó nuevamente Vasavadatta para criticar a Sarasvati ante el resto de sus compañeras, poniendo en duda su profesionalidad. Definitivamente, Madunisha se dio cuenta de que no podía permitirse el lujo de mantener a dos gallos en el mismo corral, pues la enemistad entre una y otra había dado lugar a bandos enfrentados y el resto de

las chicas tomaban partido por una o por la otra. La *kuttani* decidió entonces ejercer su influencia y servirse de sus contactos para poner en marcha un plan en el que ya llevaba semanas trabajando.

Algunos días después, el prostíbulo recibió la visita del responsable del harén real: un eunuco llamado Purumitra, de costumbres refinadas y movimientos amanerados, habituado a dirigir con mano de hierro el serrallo del emperador.

Desde hacía un tiempo venía rumoreándose dentro del gremio que Purumitra incorporaría a una nueva chica a la disciplina de palacio a finales de verano. Madunisha había logrado a través de sus contactos que adelantase la decisión a inicios de este, con el pretexto de que para entonces su mejor candidata ya se habría marchado, puesto que tenía sobre la mesa una propuesta de matrimonio que no podía rechazar. Por supuesto, la excusa no era cierta, y lo que la *kuttani* pretendía era poner fin lo antes posible al conflicto entre Vasavadatta y Sarasvati, que amenazaba con afectar seriamente al buen ambiente del burdel. Y, si todo iba bien, tan pronto como reclamaran a Vasavadatta para el harén, su problema quedaría resuelto.

Durante los días previos, Purumitra se había recorrido los prostíbulos de mayor prestigio para evaluar a las posibles candidatas. Por lo tanto, cuando le tocó el turno al local de Madunisha ya se había hecho una idea bastante clara de las opciones de que disponía.

—Póngase cómodo, por favor —dijo la *kuttani*—. Ahora mismo vuelvo con la muchacha más deslumbrante de Pataliputra. Le aseguro que no encontrará una aspirante igual.

El eunuco se repantigó sobre unos cojines. Aún era temprano y en la sala no habría más allá de dos o tres clientes. Un par de músicos amenizaban la velada, acompañados por el embrujo de Sarasvati, a quien aquella noche le tocaba bailar. Al cabo de un minuto, Madunisha reapareció seguida de Vasavadatta, que lucía impecable para la ocasión.

—Es tan hermosa como había oído... —murmuró Purumitra, que también estaba al corriente de su excepcional fama como amante, tal y como atestiguaban muchos de los hombres con los que había estado.

—No me cabía la menor duda de que entre mis chicas se hallaría la *ganika* que andaba buscando —repuso Madunisha con una sonrisa.

Por supuesto, desde un punto de vista económico, la pérdida de Vasavadatta le supondría un golpe importante. No obstante, a cambio

recibiría una compensación de lo más generosa. El emperador tenía dinero de sobra y sus subordinados pagaban extraordinariamente bien.

—Aún no he dicho que vaya a escogerla...

—Vamos, conozco bien lo que tiene mi competencia y actualmente ninguna otra muchacha se encuentra a su altura.

El eunuco se puso en pie y dio unos cuantos pasos. Madunisha pensaba que pretendía examinar a Vasavadatta más de cerca, pero en realidad se limitó a pasar de largo. Su foco de atención estaba en otro sitio.

—En una cosa tenías razón, Madunisha. La chica que buscaba estaba entre las tuyas. Pero es a ella a quien quiero —anunció señalando a Sarasvati, que permanecía ajena a la conversación.

Sorprendida por el giro de los acontecimientos, Madunisha tardó un instante en reaccionar.

—Tienes buen ojo, Purumitra. La belleza de Sarasvati es digna de una diosa y estoy convencida de que pronto se convertirá en una de las mejores chicas que he tenido. Sin embargo, es demasiado joven y todavía carece de la experiencia necesaria como para dominar el arte del *kama* con la debida habilidad.

—No es ningún problema. Lo que ahora necesito es una *ganika* con dotes de bailarina —aclaró recordando la recomendación del emperador—. Y está muy claro que esta chica ha sido bendecida con un don especial.

El eunuco había tomado su decisión y Madunisha sabía que nada de lo que dijese le haría cambiar de idea. Ella salía ganando de un modo u otro, así que en el fondo poco le importaba. Vasavadatta, por el contrario, se retorció de pura rabia mientras asistía horrorizada a la destrucción del sueño que siempre había perseguido. La *kuttani* sintió pena por ella, pero siguió adelante con su cometido para hacer cumplir la voluntad del enviado del emperador.

Con paso firme, se acercó a Sarasvati y le dijo:

—Prepárate. A partir de ahora entrarás a formar parte del harén real y servirás única y exclusivamente a Kumaragupta, el rey de reyes y señor supremo de la tierra de los hijos de Bharata...

CAPÍTULO SEXTO



«Del mismo modo que un venado, debido a la ignorancia, es incapaz de ver el agua de un pozo que ha sido cubierto por pasto, y se apresura a buscar agua en otra parte, la entidad viviente cubierta por el cuerpo material no es capaz de ver la felicidad que yace en su interior, y se apresura tras la felicidad del mundo material».

Srimad-Bhagavatam 7.13.29.

Después de varias semanas transcurridas desde su visita al poblado indígena, Shakraditya hacía balance de lo ocurrido desde entonces.

Por desgracia, los avances obtenidos habían sido tan irrisorios como poco significativos. Las tropas del ejército Gupta desplazadas al reino de los *sakas* para sofocar el alzamiento del general rebelde continuaban instaladas en el campamento que a tal efecto habían construido en mitad de la espesura. Al menos, los asaltos a las caravanas de mercaderes habían disminuido, pues su presencia en las inmediaciones obligaba a sus enemigos a actuar con más cautela. Shakraditya también había adquirido un conocimiento bastante más detallado del terreno, hasta el punto de que en ocasiones había logrado encontrar los restos del campamento donde el regimiento *saka* se había ocultado por última vez. Con todo, los rebeldes nunca permanecían mucho tiempo en un mismo sitio, con lo que lograban ir siempre un paso por delante en aquel interminable juego del gato y el ratón.

De vez en cuando tenían lugar escaramuzas entre pelotones de ambos bandos, con bajas que caían de uno y otro lado. No obstante, de aquel tipo de enfrentamientos no se sacaba nada en claro. Para obtener resultados, lo que necesitaban era localizar al grueso del ejército enemigo allá donde estuviese escondido y lanzar sobre él un ataque definitivo con la totalidad de los efectivos de que disponían. En una batalla de tales características, los rebeldes *sakas* tenían todas las de perder.

Shakraditya estaba preocupado porque, si bien no había salido derrotado como les había sucedido a sus antecesores, lo cierto era que tampoco había sido capaz de hacerse con la victoria pese al amplio tiempo transcurrido desde que le habían asignado la misión. El general informaba puntualmente al mando central de Pataliputra acerca de la situación, pero conforme pasaban los meses las respuestas que recibía adquirirían un tono cada vez más apremiante y menos comprensivo. Shakraditya no podía fallar. Le constaba que el propio emperador estaba muy pendiente de él, y no se le escapaba que el éxito o fracaso de aquella particular misión determinaría su futuro más inmediato en el lugar que ocuparía en la jerarquía del Imperio gupta.

En ese momento, su segundo oficial accedió a la tienda que hacía las veces de cuartel general, donde Shakraditya mantenía todas las reuniones y acordaba las estrategias que iban a seguir.

—Por fin hemos tenido un golpe de suerte —anunció Punyavan con el rostro rebosante de satisfacción.

—Ya era hora de que Visnú escuchase nuestras plegarias —replicó Shakraditya—. ¿De qué se trata?

—La patrulla de rastreo que salió esta mañana ha sido víctima de una emboscada. Sin embargo, nuestros hombres reaccionaron a tiempo y plantaron cara al enemigo.

—Es bueno saberlo, pero... ¿en qué cambia eso las cosas?

—Hemos capturado a un rebelde —desveló Punyavan.

Shakraditya comprendió enseguida la importancia de la noticia. Los soldados *sakas* eran tan fieles a su causa que cuando la huida ya no constituía una alternativa preferían luchar hasta la muerte antes que dejarse atrapar por el enemigo. La alegría estaba justificada. Aquella era la primera vez que lograban hacerse con un prisionero al que poder interrogar.

—Encadenadlo de pies y manos para que no pueda hacerse daño a sí mismo —advirtió Shakraditya.

—Ya lo hemos hecho —confirmó su segundo oficial.

—Excelente. Llevadlo a una tienda, desnudadlo y atadlo a una mesa para iniciar el interrogatorio.

—Será difícil que hable.

El general reprimió una sonrisa.

—Lo hará —dijo—. Poned unas brasas a calentar; de llevar los objetos punzantes ya me ocupo yo.

Durante la espera, Shakraditya ya paladeaba el sabor de la victoria. El prisionero podía proporcionarles la información que tanto necesitaban para darle la vuelta a la situación: el número de soldados con que contaba el general rebelde, su localización actual así como la forma de organizarse, que les permitía tener ojos repartidos por toda la selva.

Punyavan reapareció poco después.

—Todo está listo, señor.

En una tienda contigua el prisionero esperaba encadenado de pies y manos, tendido sobre una mesa. Era menudo, pero de extremidades nervudas y recias. Shakraditya se plantó frente a él y le lanzó su mirada más abyecta. El rebelde, extrañamente sereno, no rehuyó el contacto visual.

—No hablaré bajo ninguna circunstancia —manifestó—. Mi alma pertenece al gran Shiva, y mi corazón, al emblema de mi reino.

Shakraditya ignoró aquella osada declaración de principios, que pronto se encargaría de hacerle olvidar.

—¿Cómo te llamas? —inquirió.

El prisionero, sin embargo, se negó a decir una sola palabra más.

Tal como había solicitado Shakraditya, en el suelo ardía una hoguera a baja intensidad. El general Gupta cogió un tizón y aproximó el extremo incandescente a la piel del rebelde *saka*, pero sin llegar a tocarlo. Por ahora, tan solo quería que notase el calor. A continuación, comenzó a dar vueltas a su alrededor, al tiempo que pronunciaba un discurso perfectamente calculado.

—Tu situación es complicada, admitámoslo. No obstante, todavía podrías contar con una posibilidad de salir con bien de todo esto. Si colaboras conmigo y me dices lo que necesito saber, yo me comprometo a mantenerte con vida. En caso contrario, te aguarda el peor de los tormentos. ¿Y para qué? Al final, te lo garantizo, acabarás diciéndome lo que quiero oír. —Shakraditya acercó el tizón a los genitales del reo, aunque lo retiró antes de llegar a quemarlo—. Ahora voy a darte un tiempo para que te lo pienses y tomes así la decisión más inteligente para los dos.

Shakraditya y Punyavan salieron de la tienda para dejar al prisionero solo con sus pensamientos. Por experiencia, el general sabía que la simple amenaza de tortura solía ser suficiente para doblegar la voluntad de la víctima en un elevado porcentaje de los casos. Y aunque no pensaba que fuese a funcionarle esta vez, tenía que intentarlo. Lo que nunca le había fallado era la insoportable agonía a la que lo sometería a continuación.

Pasados unos cuantos minutos, la pareja de oficiales accedió de nuevo al interior. Sin embargo, Punyavan advirtió enseguida que algo no marchaba bien. El rostro del rebelde se había tornado blanco, las pupilas se le habían fijado en la parte alta de los globos oculares y el pecho se le estremecía en cortos espasmos.

—¿Qué ocurre?! —exclamó Shakraditya.

Punyavan ya se había volcado sobre el cuerpo del prisionero buscando la respuesta.

—¡Está asfixiándose con su propia lengua!

Shakraditya trató de abrirle la boca para extraerle la lengua de la garganta, pero la mandíbula parecía estar herméticamente sellada. Para cuando la separó, ya era demasiado tarde. El rebelde exhaló su último aliento y los párpados se le cerraron. Había muerto con una ligera sonrisa prendida en la comisura de los labios.

Un ataque de furia se apoderó de Shakraditya, que comenzó a maldecir gritando a todo pulmón. Acto seguido le propinó un empujón a la mesa donde yacía el cadáver del prisionero, que se estrelló contra el suelo con un golpe sordo. Después les dio una patada a las brasas ardientes de la hoguera, y un puñado de ascuas encendidas salieron despedidas en todas direcciones.

Punyavan tuvo que refrenarlo o en su afán destructivo habría acabado provocando un incendio sin querer.

El general Gupta no logró tranquilizarse hasta pasadas unas cuantas horas. No obstante, todavía se lamentaba de la oportunidad que había dejado escapar. Seis meses después volvía a encontrarse en el mismo punto que al principio, pero con las tropas hastiadas y bajas de moral.

—Seguir haciendo lo mismo no va a conducirnos a ninguna parte —se lamentó—. Esta es una guerra de desgaste y nuestro enemigo sabe lo que se hace mucho mejor que nosotros. A este paso, saldrán victoriosos. Ellos cuentan con todo el tiempo del mundo y no tienen que rendirle cuentas a nadie. A nosotros, en cambio, nos ocurre todo lo contrario.

—Tampoco conviene que nos precipitemos y hagamos alguna tontería de la que podamos arrepentirnos —advirtió Punyavan—. Eso es justamente lo que pretenden.

—Estaba pensando en las tribus locales.

—¿A qué se refiere? No hay duda alguna de que los indígenas se mantienen ajenos al conflicto.

El poblado de Dhanu no era el único que Shakraditya había visitado, y en ninguno de ellos había encontrado el menor indicio de que colaborasen con los rebeldes.

—A eso mismo me refiero. Si logramos que se pongan de nuestra parte, se convertirían en nuestros ojos y oídos incluso en las áreas más remotas de la región. Su ayuda podría constituir la clave que desequilibre la balanza a nuestro favor.

Punyavan emitió un chasquido de objeción.

—Se negarán a intervenir en el conflicto. Lo sabes tan bien como yo.

—No pienso dejarles elección. Si no lo hacen por las buenas, lo harán por las malas...

* * *

Cuando los vigías vieron a una patrulla del Imperio gupta dirigirse al poblado por segunda vez, enseguida dieron la voz de alarma. No obstante, dada la experiencia de la vez anterior, en esta ocasión prefirieron dejar la entrada abierta, porque sabían que de lo contrario Shakraditya derribaría la valla solo por placer.

La presencia de los extranjeros en sus tierras había aumentado la preocupación de los indígenas, aunque por desgracia había muy poco o nada que ellos pudiesen hacer. El consejo de ancianos había recomendado evitarlos

a toda costa, así como permanecer completamente al margen de sus conflictos. Los forasteros no tenían intención de quedarse para siempre. Era cuestión de tiempo que se marchasen para no volver.

Dhanu se cubrió la cabeza con el tocado de plumas que lo señalaba como jefe del poblado y se preparó para llevar a cabo una recepción formal. Las mujeres y los niños no se escondieron porque hacerlo ya no tenía sentido. Algunos habitantes de la aldea optaron por no alterar su rutina habitual y se concentraron en sus tareas. Otros, sin embargo, se arremolinaron en la plaza para no perderse detalle del encuentro. Algunos de los críos más valientes se hallaban entre ellos. Los mellizos Bair y Baru, Lohith «el Tuerto» y los hijos de Dhanu se situaron prácticamente en primera fila, como la pandilla que nunca se separaba.

Shakraditya y Punyavan accedieron al poblado seguidos de una veintena de efectivos de infantería. También los acompañaba un elefante, aunque no se trataba del mismo que les había causado tantos problemas la vez anterior. El general le dedicó a Dhanu una amplia sonrisa, como si ambos fuesen viejos amigos que llevasen un tiempo sin verse.

—Estoy seguro de que te preguntarás por qué estoy de nuevo aquí —dijo—. Quédate tranquilo. Son buenas noticias. He venido a traeros algunos regalos.

—No, gracias —replicó Dhanu.

Shakraditya ignoró sus palabras e hizo una señal con la mano. De inmediato, varios de sus hombres descargaron unos sacos que el elefante había transportado y vertieron su contenido en el suelo, a la vista de todos. El botín estaba compuesto por cuchillos de hierro, cazos de metal y espejos de cristal de pequeño tamaño. Aunque aquellos singulares objetos llamaron inevitablemente la atención de los indígenas, ninguno de ellos se acercó a examinarlos. Ninguno salvo una niña que, movida por la curiosidad, no pudo evitar coger un espejo y sorprenderse ante el nítido reflejo de su propia imagen en el cristal.

—Libni, por favor. Deja eso ahora mismo.

La niña estaba demasiado ensimismada como para escucharlo, y Kalu intervino para solventar la situación. El crío le quitó el objeto a su hermana y, tratando de evitar que llorara, se la llevó de la mano hasta donde se hallaba su madre.

—¿Tus hijos? —inquirió Shakraditya siguiéndolos con la mirada.

Dhanu asintió sin cambiar un ápice su expresión de contrariedad. Saltaba a la vista que tras aquella máscara de cordialidad se escondían segundas

intenciones.

—Yo también soy padre —terció el general, que insistía en utilizar un tono afable a todas luces impostado—. Así que podrás imaginarte lo mucho que echo de menos a mi única hija desde que me enviaron aquí.

—No queremos vuestras cosas —espetó Dhanu—. No las necesitamos.

—Deberíais aceptarlas. Os harán la vida más fácil.

Shakraditya dio un nuevo paso al frente hasta situarse a un palmo escaso del jefe del poblado.

—Me gustas, Dhanu —señaló—. Has demostrado ser un hombre inteligente y resolutivo, y un buen líder para tu pueblo. Por eso voy a ofrecerte una alianza muy favorable para los dos. Mis enemigos, los rebeldes *sakas* de que te hablé, se esconden en la selva y no tengo forma de acabar con ellos porque eluden un enfrentamiento directo entre su ejército y el mío. No obstante, si contase con vuestra ayuda, todo sería muy distinto.

—Nosotros tenemos por norma no interferir en los asuntos de los extranjeros. Y los rebeldes que mencionas jamás nos han perjudicado, al menos hasta ahora. Sin embargo, en el momento en que tomemos partido eso puede cambiar.

—Aunque no puedo negar la lógica de tu razonamiento, deberías pensar a lo grande. En última instancia, la victoria de mi ejército redundaría en vuestro propio beneficio. Cuanto antes los derrotamos, antes nos marcharemos. Y toda la región volverá a perteneceros.

Dhanu negó con la cabeza.

—No seas testarudo —insistió Shakraditya—. Tan solo necesitamos de vosotros que llevéis a cabo una labor de vigilancia. Bastaría con que nos mantuviésteis al corriente de sus movimientos y de los lugares donde se ocultan. Tú podrías convencer fácilmente al resto de los poblados para que se unan, formando así una alianza que se extendería por buena parte del territorio.

—He dicho que no —zanjó Dhanu, a sabiendas de los riesgos que implicaba contrariar al temperamental general Gupta.

Shakraditya perdió definitivamente la paciencia. El rostro se le desencajó y sus facciones dejaron entrever una furia infinita.

—Cuando me encargan una misión jamás dejo que nadie, desde el hombrecillo más insignificante hasta el rey más poderoso, se interponga en mi camino. Y estoy dispuesto a lo que sea para hacerla cumplir. ¿Entiendes?

Acto seguido, extrajo una daga que portaba al cinto y la clavó en las brasas de la hoguera más cercana, de las muchas que salpicaban el poblado.

Después se encaró nuevamente a Dhanu.

—Acepta mi propuesta y colabora conmigo.

Aunque Dhanu no podía evitar sentirse cada vez más intimidado, se mantuvo firme en su postura.

—Dejadnos en paz. Esta no es nuestra guerra.

Shakraditya cruzó una mirada con Punyavan, que enseguida comunicó al resto de los soldados las órdenes a seguir. El escenario adverso al que se enfrentaban no los había cogido por sorpresa. Sin duda, ya se habían preparado para aquella eventualidad. Los guerreros se mezclaron entre los indígenas y tomaron posiciones para lo que estaba por venir.

—Esta es la tercera y última vez que voy a pedírtelo —espetó Shakraditya con los ojos inyectados en sangre—. Únete a mí o atente a las consecuencias.

Dhanu sabía que Shakraditya sería capaz de hacer cualquier cosa, pero él tampoco tenía elección.

—¿Qué harás? ¿Matarme? ¿Matarnos a todos? ¿Y qué conseguirás con eso?

El general no dijo nada. En su lugar, recogió de nuevo la daga que había dejado en las brasas y se dirigió hacia Dhanu esgrimiendo el arma en alto. El jefe del poblado se temió lo peor, pero no se encogió ni esquivó la mirada. Shakraditya, sin embargo, pasó de largo y encaminó sus pasos hacia un objetivo muy distinto. Entre los indígenas cundió el pánico y se escucharon algunas exclamaciones ahogadas. El general se acercó al grupo de niños y paseó la mirada entre los mellizos y Lohith «el Tuerto». No obstante, finalmente eligió al pequeño Kalu, al que agarró por el brazo y lo atrajo hacia sí.

Dhanu intentó acudir en su ayuda, pero Punyavan se lo impidió reteniéndolo por los brazos. Los soldados que se habían mezclado entre la multitud redujeron de inmediato a otros indígenas que también trataron de intervenir.

—¡No! ¡Suéltalo! —gritó Dhanu—. ¡Solo tiene cinco años!

Kalu pataleó y se resistió con todas sus fuerzas, pero Shakraditya se bastó para inmovilizarlo con una sola mano. Con la otra alzó la daga, cuya hoja estaba al rojo vivo, y presionó el lateral de la punta contra el cuerpo del niño, a la altura de la cadera, como si estuviese marcando a fuego una res. Los aullidos de Kalu resonaron por todo el poblado, y el hedor a carne humana quemada penetró en escasos segundos en las fosas nasales de todos los presentes.

Shakraditya buscó a Dhanu con la mirada.

—¡Voy a hacerle tres marcas! —tronó—. ¡Una por cada vez que te has negado a aceptar mi propuesta!

—¡No! ¡Por favor! —Dhanu estaba desquiciado y Punyavan precisó la ayuda de otro soldado para mantenerlo bien sujeto.

El general ignoró los gritos de súplica del indígena y volvió a quemar al crío por dos veces más. A la tercera, Kalu puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento tras soportar un dolor inimaginable. Shakraditya lo dejó caer al suelo y, a continuación, dio unas cuantas instrucciones a sus hombres para que se replegasen.

Sin perder un instante, Chakori se inclinó sobre su hijo y, tras comprobar que respiraba de forma acompasada, lo cogió en brazos y lo llevó de inmediato a la choza del chamán para que este se ocupase de sus heridas. Libni fue tras ella llorando a lágrima viva, horrorizada por el daño que le habían hecho a su hermano.

Antes de abandonar el poblado, Shakraditya se encaró con Danhu por última vez.

—Voy a darte un tiempo para que reconsideres tu postura —le advirtió—. Y espero que cuando vuelva me des por fin la respuesta que necesito...

CAPÍTULO SÉPTIMO



«Aquel que no posee discernimiento, cuya mente es incontrolada y siempre impura, no alcanza esa meta, sino que cae de nuevo en el samsara (reino del nacimiento y la muerte). Pero el que posee el recto discernimiento, cuya mente está bajo control y es siempre pura, alcanza esa meta, tras lo que no vuelve a nacer».

Katha Upanishad 3.7-8.

Faltaba menos de un mes para que la boda entre la princesa Rudrabhiravi y el rey de los *pushyamitras* tuviese lugar, en la fecha especialmente señalada por el astrólogo de palacio.

Dattadevi sabía que ese era el tiempo del que disponía para actuar, si quería eludir su destino. Sin embargo, envenenar al emperador, como había planeado, constituía una tarea mucho más difícil de lo que en un principio había previsto. Kumaragupta contaba con catadores que se encargaban de probar las comidas y bebidas antes de que se las sirviesen, capaces de detectar cualquier tipo de veneno que estuviese disimulado dentro de una preparación.

Con todo, la primera reina consorte conocía bien a su ilustre esposo y sabía que este adolecía de un punto débil. Tras su entronización, el emperador comenzó a sentirse acosado por terribles pesadillas que lo retrotraían a su etapa como general y que lo despertaban en mitad de la noche, angustiado y envuelto en sudor. Cuando tal cosa ocurría, Kumaragupta hacía sonar una campanilla que alertaba a su lacayo personal, el cual se levantaba a toda prisa para prepararle un vaso de leche con azúcar, almendras trituradas y azafrán, sin el cual se sentía incapaz de volver a conciliar el sueño. Así pues, esa era la única ocasión en que un catador no participaba del proceso establecido, puesto que Kumaragupta tenía plena confianza en su lacayo, un hombre de avanzada edad que llevaba sirviendo en palacio desde los tiempos de su abuelo, el emperador Samudragupta.

De cualquier forma, Dattadevi se enfrentaba a dos problemas que dificultaban en gran medida la puesta en marcha de su plan. Por un lado, ya no compartía cama con Kumaragupta desde hacía varios años, y por otro, aquellas espantosas pesadillas que antaño lo asaltaban con cierta frecuencia, en la actualidad ya solo tenían lugar muy de vez en cuando. Por ello, desde hacía varias semanas apenas dormía por la noche, atenta al sonido de la campanilla para poder intervenir.

Y, entonces, cuando ya había perdido casi toda esperanza, por fin ocurrió...

La primera reina consorte, temblando de arriba abajo, se dirigió a toda prisa a las cocinas para fingir un encuentro casual con el lacayo, que pronto se desplazaría hasta allí. Los pasillos, iluminados por antorchas ancladas en las paredes, lucían desérticos salvo por la presencia de soldados haciendo guardia

en determinadas posiciones clave. Dattadevi llegó a la cocina, encendió una lámpara de aceite y esperó tratando de contener los nervios. Ante el lacayo debía actuar con toda la naturalidad que fuese capaz de transmitir.

El hombre del servicio apareció escasos minutos después.

—Mi señora... —Manifestó sorprendido.

—Ahinagu, me he despertado tan hambrienta que no he podido esperarme hasta mañana.

—Podría haber enviado a una de sus sirvientas.

—Lo sé —repuso armando una sonrisa—, pero no he querido molestar a nadie a estas horas de la madrugada por una cosa que puedo hacer yo misma.

El lacayo asintió, satisfecho con la respuesta.

—Yo ahora debo encargarme de...

—Desde luego —lo interrumpió Dattadevi—, las necesidades del emperador deben ponerse siempre en primer lugar.

Mientras Ahinagu preparaba el vaso de leche al gusto de Kumaragupta, la reina aparentó examinar varias bandejas que contenían los dulces sobrantes del día anterior.

—Disculpa un momento —terció a continuación—, pero se me han antojado unas uvas y no veo ninguna por aquí.

El solícito sirviente aplazó un instante lo que estaba haciendo y arrastró los pies hasta el otro extremo de la cocina para complacer la petición de Dattadevi. En cuanto le dio la espalda, esta aprovechó para verter el veneno en la leche y removerla con el dedo. El lacayo regresó al cabo de unos segundos y le tendió un racimo de uvas que previamente había depositado en un bol. Todo estaba como lo había dejado y no advirtió nada extraño.

—Gracias, Ahinagu —repuso la reina—. Buenas noches. —Y, dicho esto, enfiló el camino de vuelta a su dormitorio.

Dattadevi alcanzó sus aposentos y se echó en la cama tratando de calmar su corazón, que todavía le latía de forma desbocada. Se le presentaba por delante una noche larga en la que apenas podría dormir. Los acontecimientos no se desencadenarían hasta la mañana siguiente, cuando encontrasen al emperador muerto en sus propias dependencias. Poco a poco, un cierto alivio fue apoderándose de ella, al tiempo que dejaba escapar una siniestra carcajada.

Lo más difícil ya estaba hecho.

El día amaneció tranquilo, sin que el revuelo que la reina esperaba se hubiese producido aún. Todavía era pronto para preocuparse, cuando una de sus sirvientas le indicó que se requería su presencia.

—¿Quién me llama?

—Lo siento, señora. Pero no me lo han dicho...

En el pasillo la aguardaban un par de soldados que, sin pronunciar una sola palabra, la guiaron hasta los aposentos del emperador. Durante el trayecto, Dattadevi se preparó para fingir un gran pesar cuando le mostrasen el cuerpo sin vida de su marido. Puede que también quisiesen hacerle algunas preguntas, lo cual era perfectamente razonable en dicha situación.

Tan pronto como accedió al dormitorio, se quedó petrificada. Kumaragupta se hallaba en pie en mitad de la estancia, en aparente buen estado de salud.

—¿Sorprendida?

La primera reina consorte disimuló como pudo.

—¿Cómo no iba a estarlo? Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que reclamaste mi presencia en tu alcoba que ya ni me acuerdo.

Kumaragupta ordenó a los guardias que los dejaran a solas. En sus ojos se reflejaba un brillo de rabia que no ocultaba una cierta decepción. Mientras tanto, Dattadevi buscaba desesperadamente con la mirada el vaso de leche que el lacayo le había llevado la noche anterior. ¿Qué había ocurrido? ¿Acaso al final no se lo había bebido? ¿O es que el veneno no le había causado el efecto esperado?

—Tu expresión es tan reveladora que prácticamente puedo leer tus pensamientos —dijo el emperador—. El vaso de leche que Ahinagu me preparó anoche acaban de dárselo a un perro. Y, por lo visto, ha muerto en el acto. ¿No te parece raro?

—Lo siento, pero no entiendo nada de lo que...

—Cállate, por favor. No te molestes en negar lo obvio. Atentar contra la vida del emperador se castiga con la muerte. Sin embargo, Padmabandhu me ha hecho ver que no debo tomar una decisión bajo el dominio de la ira, que como comprenderás es justo lo que ahora mismo siento. Y voy a hacerle caso. Así que, de momento, voy a encarcelarte. Agradécele al budista cada día que permanezcas con vida, hasta que definitivamente decida lo que vaya a hacer contigo.

Dattadevi se mordió el labio inferior al tiempo que reprimía el llanto que le surgía de la garganta, para no darle el gusto a Kumaragupta de verla derrotada por completo.

—¡Te equivocas! —clamó.

—No malgastes tu aliento.

A una señal suya, los guardias se llevaron a la reina, que pese a todo se negaba a admitir su participación en lo ocurrido.

Descubrir lo que Dattadevi pretendía llevar a cabo había sido muy sencillo. Tan pronto como el astrólogo lo previno acerca del atentado, el emperador había puesto en alerta a su cuerpo de espías. Y, precisamente, había sido uno de ellos quien le había advertido acerca del sospechoso comportamiento de su primera mujer.

—Ya puedes salir —dijo Kumaragupta.

Una cortina se descorrió a un lado, tras la cual emergió la menuda figura de Anumita. La *vamanika* gozaba de la entera confianza de las dos reinas consortes, así como de buena parte del harén. No obstante, su lealtad más absoluta solo estaba del lado de su rey. Chandragupta II la había reclutado como espía de la corte, y la enana había extendido su compromiso al reinado de su hijo.

—Buen trabajo, Anumita. Serás especialmente recompensada.

—Mi mayor recompensa es poder continuar sirviéndole como hasta ahora.

Anumita sabía que Dattadevi había comprado veneno porque ella misma le había indicado dónde adquirirlo. Sin embargo, no informó al emperador acerca de ello hasta que tuvo conocimiento de la predicción del astrólogo, pues solo entonces se hizo evidente que muy probablemente el objetivo de la reina pudiese ser él. Sabiendo lo que sabía, Kumaragupta sospechó enseguida de la leche que su lacayo le había llevado, después de saber por boca de este que había coincidido con Dattadevi en las cocinas.

La *vamanika* se retiró haciendo una reverencia y Kumaragupta se abstraigo durante algunos minutos. Evitar el atentado contra su vida había resultado más fácil de lo previsto y mucho más de lo que el propio astrólogo había anunciado. En todo caso, debía ser justo con Cidambara y reconocerle su trabajo. En el fondo, había acertado de pleno.

El emperador se desplazó personalmente al torreón donde Cidambara se pasaba encerrado la mayor parte del día. Accedió a la cámara sin avisar y no halló a nadie en su interior. El lugar, poco ventilado, olía a rancio y a moho. Sobre un escritorio reposaban un sinnúmero de hojas de palma con enmarañados cálculos matemáticos y símbolos planetarios que él jamás habría sabido descifrar. Un extraño cachivache compuesto por ruedas y palancas, y que seguramente servía para calcular el movimiento de los astros, ocupaba el centro de la habitación.

—¿Cidambara?

Un instante después, una figura comenzó a descender lentamente por una escalera de mano que conducía al diminuto observatorio situado en la parte más elevada del edificio. El astrólogo no dio crédito cuando vio al propio emperador, al que jamás se habría imaginado dejándose caer por sus dominios, plantado en el umbral de la puerta.

—Mi señor —dijo sacudiéndose el polvo de la *vasana*—. Si me hubiesen informado de su visita, yo mismo me habría ocupado de adecentar el torreón.

Kumaragupta fue directo al grano y le habló del intento de envenenamiento perpetrado por Dattadevi, que finalmente había podido atajar. La profecía cifrada en las estrellas se había hecho realidad.

—He venido para agradecerte en nombre del Imperio gupta y del mío propio el extraordinario valor de tu trabajo. No te quepa la menor duda de que serás recompensado.

Cidambara debería haberse alegrado tras escuchar aquellas palabras, pero sucedió todo lo contrario. La expresión de su rostro se tornó en una mueca de preocupación.

—¿Qué ocurre? —inquirió el emperador.

—Señor, me temo que el incidente que me ha descrito no tiene nada que ver con el que yo le había anunciado.

—Discúlpame, pero lo que dices no tiene sentido.

El astrólogo se aclaró la garganta antes de continuar.

—Déjeme explicarle. La cuestión es que la luna roja que tuve la oportunidad de distinguir durante el último eclipse, y que se reveló como uno de los elementos clave de mi predicción, implicaría que el atentado vendría acompañado por un cierto derramamiento de sangre, y el episodio que me ha narrado de ningún modo casa con el patrón descrito.

Kumaragupta frunció el ceño, terriblemente disgustado.

—¿Quieres decir entonces que el peligro todavía no ha pasado?

—Exacto. La amenaza aún sigue vigente.

Madhuk pasó la noche en la miserable cabaña de los intocables, durmiendo en el suelo bajo una manta raída y soportando el intenso frío que se instalaba en los campos de cremación. La familia de Kumaresh lo miraba de forma extraña, sin comprender cómo era posible que un brahmán se

dignase a relacionarse con ellos. Con todo, le dispensaron un trato amable, sabedores del difícil trance por el que debía de estar pasando.

La estancia en aquel lugar no resultaba agradable. La mujer se pasaba el día llorando, sin dejar de acunar constantemente al bebé que sostenía en brazos, como si de algún modo ese gesto pudiese paliar el dolor que la afligía. El origen de aquella tristeza se debía a la pérdida de su hija, que había muerto en fechas muy recientes de forma totalmente inesperada. Kumaresh sospechaba que a su pequeña la habían asesinado, a tenor del relato de los hechos que el propio Rashmi les había ofrecido. De cualquier manera, sabía que denunciarlo no serviría de nada, pues las autoridades no pondrían interés alguno en investigar la muerte de un chandala, que además resultaba ser una niña.

A Madhuk le horrorizó escuchar aquella terrible historia de boca del sepulturero. No obstante, en función de lo que llevaba aprendido desde su llegada a Pataliputra, tampoco le sorprendió lo más mínimo que injusticias tan notorias como aquella formasen parte de la vida cotidiana propia de la sociedad hindú.

El crío se mostró algo más comunicativo con Madhuk, aunque tampoco en exceso. Rashmi poseía un loro de plumaje colorido, que curiosamente había recibido de manos del presunto asesino, al que jamás se le había vuelto a ver por allí. Al pájaro le había cogido un gran cariño, a pesar de su carácter nervioso y sus constantes graznidos, que a veces no lo dejaban dormir. Además del loro, aquel siniestro individuo también le había dado un anillo, del que su padre se había desprendido a cambio de toda la comida que pudo obtener.

Por la mañana, Kumaresh y Rashmi se marcharon para cumplir con sus quehaceres diarios, mientras Madhuk se pasaba todo el día encerrado en la choza, recomponiéndose del golpe que la pérdida de sus padres adoptivos había supuesto para él. La mujer del sepulturero, abrumada por su inexplicable presencia allí, apenas le dirigía la palabra, como si temiese sufrir una dura represalia por incumplir de forma tan flagrante los dictados de la ley.

Al caer la noche, el muchacho pernoctó por segunda vez en el hogar de los chandalas, que seguían dispuestos a darle cobijo.

Al día siguiente, sin embargo, Madhuk sabía que tenía que marcharse de allí. Aquella familia había compartido con él lo poco que tenía, cuando a ellos apenas les alcanzaba para sobrevivir. Su presencia no era más que una carga y no podía ni debía abusar de la hospitalidad de Kumaresh. Con el alba,

Madhuk se despidió de la familia del sepulturero y encaminó sus pasos de vuelta a la ciudad.

Tras la muerte de Bindusar y Harshali, volvía a estar de nuevo como al principio. Su primer instinto fue acudir a su antiguo hogar, aunque nada más llegar advirtió que la casa se encontraba vigilada. Madhuk habló con un vecino y enseguida averiguó que había sido puesta a la venta, circunstancia que lo entristeció aún más si cabía. Por su mente pasó la idea de recurrir a las autoridades para reclamar la propiedad de la vivienda, que en justicia le correspondía por herencia. No obstante, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a los hermanos del maestro, que ya habían demostrado ser capaces de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

Luego pensó en Sarasvati; a lo mejor ella podía prestarle ayuda ahora que tanta falta le hacía. Los contactos con su hermana debía llevarlos a cabo de forma discreta, de modo que aguardó en las inmediaciones del burdel donde vivía, para abordarla en cuanto saliera. No lo hizo en todo el día y, desesperado, decidió preguntar por ella a un cliente, que le desveló que la muchacha a la que se refería ya no trabajaba allí. Aquella noticia le supuso un revés inesperado. Pese a todo, en su situación tampoco podía permitirse el lujo de emprender la búsqueda de Sarasvati, pues antes tenía problemas más acuciantes que resolver.

Aquella noche la pasó en la escalinata del templo de Shiva, junto a un grupo de peregrinos y ascetas errantes, que fueron lo suficientemente compasivos como para ofrecerle algo de comer. Madhuk se pasó toda la noche rumiando acerca de su futuro. Por nada del mundo quería tener que volver a ejercer la mendicidad.

A la mañana siguiente se despertó con las ideas algo más claras. ¿Acaso él no era un brahmán que se encontraba en su etapa de estudiante? Pues bien, entonces sus esfuerzos debían centrarse en retomar dicho camino con el fin de completar su formación. Madhuk necesitaba encontrar un maestro que, como Bindusar, lo acogiese en su hogar con el resto de sus alumnos, al menos mientras durasen sus estudios. Aquello le permitiría seguir llevando una vida digna, con todas sus necesidades básicas bien cubiertas. Nada, sin embargo, salió como esperaba.

Ninguno de los compañeros del maestro a quienes visitó se avino a tomarlo como alumno. Por un lado, resultaba innegable que él no tenía nada con qué pagarles, y la promesa de compensarlos en el futuro no convenció a ninguno. No obstante, el muchacho tuvo la impresión de que los motivos que explicaban su rechazo tenían muy poco que ver con lo pecuniario y que las

verdaderas razones apuntaban más a una intervención de los hermanos de Bindusar, que habrían dejado muy claro a todos los asistentes al funeral que Madhuk debía ser tratado como si nunca hubiese existido.

Al tercer día se pateó un sinfín de talleres y negocios de todo tipo para encontrar trabajo de lo que fuese. No sirvió de nada. El cordón sagrado que lo identificaba como brahmán provocaba que nadie lo emplease para ejercer una labor que no se adecuara con la casta a la que pertenecía. Con todo, por el momento decidió no deshacerse de él, puesto que al menos la gente lo trataba con respeto, e incluso los peregrinos junto a los que dormía en las escaleras del templo compartían con él su comida.

Madhuk ya no sabía qué hacer para salir adelante, cuando una mañana que paseaba por las calles de Pataliputra se topó de frente ante la que podía constituir la salida a todos sus problemas.

Como siempre, al llegar a una plaza comprobó que estaba llena de buscavidas, ya fuesen adivinos, saltimbanquis o encantadores de serpientes. Pero esta vez, además, observó a un hombre subido a un pedestal, que se dedicaba a recitar con locuacidad unos versos que él mismo había compuesto. Los viandantes se arremolinaban a su alrededor y le dejaban generosas propinas tras haber podido disfrutar de un arte tan exquisito. El muchacho ni siquiera vaciló. ¿Qué le impedía a él mismo convertirse en poeta callejero?

Madhuk no tenía dudas de que estaba capacitado para ello. No obstante, se le ocurrió que si acompañaba la actuación con los acordes de su *vina*, marcaría aún más la diferencia. La idea sonaba increíblemente bien, pero el problema radicaba en que el instrumento se hallaba en la vivienda del maestro.

Aunque en la puerta de la casa todavía continuaba apostado el vigilante encargado de custodiarla mientras estuviese vacía, Madhuk sabía que podía entrar a través del jardín situado en la parte posterior. Nervioso pero decidido, esperó al atardecer para poner en marcha su plan, con el tiempo justo para llevarlo a cabo antes de que se hiciese de noche. Cruzar el jardín vecino sin ser visto le resultó bastante sencillo, lo mismo que colarse por la puerta trasera que nunca se cerraba con llave. Desplazándose sin hacer ruido, subió a la primera planta, donde aprovechó para meter en una bolsa de lona algo de ropa. Ya en la segunda, accedió al despacho de Bindusar y cogió la *vina* que colgaba de la pared. Además, se llevó también consigo todos los poemas que había escrito, pues su padre adoptivo los había guardado desde el primero hasta el último perfectamente ordenados en una esquina de la mesa.

Fue en ese momento cuando el claro eco de unas pisadas llegó hasta sus oídos. El vigilante había entrado y en apariencia se dedicaba a recorrer las diferentes estancias de la planta baja. Madhuk ignoraba si de algún modo lo había detectado o si tan solo estaba llevando a cabo su ronda habitual. En todo caso, se quedó quieto como una estatua, atento al menor sonido procedente del interior de la casa.

Instantes después escuchó sus pasos ascender por las escaleras.

Madhuk carecía de alternativas y todo cuanto pudo hacer fue esconderse en la pequeña pieza que hacía las veces de capilla, donde esperaba que al vigilante no se le ocurriese mirar.

Los pasos se oían cada vez más cerca. Madhuk se dio cuenta entonces de que si el vigilante era lo suficientemente observador, advertiría la ausencia de la *vina*. No obstante, era muy poco probable que notase un cambio tan sutil en la decoración de la vivienda.

El desconocido llegó a la segunda planta y su presencia se hizo más palpable que nunca. Madhuk aguantó la respiración para evitar ser descubierto. La talla de Shiva se encontraba cubierta de polvo y estaba rodeada de flores marchitas. Desde la muerte de Harshali, nadie se había ocupado de ella, ni tampoco parecía que nadie fuese a hacerlo hasta que nuevos habitantes se instalaran en la vivienda.

Por momentos, el intenso recuerdo de su madre adoptiva casi lo delata, tras dejar escapar un sollozo cuyo sonido apenas logró amortiguar. Afortunadamente, para entonces el vigilante ya había iniciado el descenso de las escaleras, y el ruido jamás llegó hasta sus oídos.

Madhuk dejó escapar un suspiro de alivio y, cuando estuvo seguro de que el individuo salía de la casa, se marchó por donde había llegado, satisfecho con el valioso botín.

Al día siguiente se aseó en el río y se vistió con una *vasana* limpia. Acto seguido, afinó el instrumento y memorizó algunas de sus mejores composiciones. A mediodía se sintió preparado y acudió a una de las plazas más concurridas, donde se situó en el mejor lugar que pudo encontrar a aquellas alturas. Antes de empezar, Madhuk temblaba como un niño asustado, convencido de que la voz no le saldría de la garganta. Primero acarició las cuerdas de la *vina* para arrancarle unas cuantas notas y a continuación dejó atrás sus miedos y comenzó a recitar uno de sus poemas.

Los primeros instantes fueron de absoluta frustración. Lejos de detenerse a escucharlo, los viandantes pasaban de largo ignorando su presencia. ¿Acaso lo veían demasiado joven, o es que no era tan bueno como había creído?

Madhuk no se desanimó y continuó adelante con su humilde representación, sabedor de las dificultades que conllevaba buscarse la vida en la calle. Desde luego, no se daría por vencido a las primeras de cambio.

Tras su poco prometedor inicio, el panorama dio un giro radical cuando menos se lo esperaba. Bastó que una sola persona se parase para que otros la imitasen siguiendo su ejemplo. Al principio, las miradas de sus espectadores fluctuaban entre la curiosidad y el escepticismo, pero en cuanto se dejaban seducir por sus versos, la audiencia acababa cayendo rendida ante el talento de Madhuk.

El repiqueteo de las monedas que comenzaron a arrojar a sus pies lo convenció de que por fin había encontrado una forma de ganarse la vida.

3

La vida en el harén de palacio no era como Sarasvati se había imaginado antes de que la enviaran allí. Ni mejor ni peor, tan solo distinta.

Para empezar, lo primero que le hicieron saber fue que una valiosa *ganika* debía ser una mujer cultivada, capaz de entretener a su señor proponiéndole adivinanzas, juegos de palabras o incluso improvisando algún sencillo poema. Por tanto, en cuanto Purumitra supo de su analfabetismo, se encargó de que aprendiese rápidamente a leer y escribir. Era responsabilidad del eunuco que todas las integrantes del harén estuviesen a la altura de lo que se esperaba de ellas.

Aquella constituyó, por tanto, su primera sorpresa. Al arte del *kama*, en realidad, se dedicaría mucho menos de lo que había creído en un principio. El emperador contaba con una serie de favoritas —entre las que se incluía Savitridevi, su segunda esposa—, que solían encargarse de satisfacer sus necesidades de tipo sexual. Nadie más podía mantener relaciones íntimas con las concubinas, salvo que el propio Kumaragupta lo autorizase. Aquello podía ocurrir cuando acudía de visita el soberano de un reino vasallo o cualquier otro personaje ilustre, en cuyo caso Sarasvati debía estar preparada para proporcionar un buen servicio. En este sentido, a diferencia de su etapa en el burdel, donde Madunisha les enseñaba a buscar una rápida satisfacción del cliente, en el harén la filosofía era completamente distinta. Purumitra les inculcaba el valor de cada caricia, cada mirada y cada susurro, como parte esencial del arte del *kama*, previo al momento del acto sexual propiamente dicho.

Aunque cada una de las *ganikas* destacaba por un arte en concreto, en el cual se especializaba, al mismo tiempo también tenían que aprender a realizar otras actividades asociadas a su nueva profesión. Además de danzar y cantar, dichas habilidades también comprendían otras muchas, tales como pintar, bordar y coser, efectuar arreglos florales, masajear y peinar, mezclar perfumes, preparar zumos de frutas y otras bebidas, o recitar una composición poética, por mencionar tan solo unas pocas de una interminable lista. Sarasvati, desde luego, no tenía tiempo para aburrirse, y cuando se tumbaba en la cama al final del día caía rendida de inmediato.

Con todo, las concubinas también tenían tiempo para distraerse, pues buena parte del día la destinaban a aplicarse cuidados de belleza, porque de ellas se esperaba que estuviesen siempre hermosas y dispuestas, en caso de que fuesen requeridas de improviso. Además, contaban con sirvientas que se encargaban de atender todas sus necesidades, desde lavarles la ropa hasta ayudarlas a vestirse y desvestirse. Sarasvati encontraba extraño vivir rodeada de tanta esplendidez, especialmente cuando recordaba lo difíciles que fueron sus inicios en Pataliputra y lo lejos que había llegado en apenas año y medio.

No obstante, aquel tipo de vida también tenía su lado negativo. Las *ganikas* vivían recluidas en el harén, que en última instancia no era sino una cárcel de lujo custodiada día y noche por centinelas de palacio.

El perímetro de la construcción albergaba una porción de jardín, que al menos les proporcionaba una falsa sensación de libertad que animaba su espíritu. De vez en cuando, y siempre bajo la estricta vigilancia de Purumitra, llevaban a cabo excursiones por motivos muy variados —visitar un lugar de peregrinación, acudir a un festival o participar en un desfile—, que las muchachas celebraban con gran regocijo. De cualquier modo, nada hacía más feliz a una concubina que recibir la llamada del emperador para satisfacer sus deseos y complacerlo de la mejor manera posible.

Del mismo modo que las concubinas no podían salir del recinto donde pasaban su día a día, ningún hombre tenía permitida la entrada en el harén, excepto Purumitra y, por descontado, el propio emperador. Algunas suplían la ausencia de una figura masculina echando mano de un consolador de madera o de marfil. Las más atrevidas, sin embargo, se arriesgaban a mantener un romance a escondidas con un miembro de la guardia real, a sabiendas del severo castigo que uno y otro recibirían en caso de ser descubiertos. Pese a la tajante prohibición de abandonar el serrallo, no eran pocas las que ignoraban el mandato, para lo cual sobornar a los centinelas era la mejor opción. En

ocasiones, incluso, algún galán enamorado había llegado a colarse dentro disfrazado de mujer.

Su permanente estado de reclusión también les impedía visitar libremente el templo de palacio. Para remediarlo, las instalaciones del harén contaban con una capilla propia donde cumplir con sus obligaciones de tipo religioso.

Al poco de su llegada, Purumitra se encargó de mostrarle a Sarasvati aquel lugar de recogimiento y oración.

—Aquí podrás realizar cuantas ofrendas desees a tu divinidad preferida. —A izquierda y derecha podían verse pequeños templetos de madera labrada, con sus columnas y su cúpula, en cuyo interior se alojaba la talla de algún dios hindú—. El propio *purohita* se había ocupado personalmente de llevar a cabo los ritos apropiados para consagrar las imágenes.

Sarasvati se paseó lentamente por la capilla, contemplando con curiosidad las diferentes deidades expuestas a su alrededor. Shiva aparecía representado con su habitual aspecto de asceta en estado de meditación, y un tercer ojo en la frente. Su opuesto, Visnú, considerado como el origen del universo y de todas las cosas, adoptaba la figura de un hombre de piel de color azul y cuatro brazos, que sujetaba una caracola, un disco, una maza y una flor de loto. Su séptimo avatar, Rama, presentaba un aspecto muy parecido, pero solo tenía dos brazos, uno de los cuales sostenía un arco y el otro realizaba un gesto de promesa de protección. Otro de sus avatares más populares también contaba con una reproducción: Krishna, al que se le representaba tocando una flauta con la que atraía a las pastoras de ganado.

—¿A cuál de ellos rindes culto de forma habitual? —inquirió el eunuco.

Aquella pregunta cogió a Sarasvati tan desprevenida que no supo cómo reaccionar. Purumitra captó la confusión que se reflejaba en el rostro de la muchacha, que no parecía estar demasiado familiarizada con los dioses hindúes.

—No serás budista, ¿verdad?

Sarasvati negó con la cabeza al intuir que aquel credo no era precisamente del agrado del responsable del harén. Al mismo tiempo prosiguió con su recorrido, contemplando los últimos dioses dispuestos en la capilla. Uno de ellos era Ganesh, hijo de Shiva, al que se le solía rezar cuando se planeaba comenzar una nueva tarea, puesto que se le consideraba como el encargado de eliminar los obstáculos. Tenía cuerpo de hombre y cabeza de elefante, y se desplazaba sentado sobre una rata que representaba los deseos más mundanos.

—Te comportas de forma extraña —insistió Purumitra—. ¿Es que no veneras a ninguna de estas deidades?

Sarasvati no lo hacía, y supo al instante que aquello podía causarle serios problemas. Fue entonces cuando posó la mirada en la divinidad que cerraba aquel complejo panteón, momento en que el rostro se le iluminó como por arte de magia. Acto seguido se postró ante aquella talla que había llamado su atención y hundió la cabeza entre las manos en un indiscutible gesto de reconocimiento y respeto. Se trataba de Hanumán, el dios mono adorado por los hindúes, caracterizado por su fuerza física y su carácter virtuoso.

—Así que Hanumán, ¿eh? —señaló el eunuco—. Realmente no me lo esperaba.

—Siempre me ha protegido, desde que era una niña —replicó Sarasvati con franqueza.

Purumitra suavizó la expresión de su rostro, satisfecho con la respuesta de la muchacha.

—El dios mono es una gran elección —sentenció—. Además de su fuerza, también destaca por su erudición. Y si es tan querido se debe a que fue un fiel compañero de Rama, al que ayudó a derrotar al demonio Rávana.

La acogida de Sarasvati por parte del resto de las concubinas fue tan fría como de todos modos cabría esperar. En el fondo, entre todas ellas existía una rivalidad por conquistar el corazón de Kumaragupta, y la llegada de una nueva compañera tenía como consecuencia que la competencia fuese aún mayor. En ese sentido, la función de Anumita resultaba crucial, pues la *vamanika* se encargaba de darles la bienvenida a las recién llegadas, a las que procuraba integrar poco a poco en la rutina diaria, hasta que fuesen aceptadas como una más dentro del harén.

—Has tenido suerte —le había dicho la enana—. Purumitra no suele escoger a muchachas tan jovencitas. Normalmente las prefiere con más experiencia.

—Jamás imaginé que pudiesen seleccionarme. Ni siquiera era algo que buscara.

—Pues ya que has llegado hasta aquí, no desaproveches la oportunidad.

Anumita se ganó enseguida la confianza de Sarasvati, que agradeció enormemente poder contar con una cara amiga en un entorno inicialmente extraño para ella. Por supuesto, la enana tenía sus propias razones para comportarse de forma tan hospitalaria. Por un lado, gracias a la información que obtenía, podía dar rienda suelta a su faceta de alcahueta que tanta popularidad le granjeaba entre sus compañeras. Y, por otro, así cumplía con

su cometido de espía, de cuya labor tan solo rendía cuentas directamente al emperador.

—Desde luego, salta a la vista que eres muy hermosa —había afirmado Anumita—. Pero tiene que haber algo más para que Purumitra te haya escogido. Pronto te darás cuenta de lo exigente que es.

—A los hombres les gusta cómo bailo.

—Ah, en ese caso puedes considerarte afortunada. La danza es una de las artes favoritas de nuestro rey de reyes, el gran Kumaragupta.

La enana averiguó que Sarasvati era huérfana y que aproximadamente durante el último año había trabajado en el burdel de Madunisha, hasta el momento en que la reclutaron para el harén. No obstante, lo más interesante de todo fue darse cuenta de lo mucho que ocultaba. Anumita se propuso entonces descubrir qué había detrás de tanto secretismo. Le llevaría su tiempo, pero estaba segura de que antes o después lo conseguiría. Después de todo, aquella era su especialidad.

La actividad a la que Sarasvati tenía que dedicar más tiempo era la danza. La muchacha se pasaba las horas ensayando frente a un espejo de alabastro adherido a la pared, instruida por el propio Purumitra, que se mostraba tan duro como Anumita le había contado.

—¡El simple movimiento de una ceja o del dedo meñique tiene un significado! —Solía gritarle el eunuco para que olvidase su antigua mentalidad.

Sarasvati se vio obligada a aprender prácticamente de cero, ya que salvo algunos gestos puntuales que sus antiguas compañeras del burdel le habían enseñado, ella había bailado siempre de forma improvisada, ignorando el riguroso código por el que se regía la danza tradicional india. Las posturas que podían adoptarse con las diferentes partes del cuerpo eran tantas que Sarasvati creía que jamás sería capaz de dominar un abanico tan amplio de combinaciones. La extremidad que más posibilidades admitía era la mano, cuyos gestos, denominados *mudras*, eran capaces de reflejar multitud de imágenes, acciones y sentimientos. Solo las manos abarcaban cerca de cuarenta *mudras* distintos.

Para perfeccionar la técnica, Purumitra empleaba un sistema que denominaba «la danza de medio cuerpo», que consistía en que la bailarina solo podía mover un pie, una mano, un ojo, un costado de la nariz y la mitad de la boca, mientras el resto del cuerpo debía permanecer rígido como una piedra. Aquel ejercicio era extremadamente complicado, pero muy útil para

aprender a controlar las diversas partes de la anatomía con extraordinaria precisión.

Con todo, Purumitra insistía mucho en la idea de que, aún ciñéndose al rigor propio de la danza tradicional india, Sarasvati debía saber conservar la esencia que la había llevado hasta allí. De manera que, por muy exquisita que fuese su técnica, si su talento natural se perdía en el camino, de nada le habría servido todo aquel esfuerzo.

—Si en seis meses has mejorado lo suficiente —prometió el eunuco—, dejaré que bailes por primera vez ante el mismísimo emperador.

4

Una terrible desgracia sacudió la corte de los Gupta como consecuencia de la trágica e inesperada muerte de Rudrabhiravi.

El cuerpo de la princesa había aparecido flotando boca abajo en un estanque de los jardines de palacio que formaban parte del recinto del harén. Nadie había sido testigo de cómo había ocurrido, aunque todo apuntaba a un suicidio, porque no había el menor indicio de lo contrario. Todo el mundo sabía que Rudrabhiravi llevaba meses deprimida desde que el emperador arreglase su matrimonio con el soberano de los *pushyamitras*, junto al que tendría que trasladarse a vivir a su lejano reino situado en la India central. Además, el reciente encarcelamiento de Dattadevi no había hecho sino empeorar aún más la situación. Si finalmente ejecutaban a su madre, como todo apuntaba que sucedería, le habría resultado aún más difícil tener que marcharse sola.

Un grupo de *ganikas* habían sido las últimas personas en verla con vida. Todas habían confirmado que la joven paseaba sola, y ninguna había notado nada extraño en su comportamiento. Si la princesa hubiese dejado una nota de suicidio habría despejado cualquier sombra de duda acerca de un posible asesinato, pero en todo caso no había un solo dato que señalase en aquella dirección.

La muerte se había producido a tan solo una semana de la fecha indicada por el astrólogo para la celebración de la boda, lo cual reforzaba aún más la hipótesis del suicidio.

Todas las audiencias se cancelaron y la vida de palacio se paralizó de repente. Sin tiempo que perder, comenzaron a llevarse a cabo los preparativos para el funeral que tendría lugar al día siguiente, con toda la pompa que la

ocasión requería. Un desfile en el que participaría lo más granado de la corte atravesaría la capital para que toda la ciudadanía tuviese la oportunidad de despedirse de la hija del emperador.

Al amanecer, los barrenderos limpiaron y regaron las calles por las que pasaría el cortejo fúnebre. De las fachadas se colgaron piezas de lino y seda; y los tejados y azoteas se adornaron con pendones y estandartes. En diferentes trechos de la vía se colocaron montones de madera de sándalo y aloe, para que al quemarse impregnaran el aire con su aromático perfume. Los habitantes atestaban los balcones y terrazas casi desde primera hora de la mañana, ávidos por no perderse detalle de un acto de semejantes características.

El propio Madhuk se había encaramado a una azotea para contemplar el desfile del que todo el mundo hablaba. De todas formas, aquella mañana nadie se pararía a escuchar sus poemas en la plaza, de manera que tampoco tenía otra cosa mejor que hacer. Quizá el multitudinario funeral le inspirase una nueva composición poética que incorporar a su repertorio. Seguro que aquel tema despertaría entre su público un gran interés.

Al frente de la procesión se encontraba un conjunto de músicos de palacio, que hacían sonar las caracolas a modo de lamento y los tambores como una tétrica advertencia de que ni siquiera los miembros de la realeza escapaban a la implacable avidez de Yama, el dios de la muerte.

A continuación, el *purohita* encabezaba una distinguida delegación compuesta por una docena de sacerdotes brahmanes, los cuales entonaban ciertos himnos del Rigveda con el fin de favorecer el tránsito de la princesa de la presente vida a la siguiente. Abhimanyu iba repartiendo bendiciones entre la gente, pues el cargo que ocupaba hacía que muchos de ellos lo percibiesen como el hombre más santo del imperio.

El cadáver de Rudrabhiravi yacía sobre una majestuosa carroza tirada por caballos, que ardería por completo cuando llegasen a los campos de cremación. La princesa lucía igual de hermosa que si estuviese viva. Expertos en el aseo mortuario la habían maquillado, arreglado el pelo, cortado las uñas, untado aceite perfumado y puesto un vestido de seda nuevo. Un mar de guirnaldas rodeaba su cuerpo, expuesto a la vista de todos en lo alto del vehículo.

Justo detrás de la carroza funeraria avanzaba un elefante sobre el que se había montado una *howdah*^[31], en cuyo interior viajaban Kumaragupta, su hijo Skandagupta y la madre de este, Savitridevi. El paquidermo iba suntuosamente ataviado: un tapiz a cuadros le cubría el lomo y le caía por los

costados, una cinta dorada le adornaba la cabeza, coronada con una tiara de orfebrería, y unas anillas de metal precioso rodeaban sus enormes patas.

El emperador tenía que hacer un esfuerzo para evitar llorar delante de su pueblo debido al inmenso dolor que le producía el fallecimiento de su hija. También debía mantenerse firme, para poder así consolar a Skandagupta, que a sus escasos ocho años acababa de conocer el verdadero significado de la muerte, tras la repentina pérdida de su querida hermana. El heredero había vivido entre algodones hasta que la verdadera naturaleza del mundo lo había despertado de golpe a la cruda realidad.

—¿Seguro que está muerta? —inquirió Skandagupta contemplando el cuerpo de la princesa, que por su aspecto se diría que solo estaba durmiendo.

—Así es —afirmó Savitridevi acariciándole la mejilla.

El rostro del crío se contrajo conformando una mueca compungida, recordando con cariño los momentos en que su hermana le daba golosinas a escondidas de todo el mundo.

—Pero... padre —balbució—. Usted es el emperador, el rey de reyes, el señor supremo de la tierra de los hijos de Bharata... ¿No hay nada que pueda hacer para evitarlo?

—Lo siento —repuso Kumaragupta—. Determinados asuntos, como la muerte, conciernen tan solo a los dioses.

Además de afligido, Kumaragupta también se sentía furioso consigo mismo por no haber sido capaz de anticiparse a la drástica decisión de su hija, pese a ser perfectamente consciente del delicado momento anímico por el que atravesaba. Si hubiese estado más pendiente de ella, quizá aquella desgracia no habría ocurrido.

La comitiva funeraria proseguía lentamente su curso.

Al elefante lo seguían varios carros de guerra especialmente engalanados para la ocasión, destinados a nobles y cortesanos.

Bhanugupta iba en el primer carro, junto a los principales ministros que formaban parte del consejo. El *mahamantrin* no estaba demasiado afectado por la muerte de su sobrina y su mente no hacía otra cosa que divagar acerca de las consecuencias políticas que de aquella tragedia se derivarían. De cualquier manera, no realizaría ningún movimiento estratégico hasta que los funerales hubiesen concluido. Cidambara, el astrólogo, y Padmabandhu, el consejero budista, ambos ubicados en el mismo vehículo, parecían bastante más consternados que él.

Las concubinas se desplazaban a pie, con Purumitra a la cabeza, portando bandejas repletas de flores que arrojaban a su paso. La mayoría lloraba de

forma sincera debido a que habían conocido bien a la princesa, aunque también las había que lo hacían para no desentonar. Las lágrimas de Anumita eran, sin duda, las más genuinas. Después de todo, ella la había visto crecer desde su mismo nacimiento. Pese a su profunda tristeza, la enana no perdía detalle de cuanto acontecía a su alrededor, hasta el punto de que un hecho había llamado su atención, aunque para el resto hubiese pasado completamente desapercibido. Durante los preparativos para la comitiva, antes de partir, Anumita había notado cómo Sarasvati había tratado de ocultarse de la vista del *purohita* cuando este había pasado cerca del grupo de concubinas. Detrás de aquel extraño comportamiento debía de haber alguna explicación, que la *vamanika*, a su debido tiempo, ya se encargaría de descubrir.

Precisamente, Sarasvati se dio cuenta en ese instante, mientras avanzaba por el centro de la calzada junto al resto de sus compañeras, de que Madhuk observaba el desfile desde lo alto de una azotea. La muchacha, que ignoraba si él la había visto, se permitió el lujo de sonreír por un instante. Sin embargo, se abstuvo de hacerle ningún gesto para evitar llamar la atención. Aunque fuese fugazmente, por lo menos había vuelto a ver su hermano, al que a juzgar por su aspecto parecía que las cosas seguían yéndole bien.

Madhuk, por su parte, no advirtió la presencia de su hermana en la comitiva hasta el último momento. Sarasvati no solo llevaba una abundante capa de maquillaje e iba elegantemente vestida al estilo de las *ganikas* de palacio, sino que además se había producido en ella un gran cambio, pues había pasado de niña a mujer. Su hermana debía de estar a punto de cumplir los trece años, y en sus formas ya se adivinaba la belleza que un día llegaría a poseer. Madhuk se sintió orgulloso de ella, tras haber logrado llegar incluso más lejos que él.

Una pequeña representación del ejército, encabezada por Harshul, cerraba el cortejo fúnebre como muestra de solidaridad y respeto hacia el emperador. Asimismo, había guardias repartidos a lo largo de toda la comitiva, encargados de velar por la seguridad de los integrantes del desfile y de que este se desarrollase con total normalidad.

A la altura del cruce de mayor tránsito, las autoridades habían cortado la calle transversal para impedir aglomeraciones en dicha intersección. Por desgracia, Kumaresh se había quedado atascado con su carro en ese punto y no podría ponerse de nuevo en marcha hasta que el tráfico se hubiese restablecido. El chandala se había desplazado a Pataliputra como cada día, ignorando que los funerales de la princesa se celebrarían aquella misma

mañana. De haberlo sabido, no habría entrado en la ciudad hasta que la comitiva no hubiese finalizado su recorrido, y así habría evitado verse atrapado en aquella incómoda situación.

Kumaresh le había dado una palmada al buey y había situado el carromato junto a la pared, tratando de molestar con su presencia lo menos posible. Los ciudadanos que contemplaban pasar la comitiva a pie de calle habían dejado un hueco en torno al carro del sepulturero, para evitar así contaminarse de su impureza. Kumaresh había pegado la espalda contra la pared y también mantenía la cabeza gacha para eludir cualquier tipo de problema. A su lado se encontraba Rashmi, que ya comenzaba a iniciarse en el oficio.

—No te separes de la pared y tampoco mires a nadie a los ojos —le advirtió.

—Sí, padre.

Sobre el hombro de Rashmi correteaba el loro al que había estado criando y que nunca se separaba de su lado, ni siquiera para dormir. Lo alimentaba a base de semillas y agua, y ya le había enseñado a decir algunas palabras, con lo que había demostrado ser lo suficientemente responsable como para hacerse cargo de él. Rashmi le había cogido un gran cariño, como si su compañía supliese de algún modo la ausencia de su hermana, a la que aún recordaba desplomarse delante de sus ojos poco antes de morir.

Cuando la comitiva ya se aproximaba a la altura del carromato del chandala, Abhimanyu se llenó de indignación al darse cuenta de su inaceptable presencia allí. ¿Cómo se atrevía aquel desgraciado a dejarse ver tan cerca de las principales personalidades del imperio? ¿Acaso no tenía claro el lugar que debían ocupar los suyos en la jerarquía de la sociedad hindú? En circunstancias normales, el *purohita* habría conminado a los guardias a que lo amonestasen severamente, pero en el último momento prefirió dejarlo correr para no distraer la atención de lo único que importaba: homenajear a la princesa Rudrabhiravi el día de su despedida.

Con todo, un incidente fortuito iba a darle por completo la vuelta a la situación.

Cuando los músicos retomaron la marcha fúnebre y los tambores retumbaron a toda potencia, el loro de Rashmi se asustó tanto que saltó del hombro de su dueño e inició una atolondrada carrera sin dirección ni sentido. El joven pájaro, que tan solo podía volar a ras de suelo, se metió en el bosque de piernas de los asistentes al desfile, sorteando los obstáculos de la mejor manera que podía. Rashmi supo enseguida que si no corría inmediatamente

tras él jamás lo recuperaría, o si lo hacía se limitaría a recoger su cadáver del suelo como consecuencia de un pisotón inoportuno.

El niño no se lo pensó dos veces y salió disparado tras la mascota a la que tanto quería.

—¡Hijo! —exclamó Kumaresh—. ¡Vuelve aquí ahora mismo! ¡No puedes mezclarte con la multitud!

Rashmi no escuchó a su padre y se abrió paso entre el gentío a empujones y codazos, intentando por todos los medios no perder de vista a su objetivo. El loro, sin embargo, superó la primera barrera formada por el público y continuó revoloteando en dirección a la comitiva. De hecho, iba directo hacia donde se encontraba el *purohita*.

Kumaresh observaba la escena paralizado por el terror. Si ya de por sí Rashmi podía haberse metido en un buen lío por lo que llevaba hecho hasta ahora, todavía podía ser mucho peor si durante la persecución del dichoso pájaro tocaba accidentalmente al alto brahmán del reino, aunque solo fuese mediante un ligero roce. En tal caso, todo el peso de la ley sagrada recaería sobre él.

Abhimanyu giró la cabeza justo a tiempo de ver un pájaro pasarle entre las piernas, aleteando despavorido. Desconcertado, elevó la mirada y distinguió al niño chandala cuya presencia en las proximidades tanto lo había indignado, correr frenéticamente tras él. Pese a que Rashmi mantenía los ojos clavados en el loro, sus buenos reflejos le permitieron esquivar en el último instante al hombre de la larga barba que se había interpuesto en su camino. El crío lo sorteó con un quiebro y, acto seguido, logró atrapar a su presa, que durante los últimos metros había aminorado la velocidad.

Kumaresh suspiró aliviado. Aunque había estado muy cerca, definitivamente su hijo no había tocado al sacerdote brahmán. O al menos eso había creído.

—¡Prendedlo! —ordenó Abhimanyu a voz en grito, señalando aparatosamente al niño.

Los guardias inmovilizaron fácilmente a Rashmi, que de pronto sintió que una oleada de pánico le ascendía por el cuerpo. Kumaresh acudió a toda prisa y se arrojó al suelo a una prudente distancia del *purohita*, al que se dirigió con el máximo respeto.

—¡Por favor! —suplicó evitando mirarlo a los ojos—. ¡Deje que mi hijo se vaya! Admito que ha sido imprudente, pero al final ni siquiera lo ha tocado.

Abhimanyu se encendió aún más si cabía.

—¡Claro que sí! —replicó—. ¡Su sombra ha pasado por encima de mi cuerpo!

Kumaresh comprendió en ese momento que todo estaba perdido.

—¡Llévoslo de aquí! —añadió—. Ya me ocuparé de este asunto más adelante. —Y, dicho esto, reanudó de nuevo la marcha que durante unos minutos había permanecido detenida.

Kumaresh observó con impotencia como los guardias se llevaban a su hijo, que lloraba pidiendo auxilio como el niño que era. El sepulturero sabía muy bien lo que le esperaba. A Rashmi lo encarcelarían en una miserable mazmorra a la espera de un juicio cuya sentencia estaba dictada de antemano. Y eso si antes no sucumbía a las pésimas condiciones que tendría que soportar durante su estancia en prisión.

5

Kumaragupta y Padmabandhu se hallaban en los aposentos privados del primero, enfrascados en una conversación que fluctuaba entre lo espiritual y lo mundano. Se hallaban completamente solos, sin la presencia de sirvientes dedicados a abanicarlos ni tampoco a espantarles las moscas. La capacidad de influencia del consejero budista ya superaba con mucho la que ejercía el *purohita*, cuya labor de asesoramiento había quedado relegada a un segundo plano.

La muerte de Rudrabhiravi, de la cual ya se cumplía una semana, había afectado tanto al emperador que mientras durase su duelo había decidido mantenerse apartado de las reuniones del consejo.

—Tendría que haberlo visto venir —se lamentó Kumaragupta.

—No te tortures. Aunque todos sabíamos que la princesa estaba triste, a ninguno se nos ocurrió pensar que pudiese llegar tan lejos.

El emperador dejó caer los hombros en un gesto de derrota.

—No lo entiendo. En los últimos tiempos parecía incluso que finalmente había aceptado que ella también jugaba un papel destacado en el sostenimiento de la dinastía Gupta.

—Es cierto —repuso Padmabandhu—. Estaba madurando muy deprisa. Sin embargo, atravesaba una edad muy conflictiva. ¿Quién podría haberse imaginado lo que pasaba por su cabeza?

Además del dolor de la familia, el fallecimiento de Rudrabhiravi también había ocasionado importantes consecuencias de naturaleza política,

desfavorables para el imperio. Su plan para ganarse el favor de los *pushyamitras* se había frustrado por completo, y su soberano había vuelto a adoptar la misma postura desafiante del pasado año, negándose a pagar el tributo que como reino vasallo le correspondía. Dadas las circunstancias, el consejo de ministros había abordado el problema de la forma en que su hermano siempre había defendido. Bhanugupta había movilizado parte del ejército y lo había enviado a territorio de los sublevados, con el fin de establecer un campo atrincherado en las proximidades de la capital. El rey de los *pushyamitras* todavía tendría una oportunidad de evitar la guerra si, ante la visión de las tropas del imperio, recuperaba la sensatez y acataba de forma inmediata la rendición. No obstante, casi nadie apostaba por ello.

—Resulta de lo más irónico —confesó Kumaragupta—. El astrólogo me dijo que mi vida corría peligro, pero nada me advirtió acerca de la de Rudrabhiravi.

Padmabandhu enarcó las cejas con gran sorpresa.

—¿De qué hablas? —inquirió.

Salvo a sus espías de palacio, el emperador no le había confesado a nadie la predicción de Cidambara, al que le había pedido que lo mantuviese en secreto. Haberlo hecho público tan solo habría servido para generar en la corte un estado de paranoia insoportable para todos. Además, aquello le daba una cierta ventaja frente al potencial asesino, que desconocía que el emperador estaba sobre aviso acerca de sus intenciones. De cualquier manera, Kumaragupta había decidido ponerlo en conocimiento del budista, en cuyo criterio tanto confiaba.

—Pero, entonces... —terció Padmabandhu tras haberlo escuchado—, ¿la profecía no se habría cumplido ya cuando Dattadevi trató de envenenarte?

—Eso mismo pensé yo, pero Cidambara me hizo ver que estaba equivocado. La amenaza sigue viva.

Un breve silencio se desplomó sobre la estancia.

—Y, por cierto, ¿sabes ya lo que vas a hacer con ella?

Dattadevi llevaba un mes encerrada en una celda, sin más compañía que la del carcelero que la alimentaba y las esporádicas visitas que estaba autorizada a recibir.

—Antes estaba decidido a ordenar su ejecución. Por lo que hizo, el castigo se lo tiene más que merecido. No obstante, la muerte de Rudrabhiravi ha debido de suponerle un golpe muy duro. Madre e hija estaban muy unidas. Además, se enteró de lo ocurrido por boca del carcelero, ¿lo sabías?

—Solicitó permiso para asistir al funeral, ¿no es así?

—En efecto. Y yo se lo denegué.

—¿Crees entonces que ya ha tenido suficiente castigo?

—Es posible... —admitió el emperador.

El consejero budista se inclinó ligeramente hacia adelante y adoptó un tono de voz confidencial.

—De cualquier manera, has de aprender a perdonar —señaló—. Solo cuando comiences a perdonar a los demás, podrás perdonarte a ti mismo por esa parte de tu pasado que aún te atormenta en el presente.

Kumaragupta se abstrajo durante unos segundos.

—Puede que tengas razón —reconoció—, pero si finalmente libero a Dattadevi a pesar de lo que hizo, el pueblo creerá que soy un rey demasiado blando.

—O magnánimo, según como se mire —puntualizó Padmabandhu—. Si argumentas tus resoluciones, la gente comprenderá los motivos.

En ese momento, una tercera persona echó la cortina a un lado y cruzó el umbral de la puerta. Era Savitridevi, su segunda esposa.

—Mi señor, siento interrumpir...

—Yo ya me iba —se apresuró a decir el consejero budista, que abandonó la estancia a toda prisa haciendo gala de su sencillez.

Si la belleza de Dattadevi orbitaba en torno a su exuberancia y voluptuosidad, la de Savitridevi se fundamentaba en todo lo contrario. La segunda reina consorte era una mujer menuda, de cara aniñada y rasgos tan delicados como los de una flor. Todavía no había cumplido los treinta y su mirada transmitía una dulzura que hechizaba a los hombres, que caían bajo su influjo.

—No te quedes ahí —dijo el emperador—. Acércate y dime qué ocurre.

Savitridevi obedeció y, antes de hablar, se postró ante su esposo con la diligencia debida.

—Se trata de Skandagupta —desveló—. Desde hace unos días nuestro hijo ha dejado de ser el de siempre. Está triste y decaído. Y de nuevo está comiendo dulces en exceso, que él mismo roba de las cocinas.

Debido a la estricta educación a la que era sometido, al heredero le dejaban muy poco tiempo para divertirse. Además, salvo en contadas ocasiones, casi nunca le permitían jugar con otros niños. En tales circunstancias, la figura de su hermana, pese a la diferencia de edad, había constituido un pilar clave a lo largo de toda su vida.

—Supongo que es normal, ¿no? —adujo Kumaragupta—. La pérdida de Rudrabhiravi nos ha afectado a todos en mayor o menor medida.

—Sí, pero estoy preocupada. Solo te pido que pases más tiempo con él ahora que tanto lo necesita. Al menos hasta que vuelva a ser el de antes.

El emperador movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Sabes que mis obligaciones apenas me dejan tiempo, pero lo haré. Te lo prometo.

Una luminosa sonrisa acudió al rostro de Savitridevi, que besó a su esposo en los labios en señal de agradecimiento. Aunque el beso no encerraba el menor rastro de lujuria, el simple roce de sus labios despertó en Kumaragupta un deseo que había mantenido bajo llave desde hacía una semana, para de ese modo no ensuciar en modo alguno la memoria de su hija. Sin embargo, ya tocaba de nuevo celebrar la vida. El emperador tendió a la reina sobre un lecho de cojines y le estrujó sus pequeños senos, erguidos y turgentes, mientras sentía que se le inflamaba el sexo con su ardor habitual.

Escasos minutos después ambos alcanzaron el orgasmo de forma simultánea, tras haberse entregado al amor con la pasión de las primeras veces.

6

Bhanugupta y Harshul se hallaban en la principal sala de baños de palacio, tendidos bocabajo sobre sendas camillas cubiertas con un paño de seda, muy cerca el uno del otro. El *mahamantrin* y el *mahasenapati* acababan de salir de un ostentoso estanque artificial y, después de secarse, aguardaban la llegada de dos *ganikas* para recibir un masaje relajante que aliviase sus tensiones.

—Mi hermano aún se encuentra demasiado afectado por la muerte de Rudrabhiravi como para ocuparse debidamente de los problemas del imperio.

—Ya lo he notado —repuso Harshul—. Se ha ausentado de las últimas reuniones del consejo dejando en tus manos el control de la situación.

—Pero no será así para siempre.

Al cabo de un instante, accedieron a la sala las dos integrantes del harén que estaban esperando. Una de ellas era Sarasvati, que seguía a una compañera de mayor veteranía llamada Sakuntala, de boca grande y ojos almendrados. Las *ganikas* hicieron una reverencia y a continuación atravesaron la estancia de suelo de mármol, dotada de amplios ventanales labrados que arrojaban afilados haces de luz en polvo.

Sarasvati era presa de los nervios, pues al contrario que la danza, el masaje no se le daba excesivamente bien. Sakuntala había estado

enseñándole, pero más allá de practicar entre ellas, aquella era la primera vez que la muchacha debía prestar un servicio genuino. Por si no fuera suficiente, su compañera le había advertido que los miembros de la corte a los que atenderían eran dos de las personalidades más poderosas del imperio. Sarasvati tenía que hacerlo bien.

Sakuntala se situó junto a Bhanugupta y, con un gesto de cabeza, le indicó a Sarasvati que se ocupase de Harshul, que era, con diferencia, el más corpulento de los dos. La elección no era casual, el principio de artritis que padecía el hermano del emperador debido a su enfermedad congénita aconsejaba que lo tratase la masajista de mayor experiencia de las dos.

Sarasvati dejó que unas gotas de aceite le cayeran sobre las manos y, acto seguido, las posó en la espalda del *mahasenapati* para untarle el fragante ungüento en la piel.

—¡Tienes las manos frías! —protestó.

—Lo siento —murmuró Sarasvati con un hilo de voz, al tiempo que soportaba la reprobatoria mirada de Sakuntala. Tendría que haberse frotado las manos para evitar que tal cosa ocurriera.

Por suerte, no surgió ningún otro inconveniente durante los primeros compases del masaje, y ambos hombres se relajaron, recuperando el diálogo entre ellos. El *mahasenapati* acababa de regresar del centro de la India, donde parte del ejército permanecía apostado en tierras de los *pushyamitras*, firmes en su propósito de sitiar la capital.

—¿Cuál es tu diagnóstico acerca del conflicto? —inquirió Bhanugupta, cuyo bigote acabado en punta se hallaba enmarañado tras el baño—. Han pasado varias semanas y parece que la presencia de nuestras tropas no les ha afectado lo más mínimo.

—Salvo algunas escaramuzas y ciertas trifulcas de carácter puntual, nada ha cambiado. Nuestro principal objetivo sigue siendo atraer a los sitiados a campo abierto para librarles batalla en condiciones de igualdad.

—No surtirá efecto. El rey de los *pushyamitras* pretende dárseles de intrépido, pero en el fondo no es más que un cobarde. De lo contrario, ya se habría enfrentado a nuestras fuerzas.

—Eso es justo lo que queremos, que pase por un cobarde ante los ojos de su pueblo y de los reinos vecinos. Quizá la vergüenza le haga dar la cara.

Sarasvati se había calmado un poco, aunque no lo suficiente como para sentirse plenamente serena. Contaba con la ventaja de que le bastaba con imitar los diferentes movimientos que empleaba Sakuntala, de la que apenas la separaban unos escasos metros, para salir bien parada de la situación. No

obstante, si el miembro de la corte al que masajeaba no quedaba satisfecho y su queja llegaba a oídos de Purumitra, el eunuco se encargaría de tomar medidas para que tal cosa no volviese a suceder.

Sakuntala se centró a continuación en la zona lumbar de su cliente, y ella también hizo lo propio.

—De cualquier manera, deberíamos ponerle una fecha límite a dicha estrategia —adujo el *mahamantrin*.

—Y después qué... ¿Acaso sugieres que los asaltemos por las buenas? La ciudad se encuentra completamente fortificada.

—A pesar de todo venceríamos, ¿no?

—Sí —estimó Harshul—, pero a costa de un excesivo número de bajas.

En ese momento, el *mahasenapati* giró la cabeza hacia un lado y se dirigió a su masajista con un feroz rugido:

—¿Quieres hacer el favor de apretar con más fuerza?! ¡Apenas siento tus manos!

Sarasvati dio un respingo.

—Lo que pasa es que es nueva —aclaró Bhanugupta, que hablaba como si las *ganikas* no estuviesen allí o como si su presencia equivaliese a la de seres carentes de capacidad cognitiva.

El *mahasenapati* gruñó, pero volvió a apoyar la cabeza en su sitio. Sarasvati recuperó el aliento y enseguida tuvo en cuenta la indicación de Harshul. Luego intercambió una fugaz mirada con Sakuntala. Teniendo en cuenta su escasa experiencia, estaba haciéndolo lo mejor que podía.

—¿Y cuál es la última hora acerca de los hunos blancos?

—Ya les hemos hecho llegar más de una advertencia por vía diplomática —repuso Bhanugupta—. No obstante, sus respuestas suelen ser ambiguas, cuando no desafiantes en la mayoría de los casos.

—Khingila es un rey joven y ambicioso. Antes o después querrá expandir sus territorios conquistados, y nuestras amenazas no lo disuadirán de su propósito. Tenemos que proteger las fronteras y prepararnos para un posible ataque.

A lo largo de la frontera noroeste se extendían cientos y cientos de kilómetros de interminables cadenas montañosas que facilitaban su protección. Sin embargo, al ejército indio le resultaba humanamente imposible defender todos los pasos que se abrían de un extremo a otro. El peligro radicaba en que si las huestes enemigas cruzaban por cualquiera de ellos, se adentrarían inmediatamente en las llanuras, donde infligirían un daño terrible hasta que pudiesen contener la brecha.

—Al final vamos a tener que hacer frente a los dos conflictos al mismo tiempo —añadió el *mahasenapati*—, lo cual nos obliga a mantener el ejército partido en dos.

—Agradéceselo a mi hermano. Si nos hubiésemos ocupado de los *pushyamitras* a su debido tiempo, no nos veríamos ahora en esta situación.

Sarasvati observó que la piel del hombre al que masajeaba estaba llena de cicatrices, al contrario que la del de su compañera, que lucía tersa y lustrosa. Sin duda, uno era un hombre de guerra, mientras que el otro se había dedicado toda la vida a tareas más propias de gobierno y administración.

—¿Alguna idea acerca de cuándo piensan los hunos blancos lanzar su ofensiva?

—Imposible estar seguros —contestó Harshul—. Nos conformaríamos con saber qué pasos utilizarán para cruzar la frontera: los del norte o los del oeste. Mientras tanto, no nos queda más remedio que mantener nuestras fuerzas militares divididas para defender ambos flancos.

—Si hacemos las cosas bien, podríamos anticiparnos y esperarlos con el grueso de nuestro ejército para obligarlos a batirse en retirada.

—En eso estamos. Hemos desplegado pequeñas patrullas de reconocimiento en torno a la cordillera, con la misión de descubrir las posiciones del enemigo. Además, estamos convenciendo a las tribus de la zona para que nos informen de cualquier presencia extraña en las proximidades. A los indígenas locales no se les escapa nada de lo que sucede en sus tierras. Y, por supuesto, tenemos muy en cuenta las predicciones astrológicas de Cidambara, cuyo nivel de acierto es extraordinariamente alto.

En ese instante, Sakuntala terminó con la parte superior del tronco y se centró a continuación en las piernas. Sarasvati la imitó enseguida, con tan mala suerte que al coger el frasco de aceite para acercárselo, este se le escurrió entre los dedos. Antes de estrellarse, Sarasvati tuvo tiempo de imaginarse el tarro haciéndose añicos contra el mármol, como una especie de alegoría del calamitoso futuro que la aguardaba dentro del harén. No obstante, cuando ya todo parecía perdido, Harshul estiró el brazo y atrapó el frasco en el aire antes de que tocara el suelo. Pese a su edad, el *mahasenapati* aún conservaba buenos reflejos de su etapa como guerrero.

—Gracias —musitó Sarasvati.

Harshul no le dio la menor importancia y se limitó a retomar la conversación mientras proseguía disfrutando del masaje.

—Mañana regresaré a territorio *pushyamitra* y me pondré de nuevo al mando de las tropas.

—De acuerdo —dijo Bhanugupta—. Con la ayuda de Visnú aplastaremos a todos nuestros enemigos.

7

Aunque Madhuk no ganaba mucho como poeta callejero, al menos le daba para dormir bajo techo en una pensión de mala muerte, así como para alimentarse tres veces al día.

No todo el mundo lo recompensaba con monedas; los menos pudientes le pagaban en especie, en ropa o en comida. El muchacho lo agradecía igualmente, pues cualquier muestra de generosidad era bienvenida. En muy poco tiempo tuvo que escribir nuevos poemas, pues su público más fiel ya se conocía su repertorio casi de carrerilla. Fue entonces cuando compuso una oda en memoria de la princesa Rudrabhiravi, que rápidamente se convirtió en la composición favorita de la gran mayoría.

Madhuk coincidía a veces con el poeta en el que se había inspirado para llevar a cabo aquel tipo de vida. Normalmente trataba de evitarlo, pero de vez en cuando actuaban en la misma plaza, de manera que, sin pretenderlo, competían por la misma audiencia. No obstante, cuando aquello ocurría, se notaba que Madhuk era capaz de arremolinar a su alrededor a un público más numeroso. Para su sorpresa, los aficionados a la poesía parecían preferirlo a él.

Un día, el otro poeta se mezcló entre sus espectadores y se quedó allí hasta el final de su actuación. Acto seguido, lo abordó esgrimiendo una confiada sonrisa.

—Confieso que tu lírica no se parece a nada que haya escuchado antes —explicó—. Y el acompañamiento que haces de ella con la *vina* la mejora más todavía. Así no me extraña que, pese a tu insultante juventud, atraigas a más público que yo. Por cierto, me llamo Navashen.

Madhuk lo radiografió con la mirada. Físicamente poco agraciado, Navashen debía de rondar los veinticinco años, aunque aparentaba unos cuantos más. Tenía la nariz grande y las orejas despegadas, aunque esto último lo disimulaba gracias al uso de un grueso turbante. Sobre el pecho le caía un cordón sagrado que lucía con orgullo y que lo identificaba como integrante de la casta brahmán.

—Gracias por tus palabras. Yo soy Madhuk.

—Y, dime... ¿Esas composiciones que recitas son originales tuyas o pertenecen a algún ilustre poeta del que yo no tenga conocimiento?

—Yo las escribí.

—Es admirable.

Ambos poetas echaron a caminar sin rumbo fijo por las calles de Pataliputra, al tiempo que se enfrascaban en una larga conversación.

Navashen le contó que siempre había deseado ser poeta y que tan pronto como finalizó sus estudios comenzó a vagar de un sitio a otro, a lo largo y ancho del imperio, ofreciendo su arte en plazas y aceras, e incluso en las cortes principescas de los reinos más pequeños, donde a veces lo habían admitido. Navashen soñaba con cautivar con sus versos a un rey importante que patrocinase su arte y lo convidase a una vida de placeres en palacio.

Madhuk también le habló de sí mismo, aunque evitando entrar en detalles y limitándose a desvelar lo mínimo imprescindible. Al menos, a Navashen no pareció molestarle que Madhuk perteneciese a su casta como consecuencia de una adopción, en lugar de haber sido un brahmán de origen.

Pasaron una tarde agradable y, antes de despedirse el uno del otro, Navashen le propuso a Madhuk una colaboración profesional que no se esperaba.

—¿Te gustaría que actuásemos juntos? Si combinásemos nuestras habilidades atraeríamos a una gran cantidad de público, lo que a su vez provocaría la curiosidad de más gente. Con un poco de suerte, quizá logremos quitarles a los encantadores de serpientes y adivinos parte de su audiencia.

A priori, Madhuk no habría sido partidario de una alianza de ese tipo. Sin embargo, el carácter tolerante del poeta, así como su aparente modestia, lo llevaron a cambiar de opinión.

—De acuerdo —concedió—. Estoy dispuesto a intentarlo.

La unión funcionó del modo en que Navashen había previsto. Su número de espectadores aumentó y la presencia de ambos en la plaza causaba más revuelo que antes. Obviamente, las ganancias se dividían entre los dos, pero ahora obtenían más que cuando actuaban por separado.

Aunque al principio se dedicaron a recitar los poemas que ya formaban parte de su repertorio, enseguida compusieron nuevas piezas a cuatro manos, en las que se establecía una especie de diálogo donde cada uno adoptaba el papel de un personaje, de lo que resultaba una especie de espectáculo a medio camino entre el teatro y la lírica. La fórmula probó ser lo suficientemente exitosa como para apostar por aquella línea de trabajo a corto plazo, al menos mientras siguiesen contando con los aplausos del público.

Si a nivel profesional la alianza estaba dando buenos resultados, a nivel personal podía decirse exactamente lo mismo. Ambos se hicieron grandes amigos y se pasaban el día juntos desde que se encontraban por la mañana hasta que se despedían al anochecer. Navashen era un devoto shivaísta que acudía al templo a diario y que siempre le dejaba una propina al sacerdote de turno para que la imagen de su dios se mantuviese pulcra y atendida. Por otra parte, era un romántico empedernido, aunque debido a su escaso atractivo físico gozaba de muy poco éxito entre las féminas, que además preferían candidatos consolidados en el *artha*^[32], condición que en sus circunstancias él no podía ofrecerles. Por las noches, Navashen solía frecuentar tabernas de mala muerte y cuando lograba reunir algo de dinero, se lo gastaba en una prostituta.

Sin duda, Navashen tenía sus virtudes y también sus defectos. En todo caso, Madhuk le había tomado un gran afecto, pues era el primer amigo verdadero que había tenido desde su llegada a la capital del Imperio gupta. Los alumnos de Bindusar con los que había compartido estudios jamás lo habían aceptado como uno de los suyos, y sus numerosos viajes de peregrinación los había llevado a cabo siempre en solitario. Para variar, estaba bien compartir momentos con alguien al que poder llamar amigo.

A Navashen también le agradaba la compañía de Madhuk, aunque había detectado en el muchacho un patrón de conducta que le parecía algo sospechoso. Por casualidad, un día lo vio departir con un individuo obeso y de barba rizada, por cuyo aspecto podía tratarse de un comerciante extranjero. La cuestión es que pronto averiguó que aquellos encuentros secretos se repetían cada cierto tiempo, sin que Madhuk hiciese acerca de ellos el menor comentario.

Intrigado, Navashen decidió una tarde confrontarlo con los hechos.

—¿Quién es el tipo ese con el que te reúnes de vez en cuando? Y no te hagas el despistado. Me refiero al gordo ese de la barba retorcida.

Aunque el rostro se le demudó, Madhuk logró improvisar en el último momento una respuesta medianamente satisfactoria.

—Es un perverso al que no puedo quitarme de encima —explicó—. Dice que se ha enamorado de mí e insiste en ofrecerme dinero a cambio de que me acueste con él. Espero que no siga importunándome o acabaré por denunciarlo a las autoridades.

Fue en esa época cuando Navashen le habló por vez primera del torneo lírico que se celebraba cada año en la ciudad, motivo principal por el que él se encontraba allí.

—¿Una competición lírica? —inquirió Madhuk.

—Así es —afirmó el poeta—. Auténticas justas literarias, por así decirlo. Un grupo de poetas consagrados organiza el evento y asume también el papel de jurado. El ganador recibe una generosa recompensa económica y un título honorífico de enorme prestigio.

—¿Y tú has participado alguna vez?

—Desde luego. Tres veces. Aunque nunca he ganado. La competencia es muy dura. A la cita acuden jóvenes aspirantes de todo el país. —Navashen lo señaló con el dedo—. ¡Tienes que apuntarte!

Madhuk, sin embargo, se mostraba dubitativo.

—Ni siquiera sé en qué consiste.

—La mecánica es sencilla. Por un lado, los jueces pondrán a prueba tu habilidad con las palabras, para lo cual te plantearán diferentes desafíos, como encontrarle a una frase su doble sentido o buscar la rima apropiada. Pero la parte más importante es la de los duelos.

—¿Duelos? ¿Qué quieres decir?

—En un duelo dos contendientes se desafían entre sí. Uno le propone una palabra al otro, en torno a la cual tiene que improvisar un breve poema, y viceversa. Los jueces valorarán el resultado y determinarán el ganador. El que pierde, cae eliminado. —Navashen frunció el ceño en señal de concentración—. Vamos, hagamos una prueba. Sugiere una palabra.

—¿La que quiera?

—Tienes total libertad.

—«Lluvia» —dijo.

Navashen solo precisó de unos instantes para ofrecer su respuesta.

*La lluvia brota del cielo.
Un sentimiento desde el fondo
del corazón. Si quisiera empaparte
el alma. ¿Cuán alto habría de subir
para demostrarte mi amor?*

Madhuk reconoció el ingenio de su amigo, que había llevado el poema a su terreno favorito: el romanticismo.

—Ahora te toca a ti superar la prueba. Y has de ser rápido; si te tomas demasiado tiempo para pensar, te descalificarán. Esta es la palabra: «bondad». Las palabras le fluyeron de forma natural.

*La bondad no se ve ni tampoco se toca,
no se vende ni se compra,
pero se esconde en el interior
de todas las personas.*

—No está mal. Aunque ante un rival experimentado perderías casi seguro. Madhuk sabía que podía hacerlo mejor. Con todo, se sorprendió a sí mismo ante su propia capacidad de improvisación.

—Me gustaría intentarlo otra vez —pidió.

—Vale, ahora prueba con la palabra «aroma».

Se produjo una breve pausa de tres o cuatro segundos, y a continuación recitó:

*La esencia de un templo sagrado,
un recuerdo de la infancia,
un amor del pasado.
El aroma adopta tantas formas
como caras tiene el ser humano.*

—¡Bravo! —lo vitoreó Navashen—. Mucho mejor.

—Solo una vez más, por favor. —Madhuk encontraba el reto tan estimulante como divertido.

—De acuerdo. Aunque ahora voy a complicarte algo más las cosas —advirtió Navashen—. A ver qué eres capaz de sacar a partir de esta palabra: «*antiesti*».

El rostro de Madhuk se transformó de repente. Su sonrisa se desvaneció para dar paso a una expresión cargada de tristeza. La palabra *antiesti*, que hacía referencia al conjunto de ritos mortuorios que el hijo realizaba durante el funeral de su padre, le recordó que no había sido capaz de cumplir la última voluntad de Bindusar, del que tampoco había podido despedirse como era debido.

—No sé lo que te ha pasado —terció Navashen—. Pero has dejado pasar demasiado tiempo sin decir nada.

Madhuk le explicó entonces el motivo de su bloqueo y la increíble angustia que había sentido.

—Lo comprendo... No obstante, no puedes permitir que algo así te ocurra durante el torneo, o de lo contrario habrás perdido el duelo.

Ambos se inscribieron en la competición y durante la semana previa a ella estuvieron preparándose a conciencia, poniéndose a prueba el uno al otro de forma constante. Madhuk no creía que pudiese ganar, aunque no podía ignorar que el premio económico le habría venido extraordinariamente bien. No obstante, sí que le interesaba vivir la experiencia, para quizá el año próximo presentarse con un bagaje del que ahora carecía. Para Navashen, en cambio, después de tres años consecutivos en los cuales se había quedado a las puertas, obtener la victoria se había convertido en una obsesión.

La competición tendría lugar en el templo de Visnú, en el edificio anexo que acogía la sala a la que Sarasvati tantas veces había acudido para ver actuar a su amado Gauresh. Los candidatos aguardaban entre bastidores a la espera de su turno. Había como un centenar. Y, a sus quince años recién cumplidos, Madhuk era el más joven de todos ellos. Durante la primera parte del torneo, cada uno de los candidatos salía al escenario, donde primero recitaba una composición de su propia autoría y luego se sometía a las pruebas de los jueces. Esta ronda servía para hacer una gran criba, tras la cual solo se clasificaban los veinte mejores. La fase final se dirimía por el procedimiento de los duelos que Navashen ya le había explicado.

Instantes antes de que diese comienzo el certamen, Navashen y Madhuk se abrazaron de corazón.

—Suerte, amigo —dijo el primero.

—Para ti también.

Los jóvenes poetas fueron pasando por el escenario hasta que por fin llamaron a Madhuk, que no pudo evitar sentirse ligeramente intimidado cuando vio la sala abarrotada por completo. No obstante, enseguida pudo controlar los nervios, pues si bien él nunca había actuado ante una audiencia tan numerosa como aquella, era evidente que ya contaba con bastante experiencia a la hora de manejarse en público. Al pie del escenario, en primera fila, se hallaban los tres jueces que examinaban a los candidatos. Lo que muy pocos sabían era que, mezclado entre el público, se encontraba Kalidasa, primer poeta de la corte y protegido de Kumaragupta que, pese a

haber declinado formar parte del jurado, no había querido perderse el torneo a nivel particular.

—Adelante, muchacho —dijo uno de los jueces—. Recita en voz alta el mejor poema que hayas escrito.

Madhuk tenía varios donde elegir, pero había uno en particular que Bindusar había elogiado siempre por encima del resto. Y qué mejor criterio que el de su querido padre adoptivo, al que todos habían considerado en vida como un gran experto en la materia. Si luego le pedían otro, echaría mano de la oda a la princesa Rudrabhiravi, que solía proporcionarle el unánime aplauso de sus oyentes.

*Cuando el sol se despereza y aúlla,
la vida estalla en el corazón del bosque,
donde flora y fauna mezclan texturas y
colores, hasta que todo se marchita
con el inevitable regreso de la noche.*

Este era tan solo el primer párrafo de una extensa composición dedicada a la naturaleza —los pájaros, los animales salvajes, las plantas y las flores, el clima y las estaciones—, descrita con mimo y detalle, que insinuaba la fragilidad del ser humano ante la grandiosidad de la Creación, en cada uno de sus versos.

Cuando terminó, el semblante del jurado no se alteró un ápice. Sin embargo, por la atronadora ovación del público supo lo mucho que a todos les había entusiasmado. Después se enfrentó a las pruebas de los jueces, que superó sin la menor dificultad. Madhuk se clasificó para la fase final, y según los entendidos lo hizo además como uno de los favoritos para ganar la competición.

La audición de Navashen fue una de las últimas en tener lugar. El joven se lució con un poema de amor rebotante de pasión y una elevada dosis de erotismo, que aceleró el pulso de todos los presentes. Por descontado, lo seleccionaron para competir en el tramo decisivo del torneo.

Los cruces entre los candidatos se echaban a suertes.

—¿Y si nos toca enfrentarnos? —A Madhuk no le gustaba la idea de antagonizar con su amigo.

—No creo que tengamos tan mala fortuna —replicó Navashen.

Los jueces llevaron a cabo el sorteo, y el cuadro con los cruces quedó expuesto a la vista de todos. Madhuk respiró aliviado. No se enfrentaría a

Navashen hasta una hipotética final, que difícilmente se produciría teniendo en cuenta el alto nivel de los participantes. Seguramente, antes caería eliminado uno de los dos.

Sin tiempo que perder se dio paso a los duelos, que se desarrollaron del modo previsto. Los candidatos se desafiaban con palabras, a partir de las cuales cada uno de ellos debía improvisar el mejor poema posible. Los jueces valoraban especialmente la adecuada integración del vocablo en la composición, y a continuación tenían en cuenta otro tipo de factores, como la métrica, la rima o la belleza interna del poema. Los poetas sugerían todo tipo de palabras para desconcertar al adversario: «libertad», «nube», «*artha*», «cacería», «aflicción»... Pero nada era seguro. Las que parecían más complicadas podían constituir el germen de la lírica más hermosa, y todo lo contrario. Algunos concebían sobre la marcha versos extraordinarios, mientras que otros se quedaban en blanco y ni siquiera llegaban a abrir la boca. En realidad, todo dependía de la habilidad del candidato.

Tanto Madhuk como Navashen fueron pasando sus respectivas eliminatorias, hasta que ocurrió lo impensable: ambos lograron plantarse en la final.

El duelo por la victoria se presentaba apasionante. Cada uno de ellos había demostrado poseer un estilo propio y diferenciado. Con bastante probabilidad, vencería aquel que fuese capaz de mantener la cabeza fría en el momento de mayor tensión.

—Me duele tener que enfrentarme a ti —dijo Madhuk—. Sé lo mucho que para ti significa este torneo.

—Démosle al público lo mejor de nosotros mismos y dejemos que los jueces decidan —repuso Navashen con una sonrisa—. Si he de perder, al menos será un consuelo hacerlo frente a ti.

Había llegado la hora de la verdad. Los finalistas se hallaban sobre el escenario, conteniendo la respiración. La audiencia, que guardaba un silencio sepulcral, estaba ansiosa por ver proclamarse a un vencedor tras disfrutar de una magnífica velada de poesía.

El juez principal dio las correspondientes instrucciones. Navashen sería el primero en responder al desafío de su rival.

Madhuk ya había pensado en una palabra. Se trataba de un término bastante neutral, aunque usado con ingenio podía sacársele mucho partido. Sin duda, podía habérselo puesto más difícil, pero al tratarse de su amigo se sintió incapaz de hacerlo.

—«Fuente» —dijo con voz alta y clara.

Transcurrieron cuatro o cinco segundos que se hicieron eternos, hasta que Navashen brindó por fin su réplica.

*Eres como el fuego que todo lo devora,
fuente inagotable de besos, caricias, y
un deseo irrefrenable que me condena
a venerarte como si fueses una diosa
ante la que postrarme a todas horas.*

Navashen había sabido llevarse la palabra a su terreno, y el resultado había superado todas las expectativas. Madhuk iba a tenerlo muy difícil para hacerlo mejor. Entre el público se había levantado un murmullo como consecuencia de la emoción. Muchos de los presentes apostaban por uno u otro de los dos, de igual manera que se hacía con las peleas de gallos.

Navashen clavó los ojos en Madhuk antes de pronunciar la palabra que utilizaría para desafiarlo.

—«*Antiesti*» —articuló, apartando la mirada de inmediato.

El efecto que el vocablo en cuestión produjo en Madhuk fue devastador. Se quedó petrificado. Sin habla. Navashen, al que había creído un amigo leal, no había tenido escrúpulos en aprovecharse de la confianza que los unía para atacarlo por su flanco más débil. El problema ya no era que aquella palabra le recordase a Bindusar y todo lo que había rodeado su muerte, sino la terrible sensación de haber visto traicionada su amistad, que Navashen no había dudado en sacrificar con tal de asegurarse a toda costa ganar el dichoso torneo.

La voz del juez principal devolvió a Madhuk a la realidad, tras haberse extraviado en un torbellino de pensamientos que no lo condujeron a ningún sitio.

—Lo siento, pero has dejado pasar demasiado tiempo sin ofrecer una respuesta.

El jurado oficializó la victoria de Navashen, que elevó los brazos en señal de triunfo. El joven poeta por fin tenía lo que tanto había perseguido: el dinero del cuantioso premio y el título honorífico que le abriría todas aquellas puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas para él. Parte de los asistentes irrumpieron en el escenario y rodearon al campeón, que comenzó a recibir todo tipo de halagos y muestras de respeto. Navashen gozaba del momento como si hubiese conquistado todo un imperio.

Madhuk se escabulló como pudo del tremendo barullo que se había formado sobre el escenario y se ocultó entre bastidores para obtener cierta paz. La derrota no le importaba, como tampoco aquel maldito torneo del que hacía tan solo una semana ni siquiera había oído hablar. La traición de Navashen, en cambio, le había desgarrado el alma por la mitad.

Al cabo de un minuto, un individuo alto y de rostro afilado apareció justo a su espalda. El hombre tosió para llamar su atención.

—Enhorabuena —declaró—. He seguido la competición desde el principio.

—Gracias. —Madhuk pensó que lo felicitaba porque, después de todo, haber quedado segundo también tenía su mérito.

—Me llamo Kalidasa. ¿Sabes quién soy?

Al principio, aquel nombre no le dijo nada, pero entonces recordó que Navashen lo había mencionado en más de una ocasión. A Kalidasa se le consideraba el mejor poeta y dramaturgo de todo el país.

—Lo conozco —repuso.

—Pues bien —prosiguió—. Estoy aquí porque quiero tomarte como alumno. Y, aunque nunca antes había tenido un pupilo a mi cargo, contigo quiero hacer una excepción.

Madhuk parecía confundido. Aquella propuesta, además de un honor, constituía una oportunidad de las que solamente se presentaban una vez en la vida.

—Pero... yo he perdido. Ya lo ha visto. El ganador es Navashen.

—Lo sé. Sin embargo, tu talento es mucho mayor.

Kalidasa estaba impresionado. Los poetas indios, incluido él mismo, cuando trataban la naturaleza le otorgaban siempre una posición subordinada al hombre, y sus distintos elementos —el sol, los árboles o los animales— se empleaban para enmarcar las emociones humanas o se personificaban para que actuaran como contrapunto de los protagonistas del poema. Madhuk, sin embargo, describía la naturaleza por sí misma y era capaz de convertirla en el centro de la composición. Aquel enfoque resultaba completamente innovador y podía constituir una valiosa aportación a la lírica hindú. Además, debido a la juventud del muchacho, Kalidasa estaba convencido de que aún tenía por delante un amplio margen de mejora.

—¿Qué dices entonces? ¿Aceptas?

—Sí... —replicó Madhuk todavía sin poder creerlo.

—Me alegro. Acompáñame.

—¿Adónde iremos? —inquirió.

—Al palacio del emperador, por supuesto —contestó Kalidasa—. Será allí donde vivirás a partir de ahora.

CAPÍTULO OCTAVO



«Mientras observamos la corriente de un río, siempre discurren aguas recientes que se pierden en la lejanía, pero las personas necias, ensimismadas en un punto concreto del río, declaran erróneamente: “Esta es el agua del río”. De modo similar, aunque el cuerpo material del ser humano no cesa de cambiar y transformarse, aquellos que malgastan su existencia creen equivocadamente que cada una de las etapas por las que pasa el cuerpo configura la verdadera identidad de las personas».

Srimad-Bhagavatam 11.22.45.

La amenazadora última visita de Shakraditya al poblado aborigen había provocado entre los indígenas una enorme preocupación.

Afortunadamente, Kalu se había recuperado de las quemaduras que el representante del Imperio gupta le había infligido, si bien el crío luciría de por vida aquellas tres marcas que le había grabado con la daga a la altura del costado derecho.

Dhanu se había reunido con el consejo de ancianos para discutir el problema. Por descontado, nadie quería ceder ante el chantaje de Shakraditya. No obstante, ahora ya todos sabían hasta dónde sería capaz de llegar para obtener lo que quería.

Aceptar someterse al mando del general extranjero no solo implicaría renunciar a la independencia de la que siempre habían gozado como pueblo, sino que además los involucraría en un conflicto bélico con el que nada tenían que ver. Por otra parte, asumirían un riesgo para el que no estaban preparados, pues tan pronto como se aliasen con las tropas del Imperio gupta se convertirían de inmediato en enemigos del otro bando en cuestión —los llamados rebeldes *sakas*—. ¿Y quién los defendería entonces si eran atacados? Desde luego, no esperaban que Shakraditya fuese a protegerlos.

Por el contrario, si no accedían a las pretensiones del general Gupta, podían estar seguros de que sufrirían represalias. Pero... ¿de verdad llegaría tan lejos si recibía una nueva negativa? ¿Qué ganaría con eso? El consejo de ancianos creía que si ellos se mantenían firmes en su postura, Shakraditya acabaría entendiendo que nada de lo que hiciese les haría cambiar de opinión.

Aquel debate no solo tuvo lugar en la aldea de Dhanu, sino que se extendió por toda la región. De hecho, si una mayoría de los poblados resolvía colaborar con las tropas del Imperio gupta, el resto estaría obligado a aceptar dicha decisión. Sin embargo, absolutamente nadie se mostró a favor. Todos coincidieron en no mezclarse en los asuntos de los extranjeros, que tendrían que resolver sus diferencias por su cuenta.

Con la decisión tomada, la presión recaía ahora sobre Dhanu, cuya aldea Shakraditya había elegido como la representante de toda su etnia tribal.

Dadas las circunstancias, ¿cómo tendrían que afrontar su siguiente visita? ¿Deberían enviar a mujeres y niños a otros poblados cercanos hasta que hubiese pasado el peligro, o por el contrario aquella medida enfurecería aún más al ambicioso general? Prepararse para una posible confrontación era otra posibilidad que se había puesto encima de la mesa. No obstante, aunque

contasen con buenos cazadores entre sus hombres, ellos carecían de una verdadera tradición guerrera. En cambio, los soldados del Imperio gupta poseían armas muy superiores y habían sido entrenados para el combate al más alto nivel. El enfrentamiento bélico no era una opción.

Al final resolvieron no hacer nada extraordinario. Se comportarían del modo en que siempre lo habían hecho, aunque con más solemnidad de la habitual. Mostrarían el debido respeto a los extranjeros, al tiempo que procurarían hacerles entender los motivos de su decisión.

Dhanu sospechaba que podían tener más problemas de los que el consejo de ancianos había previsto. Shakraditya jamás aceptaba un no por respuesta y ya había dado claras muestras de lo que el respeto significaba para él. Con todo, lo haría lo mejor que pudiera e intentaría por todos los medios que nadie saliese herido, ante la imprevisible reacción del general extranjero.

* * *

Cuando los vigías alertaron del regreso de Shakraditya, todo el poblado se preparó para la ocasión. Recogieron a toda prisa el ganado, limpiaron los espacios comunes de basura y hojas secas, y transportaron varios cántaros de licor a las puertas de la aldea, con los que pensaban obsequiar a los extranjeros.

Las familias se agruparon y se situaron en el porche delantero de sus chozas. Los ancianos que formaban parte del consejo, en cambio, se apostaron en la plaza y se sentaron en el suelo, en torno al sagrado cúmulo de piedras que representaba su divinidad. Dhanu, por su parte, se plantó en la entrada para recibir a Shakraditya.

En el umbral de su casa, Chakori acariciaba el pelo de sus dos hijos, esperando que su marido saliese con bien de todo aquello. Libni se abrazaba a una de sus piernas y Kalu lo hacía a la otra.

—¿Me harán daño de nuevo? —inquirió el crío, con un más que evidente temor en la voz.

—Ni hablar —intervino el abuelo—. No dejaremos que eso vuelva a ocurrir.

Chakori cruzó una fugaz mirada con su padre, deseando que estuviese en lo cierto.

En la choza de enfrente, la madre de los mellizos Bair y Baru también los atraía hacia sí en actitud protectora. Y lo mismo hacía la de Lohith «el Tuerto», cuya casa se hallaba en el extremo más alejado de la aldea.

Cuando Shakraditya entró en el poblado, no supo cómo interpretar aquel solemne recibimiento. Dhanu le dio la bienvenida y lo primero que hizo fue hacerle entrega del licor que las mujeres de la aldea habían preparado. Allí había suficiente alcohol como para emborrachar varias veces a la patrulla que había llevado con él.

—¿Acaso vamos a celebrar una fiesta para sellar nuestro acuerdo?

—Este obsequio supone tan solo una muestra de respeto —aclaró Dhanu.

—¿Qué quieres decir?

El jefe del poblado señaló a la media docena de ancianos que se hallaba en la plaza.

—El consejo ha meditado tu propuesta, pero la ha rechazado. Y lo mismo ha sucedido con el resto de las aldeas. Ha sido una decisión difícil, pero estamos convencidos de que nuestro pueblo debe mantenerse al margen de vuestros conflictos. Cualquier otra cosa significaría ir en contra nuestros principios y sentar un precedente muy peligroso. Esperamos que lo comprendas.

El rostro del general no se alteró un ápice.

—Sois vosotros los que tenéis que comprender —repuso—. Lo que os hice no fue una petición, sino una exigencia. No tenéis elección.

A continuación, Shakraditya desenvainó su espada a gran velocidad, y de un solo tajo, decapitó a uno de los ancianos del consejo.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Después, las mujeres gritaron horrorizadas y los niños rompieron a llorar. Un par de indígenas, de forma instintiva, se abalanzaron sobre Shakraditya por lo que acababa de hacer. No obstante, apenas alcanzaron a dar un solo paso, pues enseguida fueron abatidos a flechazos por varios arqueros que le cubrían las espaldas.

Antes de que se produjesen más muertes innecesarias, Dhanu hizo un llamamiento a la calma, que poco a poco fue surtiendo efecto.

—¿Ves? Por eso me gustas —terció el general Gupta—. Eres un verdadero líder y tu gente te hace caso. ¿Por qué no tomas la decisión correcta para que nadie más sufra ningún daño?

—Ya te lo he dicho. Yo no tengo autoridad.

Shakraditya perdió definitivamente la paciencia y agarró a Dhanu por el cuello.

—Escúchame bien, salvaje. Vosotros no entendéis lo que está en juego porque sois como animales que vivís sin ningún tipo de preocupación. Sin embargo, yo tengo que responder ante el hombre más poderoso del mundo. ¿Entiendes?

El general Gupta soltó a Dhanu cuando este ya comenzaba a asfixiarse, y a continuación llamó a su segundo oficial. Punyavan recibió al oído una serie de instrucciones que, pese a no resultar de su agrado, procedió a cumplir sin rechistar. Él y otro soldado se situaron en el centro de la plaza y allí aniquilaron a golpe de espada al resto de los ancianos congregados, que ni siquiera tuvieron la oportunidad de defenderse.

—El consejo de ancianos ya no existe, Dhanu —espetó Shakraditya, desde cuyo punto de vista los indígenas eran similares a los chandalas, pues ambos grupos de población se hallaban fuera del sistema de castas y por lo tanto sus vidas no tenían ningún valor—. Tuya es ahora la autoridad.

Entonces el caos se apoderó del lugar.

Tras la matanza de sus ancianos, los indígenas se dejaron llevar por la ira y corrieron a pertrecharse de las armas que tenían —arcos de caza y hachas de piedra en su mayoría—, para enfrentarse a las sanguinarias tropas del Imperio gupta. Las mujeres, a su vez, cogieron a los niños y, con el fin de ponerlos a salvo, los arrastraron al interior de sus viviendas.

El propio Dhanu se dirigió a su choza, donde guardaba una lanza corta que le serviría para defenderse. Su mujer, aterrorizada, abrazaba a Kalu y a Libni como si fuesen partes de su propio ser.

—A vosotros no os harán nada —le dijo a Chakori para tranquilizarla—. Cuida de ellos por mí... —añadió, siendo perfectamente consciente de que sus últimas palabras sonaban a despedida.

En cuanto salió al exterior para unirse al combate, enseguida se dio cuenta de que todo estaba perdido. Aunque ellos eran superiores en número, la lucha no podía ser más desigual, como si un rebaño de ovejas pretendiese hacer frente a una manada de lobos. Los soldados extranjeros los estaban aplastando sin apenas encontrar oposición. Con todo, aquello no fue lo peor. En vista de la situación, algunas mujeres habían decidido emprender la huida con sus hijos a cuestas, tratando de escapar del horror. Los extranjeros, sin embargo, tras haber cerrado las puertas del poblado para impedirlo, ya no hacían distinción y mataban por igual a cualquiera que tratase de huir, incluyendo mujeres y niños. Aquello se había convertido en una auténtica carnicería.

El propósito de Shakraditya ya no ofrecía lugar a dudas: no dejaría ni una sola alma con vida, para de ese modo enviar un rotundo mensaje a las aldeas vecinas de que más les valdría avenirse a sus deseos.

Dhanu se dispuso a unirse al combate que ya sabía perdido de antemano, cuando de repente se topó frente a frente con el propio Shakraditya. El general le dedicó una diabólica sonrisa y arremetió contra él obligándolo a

retroceder hasta el interior de su casa. Allí, Chakori continuaba postrada en un rincón, abrazada con fuerza a sus dos hijos.

La visión de su familia insufló a Dhanu el coraje suficiente como para pasar al contraataque, así que arremetió contra Shakraditya con una fuerte embestida. El general no se esperaba aquella acometida y no pudo evitar recibir un impacto en el pecho. Por fortuna, el arma de su enemigo era una primitiva lanza con punta de piedra, cuyo daño absorbió sin dificultad la cota de malla que lo protegía. Acto seguido, el general le devolvió el golpe, con la diferencia de que su espada alcanzó de lleno el hombro de Dhanu y lo hirió de gravedad. Con todo a favor, Shakraditya pudo desarmar fácilmente a su rival, al que inmovilizó contra el suelo tras clavarle una rodilla en la espalda.

—No le hagas daño a mi familia —dijo Dhanu—. Te lo ruego.

—Ya es tarde para súplicas —replicó el general—. ¿Recuerdas lo que te dije la última vez? «Cuando me encargan una misión, jamás dejo que nadie, desde el hombrecillo más insignificante hasta el rey más poderoso, se interponga en mi camino». Si me hubieses escuchado, no nos encontraríamos ahora en este punto.

En ese momento dos soldados entraron en la choza buscando a Shakraditya, al que debían proteger.

—¿Cuál es la situación? —inquirió el general.

—Señor, todo está bajo control. Ya casi hemos sofocado los últimos conatos de resistencia. Entre los nuestros se cuentan algunos heridos, pero ni una sola baja.

—Excelente. Os habéis ganado una recompensa. ¿Veis a esa mujer de ahí? —dijo señalando a Chakori—. Pues pasadlo bien con ella. Tenéis mi autorización.

—¡No! —exclamó Dhanu.

Aquellos hombres llevaban meses alejados de cualquier tipo de compañía femenina, y la perspectiva de poder satisfacer sus instintos más primarios resultaba demasiado tentadora como para dejarla correr. Uno de ellos agarró a Chakori por el pelo y la desgajó a la fuerza de sus hijos, a los que no quería soltar. A continuación, la tumbó en el suelo y se echó sobre ella. Tuvo que golpearla varias veces para que no se resistiera. Muertos de miedo, Kalu y Libni se abrazaban el uno al otro, encogidos en un rincón. Lloraban y mascullaban frases sin sentido. El soldado dudó por un segundo si violar a la indígena delante de sus propios hijos, pero no tardó en olvidarse de la cuestión.

Shakraditya mantenía a Dhanu aprisionado contra el suelo.

—Esto es lo que les pasa a los que no colaboran con el Imperio gupta —le espetó con desprecio.

Cuando el soldado remató la faena con la indígena, el que había estado esperando su turno lo sustituyó aún con más ganas que el anterior. Dhanu, por su parte, se revolvía como un animal acorralado, sin dejar de suplicar por la vida de su familia.

Shakraditya se cansó de aquel juego y decidió que había llegado la hora de ponerle el punto final.

—Ya no sufrirás más —le susurró a Dhanu.

El general asió su daga y se la hundió en la espalda hasta la empuñadura, provocando que su víctima escupiese un borbotón de sangre por la boca. Dhanu perdió la vida tratando de decir algunas palabras sin llegar a conseguirlo.

Después, Shakraditya se acercó hasta Chakori y, mientras el soldado aún la penetraba, la degolló poco a poco describiendo en torno a su garganta una curva perfecta. Para cuando el soldado alcanzó el clímax, la mujer ya estaba muerta y la sangre le caía por el pecho en finos surcos de color carmesí.

Tras haber presenciado desde una esquina la muerte de sus padres, Kalu y Libni pensaron que serían los siguientes. Tenían los ojos bañados en lágrimas, balbucían y temblaban sin control. Shakraditya les echó una mirada, pero decidió ignorarlos como si fuesen alimañas que no mereciesen ni un segundo de su tiempo.

Cuando salió al exterior, comprobó con sus propios ojos el reguero de cadáveres indígenas diseminados por la plaza y a lo largo de la única calle del poblado. Únicamente habían dejado con vida a las mujeres, niños y ancianos que no habían tratado de huir.

Punyavan acudió a la llamada de su general, que tenía nuevas instrucciones para él.

—Matadlos a todos y después prended fuego al poblado —sentenció Shakraditya.

Mientras tanto, el padre de Chakori entraba en la choza y descubría el cuerpo sin vida de su hija y también el de Dhanu.

—¡Abuelo! —gritaron al unísono Kalu y Libni.

Tras constatar que sus nietos permanecían intactos, un atisbo de esperanza brotó en el corazón del anciano. Quizá no todo estuviese perdido.

—¡Salid de aquí! ¡Rápido!

Los niños vencieron la parálisis que los atenazaba y siguieron a su abuelo al exterior. El panorama era incluso peor de lo esperado. Un grupo de

soldados iba de choza en choza dando muerte a los indígenas que hasta el momento habían dejado con vida.

—¡Ocultaos! ¡No dejéis que os atrapen! —El anciano se dirigió entonces a la choza de enfrente, para comprobar si aún podía salvar la vida de los mellizos Bair y Baru.

Mientras tanto, Kalu asumió el mando y tiró de la mano de su hermana en dirección al extremo septentrional del poblado. El crío no lo había olvidado. ¿Qué mejor lugar para esconderse que el tronco hueco del árbol, como cuando jugaban con sus amigos? Pronto se dieron cuenta, sin embargo, de que tenían un gran problema: ninguno de los dos era lo suficientemente alto como para alcanzar la abertura, ni siquiera de puntillas. Fue en ese instante cuando, de repente, apareció Lohith «el Tuerto», que enseguida los aupó al agujero para a continuación salir corriendo con la intención de ocultarse él mismo en otro sitio.

Allí dentro se limitaron a esperar, sin tener idea de lo que ocurría en el exterior.

Durante un tiempo escucharon los desgarradores alaridos de las mujeres y niños que las tropas del Imperio gupta iban ajusticiando sin el menor rastro de compasión. Luego, voces de soldados que pasaron de largo, y finalmente el rugir del fuego mientras devoraba el poblado como un tornado de llamas y calor.

Cuando el humo comenzó a colarse por el hueco del árbol, los niños se dieron cuenta de que morirían asfixiados si no salían inmediatamente de allí.

Kalu escapó primero y al momento ayudó a su hermana pequeña, sin cuya ayuda no habría podido salir. Los soldados ya se habían marchado, porque el poblado se había convertido en un infierno consumido por el humo y el fuego. Los hermanos comenzaron a toser y se taparon la boca. De repente, de la humareda que tenían enfrente surgieron dos sombras menudas: eran Bair y Baru, que milagrosamente habían logrado salvar la vida.

La alegría les duró poco, porque la salida estaba al otro lado, lo cual los obligaba a cruzar el poblado envueltos en una nube de gas y ceniza, con escasa o nula visibilidad. Kalu, Libni y los mellizos se cogieron de la mano y echaron a correr prácticamente a ciegas, como un barco a la deriva sumergido en una niebla espesa y ardiente. Se tropezaron una y otra vez con los cadáveres esparcidos por el suelo, hasta que por fin llegaron a la puerta de entrada, que para ellos constituía su salvación. Para sorpresa de todos, allí se encontraba Lohith «el Tuerto», que durante un tiempo creyó ser el único superviviente de la aldea.

Solamente aquellos cinco niños habían logrado escapar del incendio y de las tropas de Shakraditya. No obstante, estaban a punto de adentrarse en una selva hostil, peligrosa y atestada de depredadores. En tales circunstancias... ¿Qué posibilidades tenían de sobrevivir?

CAPÍTULO NOVENO



«La persona que acepta la senda del servicio devocional no se ve privada de los resultados que se obtienen del estudio de los Vedas, de realizar sacrificios austeros, de dar en caridad, de empeñarse en actividades filosóficas y materiales. Solo con su práctica de servicio devocional, alcanza todo eso, y al final llega a la morada suprema eterna».

Bhagavad-gita 8.28.

Kumaragupta y su hermano se hallaban sentados uno frente al otro en la sala del consejo, aunque ninguna asamblea ministerial estaba prevista. Aparte de ellos, la estancia se encontraba vacía.

El emperador había permanecido demasiado tiempo alejado de los asuntos de Estado mientras lloraba la muerte de su hija. Sin embargo, ya se sentía de nuevo lo suficientemente entero como para retomar las riendas del imperio. Ahora esperaba ponerse cuanto antes al día de la mano de Bhanugupta, motivo por el cual había fijado aquel encuentro.

—Te agradezco tu liderazgo durante mi ausencia de las reuniones del consejo.

—No hay de qué. Solo hice lo que me correspondía como *mahamantrin*.

—No obstante, me consta que en lo concerniente a determinados asuntos te has apartado de mi criterio.

—He tenido que enfrentarme a decisiones enormemente complejas. De cualquier manera, espero que a partir de este momento respetes la línea de actuación que he tratado de imponer.

—No te prometo nada —replicó Kumaragupta—. El emperador sigo siendo yo. Y ahora, dime. ¿Cómo evoluciona nuestro enfrentamiento con los *pushyamitras*?

Finalmente, el soberano del reino sublevado había dado la orden de atacar, poniendo fin al interminable asedio al que estaba siendo sometido por parte del ejército imperial. A partir de ese momento, la guerra entre ambos bandos se había desencadenado en toda su crudeza.

—Se nota que nuestro enemigo llevaba tiempo preparándose a conciencia para la batalla. Harshul se ha puesto al frente del ejército y nos remite informes a diario.

—¿Y qué está pasando?

—Están plantándonos cara —admitió Bhanugupta.

—¿Será un conflicto largo?

—Eso me temo.

Aunque Kumaragupta había hecho todo lo posible por evitar la guerra con los *pushyamitras*, una vez que esta había estallado ya no podía dar marcha atrás. De lo contrario, sería como invitar a otros reinos vasallos a sumarse a la rebelión.

—¿Y qué hay de los hunos blancos? ¿Qué sabemos de ellos?

—Se respira cierta tensión. Sospechamos que planean invadir nuestras fronteras, pero desconocemos si lo harán por los pasos del norte o del oeste. Si nos anticipásemos a sus movimientos, el grueso de las tropas que tenemos allí desplazadas bastaría para detenerlos.

—¿Y si se dividen y nos atacan desde ambos flancos a la vez?

—No tendría sentido. Lo mismo que a nosotros no nos conviene mantener nuestro ejército dividido, a ellos tampoco.

El emperador tamborileó la mesa con los dedos. Aquella situación no le gustaba lo más mínimo.

—Redactaremos una misiva en tono conciliador, que le haremos llegar a Khingila acompañada de espléndidos regalos. Quiero rebajar la tensión con ellos al precio que sea.

—A estas alturas daremos la impresión de estar desesperados. Olerán nuestro miedo.

—¡Yo no tengo miedo! —exclamó Kumaragupta—. Pero no quiero entrar en un nuevo conflicto bélico hasta que no hayamos resuelto el que ahora mismo nos ocupa. Como poco, servirá para ganar tiempo.

Bhanugupta se dio cuenta enseguida de que su hermano haría todo lo posible por revertir la política que él había aplicado durante su ausencia, y sabía que nada de lo que dijese lo convencería de lo contrario. De manera que, para evitar una discusión estéril, optó por cambiar de tema.

—He oído decir que has ordenado la liberación de Dattadevi.

—Es cierto. Ahora mismo la traen hacia aquí.

Bhanugupta le lanzó una mirada que oscilaba entre el escepticismo y la incompreensión.

—¿Has perdido la cabeza? Esa mujer intentó matarte.

—Soy consciente de ello.

—Entonces ¿cómo es posible que la dejes marchar sin castigo? Debiste haberla ejecutado. Se lo merecía.

Kumaragupta emitió un largo suspiro.

—Ha pasado varios meses en prisión. En consecuencia, sí que ha recibido un castigo. Por lo demás... ya la he perdonado.

Una mordaz carcajada brotó de la garganta del *mahamantrin*.

—¿Así de simple? No puedo creerlo —objetó señalándolo con el dedo—. ¿Sabes lo que pienso? Que el budista está ejerciendo una influencia excesiva sobre ti.

—Padmabandhu es un hombre recto, aparte de muy sabio.

—Es posible. Sin embargo, puede que sus consejos no sean los más apropiados para un emperador, que debería mostrarse implacable con los delincuentes e inflexible con sus enemigos, y que también debería saber cuándo declarar una guerra, pese al terrible sacrificio que suele conllevar en vidas humanas.

—Además de a Padmabandhu, también escucho a Abhimanyu y a otros miembros del consejo.

—Sí, pero al único al que parece hacerle caso es a él.

Y, dicho esto, Bhanugupta abandonó la sala cojeando ligeramente, pues el problema de sus piernas arqueadas se acentuaba cada vez más con el paso de los años.

Acto seguido, el lacayo personal del emperador le comunicó que el traslado de la reina Dattadevi de prisión a palacio ya se había producido.

—Mándala traer de inmediato, Ahinagu.

Durante la espera, Kumaragupta se preguntó qué sentiría al verla. ¿Habría espacio para el odio en su corazón después de lo que ella le había hecho o realmente la habría perdonado del todo?

Al cabo de unos minutos, una pareja de guardias arrastró al interior de la estancia a la todavía primera reina consorte, encadenada a la altura de las manos.

—Podéis retiraros.

A Dattadevi la habían traído directamente de la celda donde había permanecido encerrada durante los últimos meses. Su aspecto, por tanto, en nada se parecía al que siempre había lucido en palacio. No había ni rastro de maquillaje ni de fragantes perfumes, como tampoco de un lujoso vestido de seda o alhajas de plata y oro. La reina estaba sucia y cubierta de harapos, tenía el pelo enmarañado y saltaba a la vista que había perdido peso. Con todo, la voluptuosa belleza que siempre la había caracterizado aún se hallaba presente.

Dattadevi mantenía la cabeza gacha, con los ojos apuntando al suelo.

—Mírame.

Cuando lo hizo, Kumaragupta se dio cuenta enseguida de que su esposa se sentía derrotada y de que él ya no la odiaba en absoluto. En todo caso, lo único que sentía era lástima por ella.

—¿Por qué me has traído hasta aquí? ¿Acaso pretendes ajusticiarme tú mismo?

—No pienso ejecutarte. Todo lo contrario. Voy a concederte la libertad.

Dattadevi parpadeó varias veces seguidas, sin poder ocultar su escepticismo.

—¿De qué va todo esto? ¿Se trata de una especie de retorcido castigo? ¿En lugar de ordenar mi muerte decides dejarme con vida para que siga sufriendo por la pérdida de mi hija?

—Nada más lejos de mi intención. Es más, no solo voy a liberarte, sino que podrás seguir residiendo en tus habituales dependencias de palacio y conservarás el estatus que siempre has tenido.

El desconcierto de la reina aumentó aún más si cabía.

—¿Por qué lo haces? Yo intenté envenenarte. No puedo negarlo.

—Perdonar no debería resultarte extraño. Sí, en cambio, tratar de arrebatarse la vida a un semejante. ¿Por qué lo hiciste?

—No solo fue por mí. También lo hice por Rudrabhiravi. Para ti no somos otra cosa que simples piezas del *chaturanga* que manejas a tu antojo.

Kumaragupta supo encajar el golpe. En parte, tenía que reconocer que Dattadevi estaba en lo cierto.

—Gobernar un imperio no es nada fácil. No obstante, no voy a justificarme. Resulta evidente que si yo no hubiese pactado el matrimonio con el soberano de los *pushyamitras*, nuestra hija no se habría suicidado.

Dattadevi dio un paso atrás, como si la hubiesen abofeteado.

—¿De qué hablas? ¿Nuestra hija se quitó la vida?

—¿Es que nadie te lo dijo?

—El carcelero me dijo que se había ahogado, pero sin entrar en detalles. Por eso asumí que debió de tratarse de un accidente.

—Eso es muy poco probable —rebató el emperador—. La profundidad del estanque donde apareció era bastante escasa. Como mucho, el agua podía llegarle hasta el pecho. Nada más. Tuvo que ser un suicidio. Todo el mundo llegó a la misma conclusión.

La reina apretó los puños tensando los grilletes que la retenían. Su mirada se encendió de repente, como si un fuego de ira se hubiese prendido en su interior.

—¡Rudrabhiravi no hizo tal cosa! —exclamó.

—Cálmate. Comprendo cómo te sientes. Al principio, a mí también me costó aceptarlo. No obstante, los hechos hablan por sí solos. Nuestra hija estaba deprimida. No puedes negarlo. Los dos lo sabíamos. Por desgracia, la presión pudo con ella a tan solo una semana de la boda pactada.

—Te equivocas. Dos días antes de su muerte, Rudrabhiravi acudió a visitarme a la cárcel.

La boca de Kumaragupta se abrió hasta formar un círculo perfecto.

—Así es —prosiguió Dattadevi—. Y no fue la única vez que lo hizo. Nuestra hija estaba pasándolo mal. Es evidente que no deseaba trasladarse a un reino extraño, casada con un hombre al que apenas conocía y al que desde luego no amaba. Su vida iba a dar un giro radical... Sin embargo, la última vez que hablamos su talante era otro muy distinto.

—¿En qué sentido?

—Parecía que había aceptado su destino. Aunque no era el que habría deseado para ella, se había dado cuenta de que si no lo abrazaba jamás podría llegar a ser feliz. Estaba haciendo planes. Me los contó. Se había propuesto que el espíritu de la dinastía Gupta estuviese muy presente en su nuevo hogar. Pensaba tener voz y voto en los asuntos domésticos del palacio al que se trasladaría. Además, no ignoraba que con un alto grado de probabilidad se convertiría en madre en muy poco tiempo. Aquella perspectiva le había hecho recuperar la ilusión.

El emperador fue incapaz de disimular su consternación.

—¿Y por qué no me contó nada de eso a mí?

—Iba a hacerlo —repuso Dattadevi—. También pensaba pedirte que me perdonaras y que me dejaras ir con ella al reino de los *pushyamitras*.

—A lo mejor ese día se sentía especialmente animada y por eso te habló del modo en que lo hizo —aventuró Kumaragupta—, pero al día siguiente recuperó su estado de ánimo habitual.

Dattadevi negó con la cabeza.

—Conocía a mi hija lo suficiente como para saber que su cambio era real.

—¿Estás segura?

—Alguien tuvo que matarla. Es la única alternativa. ¿Es que no lo ves?

—Consideramos esa posibilidad, pero se descartó por completo. La encontramos en un estanque que forma parte del recinto del harén. Y, como bien sabes, el acceso a este es muy restringido. Además, el cuerpo no presentaba ningún signo de violencia. Tampoco nadie percibió nada extraño. Las *ganikas* que la vieron por última vez con vida atestiguaron que estaba sola. Y, lo que es más importante... ¿Por qué iba a hacer alguien algo así? ¿Con qué fin?

Dattadevi extendió los brazos.

—Ordena a tus hombres que me desencadenen. —Los labios le temblaban de furia—. Eso es lo que voy a descubrir.

En poco tiempo, Sarasvati se había adaptado con bastante éxito a su vida en el harén de palacio.

En el terreno personal, la muchacha se había ganado las simpatías del resto de las *ganikas*, así como la confianza de algunas de ellas, a las que incluso podía llamar amigas. Mostraba siempre una actitud colaborativa, se comportaba con humildad y procuraba a toda costa no despertar las envidias de sus compañeras. Además, el hecho de que fuese la concubina de menor edad también contribuyó a que las más veteranas la trataran como a una hermana pequeña a la que proteger y ayudar cuando tenía algún problema.

Por otra parte, en el terreno profesional las cosas también avanzaban a buen ritmo. En lo que respectaba a la danza, su actividad principal, Sarasvati ya había realizado varias actuaciones, aunque ninguna para el rey. Hasta que su nivel no fuese lo suficientemente bueno como para haber alcanzado un alto grado de perfección, no tendría derecho a semejante privilegio.

—No te preocupes —le decía Purumitra—. Cuando estés preparada, dejaré que actúes para Kumaragupta.

Sarasvati se lo tomaba con calma y seguía practicando. Sabía que el eunuco era exigente, pero también bastante justo.

De igual forma, había otras actividades que ocupaban su tiempo para las cuales podía ser igualmente requerida. Por suerte, había mejorado sus habilidades para el masaje después de su calamitosa primera experiencia, de la cual había logrado salir indemne por muy poco. Asimismo, había aprendido a bordar y a efectuar arreglos florales, aunque aquellas labores no se contaban entre sus favoritas. Y, por último, también había realizado ciertos servicios de índole sexual con el fin de satisfacer a determinadas personalidades de la nobleza, que supo solventar con bastante suficiencia gracias a los conocimientos que había adquirido durante su paso por el burdel de Madunisha.

Hasta el momento, Sarasvati había cumplido las normas punto por punto. Sin embargo, aquel día se había propuesto llevar a cabo una imprudencia, para cuya ejecución tendría que romper algunas de las reglas establecidas. En concreto, se había propuesto ausentarse por unas horas del recinto del harén. Desde su llegada, había venido observando que escenas de ese tipo tenían lugar a menudo, sin consecuencias de ningún tipo siempre que no se enterase Purumitra. Además, no se alejaría mucho del serrallo, pues se limitaría a recorrer los jardines de palacio sin abandonar el recinto amurallado que rodeaba la ciudadela.

Sarasvati había logrado reunir algunas joyas, de las que ahora tendría que desprenderse. Los centinelas aceptaron el soborno y miraron hacia otro lado, especialmente concentrados en calcular el valor de las alhajas que habían recibido.

A continuación, Sarasvati se dirigió hacia la zona del arsenal, donde el astrólogo de palacio solía salir a pasear a diario a esa misma hora. Anumita, como no podía ser de otra manera, le había proporcionado aquella información. A modo de pretexto, Sarasvati había argumentado que pretendía convencer al prestigioso adivino para que le hiciese una predicción acerca del futuro que le esperaba en el harén.

En efecto, Cidambara deambulaba con aire despistado en torno al simpar mosaico de árboles y flores que integraban aquel vergel de fantasía, para despejar así la mente de las interminables observaciones y cálculos que realizaba sin apenas descanso, a mayor gloria del imperio. Durante las últimas semanas su actividad se había vuelto frenética, pues sus vaticinios se hacían más necesarios que nunca en tiempos de guerra, de manera que para la toma de ciertas decisiones —ejecutar o no una maniobra ofensiva, ocupar una u otra posición defensiva o determinar la fecha más apropiada para efectuar un ataque—, sus dictámenes resultaban de una importancia vital.

Además, Cidambara seguía muy preocupado por el vaticinio que él mismo había realizado acerca del peligro de muerte que corría el emperador, cuyo cumplimiento aún no se había producido. La fecha de este, aunque incierta, estaba cada vez más cerca, y todo apuntaba a que Kumaragupta no podría hacer nada por evitarlo.

Sarasvati reconoció enseguida al hombre que buscaba, aunque únicamente lo había visto con anterioridad en el funeral de Rudrabhiravi. La constitución menuda y la barba desaliñada que tanto lo caracterizaban contribuían a identificarlo con bastante facilidad.

Tras comprobar que no había nadie más en las inmediaciones, la muchacha aguardó el momento exacto para poner en marcha su plan. El éxito de este dependería en gran parte del modo en que supiese emplear sus dotes seductivas.

Sarasvati simuló tropezar y acompañó su actuación con una exclamación lastimera. Fue aquel gemido lo que sacó a Cidambara de su burbuja para darse cuenta de que una muchacha se había caído en mitad de la vereda, a no mucha distancia de allí. Cuando se acercó para socorrerla, se dio cuenta de que debía de tratarse de una *ganika*. Su belleza natural aparecía realzada mediante el uso de sofisticados cosméticos, y su olfato captó de inmediato el

perfumado aroma que la envolvía. Aunque no era habitual ver a una concubina del emperador fuera del harén, y mucho menos completamente sola, Cidambara supuso que habrían reclamado su presencia en algún pabellón cercano.

Sarasvati fingió tener dificultades para levantarse por culpa del vestido, y el astrólogo le ofreció la mano en un gesto de caballerosidad. En cuanto estableció contacto visual con la muchacha y sintió la suavidad de su piel al rozarle los dedos, lo invadió un escalofrío de placer. Cidambara había enviudado hacía ya bastantes años, pero debido a lo absorbente de su trabajo no había vuelto a casarse. Sin embargo, su apetito sexual no había disminuido, y para aliviarlo acudía cada cierto tiempo a alguno de los numerosos prostíbulos que había en la ciudad. Sarasvati se había informado muy bien de todo aquello y, si jugaba con habilidad sus cartas, podría sacarle un gran provecho a la situación.

—Gracias —murmuró con voz sedosa—. Creo que he tropezado de la forma más tonta posible.

—Podría haberle pasado a cualquiera —repuso Cidambara dejando a la vista sus dientes poco aseados.

Sarasvati se alisó el sari que llevaba puesto mientras el astrólogo clavaba la mirada en sus pechos, que ya le habían crecido lo suficiente como para formar parte de sus encantos.

—¿Se dirige también de vuelta al interior de palacio? —inquirió la muchacha.

—Sí, ya me disponía a concluir mi paseo.

—En ese caso, lo acompaño.

—Desde luego, será un placer.

A los pocos pasos, Sarasvati apuntó al cielo y puso cara de extrañeza.

—Mire, aunque todavía es de día, la luna es perfectamente visible. Qué fenómeno tan curioso. ¿No le parece?

—Sí que lo es —replicó Cidambara—, pero suele ocurrir casi siempre que la luna se encuentra en su fase de cuarto creciente. Desde nuestra perspectiva, vemos a la luna con distinto aspecto de acuerdo con su posición relativa con la Tierra y el Sol.

Sarasvati frunció el ceño.

—Me temo que a mí me cuesta trabajo entenderlo, pero usted parece saber mucho sobre la materia.

—¡Por supuesto! —se rio—. Yo soy el astrólogo de palacio.

—¡Oh! —exclamó llevándose la mano a la boca—. No sabía que estuviese hablando con alguien tan importante.

—No es para tanto —manifestó Cidambara con falsa modestia.

—¿Cómo que no? Seguro que su opinión se tiene muy en cuenta.

—Bueno, a decir verdad, el emperador no es capaz de tomar una decisión sustancial sin antes consultarme.

El ego de Cidambara estaba por las nubes, y la confianza en sí mismo aumentaba por momentos. Sarasvati estaba creando la atmósfera que le interesaba para conseguir lo que quería.

—Entonces ¿es verdad que es usted capaz de interpretar lo que los astros del firmamento nos dicen acerca de nuestro porvenir?

—Así es. Y no deberías fiarte de los vulgares adivinos que abundan en las calles de la ciudad. Además de experiencia, este conocimiento requiere incontables horas de estudio y preparación.

Sarasvati detuvo su avance y posó la mano en el antebrazo de Cidambara, en un gesto de familiaridad.

—¡Me gustaría tanto aprender lo que usted sabe! —suspiró—. A lo mejor podría enseñarme... —Acto seguido se interrumpió—. ¡Pero qué digo, con lo complicada que debe de ser la ciencia astrológica!

—Sí que lo es —admitió Cidambara—. No obstante, si te enseñó algunos conceptos básicos, creo que podrías llegar a entenderlos.

—¿De veras? —La sonrisa de Sarasvati iluminaba todo su rostro. A continuación, dio un paso adelante y dejó una separación entre ambos de apenas dos o tres centímetros. El aliento del astrólogo era insoportable, pero ella había lidiado en el pasado con tipos mucho peores—. En tal caso, haría falta un lugar apropiado donde poder recibir dichas clases...

Cidambara se sentía cada vez más azorado.

—Mi torreón de trabajo sería idóneo para ello —dijo casi tartamudeando—. Además, tendríamos acceso al observatorio. Aunque es pequeño, desde allí uno tiene la impresión de poder tocar el cielo con los dedos.

—¡Fantástico! ¡Suena tan excitante!

La libido de Cidambara alcanzó su punto más álgido mientras fantaseaba con lo que le haría a la muchacha en la intimidad de su torreón. Al astrólogo le constaba que algunas *ganikas* mantenían romances en secreto con guardias y soldados, pero jamás se habría imaginado que ninguna de ellas pudiese estar interesada en él. En ese momento, sin embargo, un ramalazo de sentido común se impuso sobre sus instintos más básicos y se dio cuenta del riesgo que corría. Como lo descubriesen manteniendo relaciones con una concubina

del emperador, nada lo libraría de recibir un severo castigo, que bien podía ser la muerte.

—Aunque... deberíamos tener mucho cuidado —dijo bajando la voz—. Nadie puede enterarse de que me visitas en mi lugar de trabajo.

Sarasvati se puso de puntillas y se inclinó sobre Cidambara para hablarle al oído.

—Desde luego... Aunque se supone que nosotras no podemos salir del harén, en realidad lo hacemos a todas horas. Conocemos todos los trucos y, por supuesto, somos extraordinariamente discretas.

Aquello era todo cuanto el astrólogo necesitaba escuchar para ahuyentar sus temores.

—Pese a todo —prosiguió explicando Sarasvati—, preparar una escapada de ese tipo requiere su tiempo. Hay que organizarlo todo al detalle para evitar imprevistos. Si me descubrieran, me metería en un serio apuro.

—¡Claro! Lo comprendo perfectamente —convino Cidambara—. Pero cuando todo esté dispuesto... vendrás a verme, ¿verdad?

—Por supuesto. Seguramente iré de noche, ya que así me resultará mucho más fácil recorrer los pasillos de palacio sin llamar la atención. Además, así tendrás la oportunidad de mostrarme las constelaciones más brillantes del firmamento.

Ya estaban acercándose a uno de los accesos laterales al edificio principal, momento que Sarasvati escogió para finiquitar aquel encuentro. No obstante, antes de marcharse esbozó una pícara sonrisa y deslizó la mano muy por debajo de la zona del vientre de Cidambara para rozarle suavemente el miembro, que notó semierecto. Pese a la sutileza del contacto, la intencionalidad del gesto no dejaba lugar a dudas. Como todavía pasaría algún tiempo antes de que pudiese acudir a la cita, Sarasvati quería asegurarse de que lo dejaba con ganas de volver a verla.

La muchacha se giró y emprendió el camino de vuelta, convencida de que cuando le hiciese saber al astrólogo lo que necesitaba de él, este no podría negarse pese al dilema personal al que se enfrentaría.

Madhuk experimentó en su vida un nuevo cambio radical, al pasar de vivir prácticamente en las calles a hacerlo en dependencias de palacio colmado de atenciones, comodidades y seguridad.

Bajo la tutela de Kalidasa, el joven muchacho había retomado los estudios que tuvo que dejar aparcados tras la muerte de Bindusar e hizo esta vez especial hincapié en la poesía y también en la literatura. Un maestro brahmán le enseñaba todo lo relativo al estudio de los Vedas, mientras que el ilustre poeta se ocupaba de potenciar su faceta creativa, para que Madhuk desarrollase por sí mismo todo el potencial que atesoraba en su interior.

—Al tiempo que avanzas en tus estudios —le dijo Kalidasa tras su primera semana allí—, quiero que le escribas una oda al emperador. Y si es lo suficientemente buena, dejaré que la recites ante él.

Madhuk se estremeció. ¡El gran Kumaragupta podría llegar a escuchar de sus labios una composición escrita de su propio puño y letra!

—Ni siquiera sé si me saldría la voz —replicó.

—No te preocupes. Te enseñaré a calmar los nervios. Ensayaremos. Puedes estar seguro de que no te pondré delante del emperador hasta que no estés preparado al cien por cien.

Además de su formación, había otro asunto en el que Madhuk no podía dejar de pensar a todas horas: Sarasvati. Desde que la viese en el cortejo fúnebre de la princesa, sabía que su hermana era una habitante más de palacio. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que, pese a la escasa distancia que los separaba, le sería casi imposible verla. El harén era inaccesible, las *ganikas* apenas salían de él y cuando lo hacían era por tiempo muy limitado. Las posibilidades de encontrarse con ella, por tanto, eran extraordinariamente bajas.

En su tiempo libre, a Madhuk le encantaba perderse en la inmensidad de los jardines palaciegos, entre los pavos reales y las ranas de los estanques, pues equivalía a sumergirse en plena naturaleza, donde podía percibir la belleza en un millón de detalles e inspirarse para el tipo de lírica que él componía. Por otra parte, también le gustaba recorrerse las numerosas estancias de palacio —si bien a ciertas áreas no se le permitía el paso— y deleitarse con las obras de arte que adornaban techos y paredes, sobre todo de tipo escultórico, aunque también en forma de pinturas, y maravillarse del mismo modo con el lujo que impregnaba cada rincón.

Durante una de sus exploraciones de aquella gigantesca estructura de salas, pasillos y escaleras, Madhuk se tropezó con un joven algo mayor que él, encargado de una tarea que le trajo el grato recuerdo de tiempos no tan lejanos. El muchacho permanecía sentado ante un recipiente lleno de agua, sobre cuya superficie flotaba una copa de cobre que iba hundiéndose poco a

poco. A su lado, un gong dorado esperaba recibir un nuevo impacto en el momento correspondiente.

La ausencia de un cordón sagrado en su pecho indicaba que no pertenecía a ninguna de las castas de los «dos veces nacidos». En efecto, el muchacho se llamaba Kharanshu y era un shudra como tantos otros que formaban parte de la servidumbre de palacio. De constitución enclenque y fuerza más bien escasa, Madhuk pronto se dio cuenta de que Kharanshu tampoco era precisamente avisado. De hecho, si había logrado trabajar allí era gracias a su padre: Ahinagu, el lacayo personal del emperador.

—Eres el encargado de la clepsidra, ¿verdad? —inquirió Madhuk.

—Yo la manejo por las tardes, durante las mañanas se ocupa otro.

—En la universidad de Nalanda tienen un reloj de agua muy parecido, aunque allí lo que hacen sonar es un tambor en lugar de un platillo.

—Ah, tú al menos has tenido la suerte de viajar. Yo, en cambio, jamás he traspasado los muros que rodean la ciudadela.

—¿De veras?

Kharanshu se encogió de hombros.

—Nací aquí y aquí me pasaré toda la vida al servicio de los Gupta. Mi padre no solo ha trabajado para Kumaragupta, sino también para Chandragupta II, su predecesor. —Se notaba que el muchacho tenía ganas de hablar, para contrarrestar así las innumerables horas del tedio más absoluto que soportaba a diario—. Y, si los dioses tienen a bien que mi vida sea longeva, mis días terminarán sirviendo a Skandagupta, porque está escrito que un día se convertirá en el futuro emperador.

—Pero, entonces... ¿No piensas moverte nunca de aquí?

—¡Desde luego que lo haré! A veces, el rey tiene que viajar por diversos motivos a algún punto de su imperio y lleva a todo su séquito en cada uno de sus desplazamientos, como si trasladase el palacio a cuestas con él. Mi padre siempre lo acompaña allá donde va, y yo también lo haré cuando finalmente ocupe su puesto. —Kharanshu resopló con aire resignado—. Hasta entonces, debo tener paciencia; aún me queda mucho por aprender antes de poder acceder a un puesto de tanta responsabilidad.

—¿Y por qué te ocupas de la clepsidra?

—Es el trabajo más aburrido del mundo, lo sé. No obstante, forma parte de mi aprendizaje. El día en que me convierta en lacayo, debo tener una visión de conjunto de cómo funciona la vida en palacio.

Madhuk observó que la copa que regulaba el tiempo iba llenándose de agua poco a poco.

—¿Y no hay nada que puedas hacer para entretenerme?

Kharanshu negó con la cabeza.

—No debo despistarme lo más mínimo. Es muy importante señalar la hora exacta para que la rutina de la corte no se altere y discurra como es debido.

—¿Y el hecho de mantener esta conversación también te distrae de tus deberes?

—En absoluto —se apresuró a aclarar el joven shudra—. Más bien todo lo contrario, te agradecería mucho que vinieses a verme. Así tendría algo de compañía.

Madhuk se despidió de Kharanshu, no sin antes prometerle que acudiría a visitarlo a diario, siempre y cuando sus propias obligaciones se lo permitiesen.

Conforme pasaban los días, más difícil se le hacía a Madhuk abordar la escritura del poema que Kalidasa le había encargado. Después de todo, no se le escapaba lo mucho que se jugaba con la dichosa oda al emperador. Si a Kumaragupta le disgustaba o sencillamente lo dejaba indiferente, era probable que dejase de contar con el favor de la corona del que ahora gozaba a través de Kalidasa. Además, por lo que había oído, el emperador era un amante de la lírica y un gran entendido, por lo que no lo tendría nada fácil para lograr impresionarlo.

A aquellas alturas abundaban los poemas dedicados a Kumaragupta, que enaltecían su figura y alababan su grandeza. Por tal motivo, Madhuk pretendía otorgarle a su composición un enfoque mucho más original. Había un par de ideas que le rondaban por la cabeza, pero antes de profundizar en el tema necesitaba intercambiar puntos de vista con Kalidasa, para que lo orientase en la buena dirección.

—Quiero hacer algo distinto de lo que todos han hecho hasta ahora —dijo.

—Eso está bien, pero te costará. ¿En qué habías pensado?

—Todos destacan de Kumaragupta su magnificencia y esplendor, y demás elogios por el estilo. A mí, en cambio, me gustaría centrarme en su lado más humano.

Kalidasa alzó una ceja.

—Explícate algo mejor.

—Pese a su inconmensurable poder, en el fondo el emperador no deja de ser un hombre con sus virtudes, sus defectos y sus dilemas. Por tanto, también debe de poseer un lado frágil y vulnerable, al igual que todos nosotros.

—No es buena idea —lo atajó de inmediato—. Comprendo lo que te propones. Sin embargo, no sería prudente insinuar la debilidad de un rey, aunque tu única intención sea la de humanizarlo.

—¿Crees que se molestaría?

—Kumaragupta es un gobernante comedido. Con todo, el ego de un soberano es imprevisible y, desde luego, mucho más voluminoso que el de todos nosotros.

Aunque decepcionado, Madhuk no podía permitirse el lujo de cuestionar las directrices de su maestro.

—Tengo otra propuesta —señaló.

—Te escucho.

—Aparte de sus méritos como emperador, había pensado en recordar a lo largo de la composición toda su vida previa: su infancia, su adolescencia y la etapa como guerrero que protagonizó durante su juventud. El poema equivaldría a un viaje desde que estaba en el vientre de su madre hasta el momento actual.

Una vez más, Kalidasa se vio obligado a refutar aquella nueva idea.

—Hay un problema —explicó—. De un tiempo a esta parte, Kumaragupta evita a toda costa mencionar sus años como general y tampoco quiere que nadie se los recuerde. Lo entristece. Creo que se arrepiente de algunas cosas que hizo.

Madhuk chasqueó la lengua en señal de protesta.

—Con tantas limitaciones, terminaré por escribir algo corriente, carente de la menor originalidad.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —inquirió Kalidasa.

—Claro.

—El rasgo más característico de tu lírica es el protagonismo que habitualmente le otorgas a la naturaleza. Pues bien, sácale partido. Podrías establecer paralelismos entre las principales fuerzas de la naturaleza y las cualidades que mejor definen al emperador. Por ejemplo, el rayo de una tormenta sería su fortaleza, y los vientos monzónicos, su determinación.

El muchacho sonrió. En verdad, aquella propuesta no solo le abría un infinito abanico de posibilidades, sino que además le permitiría estampar al poema su sello personal.

Al margen de sus estudios, Madhuk fue haciéndose poco a poco amigo de Kharanshu, al que, tal y como había prometido, visitaba con bastante asiduidad. El joven shudra agradecía enormemente la compañía de Madhuk, con el que hablaba tanto como podía, hastiado del silencio que soportaba durante el resto del tiempo mientras vigilaba la clepsidra.

A todo esto, Madhuk aún no sabía cómo podía ingeniárselas para ver a Sarasvati, hasta que finalmente llegó a la conclusión de que su nuevo amigo quizá pudiese ayudarlo. Teniendo en cuenta que la corte de los Gupta había constituido su único hogar, el joven sirviente no debía de ser ajeno a las intrigas palaciegas que seguro tenían lugar entre sus muros.

En todo caso, no podía contarle toda la verdad. Madhuk debía seguir manteniendo en secreto que él y Sarasvati eran hermanos.

—Kharanshu, he de confesarte algo... Y, por favor, te pido que seas discreto.

—Confía en mí.

—Hay una *ganika* de la que estoy enamorado. ¿Podrías organizarme un encuentro con ella?

Kharanshu abrió los ojos como platos y compuso un gesto de incredulidad.

—Espera, puede que haya sido demasiado directo —aclaró Madhuk—. Deja que te explique. En realidad, ambos ya éramos amantes antes de que ella entrase a formar parte del harén. Por desgracia, desde entonces no he vuelto a verla.

—Aguarda un momento, por favor.

La copa que flotaba en el recipiente de agua se hundió y tocaba sustituirla por otra.

—Yo me encargo —terció Madhuk—. Ya te he visto hacerlo cientos de veces.

—De acuerdo, pero debes coger esa otra copa. El diámetro de su agujero está preparado para que se sumerja en cuarenta y cinco minutos, que se corresponden con el siguiente lapso según la planificación prevista.

Madhuk así lo hizo, a la vez que Kharanshu le propinaba tres fuertes golpes al gong que restallaron como el sonido de una inmensa campana.

—Mi consejo es que te olvides de ella —repuso tras esperar a que cesaran los ecos de aquel estrépito—. El riesgo que correrías sería demasiado alto.

—Agradezco tu preocupación, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea.

El joven shudra suspiró, consciente de que no lo convencería de lo contrario.

—Vale, presta atención. La idea de colarte en el harén es prácticamente imposible. Es más sencillo que sea ella la que salga para encontrarse contigo en algún rincón de palacio.

—Eso sería fantástico. ¿Podrías ayudarme a organizarlo?

—Hay que ir paso a paso. Primero habría que hacerle llegar un mensaje para que sepa que estás aquí. Y yo conozco a la gente capaz de entregárselo. ¿Cómo se llama la concubina?

—Sarasvati —contestó Madhuk con una sonrisa.

4

Tras su inesperado regreso a palacio, Dattadevi se sentía más sola que nunca.

Pese a que Kumaragupta la había perdonado, parecía que nadie más había seguido su ejemplo. Concubinas y cortesanos le habían dado la espalda y rehusaban hablar con ella. Mientras que algunos adoptaron aquella postura porque creían que era lo que se merecía después de lo que había hecho, otros no querían que se los relacionase con alguien que había conspirado para acabar con la vida del emperador. En consecuencia, además de sus sirvientas, la única que se comunicaba con ella era la simpar Anumita, que pese a todo continuaba comportándose como la buena amiga que siempre había sido. Por supuesto, más allá de los afectos, la enana se limitaba a cumplir con su secreta función de espía.

En resumidas cuentas, aunque Dattadevi seguía conservando su título de reina, en la práctica había perdido el favor de toda la corte y su capacidad de influencia se había reducido a cero.

Sin embargo, a ella todo aquello ya le daba lo mismo. De hecho, no le importaba en absoluto haberse convertido en una especie de apestada dentro de aquellos muros, pues su única preocupación —más bien obsesión—, discurría por derroteros muy distintos: averiguar qué le había ocurrido realmente a su hija. Dattadevi seguía convencida de que la muerte de Rudrabhiravi no respondía a un suicidio. Alguien la había asesinado, y ella no descansaría hasta descubrir quién y por qué.

Lo primero que hizo fue hablar con el jefe de la guardia real, que había conducido personalmente la investigación que se inició a raíz del hallazgo del cuerpo sin vida de su hija. El hombre se mostró colaborativo, pero no le aportó nada nuevo. La víctima había aparecido flotando en un estanque que

formaba parte del recinto del harén, al cual solo podían tener acceso, además de ella misma, las concubinas, sus sirvientas, el eunuco Purumitra y el propio emperador. Ciertamente, algunas *ganikas* la habían visto pasear aquella tarde como había hecho tantas otras veces en el pasado, sin que notasen nada extraño en su comportamiento. Por desgracia, nadie había presenciado lo que le ocurrió poco antes de morir.

La información era escasa, pero Dattadevi no se desanimó. Al menos ya disponía de una clara visión de conjunto que le serviría como base para llevar a cabo sus propias pesquisas.

Para empezar, trató de interrogar a los dos centinelas que custodiaban la entrada del harén el día de los hechos. Su testimonio era crucial, pues si alguien ajeno al recinto hubiese accedido a este durante aquellas horas, habría adquirido de forma automática la condición de sospechoso. Sin embargo, se topó con la desagradable sorpresa de que ambos habían sido movilizados. Uno de ellos estaba participando en la guerra contra los *pushyamitras*, mientras que al otro lo habían enviado a proteger las fronteras de una posible invasión de los hunos blancos. Ante semejante panorama, Dattadevi tuvo que ceñirse a la declaración que ambos realizaron en su día, que se limitó a negar en redondo que tal cosa hubiese ocurrido. En todo caso, aquello no significaba nada. Lo contrario habría equivalido a admitir que habían actuado de forma negligente o, peor aún, que habían aceptado un soborno para dejar pasar a un extraño que en ningún caso podía estar allí.

Después mantuvo una larga entrevista con Purumitra, al que agradeció su absoluta sinceridad. El responsable del serrallo confesó que a veces incluso él mismo hacía la vista gorda cuando alguna de las concubinas llevaba a cabo una escapada fuera de los límites del harén. En el fondo, el eunuco era un romántico incorregible y comprendía que algunas de sus chicas mantuviesen encuentros furtivos con amantes pasajeros. En todo caso, lo que no permitía bajo ningún concepto era lo contrario. Él jamás habría tolerado que ningún hombre entrase en el recinto, y de haber ocurrido lo habría denunciado de inmediato si hubiese tenido conocimiento de ello.

También habló con el hijo del recaudador general de impuestos, con el que Rudrabhiravi había protagonizado un amor adolescente hasta que los asuntos de Estado liquidaron aquella relación. El joven todavía parecía afectado por la muerte de la princesa y reconoció haberse alejado de ella por expreso deseo del emperador. Dattadevi se sintió conmovida por la ternura con la que el muchacho todavía se refería a su hija, aunque por desgracia nada de lo que dijo le sirvió para su investigación.

Su decepción aumentó cuando Anumita, la que siempre parecía saberlo todo acerca de los entresijos de la corte, no le aportó ni el indicio más insignificante que la ayudase a validar su teoría.

La reina no se rindió e interrogó a numerosos cortesanos con tanta insistencia que no les quedó más remedio que contestar a sus preguntas, pese a que durante el resto del tiempo le negaban incluso el saludo. Dattadevi quería saber si su hija se había creado algún enemigo o si sabían de alguien que tuviese algún motivo para querer hacerle daño. Ni un solo nombre salió de sus bocas, lo cual tampoco resultaba nada extraño teniendo en cuenta que la princesa jamás se había metido con nadie ni había causado el menor problema digno de mención.

El encuentro más desagradable, no obstante, fue el que mantuvo con Savitridevi, que hasta el momento había evitado incluso mirarla a la cara cuando se habían cruzado por los pasillos. La segunda reina consorte intentó ignorarla de nuevo, pero Dattadevi la sujetó del brazo para no dejarla ir. La había abordado en sus propios aposentos para asegurarse de que no había nadie más alrededor.

—Tan solo quiero hacerte algunas preguntas acerca de la muerte de mi hija —suplicó.

—¡Suéltame! —exclamó Savitridevi al tiempo que se zafaba de ella—. Sé perfectamente lo que quieres. Llevas semanas incordiando a todo el mundo con tus estrafalarias conjeturas.

—Tengo mis motivos para pensar que Rudrabhiravi no se quitó la vida.

—Claro, cualquier cosa antes que aceptar tu parte de culpa en lo sucedido. Tu hija sentía una gran presión ante la responsabilidad que se le venía encima y cuando estaba a punto de abandonar su hogar, el único lugar que hasta la fecha había conocido, descubre que su madre, con la que contaba para que formase parte de su nueva vida, ha intentado envenenar a su padre sin pensar en las consecuencias. ¿Cómo crees que se lo tomó?

A Dattadevi se le crispó el gesto y cerró los puños con fuerza.

—¡Cállate! No sabes de lo que hablas.

Las dos reinas se observaban frente a frente. Dattadevi era alta y esbelta, y Savitridevi menuda y armoniosa. Una y otra eran diferentes, pero ambas poseían a su manera una belleza arrolladora.

—Todavía no comprendo cómo Kumaragupta ha podido perdonarte en vez de hacer que te ejecutasen de la forma más lenta y dolorosa posible. Las concubinas consagramos nuestra vida al emperador para colmarlo de placeres

y glorificar su existencia. Pero las que además somos sus elegidas, deberíamos incluso estar dispuestas a dar nuestra vida por él.

—Tú no sabes lo que es que te dejen de lado como si fueses un juguete del que ya se han aburrido.

—¿Esa es tu excusa? ¿Y por qué no pensaste en todo lo que te dio, así como en los privilegios de que gozaste durante los años en que fuiste su favorita?

—Basta. No he venido a hablar contigo para que me sermonees —espetó Dattadevi—. ¿Sabes algo acerca de mi hija que pueda ayudarme?

—Lo que todo el mundo —replicó—. Que se suicidó.

Después de aquel episodio, el ánimo de Dattadevi se vino abajo aún más si cabía. No obstante, todavía no estaba dispuesta a rendirse. Su última esperanza residía en las *ganikas*, y muy especialmente en aquellas que habían visto a Rudrabhiravi con vida por última vez. Cualquier detalle que hubiesen notado en ella esa tarde, por nimio que este fuese, podía ponerla sobre la pista de algo más importante.

La reina interpeló a las concubinas por separado y, pese a que respondieron con interés a todas sus preguntas, no revelaron ningún dato merecedor de ser tenido en cuenta. Las conocía bien a todas ellas y supo que habían respondido con franqueza. Solo le faltaba una para finalizar su ronda de entrevistas, y era precisamente la única a la que no conocía. Aquella *ganika*, llamada Sarasvati, había sido reclutada en fechas muy recientes, mientras ella todavía se encontraba en prisión.

La encontró en la capilla que había en las instalaciones del harén, postrada ante Hanumán, el dios mono hindú, al que le ofrecía un ramo de orquídeas. Dattadevi esperó a que terminara y a continuación la abordó esbozando una sonrisa y diciéndole quién era. No hacía falta, Sarasvati ya lo sabía. Durante los últimos días sus compañeras no habían dejado de hablar de aquel asunto a todas horas.

La reina inició una conversación intrascendente con ella, para ganarse su confianza y lograr que se relajara. Los ojos de Sarasvati, de color verde turquesa, brillaban como lamparillas en un templo. Su atractivo estaba fuera de toda duda. Sus gestos eran cadenciosos y delicados como el movimiento de las nubes en el cielo. Por lo que le habían dicho, la joven danzaba extraordinariamente bien.

Al cabo de unos minutos se centró en la cuestión que la había llevado hasta allí.

—Cuando la guardia real te interrogó en su día, declaraste haber visto a la princesa paseando por los jardines del harén. ¿Quién más estaba contigo?

—Nadie más —repuso en un murmullo—. Estaba sola.

Dattadevi advirtió que un cierto nerviosismo se apoderaba de la joven muchacha.

—¿Llegaste a hablar con ella? ¿Te saludó al menos?

—No, yo la vislumbré desde detrás de unos setos, pero ella no me vio a mí.

Pese a que trataba de disimularlo, su desasosiego crecía poco a poco. Sarasvati comenzó a frotarse las manos sin ser consciente de ello.

—¿Puedes darme algún detalle o decirme algo que te llamase la atención? Por ejemplo, ¿estaba llorando? Haz memoria, por favor.

—No vi nada raro —replicó encogiéndose de hombros. Saltaba a la vista que cada vez se sentía más incómoda. Dattadevi insistió.

—Ella iba sola, ¿verdad?

Por un instante, Sarasvati desvió la mirada a un lado. Aquello le bastó a Dattadevi para darse cuenta de que la muchacha no estaba diciendo toda la verdad.

—Así es...

—No —dijo sujetándola por los brazos—. Sé que estás ocultándome algo. Sarasvati temblaba como una hoja y luchaba por no echarse a llorar.

—Necesito que seas sincera. Mi hija Rudrabhiravi merece que se le haga justicia. —Dattadevi la zarandeó para hacerla reaccionar—. Entonces, dime... ¿Había alguien con ella?

—Yo... tengo miedo de hablar... —murmuró.

—¿De qué tienes miedo? ¿Es por esa otra persona que viste?

Sarasvati asintió. Un puñado de lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¿Era alguien poderoso? ¿Por eso temes tanto contar lo que sabes?

La muchacha sollozaba sin llegar a decir nada. No obstante, Dattadevi ya contaba con la suficiente información como para hacerse una idea de lo que podía haber pasado. Cuando los hechos tuvieron lugar, Sarasvati era una simple *ganika* recién llegada que prefirió guardar silencio antes que testificar en contra de una personalidad destacada de palacio, que no tendría escrúpulos en hacer lo que fuese para desacreditarla o algo mucho peor.

—¿Quién era? —inquirió—. Tienes que decírmelo. No temas, yo puedo protegerte. Hablaré con el emperador para que puedas estar a salvo.

Sarasvati alzó la mirada, empañada a causa del llanto, y acto seguido pronunció en voz alta el nombre que la reina tanto ansiaba conocer...

Aquella mañana Madhuk estaba entusiasmado. Kalidasa había movido algunos hilos y, como resultado de dichas gestiones, asistiría por vez primera a una audiencia pública en palacio, en las cuales el emperador decidía sobre algunas peticiones que le planteaban sus ciudadanos y también juzgaba los casos que se le exponían.

Según la ley sagrada, era deber de los reyes impartir justicia e imponer a los culpables su correspondiente castigo. Dicha tarea, lógicamente, la llevaban a cabo los magistrados en los que el soberano delegaba, porque de otra manera le sería materialmente imposible juzgar todos los conflictos originados en su reino. No obstante, para cumplir con aquel mandato, una vez a la semana el emperador celebraba una vista en la que resolvía ciertos casos que se le presentaban a él.

Los jueces eran generalmente miembros de la casta brahmán, pues entre los requisitos para ser nombrado magistrado destacaba el poseer un perfecto conocimiento de la ley, una alta moralidad y un carácter imparcial desprovisto de pasión. Los reyes, por tanto, solían administrar justicia acompañados por el alto brahmán, cuya participación en el proceso era necesaria para alcanzar un veredicto.

Las audiencias tenían lugar en el amplio y lujoso salón del trono, que se llenaba de nobles y cortesanos que acudían en masa al acto para dejarse ver ante Kumaragupta.

Madhuk no había estado antes en aquella privilegiada estancia y no pudo por menos que sobrecogerse por la magnificencia que desprendía. Las paredes de mármol, adornadas con delicados tapices que representaban todo tipo de escenas cotidianas, tenían incrustaciones de oro y gemas preciosas. De los incensarios repartidos por todos los rincones brotaban hebras de humo blanco, que perfumaban el ambiente e impregnaban el techo de una nube vaporosa que se escurría por las ventanas. Los comparecientes, escoltados por miembros de la guardia real, recorrían la galería formada por la doble hilera de pilares que recorría toda la sala y se situaban a una prudente distancia del trono para realizar sus alegatos. A ambos lados de la estancia, detrás de las columnas, se aglomeraban los asistentes pugnando por situarse en primera fila y gozar así de una mejor visión.

No solo el lugar lo impresionó, sino que también lo hizo el propio Kumaragupta, al que solo había visto con anterioridad en la comitiva

funeraria a lomos de su elefante. La imponente presencia del emperador resultaba intimidante, como si desprendiese un aura invisible más propia de un semidiós que de un hombre corriente.

Por el momento, Madhuk no hacía otra cosa que bostezar debido a la multitud de casos decididamente aburridos que se acumularon al principio. Varios mandatarios de pequeñas poblaciones habían desfilado ante el emperador para solicitarle la exoneración temporal del impuesto que estaban obligados a satisfacer, arguyendo causas muy diversas: malas cosechas, tierras que acababan de comenzar a explotar o la obra colectiva de irrigación que habían tenido que acometer y que les había dejado las arcas desiertas.

Kumaragupta exhibía un talante generoso y accedía una tras otra a todas las peticiones que le efectuaban sus humildes súbditos, que se lo agradecían arrojándose al suelo y deshaciéndose en halagos. Abhimanyu, que estaba sentado a su lado, aunque a un nivel inferior, ni siquiera había tenido que intervenir, puesto que la resolución de aquel tipo de mociones era potestad discrecional del emperador. No obstante, en el rostro del *purohita* se dibujaba una inequívoca expresión de contrariedad, como si le disgustara que Kumaragupta se mostrase tan magnánimo con su pueblo. A su derecha, dos secretarios judiciales provistos del listado de casos señalados para la vista dejaban constancia escrita de los dictámenes emitidos.

Poco después, las solicitudes se dieron por finalizadas y tocó el turno de los juicios penales propiamente dichos. En primer lugar, compareció un individuo acusado de matar a una vaca para comerse su carne. Aquel delito se consideraba extremadamente grave, debido al carácter sagrado que los hindúes le otorgaban a dicho animal. De la vaca viva todo era aprovechable: la leche y sus derivados para alimentarse, su fuerza de tiro para arar los campos, su orina como desinfectante y sus excrementos quemados como combustible y también como pavimento para los hogares tras elaborar una pasta mezclada con agua.

Aunque el acusado negó los hechos que se le imputaban, los restos de la vaca descuartizada se encontraron en su casa y varios testigos declararon haberlo visto robar el animal. Ante las abrumadoras evidencias, Kumaragupta emitió un veredicto de culpabilidad y le cedió la palabra al *purohita*, que se encargaría de imponer la pena correspondiente tomando como base las leyes que tan bien conocía.

—Para compensar el daño causado a su legítimo propietario, condeno al acusado a entregar diez vacas y un toro —dictaminó—. Y si no pudiese hacer frente a dicha sanción, deberá renunciar a la totalidad de su haber. —Se

trataba, sin duda, de un castigo ejemplarizante, pues el inculpado acabaría sus días en la más pura indigencia. Con todo, Abhimanyu no había dicho aún su última palabra—. Asimismo, para expiar un crimen tan abyecto, el condenado vivirá en medio de un rebaño de las mismas criaturas que ha deshonrado, con la cabeza rapada y vestido con la piel del ejemplar que mató. Además, durante el primer mes solo beberá agua de cebada hervida, con exclusión de cualquier otro líquido.

En la sala se levantó un murmullo de estupor por la contundencia de la pena impuesta por el *purohita*. El propio condenado comenzó a suplicar y gemir, pero los guardias se lo llevaron a rastras antes de que montase un escándalo.

De ahí en adelante, otros presuntos criminales fueron enjuiciados por delitos de toda clase y condición. Ante el rey comparecieron asaltantes de caminos, evasores de impuestos o estafadores de guante blanco que habían falsificado la moneda de curso legal. Abhimanyu continuó en la misma línea con que se había estrenado en la vista, aplicando a los procesados la pena más severa admitida por la ley. Kumaragupta no se sentía cómodo con el excesivo rigor de las condenas, que por otra parte tampoco parecía justificado, pero prefirió no inmiscuirse en la esfera de actuación del alto brahmán.

En realidad, el *purohita* no actuaba de aquella manera por casualidad, sino que lo hacía respondiendo a un plan preconcebido que esperaba rematar con el caso siguiente.

A continuación, los guardias hicieron entrar en la sala a Kumaresh y a su hijo Rashmi, que no pudieron evitar sentirse abrumados por la pompa y el boato que había a su alrededor. El niño tenía un aspecto famélico y lucía numerosas llagas por todo el cuerpo, pese a lo cual podía darse por satisfecho de haber sobrevivido durante todo aquel tiempo en una de las peores cárceles de la ciudad. Al menos, por fin iba a tener lugar el juicio que terminase de una vez por todas con aquella pesadilla. Rashmi cumpliría el castigo que le fuese impuesto y después regresaría con su familia a su rutina habitual.

Madhuk los reconoció al instante y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Qué delito podían haber cometido el sepulturero y su hijo? Aunque pobres, eran incluso más honrados que la mayor parte de la población.

Los guardias los mandaron detenerse a una distancia del trono más alejada de la habitual, debido a su condición de intocables. Kumaresh se postró ante el emperador evitando mirarlo a los ojos, comportamiento que su hijo no dudó en imitar.

—¿De qué se acusa a este hombre? —inquirió Kumaragupta.

—En realidad, es al niño al que se juzga —aclaró Abhimanyu poniéndose en pie y alzando la voz—. Ese miserable chandala osó tocarme cuando encabezaba la comitiva funeraria que atravesaba las calles de la ciudad.

El emperador asintió.

—¿Tienes algo que alegar? —le preguntó a Kumaresh, que a todos los efectos actuaba en representación de su hijo.

—Mi señor... —repuso tartamudeando—. Siendo precisos, no lo tocó, solo lo...

—¡Proyectó su sombra sobre mi cuerpo, que para el caso es lo mismo! —le interrumpió el *purohita* a voz en grito—. Por su culpa, para librarme de toda aquella impureza tuve que afrontar duras penitencias orando en el templo y recitando los más auspiciosos mantras a lo largo de varios días.

Teniendo en cuenta que los hechos no ofrecían lugar a dudas, Kumaragupta se limitó a confirmar el veredicto. Ya de por sí, el tiempo que Rashmi había pasado en la cárcel debía de constituir suficiente castigo. No obstante, seguramente Abhimanyu no se conformaría y, para reparar el desagravio que había sufrido, le impondría además una sanción pecuniaria o incluso algún tipo de castigo físico.

—Adelante —dijo Kumaragupta—. Decreta la pena que consideres oportuna y pasemos al siguiente caso.

El *purohita* se atusó la barba con una mano mientras con la otra se acariciaba el cordón sagrado que le caía sobre el pecho. La atención de toda la sala giraba en torno a él.

—Lo sentencio a muerte —resolvió—. Que mañana sea empalado tan pronto como salga el sol.

La audiencia ahogó una exclamación, secundada por el propio emperador, que se revolvió incómodo en el trono. Aunque la ley facultaba al *purohita* para imponer dicha pena, a nadie se le escapaba que dadas las circunstancias se trataba de un castigo desmedido.

Abhimanyu sabía muy bien lo que se hacía. A la presencia en la sala de nobles y cortesanos había que sumarle la de un puñado de sacerdotes brahmanes con enorme peso político que él mismo había invitado para que asistiesen a la vista. Pues bien, ante los rumores cada vez más insistentes que situaban a Padmabandhu por encima de él como el consejero más influyente del imperio, el *purohita* pretendía llevar a cabo una demostración pública de poder que restableciese su prestigio a ojos de todo el mundo. Harto de las políticas humanitarias del budista que abogaban por aplicar penas más

indulgentes a los condenados, él se alzaba para sostener lo contrario en un acto de rebeldía que ni siquiera Kumaragupta se atrevería a contradecir.

—¡Por favor, tenga compasión! —suplicó Kumaresh al borde del llanto—. ¡Pero si solo es un niño!

—¿Crees que me da alguna lástima? —replicó Abhimanyu—. Claro que es un niño, pero si ha nacido como chandala no quiero ni imaginarme las terribles violaciones del *dharma* que tuvo que haber llevado a cabo durante sus vidas anteriores. Y, por lo que veo, el karma que sigue acumulando lo conducirá, con toda seguridad, a renacer en su siguiente vida como una criatura sintiente, pero exenta de inteligencia. Si se reencarna en un perro o una vaca, ya será toda una dicha para él.

En ese momento, Padmabandhu emergió de la primera fila y se aupó al estrado donde se encontraba el trono del emperador.

—Tiene que impedirlo, mi señor —clamó—. ¡Considero la sentencia una atrocidad!

Kumaragupta resopló, visiblemente consternado. Aunque él tampoco quería aprobar aquella condena tan severa, carecía de argumentos para oponerse a la decisión del *purohita*. Con la ley sagrada en la mano, si un chandala tocaba a un integrante de la casta brahmán podía ser condenado a muerte, si bien rara vez solía llegarse tan lejos.

Abhimanyu estaba encantado por el modo en que se desarrollaban los acontecimientos. El propio Padmabandhu, al intervenir en defensa del chandala sin que su requerimiento tuviese la menor posibilidad de prosperar, estaba poniéndose en evidencia delante de todos. Después de aquello, la posición del consejero budista en la corte se vería debilitada, mientras que la suya saldría reforzada, lo que contribuiría a recuperar el crédito que durante los últimos tiempos había perdido a marchas forzadas.

Mientras Padmabandhu trataba de convencer en vano al emperador y Kumaresh suplicaba a lágrima viva por la vida de su hijo, Madhuk observaba los hechos con horror e impotencia. Desde su llegada a Pataliputra, el sepulturero había estado presente para ayudarlo en momentos clave de su vida: primero advirtiéndole del peligro que corría robando en el mercado y después permitiéndole alojarse en su propia casa cuando él lo había perdido absolutamente todo. Ahora deseaba con todas sus fuerzas devolverle el favor, pero no sabía cómo. ¿Qué podía hacer un simple estudiante y aprendiz de poeta para influir en un juicio presidido por el todopoderoso emperador? Fue entonces cuando una idea acudió a su mente como si el propio Bindusar se la hubiese susurrado al oído. Las interminables horas de estudio de los Vedas y

el resto de los textos sagrados que tanto empeño había puesto su padre y maestro en que aprendiera podían ahora serle de utilidad. Rebuscando en su memoria, Madhuk había dado con un argumento legal contenido en dichos textos que podía tratar de alegar para salvar la vida de Rashmi. Pero ¿cómo podía hacer que lo escuchasen? Si él lo intentaba por las buenas, no tendría la menor oportunidad.

Sin embargo, conocía a alguien que quizá accediese a hablar por él.

Madhuk se abrió paso a codazos entre los asistentes al acto hasta situarse en primera fila, a escasos metros del consejero budista.

—¡Padmabandhu! —lo llamó.

El monje se dio la vuelta y distinguió a un muchacho que hacía aspavientos con las manos para que se acercase hasta él.

—¿Qué quieres? —le preguntó tras descender del estrado.

—¿Se acuerda de mí? Soy Madhuk, el hijo adoptivo de Bindusar. Nos conocimos en la universidad de Nalanda, cuando el maestro le llevó un ejemplar del Mahabharata que él mismo había transcrito a lo largo de muchos años.

Padmabandhu lo reconoció al cabo de un instante, sin poder disimular su sorpresa al encontrárselo allí. No obstante, no había tiempo para explicaciones. Madhuk se inclinó hacia delante y le transmitió en voz baja el subterfugio legal que se le había ocurrido para defender al hijo de Kumaresh.

—Gracias —se limitó a contestar el budista, que regresó a toda prisa al estrado para intervenir.

Kumaragupta no había refrendado aún la pena impuesta por Abhimanyu. Antes, le concedió de nuevo la palabra a Padmabandhu, que al parecer tenía algo importante que decir.

—Es cierto que por el hecho que se le imputa el acusado podría ser sentenciado a morir. —Aunque el budista se expresaba de forma comedida, tanto sus gestos como sus palabras comunicaban una fuerte carga de convicción—. Sin embargo, desde mi punto de vista, dicha pena solamente sería aplicable a los hombres y mujeres adultos, pero en todo caso jamás a los niños.

—La ley no lo especifica —replicó el *purohita*—. Por tanto, queda a mi criterio su interpretación. Y espero que no se te haya olvidado con quién estás hablando, yo soy el primero de los brahmanes del reino y un hombre santo a ojos de toda la población.

—No lo pongo en duda —dijo Padmabandhu—. Con todo, bastaría con acudir al *Manava Dharma Sastra*^[33] para dilucidar la cuestión.

—¿De qué hablas?

—El referido texto admite torturar a los acusados sobre los que exista una fuerte presunción de culpabilidad, ya se trate de hombres o mujeres. Pero, a continuación, enumera una serie de excepciones a esta regla general: los brahmanes, los niños, las mujeres embarazadas, los ancianos, los enfermos y los locos. —El consejero budista hizo una pausa para que el contenido de su mensaje calase entre los presentes—. En consecuencia, la conclusión de todo ello es muy sencilla. Si el *Manava Dharma Sastra* prohíbe que los niños sean sometidos a tortura. ¿Tiene acaso algún sentido que al mismo tiempo se los pueda condenar a muerte?

Abhimanyu apretó las mandíbulas con rabia, notando el sabor de su propia bilis en los labios.

—¡Lo que dices es ridículo! —gritó—. ¡Mezclas unas cosas con otras y las sacas de contexto! ¡Manipulas los textos sagrados a tu antojo sin ningún tipo de rigor!

Padmabandhu sabía que el *purohita* estaba en lo cierto y que, pese a la aplastante lógica de su razonamiento, desde un punto de vista académico resultaba inapropiado acomodar determinados preceptos de un texto a unos hechos de naturaleza radicalmente distinta. El propio Kumaragupta, debido a la exquisita formación que había recibido, también se había dado perfecta cuenta de ello. Y, sin embargo, no le importó. Aquella era la excusa que necesitaba para refutar la condena impuesta por Abhimanyu y evitar así que la muerte de ese niño recayese sobre su conciencia.

El sacerdote hindú y el monje budista se habían enzarzado en una lucha dialéctica que se había trasladado al resto de la sala, donde unos y otros discutían acerca de la cuestión. El emperador se puso en pie y extendió los brazos para hacerlos callar a un tiempo. Un expectante silencio se apoderó del salón del trono.

—Padmabandhu tiene razón —dictaminó—. El acusado no puede ser condenado a muerte. Considero, además, que el tiempo que ha pasado en prisión ya ha supuesto castigo suficiente. Así pues, ordeno su inmediata liberación.

Pese a su altura, el *purohita* pareció encoger de repente como si hubiese envejecido diez años en apenas un minuto. Su plan había fracasado con estrépito, había obtenido el resultado contrario al que había pretendido. El emperador no solo lo había desautorizado delante de todo el mundo, sino que al mismo tiempo había confirmado a Padmabandhu como su consejero principal.

Abhimanyu abandonó la estancia derrotado, sabedor de que no volvería a recuperarse de un golpe semejante.

Mientras los guardias conducían a Kumaresh fuera de la sala, este buscó a Madhuk con la mirada para agradecerle con una sonrisa lo que acababa de hacer por él. El muchacho le devolvió el gesto, aliviado por el feliz desenlace de los hechos, sin cuya intervención habrían terminado, a buen seguro, de manera muy distinta.

6

Tan solo dos días después de la controvertida audiencia pública, la presión sobre Abhimanyu para que renunciase a su cargo como primer brahmán del reino había alcanzado su punto de mayor tensión.

Aunque todos en la corte habían sido testigos del humillante episodio de que había sido víctima, acabaron siendo sus propios compañeros —otros sacerdotes brahmanes de reconocido prestigio—, quienes lo presionaron para que dejase el puesto de *purohita* en beneficio de una cara más joven y mejor conocedora de la cambiante realidad social. Sin duda alguna, hacía falta renovar el cargo para poner al frente de él a un candidato menos apegado al viejo brahmanismo centrado en los rituales de sacrificio, en beneficio del nuevo hinduismo que arrasaba entre las clases populares, basado en el rito central de la ofrenda, que además de en los templos cada vez se realizaba también con más frecuencia en la intimidad del hogar. Con bastante probabilidad, un *purohita* adaptado a los nuevos tiempos podría recuperar más fácilmente la confianza de Kumaragupta y podría, así, ejercer sobre él una influencia mayor.

Su destino pendía de un hilo y Abhimanyu llegó a la conclusión de que solo el emperador podría evitar su caída. Si este lo respaldaba, acallaría de un plumazo las voces que se habían alzado en su contra. Para lograrlo, Abhimanyu mantuvo una conversación con Kumaragupta, en la cual apeló al vínculo que los unía como maestro y alumno, a su condición de hombre santo y a su dedicación absoluta al cargo desde su nombramiento en tiempos de su padre, Chandragupta II.

La respuesta que recibió de Kumaragupta, sin embargo, solo sirvió para hundirlo en el fango aún más si cabía.

—No insistas, Abhimanyu. Mi decepción es total —manifestó—. Pese a tu discreción, recientemente he descubierto que cada cierto tiempo visitas un

prostíbulo donde satisfacés tu afición por las jovencitas que aún no han perdido su virginidad...

La información se la había proporcionado Anumita escasas fechas atrás. Durante los preparativos para la comitiva funeraria, la enana había sospechado del extraño comportamiento de Sarasvati, empeñada en ocultarse de la vista del *purohita*. Después fue cuestión de tiempo ganarse la confianza de la muchacha hasta conseguir sonsacarle la verdad.

—No es cierto, yo... —Su primera reacción fue la de negarlo, pero Abhimanyu se dio cuenta de que no tenía sentido. Lejos de apoyarlo, parecía claro que el emperador también estaba invitándolo a firmar su renuncia.

Finalmente, no le quedó más remedio que aceptar que su larga etapa como *purohita* había concluido.

Al principio, Abhimanyu se encerró en su alcoba durante cuarenta y ocho horas seguidas, durante las cuales no dejó de llorar como un niño solo y asustado. Cuando salió, su ánimo era otro muy distinto. Había tomado una decisión para la que ya no había marcha atrás. Se vistió con harapos, se hizo con un báculo y un tazón de limosnas y abandonó para siempre el recinto de palacio para iniciar su vida como *sannyasin*. A partir de ahí, emprendería un largo peregrinaje hacia los montes del Himalaya, donde habitaría una cueva hasta el final de sus días, durmiendo en el suelo desnudo y alimentándose de raíces, dedicado por completo al ascetismo y la meditación.

Kumaragupta accedió al templo de palacio y pasó junto a una sala donde los cortesanos se reunían para escuchar los poemas épicos, los *puranas* y otros textos sagrados que un sacerdote brahmán recitaba a diario, casi sin descanso a lo largo de toda la jornada.

El corazón del lugar era el santuario situado al fondo, el hogar de Visnú, considerado como el dios principal del templo. No obstante, antes de hacerle una ofrenda, el emperador se dirigió primero a una cámara adyacente en la que se había instalado un tanque de agua donde llevar a cabo las abluciones rituales, que se habían convertido en parte esencial de las prácticas religiosas. En el hinduismo, al agua se le atribuye un indiscutible poder de purificación.

Kumaragupta se descalzó, se sentó al borde del tanque e introdujo los pies en el agua emitiendo un suspiro. Se encontraba completamente solo y aprovechó para saborear aquella sensación de paz que la situación le ofrecía. Sin embargo, no le duró mucho. Una segunda persona entró en la estancia y lo imitó acomodándose a su lado.

Era Bhanugupta, su hermano.

—Casi me atrevería a decir que me sorprende verte en el templo — articuló a modo de saludo.

—¿De qué hablas? Jamás he desentendido mis obligaciones religiosas.

—Pues se rumorea que pronto te convertirás en un seguidor de las doctrinas del Buda.

Bhanugupta empapó su bigote con unas gotas de agua y se pasó los dedos por las puntas para dejarlas hacia arriba.

—Aunque admiro profundamente a Padmabandhu, soy demasiado mayor para renunciar a mis creencias de toda la vida —explicó Kumaragupta—. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Me alegra oírlo. Por otro lado, todavía no sé cómo tomarme la repentina marcha de Abhimanyu.

—Ha renunciado al cargo y se ha marchado por voluntad propia.

Bhanugupta se sonrió ligeramente.

—Yo no estuve presente, pero tengo entendido que lo humillaste en la última vista pública. Y, para entonces, su posición ya era bastante débil.

—Yo solo me limité a tomar la decisión que consideré más justa.

—Tergiversando la ley sagrada.

—Interpretándola del mejor modo que supe...

El emperador se enjugaba los pies con cierta parsimonia.

—Abhimanyu era una pieza muy valiosa —repuso Bhanugupta—. Atesoraba una enorme experiencia.

—Un cambio tampoco nos vendrá mal. El nuevo *purohita* aportará ideas más frescas. Un enfoque distinto.

—¿Cuándo lo elegirán?

—No lo sé. Los sacerdotes aún están en ello. Pronto.

Instantes después, una tercera persona entraba en la cámara. Ambos hermanos se giraron sin poder ocultar su desconcierto al reconocer a Dattadevi cruzar el umbral de la puerta, envuelta en aquel halo de belleza que siempre la perseguía. Su presencia en aquel lugar resultaba extraña, pues ella solía acudir a la amplia capilla instalada en el recinto del harén para cumplir con sus deberes religiosos.

Bhanugupta agilizó sus abluciones para marcharse cuanto antes de allí. No tenía el menor deseo de presenciar lo que se adivinaba como una discusión entre el emperador y su primera esposa.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Kumaragupta.

Dattadevi lo ignoró y avanzó unos pasos hacia donde se encontraban los dos hombres, situados de espaldas a ella. Sus ojos brillaban como brasas encendidas y en sus pupilas se reflejaba una furia irracional. De repente, la reina extrajo un cuchillo que escondía bajo el sari y, blandiéndolo con ambas manos, lo alzó por encima de la cabeza haciendo acopio de todas sus fuerzas, para acto seguido clavárselo a Bhanugupta a la altura de la nuca. Todo ocurrió tan deprisa que Kumaragupta no pudo hacer nada por evitarlo, salvo observar el atroz crimen como si se tratase de una pesadilla.

Bhanugupta sintió un dolor salvaje mientras la hoja del puñal se le hundía atravesando carne, tendones y los huesos del cráneo. Los ojos se le pusieron en blanco y de su boca emanó un lánguido suspiro. Una vez hincado hasta el fondo, Dattadevi tiró hacia atrás del cuchillo hasta lograr sacarlo del todo con extrema limpieza. En ese momento, el tronco de Bhanugupta cayó hacia atrás y se estrelló contra el suelo de mármol, al tiempo que un reguero de sangre le brotaba de la cerviz y un amplio charco se le formaba alrededor de la cabeza. Sus pies aún colgaban en el agua, mientras su mirada vacía y lejana apuntaba hacia el techo abovedado.

Kumaragupta se alzó a toda prisa, contemplando horrorizado el cuerpo sin vida de su hermano tendido en el suelo. Luego miró a la causante de semejante insensatez. El pecho de Dattadevi se agitaba arriba y abajo, las manos le temblaban frenéticamente y los ojos se le llenaban de lágrimas, que le rodaban por las mejillas.

—¿Pero qué has hecho?! —exclamó el emperador.

—¡Él mató a nuestra hija!

—¿Qué dices? ¿Acaso te has vuelto loca?

—Ya te dije que Rudrabhiravi no se suicidó. Y también te prometí que no descansaría hasta encontrar al culpable.

—¿Y en qué te basas?

—Una *ganika* lo vio con ella poco antes de su muerte.

Kumaragupta, escéptico, se cubrió el rostro con las manos.

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿Un único testimonio? Si un hombre se hubiese introducido en el harén... ¿cómo te explicas que nadie más lo viese? ¿Y el resto de las concubinas? ¿Y Purumitra? ¿Y qué decir de los guardianes de la puerta?

Dattadevi apretó los dientes hasta hacerlos chirriar.

—¡No seas ingenuo! —bramó—. Bhanugupta no era un hombre cualquiera. ¡Era el *mahamantrin*! ¡El hermano del emperador! Tenía poder

para infundir tanto miedo como quisiera, y riquezas para comprar voluntades a su antojo.

—¿Y se puede saber por qué Bhanugupta querría matar a su sobrina?

—Eso es lo siguiente que me propuse averiguar. Y no me costó dar con la clave en cuanto me puse al día de la situación política de la nación y las medidas que tu hermano había defendido en contra de tu criterio. —Dattadevi señaló a Kumaragupta con la mano que no sostenía el cuchillo—. Bhanugupta siempre fue partidario de combatir a los *pushyamitras* para darles una lección que sirviese de escarmiento al resto de los reinos vasallos del imperio. Tú, en cambio, preferiste solventar el problema pactando un matrimonio que uniese ambos linajes. Sin embargo, muerta Rudrabhiravi, el trato se hizo añicos y tu hermano tuvo por fin vía libre para hacer la guerra por la que siempre había apostado.

Kumaragupta negaba con la cabeza, rehusando aceptar aquella versión de los hechos.

—Es demasiado retorcido —repuso—. De cualquier manera, si tan segura estabas de tu teoría, ¿por qué no lo denunciaste?

—¿De verdad crees que se habría llegado a hacer justicia? A Bhanugupta le habría bastado con mover algunos hilos para salirse con la suya. ¿Qué trabajo le habría costado intimidar a la única testigo que lo sitúa en el lugar de los hechos?

—Si hubieses acudido a mí, yo me habría encargado de haberla protegido. Ya de poco importa. Tendrías que haberle dado a Bhanugupta la oportunidad de defenderse. Ahora que está muerto, nunca sabremos si tenías o no razón.

Dattadevi resopló en un claro signo de cansancio y hastío.

—Primero te convencieron para creer que tu hija fue capaz de quitarse la vida y después te niegas a reconocer que fue tu propio hermano el monstruo que se la arrebató.

—Bhanugupta no era ningún santo, de eso estoy seguro. Pero más allá de tus palabras, no hay ninguna evidencia de lo que dices. —Kumaragupta dio un paso al frente. Aunque la reina estaba armada, no lo intimidaba en absoluto—. En realidad, la única asesina de cuya culpabilidad no tengo la menor duda eres tú. Y esta vez me aseguraré de que pagues por tus delitos.

Una risa amarga brotó de la garganta de Dattadevi.

—Ya es tarde para eso. Una vez que he vengado a mi hija, ya puedo marcharme tranquila de este mundo sin que nada me ate a él.

Y, dicho esto, la reina asió el puñal con ambas manos y se lo clavó en el estómago hasta la empuñadura, sin vacilar lo más mínimo. No contenta con la

incisión, ella misma se desgarró el abdomen con saña hacia uno y otro lado, dejando a la vista parte de sus vísceras. Acto seguido, aún alcanzó a dar unos cuantos pasos hasta llegar al borde de la piscina, desde donde se dejó caer en ella. El agua emitió un estallido cuando el cuerpo impactó contra la superficie, que segundos después comenzó a teñirse de rojo con la sangre de la que hasta entonces había sido una de las mujeres más hermosas del imperio.

Kumaragupta, todavía conmocionado, contempló los cuerpos de su hermano y su primera esposa al tiempo que sentía un escalofrío como si el mismo Yama hubiese visitado en ese instante la estancia para llevarse las almas de ambos fallecidos.

7

En cuanto se conoció el fallecimiento de la primera reina consorte y el *mahamantrin*, la rutina de palacio estalló en pedazos y todos sus moradores dejaron de lado los quehaceres diarios para averiguar todo lo posible acerca del suceso.

Las primeras noticias eran confusas y, si bien nadie tenía muy claro lo que había pasado, las voces más autorizadas hablaban de que ambos habían sido víctimas de una muerte violenta. Nobles, cortesanos y sirvientes deambulaban de un sitio para otro como gallinas sin cabeza, tratando de confirmar qué había de cierto en los rumores que apuntaban a un despiadado asesinato cometido en el interior del templo de palacio.

La noticia también llegó al harén y provocó el mismo efecto que en el resto de la ciudadela. Sarasvati, sin embargo, vio en aquel caos la oportunidad que andaba buscando para protagonizar una nueva escapada que guiara sus pasos hasta el torreón de Cidambara, donde el astrólogo se encerraba durante la mayor parte del día.

Con el fin de pasar inadvertida, Sarasvati se arregló con lo justo para no ser reconocida a simple vista como una *ganika*. Se atavió con su vestido menos llamativo, prescindió del usual cargamento de brazaletes, gargantillas y anillos, y se aplicó kohl en los ojos, lo suficiente como para proporcionarle un aspecto atractivo, pero sin recargarse en exceso. A los guardias de la entrada los sobornó de la misma manera que la vez anterior, y poco antes de la puesta de sol se encontró recorriendo los jardines del exterior, en dirección a las entrañas de palacio.

Sarasvati accedió al interior por una puerta lateral poco vigilada y enseguida se vio sumergida en una madeja de corredores y escalinatas que comunicaban las infinitas estancias que conformaban aquel inmenso edificio. Más allá de que se hallaba en la planta superior, Sarasvati desconocía la ubicación exacta de su destino. Por tanto, se dedicó a subir cada escalera con que se topaba a lo largo del camino, esperando reducir cada vez más la distancia que la separaba de su meta.

Hasta el momento, los centinelas con que se cruzaba se limitaban a dejarla pasar de largo, a no ser que pretendiese entrar en una sala de acceso restringido, en cuyo caso Sarasvati se disculpaba y se marchaba cuanto antes de allí. Algo parecido ocurría con los demás moradores de palacio. De entrada, la miraban con cierta curiosidad, pero debido a que tenían cosas más importantes en las que pensar se olvidaban rápidamente de ella. Con todo, la joven *ganika* sabía que no podía seguir vagando sin rumbo fijo, pues de ese modo se demoraría una eternidad en encontrar la guarida del astrólogo, si es que alguna vez lo hacía. Tendría que preguntar, aunque aquello implicase asumir más riesgo del deseado. El problema era que nadie le inspiraba la suficiente confianza como para dar aquel paso. Sarasvati temía delatarse si abordaba a la persona equivocada, por haber salido del serrallo sin permiso.

Fue entonces cuando un niño apareció doblando una esquina, sin nadie que lo acompañase. Fruncía los labios y caminaba con los brazos cruzados, como si se sintiese disgustado por alguna razón. Era Skandagupta, el hijo del emperador. Sarasvati lo conocía bien porque su madre solía llevarlo consigo cada vez que acudía al harén, cosa que hacía bastante a menudo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó cuando llegó a su altura.

—Odio que me traten como si fuese un niño.

—¿Y eso por qué?

—Se creen que no me entero de nada, pero sé muy bien que han matado a mi tío.

Sarasvati se quedó pensativa durante unos segundos.

—Algo he oído, aunque solo son rumores.

—¿Y por qué no quieren contármelo?

—Bueno, tratándose de algo tan importante, tal vez hayan decidido que sea tu propio padre quien te dé la noticia.

Aquella explicación satisfizo a Skandagupta, que adoptó una actitud algo más cordial.

—Además, me he dado perfecta cuenta de que ya no eres ningún niño — continuó diciendo Sarasvati—. De hecho, me he perdido y necesito tu ayuda.

¿Sabes cómo llegar a la torre del astrólogo?

El heredero esbozó una sonrisa, tomó la mano de la muchacha y después tiró de ella liderando la marcha a buen paso. Mejor incluso que darle indicaciones, Sarasvati se dio cuenta de que el crío se había propuesto guiarla hasta su destino, para convencerla así de la hombría que todos parecían negarle.

Desde luego, Skandagupta demostró conocerse el palacio como la palma de su mano, y en menos de cinco minutos se plantaron en el rellano de una escalera de caracol, al final de cuyo último escalón se hallaba el torreón de Cidambara.

—Sin tu ayuda, nunca habría llegado hasta aquí —le agradeció la muchacha—. Pero ahora deberías volver con tu madre. Seguro que Savitridevi estará preocupada por ti y ya habrá mandado a buscarte.

—Bueno, vale... —repuso el heredero encogiéndose de hombros y dándose la vuelta.

—Espera, tengo algo para ti. —Sarasvati extrajo una golosina que guardaba en el bolsillo, que el niño le arrebató de las manos con la misma avidez que uno de esos macacos acostumbrados a robar fruta en el mercado—. Pero no le cuentes a nadie que te la he dado.

Sarasvati lo observó marcharse y, antes de ascender el primer peldaño que anticipaba el final del trayecto, aspiró una bocanada de aire para calmar los nervios que la aterían. Solo si interpretaba su papel a la perfección, obtendría aquello que había ido a buscar.

La muchacha ascendió por la escalera de caracol y se detuvo en el umbral de la puerta que franqueaba el paso a la cámara del astrólogo. Se asomó y enseguida lo localizó inclinado sobre un escritorio, revisando una serie de cálculos que él mismo había plasmado sobre unas hojas de palma.

—Cidambara... —murmuró.

El hombre se sobresaltó y se llevó la mano al pecho en un acto reflejo. Sin embargo, se repuso de inmediato en cuanto reconoció en el inesperado visitante a la sensual *ganika* que poco tiempo atrás se había mostrado tan interesada en él.

—Lo siento. ¿Te he asustado?

—En absoluto. Es que no te había oído llegar.

Sarasvati se adentró en la estancia con paso firme.

—Nadie sabe que estás aquí, ¿verdad?

—No, he tenido mucho cuidado para que mi presencia fuera del recinto del harén pasase inadvertida. Además, el revuelo que se ha formado debido a

la tragedia de la que todo el mundo habla me ha puesto las cosas más fáciles.

—Toda una desgracia —corroboró Cidambara—. La primera reina consorte ha matado al *mahamantrin* y después ella misma se ha quitado la vida.

Sarasvati palideció durante unos instantes. No se le escapaba que las respuestas al interrogatorio de que fue objeto por parte de Dattadevi habían tenido mucho que ver con el desenlace de los hechos.

—Oh, de modo que eso es lo que ha pasado.

—Así es, me informaron tan pronto como se tuvo confirmación oficial del suceso.

Cidambara no perdía ocasión para presumir de la posición de privilegio que ocupaba dentro de la corte.

—¿Y un acontecimiento tan dramático no podía haberse vaticinado? —inquirió Sarasvati.

—Es posible, pero yo tengo que ocuparme de los augurios que afectan al emperador así como a su hijo, además de otros asuntos de naturaleza muy diversa acerca de los cuales me preguntan constantemente. Por otra parte, determinados sucesos son tan inesperados que ni siquiera a través de una minuciosa lectura del firmamento pueden predecirse.

Sarasvati se situó a escasos centímetros del astrólogo, que comenzó a sentir un ligero cosquilleo en la entrepierna producto de la lujuria que sin quererlo iba poco a poco apoderándose de él.

—Claro, la astrología es complicada...

—Lo es. Aun así, estoy seguro de que hoy podré enseñarte algunos conceptos básicos para que vayas aprendiendo. —Cidambara sonrió, dejando entrever su mugrienta dentadura—. Cuando oscurezca del todo, podemos subir a mi modesto observatorio, desde donde te mostraré cuáles son las estrellas más importantes.

Sarasvati juntó las manos a la altura del pecho.

—¡Eso me encantaría!

—Pero, hasta entonces... quizá podamos emplear el tiempo de otra manera —sugirió, dirigiendo su mirada hacia el rincón más apartado de la cámara, donde había un lecho dispuesto en el suelo, que utilizaba las noches en que se quedaba escudriñando el cielo hasta altas horas de la madrugada.

Sarasvati fingió sonrojarse, como si la insinuación deslizada por el astrólogo le resultase demasiado atrevida. No obstante, enseguida se hizo con las riendas de la situación. El éxito o el fracaso de su empresa se decidiría en los próximos minutos.

A continuación, tomó la mano de Cidambara y ella misma lo condujo hasta el lecho, haciendo contonear sus caderas como si danzase al compás de una melodía que solo ella pudiese oír. Con un sutil gesto lo invitó a tumbarse, mientras ella permanecía en pie y se desprendía, una a una, de las diferentes prendas que le cubrían el cuerpo. Al contemplarla desnuda, al astrólogo se le aceleró ostensiblemente el ritmo de los latidos.

—Dime una cosa... —terció Sarasvati—. ¿Alguna vez te equivocas en tus predicciones?

—Bueno... Puede ocurrir de vez en cuando —replicó Cidambara deseando poner fin a la conversación para pasar a otros menesteres—. No siempre es posible tener en cuenta todos los factores intervinientes en el proceso. Y, aunque rara vez sucede, admito que en el pasado también he cometido algún que otro error de cálculo. De cualquier manera, todo el mundo sabe que la astrología no es una ciencia exacta.

Sarasvati se acomodó al lado del astrólogo y, con extrema delicadeza, le sacó el *lingam* con la mano derecha, mientras con la izquierda comenzaba a acariciarle los testículos. De los labios de Cidambara brotó un suspiro de gozo tan intenso que podría haber competido en potencia con el barrito de un elefante.

—Y cuando te equivocas... ¿Pueden llegar a castigarte por ello?

—No, en absoluto —repuso con la voz entrecortada, debido a los escalofríos de placer que le surcaban todo el cuerpo—. Es inevitable y, de cualquier manera, mi porcentaje de aciertos es lo bastante elevado como para haberme ganado el respeto del emperador y el resto de las autoridades.

La *ganika* se inclinó sobre el miembro erecto de Cidambara y, sin dejar de mirarlo a los ojos, deslizó la lengua por su glande al tiempo que en su fuero interno reprimía una sonora carcajada. De acuerdo con la clasificación que usaban en el burdel de Madunisha, el astrólogo era sin duda un hombre-liebre... y de los más escasamente dotados que había conocido.

—Teniendo en cuenta lo que me has dicho, me gustaría pedirte un favor —dijo Sarasvati interrumpiendo la felación durante un instante.

—¿Qué favor?

—Poca cosa, algo tan sencillo que no te supondrá el menor esfuerzo. Pero si haces lo que te pido, te prometo que tendremos muchos más encuentros como este.

—Vale, lo que tú digas... Pero sigue, por favor. No te pares ahora...

Una hora más tarde, Sarasvati abandonaba el torreón de Cidambara exhibiendo una sonrisa triunfal tras haber obtenido lo que quería con muchas menos dificultades de las que había previsto en un principio.

Ya había anochecido y esperaba que aquella circunstancia favoreciese su regreso al harén sin sorpresas de última hora. Los pasillos aparecían menos concurridos, y aquellos con que se cruzaba pertenecían principalmente al personal de servicio. Los centinelas apostados en diferentes puntos de palacio le dedicaban miradas lascivas, pero no hacían preguntas ni tampoco interferían en su camino. Además, hallar una salida que comunicase con los jardines resultaba mucho más sencillo que hacer el trayecto en sentido contrario.

Con todo, de pronto una mano la asió tras doblar un pasillo, sujetándola con firmeza. El corazón de Sarasvati dejó de bombear sangre por espacio de un segundo. La respiración se le cortó de repente e inconscientemente tuvo que hacer un esfuerzo para controlar sus esfínteres. Convencida de que había sido descubierta, Sarasvati creyó que todo lo que había hecho hasta el momento no había servido finalmente para nada. Hasta que, para su infinito alivio, se dio cuenta de que al otro extremo de la mano que la había aferrado se perfilaba el rostro de su querido hermano Madhuk.

Ambos se fundieron en un abrazo y luego se contemplaron el uno al otro, dichosos de reencontrarse de nuevo después de haber permanecido durante tanto tiempo separados. En realidad, Sarasvati ya sabía que Madhuk residía en palacio, porque este le había hecho llegar un mensaje a través de la red de sirvientes de la que su amigo Kharanshu formaba parte. De hecho, el encuentro no había sido fortuito. A oídos de Madhuk había llegado el soplo de que la *ganika* de la que estaba enamorado —aquel era el pretexto de que se había valido para justificar su interés en ella—, había salido del harén aquella tarde y se había adentrado en palacio.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —repuso Sarasvati.

—Pues salgamos afuera. No tenemos tiempo que perder.

La amplitud de los jardines les ofrecía numerosos lugares apartados donde esconderse, amparados además por el manto de oscuridad que ya se extendía sobre sus cabezas. En primer lugar, los dos hermanos pusieron en común los pasos que cada uno de ellos había dado por separado, para la consecución del fin último que los había llevado a la capital del Imperio gupta. Ambos habían realizado considerables progresos que, tras un análisis pormenorizado, los

llevaron a concluir que se encontraban mucho más cerca de su objetivo de lo que podían haberse imaginado.

Después se dedicaron a planificar la estrategia conjunta para las fechas más inmediatas del calendario. Tan solo faltaban algunos detalles para rematar el plan en el que tanto tiempo y energía habían empleado. En cuanto todas las piezas encajasen en su sitio, tendrían que actuar... con la diferencia de que esta vez les tocaría hacerlo a cara descubierta.

Madhuk se palpó el costado derecho, donde lucía tres marcas correspondientes a tres quemaduras que le hicieron siendo un niño pequeño, hacía ya diez años, cuando todavía respondía al nombre de Kalu y vivía en las profundidades de la selva que formaban parte del reino de los *sakas*. Ni él ni Sarasvati —llamada Libni en aquel tiempo— eran capaces de olvidar por un solo día el atroz asesinato de sus padres ni el exterminio de toda su aldea que las tropas del Imperio gupta habían perpetrado con total impunidad.

CAPÍTULO DÉCIMO



«Descubrirás que el deseo de alcanzar la gran liberación es el medio por excelencia. Cuando te sientas embargado por dicho anhelo, no necesitarás nada más. Pero si es débil tu deseo, ¿de qué te servirá tener miles de medios? Por consiguiente, el medio más importante para alcanzar la liberación es únicamente anhelar alcanzarla».

Tripura Rahasya 20.78-79.

Tras escapar de la matanza que Shakraditya había llevado a cabo, así como del posterior incendio de la aldea, el grupo de niños supervivientes — Kalu y Libni, los mellizos Bair y Baru, y Lohith «el Tuerto»—, se adentró en la selva por su cuenta y riesgo para intentar salvar la vida.

El plan consistía en llegar a un poblado vecino para advertirles de lo ocurrido y que al mismo tiempo se ocupasen de ellos. De lo contrario, no se les escapaba que apenas tendrían la menor oportunidad de sobrevivir. Por desgracia, no conocían el camino y se dedicaron a deambular sin rumbo fijo a través de la jungla, rodeados de un sinfín de amenazas a cada cual más peligrosa.

Transcurridas las primeras veinticuatro horas desde su partida, más allá de que seguían con vida, el balance no podía ser peor. No habían comido nada, excepto unas bayas amargas, y ni siquiera habían encontrado agua para beber. Por la noche el frío los había mortificado, y a punto habían estado de perecer bajo las fauces de un leopardo, que finalmente decidió ignorarlos porque acababa de saciar su apetito con una gacela.

Con todo, la cruda realidad aún no había mostrado su cara más cruel.

Lohith «el Tuerto» fue el primero en caer, tras sufrir un aguijonazo en un pie, obra de un escorpión que había actuado por instinto al sentirse amenazado. El letal veneno atacó el sistema nervioso del muchacho, lo que provocó su muerte al cabo de unas horas.

A aquella desgracia se le sumó la que protagonizaron los mellizos a la jornada siguiente, cuando se acercaron a la orilla de un río para calmar la sed. De repente, un cocodrilo emergió de las aguas y capturó a Bair, al que arrastró río adentro para devorarlo. Kalu y Libni huyeron en dirección contraria para intentar ponerse a salvo. Sin embargo, Baru se quedó completamente paralizado, incapaz de asumir la trágica suerte que su hermano acababa de correr. Acabó pagando caro aquel descuido, pues otro cocodrilo no quiso desaprovechar el regalo y se lo llevó también a él.

Tres días después de haber huido del poblado en llamas, los únicos supervivientes que quedaban eran los hijos de Dhanu.

Uno y otro se hallaban al límite de sus fuerzas. Libni, en particular, se negó a continuar tras soportar una caminata de varias horas sin apenas descanso. Kalu también estaba desesperado y ambos se limitaron a dejarse caer al pie de un árbol, sumidos en un constante lloriqueo que los había acompañado durante buena parte del camino. Unos chillidos, sin embargo, los

pusieron de nuevo en alerta, hasta que se dieron cuenta de que se trataba de una manada de monos que moraba en la espesura.

Los primates descendieron al nivel del suelo, sin ocultar su sorpresa por la presencia de aquellos seres extraños. Kalu y Libni se dejaron olisquear y reaccionaron con amabilidad a las muestras de curiosidad de que eran objeto por parte de los monos. Entonces uno de ellos realizó un gesto que lo cambió absolutamente todo: ofrecerles un plátano.

A partir de ahí, los niños trataron de no separarse de los macacos, que poco a poco fueron aceptándolos como parte del grupo. Kalu y Libni adquirieron una gran habilidad para trepar por las ramas de los árboles, y con el tiempo aprendieron a imitar sus muecas y sonidos, a través de los cuales lograron comunicarse con ellos. Se acostumbraron a dormir en hojas de plátano, llevaban la misma dieta alimenticia que los primates y se desplazaban con la manada a dondequiera que esta fuese.

De haber conocido aquel particular retal de su pasado, al maestro no le habría extrañado nada la escena protagonizada por Madhuk en el mercado, cuando fue capaz de recuperar su valioso ejemplar del Mahabharata que un mono le había arrebatado de las manos, tras serpentear entre cornisas, terrazas y azoteas. Pese al tiempo transcurrido, Madhuk no había olvidado el lenguaje de los macacos, sin el cual le habría sido imposible hacerse con el libro.

Del mismo modo, la reacción de Sarasvati en la capilla del harén cobraba ahora todo su sentido. A la muchacha le habían preguntado acerca de su divinidad hindú predilecta, cuando en realidad ella no tenía ninguna porque ni siquiera las conocía. Sin embargo, tan pronto como vio a Hanumán, el dios mono, inmediatamente se sintió identificada con aquella deidad que representaba al animal que siendo una niña pequeña le había salvado la vida.

Kalu y Libni convivieron con la manada de monos durante seis meses, hasta que un indígena que se tropezó con ellos por casualidad los rescató. Por fortuna, los hermanos habían seguido hablando entre ellos durante el tiempo que permanecieron aislados, de manera que ambos pudieron reintegrarse con normalidad a la vida con otros seres humanos, sin que se hubiese visto afectado en modo alguno el desarrollo cognitivo de ninguno de los dos.

El poblado al que los llevaron no pertenecía a su misma etnia tribal, aunque sus costumbres eran muy parecidas. Sin darse cuenta, habían recorrido una distancia tan grande junto a los primates que se habían alejado considerablemente de su punto de partida. Con todo, incluso hasta allí habían llegado las noticias de la terrible masacre que las tropas del Imperio gupta

habían llevado a cabo entre la población aborigen en la región perteneciente al reino de los *sakas*.

Al parecer, el exterminio de la aldea de Dhanu no había sido suficiente y Shakraditya había destruido de la misma manera otros muchos poblados que también habían rehusado ponerse a su servicio. En total, se decía que el cruento general podría haber acabado con la vida de decenas de miles de indígenas, todos ellos de signo pacífico.

Una vez adoptados por aquella tribu, Kalu y Libni recibieron nuevos nombres —Madhuk y Sarasvati— que asumieron como suyos con total convicción. De hecho, deseosos de olvidar su pasado, jamás le contaron a nadie que procedían de una de las aldeas víctimas del exterminio. Sin embargo, como consecuencia del trauma que arrastraban, su integración en el nuevo grupo tribal nunca fue completa. Aunque obedientes, no se implicaban en exceso en la dinámica del clan. Apenas jugaban y tampoco se relacionaban con los demás con la naturalidad que se les supondría a dos niños pequeños. No podían evitar sentirse incómodos y fuera de lugar. El origen del problema radicaba en que sus mentes y corazones continuaban anclados en la tragedia, como si el tiempo se hubiese detenido a perpetuidad. Todas las noches, sin excepción, padecían terribles pesadillas en las que revivían una y otra vez el asesinato de sus padres a manos de Shakraditya, y el posterior incendio que arrasó con el poblado.

Ambos hermanos crecieron acumulando un odio infinito que, lejos de disminuir, aumentaba conforme pasaban los años. Y, aunque aquel sentimiento les hacía sentirse miserables, tampoco encontraban el modo de ignorarlo. De hecho, el odio logró hacerse tan fuerte que eclipsaba el resto de las emociones hasta diluirse en sus corazones como la sal en el agua.

Finalmente, entendieron que solo mediante un camino hallarían la redención: la pura y simple venganza.

Madhuk y Sarasvati se obsesionaron entonces con una idea: destruir el Imperio gupta. Para ellos, en realidad, un concepto abstracto cuyo significado ni siquiera podían llegar a imaginar, pero que encarnaba todo el mal que habían padecido.

De modo que, cerca de una década después, cuando por fin se sintieron preparados, decidieron dejar atrás todo lo que habían conocido e iniciar su aventura en busca de lo imposible...

A Shakraditya, por su parte, al principio las cosas no le salieron del modo en que había previsto.

El general esperaba que su despiadada actuación sirviese de advertencia al resto de las aldeas. No obstante, nada de eso ocurrió. Pese al peligro que corrían, los indígenas persistían en su negativa de involucrarse en el conflicto. Por toda respuesta, Shakraditya decidió arrasar un poblado tras otro, pues de ningún modo podía tolerar que aquellos salvajes se negasen a reconocer la autoridad del Imperio gupta. En todo caso, desde su perspectiva, las miles de vidas inocentes que sucumbieron bajo su mando carecían del menor valor.

Poco tiempo después, sin embargo, la suerte se alió con él, y logró de una vez por todas culminar con éxito la misión. ¿Cómo lo consiguió? Gracias a un desertor del ejército *saka* que, harto ya de las difíciles condiciones de vida que debía soportar, decidió aliarse en secreto con el enemigo y pasarle información a cambio de una recompensa.

Con la ayuda del renegado, Shakraditya derrotó sin dificultad alguna a los rebeldes *sakas* y restableció la seguridad de las rutas comerciales de la zona y el habitual discurrir de las caravanas de mercaderes. A su regreso a Pataliputra, el ambicioso general gozó del recibimiento triunfal que siempre había soñado, y el emperador le reservó los más elevados honores.

El más brillante de los futuros lo aguardaba delante de él.

CAPÍTULO UNDÉCIMO



«Así como en este cuerpo el alma encarnada pasa continuamente de la niñez a la juventud y luego a la vejez, de la misma manera el alma pasa a otro cuerpo en el momento de la muerte. A la persona sensata no la confunde ese cambio».

Bhagavad-gita 2.13.

Al primer encuentro que Madhuk y Sarasvati mantuvieron en palacio, le siguieron unos cuantos más.

Para ultimar los detalles de su plan, la coordinación entre ambos resultaba crucial conforme más se acercaba el momento de rematarlo. Cada vez que Sarasvati acudía a su cita semanal con el astrólogo para asegurarse de que este cumplía con su parte del trato, ambos hermanos aprovechaban para verse después en un rincón apartado del jardín. Todo se precipitó cuando por fin se les presentó la oportunidad de culminar, para bien o para mal, su tan ansiada venganza.

Ya conocían la fecha exacta del calendario: el día en que Sarasvati actuaría por vez primera ante el emperador. Las infinitas horas de ensayo habían dado sus frutos. Purumitra la consideraba preparada y pensaba que ya estaba a la altura de las mejores bailarinas del harén. Sin embargo, su sola intervención resultaba insuficiente para ejecutar el plan trazado. La presencia de Madhuk en el acto se hacía igualmente necesaria. A tal efecto, el muchacho finalizó la composición en la que llevaba semanas trabajando y se la entregó a Kalidasa confiando en su buen hacer.

El ilustre poeta la leyó y se quedó maravillado.

—Tal y como te había prometido, dejaré que tú mismo se la recites al emperador. Estoy seguro de que tu oda lo complacerá enormemente.

Además de agradecerle su confianza, Madhuk se atrevió a pedirle algo más. Deseaba acompañar la declamación de su poema con los acordes de una *vina*, así como con los movimientos de una bailarina, que se limitaría a danzar al modo de las serpientes encantadas. La propuesta resultaba tan atrevida que precisamente por ese motivo Kalidasa decidió apoyarla. El ardid de Madhuk había dado resultado. Su intervención tendría lugar a continuación de la de su hermana, que además sería la bailarina que elegiría para que lo acompañase durante el acto.

En su último encuentro previo al momento que tanto tiempo llevaban esperando, Madhuk y Sarasvati repasaron las acciones que cada uno de ellos tenía que efectuar por separado, para evitar que el menor error diese al traste con el plan que con tanto esmero habían urdido durante años.

Había llegado la hora de la verdad.

A lo largo de las últimas semanas se habían producido numerosos cambios en la corte de los Gupta, que de forma directa o indirecta habían afectado personalmente al emperador.

El más importante de ellos, sin duda, había sido la muerte de Bhanugupta. Y, si bien era cierto que la relación entre ambos hermanos nunca había sido buena, este tampoco se merecía el violento final que Dattadevi le había dado. A Bhanugupta se lo honró con un funeral de Estado y su cuerpo fue incinerado envuelto en los auspiciosos mantras de un centenar de sacerdotes brahmanes.

Ante la pérdida de su hermano, Kumaragupta hizo llamar a Harshul para que lo sustituyese en el cargo de *mahamantrin*. El veterano general formaba parte del consejo desde hacía incontables años y su larga experiencia como *mahasenapati* podía servirle de gran ayuda ahora que los tiempos de paz comenzaban a quedar atrás y una etapa de conflictos se divisaba en el horizonte más cercano. Por un lado, ya no cabía duda alguna de que la guerra contra las *pushyamitras* se prolongaría durante años. Y, por otro, los hunos blancos seguían constituyendo una seria amenaza, aunque de momento no mostrasen signos claros de que fuesen a invadirlos a corto plazo. La vía diplomática que mantenían abierta con Khingila, cuya actitud resultaba cada vez más ambigua y menos predecible, tampoco parecía conducir a ninguna parte. Por todo ello, el grueso del ejército indio continuaba apostado en la frontera, con el consabido problema de la imposibilidad material de proteger la totalidad de su perímetro.

Harshul había aceptado el cargo de *mahamantrin* porque no podía aspirar a un honor mayor. No obstante, lo apenó tener que alejarse del campo de batalla, desde donde hasta entonces había comandado a sus tropas en la guerra con los *pushyamitras*, pues su nuevo puesto lo obligaba a permanecer en Pataliputra para dirigir las reuniones del consejo y gobernar mano a mano con el emperador.

Por otra parte, Kumaragupta no lamentó en absoluto la muerte de Dattadevi, pese a lo mucho que en un momento determinado de su vida llegó a querer a su primera esposa. Ahora, incluso, se arrepentía de haberle dado una segunda oportunidad tras su magnicidio frustrado. Si la hubiese mantenido encarcelada o si al liberarla hubiese al menos ordenado su destierro, a día de hoy su hermano aún seguiría con vida. Además, sus delirantes afirmaciones habían contribuido a provocar un enorme revuelo en la corte, del todo injustificado. Acusar a Bhanugupta de haber asesinado a su propia sobrina no se sostenía por ninguna parte. Si un hombre hubiese entrado

en el harén, habría dejado un rastro imposible de ocultar. La investigación realizada en su día había descartado un posible crimen y apuntaba al suicidio como la causa más probable de la muerte. La obstinación de Dattadevi negándose a aceptar el trágico final de su hija y el sentimiento de culpa que debió de consumirla por no haber podido evitarlo la habían llevado a perder la cordura y a buscar culpables donde no los había. Kumaragupta, sin embargo, no estaba dispuesto a alimentar dicha obsesión.

La marcha definitiva de Abhimanyu, que se había propuesto alcanzar el *moksha* en la última etapa de su vida como *sannyasin*, también había supuesto un notable cambio en el entorno más próximo al emperador. El nuevo *purohita* llevaba poco tiempo en el cargo, aunque era un sacerdote habitual de la corte que había intervenido en todos los grandes actos de signo religioso celebrados en los últimos años y que también había participado en la educación de Skandagupta. De trato afable y edad similar a la de Kumaragupta, estaba comenzando a ganarse poco a poco la confianza del emperador, debido principalmente al carácter tolerante que siempre lo había caracterizado. Con todo, este aún prefería compartir sus tribulaciones espirituales con Padmabandhu, pues la filosofía del monje budista estaba probando ser más efectiva en su lucha interna contra los fantasmas del pasado, que de vez en cuando aún le atormentaban el sueño. De hecho, fiel a su nueva forma de pensamiento, Kumaragupta había delegado en Harshul todas las decisiones concernientes al ámbito militar, para así mantener su espíritu alejado de los violentos conflictos bélicos.

De cualquier manera, desde el inicio de su reinado Kumaragupta ya se había acostumbrado a lidiar con todo tipo de dificultades, propias de un imperio en continua transformación. Y, con independencia de las circunstancias, su filosofía no había cambiado: las personas pasaban, pero por encima de todas las cosas el imperio debía prevalecer.

2

Aquel día, después de una intensa jornada de trabajo pasando revista a las tropas, recibiendo delegaciones de reinos vasallos y extranjeros, y presidiendo una vista pública junto al nuevo *purohita*, Kumaragupta se había reservado toda la tarde para disfrutar de sus artes favoritas: la danza y la poesía.

La primera actuación correría por cuenta de un grupo de *ganikas*, entre las cuales había una cara nueva que, según le había asegurado Purumitra, poseía

un don natural para el baile como pocas veces había conocido. Acto seguido, un joven poeta intervendría para recitarle una larga oda que había compuesto para él y que, en opinión de Kalidasa, que había sido su descubridor, le sorprendería no solo por su belleza, sino también por la originalidad de sus versos.

El inmenso salón del trono parecía desierto, porque solo un selecto grupo de cortesanos asistiría al espectáculo organizado para el rey. Estos se hallaban dispuestos en corrillos pequeños, recostados sobre suaves cojines y mullidas alfombras, atiborrándose de frutos secos y licor de mango y manzana.

Savitridevi y algunas de las concubinas de su círculo más cercano también se hallaban presentes. La reina necesitaba un respiro después de no haberse separado de Skandagupta en toda la mañana, desde que el crío hubiese enfermado la noche anterior. Un cuadro de fiebre, vómitos y diarrea había movilizó al médico de palacio, que velaba por la salud del heredero con tanta o más determinación que si fuese la de su propio hijo.

Mientras las bailarinas recibían las últimas instrucciones del eunuco, Kumaragupta recorría uno por uno los diferentes corrillos de nobles, intercambiando unas breves palabras con ellos en un ambiente cordial y distendido. También había un grupo de poetas y dramaturgos encabezados por Kalidasa, que elogiaron hasta el infinito un breve poema que el propio emperador había escrito para darse a conocer en el mundo de las letras. Finalmente, Kumaragupta se acercó hasta el lugar que ocupaba su esposa, sin poder ocultar una sombra de preocupación en el rostro.

—¿Cómo está Skandagupta?

—Ahora duerme profundamente —explicó Savitridevi—. Pero me inquieta no saber lo que le ocurre.

—El médico necesita tiempo para llevar a cabo un diagnóstico.

—¿Y acaso no lo ha tenido?

—Tienes razón, pero cálmate, por favor. Nuestro hijo es fuerte, ya verás como se pone bien antes de que nos demos cuenta.

A continuación, Purumitra le susurró algo al emperador, que se dirigió al trono porque todo estaba a punto para que la actuación diese comienzo. Los músicos situados en un extremo habían afinado sus instrumentos, y las *ganikas* se habían colocado en la posición de inicio, quietas como estatuas. El silencio de los presentes era tan rotundo que competía con el que solía reinar en los campos de cremación.

La magia de la música se inició con la melodía de una flauta, a la que enseguida se sumó la percusión de los timbales, los acordes del sitar y el

soniquete de los cascabeles que las bailarinas llevaban en los tobillos. Mediante un sinfín de gestos milimétricamente calculados, que comprendían las diferentes posturas del cuello, de la cabeza y de las cejas, los *mudras* que efectuaban con las manos y los movimientos de ojos, piernas y brazos, las bailarinas narraban una historia perfectamente articulada, con introducción, nudo y desenlace. En aquella ocasión, era la crónica del legendario Rama la que se representaba punto por punto a través de la danza: el modo en que consiguió la mano de Sita tensando el inmenso arco de Shiva. Su destierro al bosque junto a su esposa, urdido por su malvada madrastra. El rapto de Sita por el demonio Rávana. Y la guerra final contra este, tras cuya victoria las principales divinidades se aparecieron ante Rama y le revelaron su condición de dios.

Kalidasa contemplaba la actuación algo inquieto por culpa de Madhuk, que todavía no había llegado pese a que su turno estaba cada vez más cerca. ¿Dónde se había metido? Aquella misma mañana habían realizado un último ensayo y habían dejado atado hasta el más mínimo detalle. Si todo transcurría con normalidad, el éxito estaba garantizado.

Por fin, cuando la obra ya afrontaba su recta final, Kalidasa divisó al muchacho avanzar discretamente por un lateral de la sala. El ilustre poeta levantó la mano y le indicó que se sentase a su lado.

—Casi llegas tarde —le susurró al oído—. ¿En qué estabas pensando?

—Lo siento, pero molestias de última hora me han impedido llegar antes —explicó Madhuk frotándose la barriga.

Kalidasa asintió comprensivo. Actuar ante el emperador podía provocar ese efecto y otros parecidos.

Mientras tanto, el espectáculo de danza proseguía su curso bajo la atenta mirada de Kumaragupta, que parecía encantado con él a juzgar por la sonrisa que le asomaba en la comisura de los labios. Las bailarinas ejecutaban sus movimientos en perfecta sincronía, como si conformasen un solo cuerpo o una sola voz. Sarasvati se entendía bien con sus compañeras y acataba rigurosamente la enrevesada coreografía establecida, pero sin perder la esencia de su propio estilo, sensual y genuino, que impregnaba todos y cada uno de sus gestos. Nadie habría dicho que poco antes del inicio los nervios casi la habían paralizado, hasta que las primeras notas musicales surcaron el aire provocando en ella una inmediata transformación.

Al terminar, Kumaragupta prorrumpió en aplausos, a los que enseguida se sumaron todos los presentes. Purumitra se acercó al trono y recibió la felicitación personal del emperador.

—Sublime —elogió—. Y tenías toda la razón. Tu última incorporación posee algo difícil de explicar, pero que sin duda la hace brillar por encima del resto.

—Gracias, señor —repuso el eunuco con orgullo—. Me ha tomado mucho trabajo enseñarla, porque apenas sabía nada de la danza tradicional cuando ingresó en el harén. No obstante, ha puesto en su aprendizaje un enorme esfuerzo.

Purumitra se retiró con una reverencia y cedió el testigo a Kalidasa, que se puso en pie y tomó la palabra para anunciar la intervención de su pupilo.

—Descubrí a Madhuk en el torneo lírico de este año —explicó—, y su talento me sedujo de tal manera que al conocer su situación de desamparo no pude por menos que hacerme cargo de su educación. A continuación, Madhuk recitará una composición de su autoría, que acompañará con el cimbreado sonido de una *vina* y los movimientos de una bailarina de su elección.

El emperador asintió y Kalidasa se ocupó de los últimos pormenores. A los músicos les indicó que se retirasen porque su presencia ya no era necesaria, mientras Purumitra hacía lo propio con las *ganikas*, que debían abandonar la sala y regresar de nuevo al serrallo. Todas menos Sarasvati, que había sido la elegida para colaborar en la actuación del poeta.

Madhuk se avino a las instrucciones que le dieron y se situó a unos diez metros de distancia de Kumaragupta, como si fuese el acusado de una vista pública que estuviese a punto de realizar su alegato de defensa. A Sarasvati la ubicaron a la derecha de su hermano, trazando una diagonal en relación con la posición del trono.

Ambos cruzaron las miradas como si se viesan por primera vez.

Los asistentes fueron poniendo fin a las conversaciones que habían iniciado durante el receso, y pronto se recuperó el silencio que un acto de aquellas características requería. Kalidasa volvió a ocupar su sitio junto a los miembros de su gremio, los cuales estaban expectantes por escuchar al joven y prometedor poeta del que tanto habían oído hablar. Purumitra también era un enamorado de la lírica y se acomodó a la vera de Savitridevi para no perderse detalle de la siguiente actuación.

A Madhuk le temblaban las piernas y en la garganta se le había formado un tapón que le impedía hacer uso de las cuerdas vocales. Comenzó a tocar la *vina* para desprenderse de la ansiedad, y Sarasvati reaccionó de inmediato iniciando un suave contoneo al compás del hilo musical. Un minuto después, Madhuk recitaba de memoria el primer verso de su larga composición. Al

principio su voz sonó trémula y arrugada, para adquirir enseguida un tono enérgico y rotundo, mucho más acorde con la magnitud de la situación.

La primera estrofa fue suficiente para cautivar a la audiencia y también al propio emperador. El enfoque que Kalidasa le había sugerido estaba dando un magnífico resultado, y nadie parecía advertir que a la finalización de cada cuarteta Madhuk avanzaba un paso, reduciendo así poco a poco la distancia que lo separaba del trono.

Entonces, cuando se encontraba a tres metros escasos del hombre más poderoso de la Tierra, supo que le había llegado la hora de intervenir. A partir de ese instante todo ocurrió tan deprisa que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Madhuk se movió a la velocidad del rayo y plantó bajo la barbilla del emperador una daga que había permanecido todo el tiempo adosada en la cara posterior de la *vina*, oculta a ojos de todo el mundo. En un combate abierto, Kumaragupta habría acabado fácilmente con aquel enclenque muchacho, incluso aunque su rival esgrimiese un cuchillo y él fuese desarmado. Sin embargo, el asalto le resultó tan inesperado que para cuando quiso darse cuenta ya tenía el frío metal pegado al cuello, mordiéndole la piel.

—Ni se te ocurra mover un dedo —espetó Madhuk— si no quieres que te atraviese la garganta en menos de un segundo.

Kumaragupta obedeció sin oponer resistencia.

Algunos cortesanos se envalentonaron y se alzaron con los puños apretados, dispuestos a aproximarse para socorrer a su señor.

—Ordena ahora mismo que nadie se mueva del sitio o de lo contrario será mucho peor para ti.

—Haced lo que dice.

El emperador conservaba la calma pese a la gravedad de la situación. Si el joven poeta hubiese querido, ya lo habría matado. Por tanto, el que no lo hubiese hecho todavía indicaba que pretendía alguna cosa. Kumaragupta sabía que si actuaba con serenidad, aún tenía una oportunidad de salir con bien de aquello. Cada media hora, los centinelas que custodiaban la entrada al otro lado de la puerta se asomaban al interior para comprobar que todo transcurría con normalidad. Y, según calculaba, debían de faltar pocos minutos para que el gong del reloj de agua volviese a sonar, lo cual podría constituir su salvación. Los guardias no necesitaban acercarse para acabar con el asaltante, pues tan solo les bastaba el certero disparo de una flecha.

Los cortesanos acataron sin rechistar la voluntad de Kumaragupta. Ninguno de ellos tenía madera de héroe, y mucho menos aún si aquello implicaba poner en riesgo su propia vida en el proceso. No obstante, una

persona decidió que no se quedaría de brazos cruzados. Savitridevi había jurado en más de una ocasión que, si fuese necesario, estaría dispuesta a sacrificarse por su esposo para evitarle cualquier mal. Y por todos los dioses que iba a demostrarlo.

Madhuk observaba por encima del hombro que ninguno de los presentes hiciese ninguna tontería. Sin embargo, en un exceso de confianza había descuidado el flanco que ocupaban las concubinas, de donde no esperaba que viniese ningún peligro. Savitridevi se percató de ello y, sin pensárselo dos veces, inició el paso con absoluto sigilo, con intención de sorprender a Madhuk por la espalda y sujetarlo por el brazo que sostenía la daga, para que el propio Kumaragupta pudiese hacer el resto.

Madhuk era el único de toda la sala que ignoraba lo que estaba pasando, mientras la reina avanzaba muy despacio evitando que sus pisadas hiciesen el menor ruido. Por momentos parecía que iba a conseguirlo, hasta que pasó junto a Sarasvati, que desde el inicio del asalto no se había movido del sitio donde había estado bailando durante la actuación de su hermano. La *ganika* extrajo entonces una diminuta cuchilla de no más de tres centímetros de largo, afilada como el colmillo de una serpiente, con la que degolló a Savitridevi sin vacilar un instante. De súbito, la reina notó que un torrente de sangre se le escapaba por la garganta y, tras intentar en vano sellar la sajadura con las manos, sintió que las fuerzas la abandonaban, para estrellarse a continuación a plomo contra el suelo.

Madhuk le agradeció su oportuna intervención con un sencillo gesto de la mano. Sarasvati, mientras tanto, lanzaba una mirada desafiante en derredor, retando a cualquiera de los presentes a intentar algo parecido. A aquellas alturas, ya todos tenían claro que el poeta y la bailarina estaban juntos en aquella suerte de conspiración.

Encendido por la terrible escena que acababa de presenciar, Kumaragupta hizo amago de levantarse y revolverse contra su captor. Madhuk lo disuadió con relativa facilidad, ciñendo con más fuerza el puñal con que le presionaba la yugular, que ya le había causado una ligera perforación. El emperador captó el mensaje y se hundió de nuevo en el trono, plenamente consciente de hasta dónde serían capaces de llegar sus asaltantes.

Los asistentes al acto estaban horrorizados y no osaban moverse lo más mínimo. Tanto Kalidasa como Purumitra parecían especialmente afectados, pues habían sido ellos los que, sin saberlo, habían metido en la corte a aquella pareja de conspiradores y asesinos.

En torno a Savitridevi se había formado un charco de sangre que no paraba de extenderse sobre el suelo de mármol, como si un lago se hubiese desbordado tras las copiosas lluvias del monzón. En ese momento, Kumaragupta lo vio todo claro: esta vez sí, el atentado cifrado en los astros que Cidambara había vaticinado finalmente se había hecho realidad.

Madhuk se inclinó sobre Kumaragupta, de cuyo rostro apenas lo separaba un palmo.

—Mírame a los ojos —espetó.

Kumaragupta buceó en la mirada del muchacho, para descubrir en el fondo de sus pupilas un odio casi irracional.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió el emperador—. ¿Por qué haces esto?

Madhuk esbozó la sonrisa más siniestra que Kumaragupta hubiese visto en toda su vida.

—Cuando me encargan una misión jamás dejo que nadie, desde el hombrecillo más insignificante hasta el rey más poderoso, se interponga en mi camino. Y estoy dispuesto a lo que sea para hacerla cumplir —replicó el muchacho, al que le embargó un enorme placer al ver la inmediata transformación que tuvo lugar en el rostro del emperador—. Me reconforta que estas palabras aún te resulten familiares, Shakraditya. Admito que jamás pensé que lo conseguiría, pero aquí estoy después de todo.

Kumaragupta sintió que se le aceleraba el corazón. Hacía años que nadie lo llamaba de aquella manera, entre otras cosas por expreso deseo suyo. Shakraditya era el nombre de guerra que había utilizado durante su exitosa etapa como general, gracias a la cual logró ganarse la confianza de su padre, Chandragupta II, que lo designó como heredero por encima de su hermano mayor. De hecho, fue precisamente la victoria sobre los rebeldes *sakas*, su última misión al frente del ejército, la que le dio el espaldarazo definitivo.

—¿No te acuerdas de mí? —prosiguió Madhuk—. No te preocupes. Te ayudaré a refrescar la memoria. —Y, dicho esto, le mostró las tres quemaduras de la cadera que el propio Kumaragupta le había infligido—. Aunque solo era un niño, conseguí escapar a la masacre y al posterior incendio de la aldea. Y no solo yo, también mi hermana pequeña —explicó señalando a Sarasvati.

Kumaragupta reconoció enseguida en aquel muchacho al crío cuyo padre se había atrevido a desafiarlo, y se trasladó mentalmente a la época en que tales hechos habían tenido lugar. De repente, todos los recuerdos que lo habían atormentado durante años le sacudieron el alma con la fuerza de un caudal. Las terribles pesadillas en mitad de la noche, su remordimiento de

conciencia, así como el sentimiento de culpa que siempre lo había perseguido se reflejaron en su rostro como el agua cristalina.

—¿Es arrepentimiento lo que percibo? —preguntó Madhuk aguijoneándolo con la punta del cuchillo.

—He cambiado —afirmó Kumaragupta—. Esa es la verdad. La persona que cometió aquellas atrocidades hace tiempo que dejó de existir. En aquella época era un joven ambicioso y arrogante, pero con el tiempo me di cuenta de lo equivocado que estaba. Desde entonces no he hecho otra cosa que llorar y lamentarme. Solo en fechas muy recientes, y gracias a las enseñanzas budistas de Padmabandhu, he sido capaz de dejar atrás el pasado y concederme el perdón.

Madhuk apretó aún más la daga con que presionaba el cuello del emperador, hasta hacer que le brotase un hilo de sangre.

—¿Sabes qué? Por extraño que parezca... te creo. Y, sin embargo, eso no cambia lo que sucedió. Ordenaste violar a mi madre en nuestra propia presencia. Luego tú mismo la mataste como si fuese un cerdo, igual que a mi padre. Aniquilasteis a todos los habitantes de la aldea y después le prendisteis fuego. Y no conforme con eso, mandaste hacer lo mismo con innumerables poblados, hasta el punto de que llegaste a exterminar a buena parte de mi pueblo. —Madhuk resopló—. Puede que hoy seas el hombre más poderoso del mundo, pero volver atrás en el tiempo no es posible ni siquiera para ti.

Ninguno de los presentes en la sala se atrevía a mover un solo músculo, mientras asistían al increíble diálogo con estupefacción. Sarasvati, por su parte, los vigilaba a cierta distancia para impedir que a nadie se le ocurriese volver a hacerse el héroe. Purumitra se sentía perplejo, incapaz de reconocer en aquella muchacha de mirada acerada a la dulce niña que llevaba varios meses integrada en el harén.

Kumaragupta pensaba a toda prisa. Cuanto más se prolongase la conversación con su asaltante, mejor para él. Aunque el vaticinio del astrólogo se había cumplido, aún podía salvar la vida y frustrar así las intenciones de su agresor. El destino que había encontrado Savitridevi no tenía por qué acabar siendo también el suyo. Su última esperanza recaía en los centinelas de la puerta. Pero... ¿por qué estos no habían intervenido todavía, si según sus cálculos ya debía de haber transcurrido media hora desde que sonase el gong anterior?

A los labios de Madhuk asomó una sutil sonrisa, como si le hubiese leído el pensamiento al emperador. El verdadero motivo por el que había llegado tarde al acto nada tenía que ver con los problemas de tipo intestinal que había

esgrimido ante Kalidasa. Como tantas otras veces, Madhuk había pasado un rato con su amigo Kharanshu, salvo que en esta ocasión había manipulado la clepsidra para ganar un tiempo precioso que probablemente fuese a necesitar. Le había bastado con sustituir la copa que se llenaba en media hora por la que tardaba en hacerlo cuarenta y cinco minutos. Kharanshu no se había dado cuenta del cambio, y para cuando lo hiciese ya todo habría quedado atrás.

—Tienes razón, el pasado ya es inamovible —dijo Kumaragupta—. Pero vengarte tampoco te devolverá a tu familia.

—Muy cierto —repuso Madhuk—. Y, sin embargo, el deseo de venganza ha sido lo que a mi hermana y a mí nos ha mantenido vivos durante todos estos años.

Visto el fracaso de las buenas palabras, Kumaragupta comprendió que debía cambiar de táctica si quería tener alguna oportunidad de sobrevivir.

—¿Quieres acabar con mi vida? Adelante. Pero, si lo haces, atente a las consecuencias —amenazó apretando los dientes—. Matar a un rey supone una violación del *dharma* de tal trascendencia que en un solo instante acumularás suficiente karma negativo como para que te persiga a lo largo de mil vidas.

Madhuk esbozó una sonrisa cargada de condescendencia.

—Si debido a mi atuendo y apariencia me has tomado por un hindú, no podías estar más equivocado. ¿Acaso te has olvidado de quién soy en realidad? Porque yo no lo he hecho ni por un solo segundo. Tu advertencia me da completamente igual. De donde yo vengo no se conoce la doctrina de la reencarnación, no hay castas que dividan a la sociedad, no hay *dharma* al que servir ni tampoco karma que limpiar, y nuestros dioses son un puñado de piedras.

Tras escuchar aquellas palabras por boca del joven poeta, Kumaragupta supo que todo estaba perdido.

—¿Y a qué esperas para consumir la venganza que llevas tanto tiempo esperando? Mátame de una vez. Estoy preparado.

Madhuk deslizó el filo de la daga por la garganta del emperador, aunque con tanta suavidad que no le produjo más que un ligero rasguño. Entonces se detuvo.

—No voy a matarte —dijo—. Eso sería demasiado sencillo. —Madhuk ladeó la cabeza en dirección a Sarasvati—. Desde el principio, mi hermana y yo nos propusimos un objetivo mucho mayor: acabar con el Imperio gupta del mismo modo que tú lo hiciste con nuestra aldea.

Kumaragupta no reaccionó de inmediato, pero al cabo de varios segundos estalló en sonoras carcajadas.

—La dinastía Gupta ha forjado un imperio que gobierna sobre la tierra de los hijos de Bharata desde hace más de doscientos años —aclaró tras haberse aplacado—. ¿Y te atreves a decir que vosotros dos vais a destruirlo? ¿Un poeta y una *ganika*? —Pese a que su vida continuaba pendiente de un hilo, Kumaragupta se expresaba sin temor—. Reconozco vuestra audacia por haber llegado tan lejos, pero me temo que si lo repites de nuevo no voy a poder parar de reír.

Madhuk clavó su mirada envenenada en los ojos del emperador.

—Lo único que lamento es no poder verte la cara cuando sepas que tu imperio se desmorona sin que puedas hacer nada por evitarlo. —Su convicción era tal que por un instante Kumaragupta llegó a considerar la verosimilitud de su amenaza—. Ahora debemos irnos, apenas nos queda tiempo —añadió—. Hasta nunca, Shakraditya. Esta será la última vez que nos veamos.

Kumaragupta contempló al muchacho con estupor, convencido de que había perdido cualquier atisbo de cordura.

—¿Os vais? ¿De verdad? ¿Y cómo vais a hacerlo? En cuanto crucéis esa puerta y dé la voz de alarma, no llegaréis ni al final del pasillo. El palacio está repleto de guardias armados imposibles de eludir. Tú sabías que esto pasaría. Nadie que atenta contra el emperador a cara descubierta puede después vivir para contarlo.

—Saldremos caminando —terció una impasible Sarasvati, que hasta el momento no había intervenido—. Y a ser posible por la puerta principal.

Kumaragupta se habría reído si no hubiera sido porque a los pies de la bailarina yacía el cadáver de su esposa, a la que le había rebanado el cuello con absoluta frialdad.

—Definitivamente, los dos habéis perdido la cabeza.

Sarasvati dio un paso en dirección al emperador.

—Escúchame con atención porque solo lo diré una vez —señaló—. He oído decir que tu hijo está enfermo, ¿verdad? Es una pena, aunque lo cierto es que no me extraña en absoluto. Skandagupta es un goloso empedernido, que tiene la mala costumbre de aceptar de los demás dulces a escondidas. Ayer, sin ir más lejos, no dudó en tomarse una golosina que yo misma le di. —Sarasvati, que había aprendido al arte del envenenamiento de toda una experta como Kundanika, la curandera a la que había conocido durante su etapa en el burdel, realizó una ligera pausa para que sus palabras provocasen el efecto deseado—. Así que esto es lo que va a ocurrir. Mi hermano y yo vamos a recorrer sin prisa los corredores de palacio, después las avenidas del jardín, y

solo cuando hayamos traspasado los muros que protegen la ciudadela, le comunicaremos al último de los centinelas el antídoto que Skandagupta necesita para poder salvar la vida. Si cumples con tu parte, nosotros lo haremos con la nuestra. Yo en tu lugar no pondría la salud del heredero en peligro.

Kumaragupta cerró los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos. El rostro se le enrojeció de ira, los ojos se le inyectaron en sangre y los dientes le rechinaron como cuchillas afilándose contra una piedra.

—Juro que me las pagaréis todas juntas —escupió con toda la inquina del mundo, transformado de nuevo en Shakraditya, de cuyo infausto recuerdo llevaba años tratando de huir.

Madhuk le apartó la daga del cuello y se distanció del emperador unos cuantos pasos. Acto seguido, tomó a su hermana de la mano y ambos enfilaron al paso la galería que desembocaba en la puerta de salida.

Ni Kumaragupta ni nadie trató de impedirselo.

3

En cuanto Madhuk y Sarasvati hubieron abandonado la sala, el emperador se dirigió a todos aquellos que habían presenciado el atentado para advertirles de que no revelasen nada de lo que allí había ocurrido. Después les ordenó marcharse al tiempo que hacía llamar al médico de palacio, que debía de encontrarse atendiendo a su hijo.

Cortesanos, concubinas y poetas se batieron en retirada sin dudarle un segundo, ansiosos por escapar del ambiente opresivo que se respiraba en el salón del trono. Todos excepto dos: Purumitra y Kalidasa, que se sentían en parte responsables por lo ocurrido y estaban dispuestos a ofrecer una explicación.

—Ahora no —objetó Kumaragupta—. Ya habrá tiempo de hablar más adelante. Pero quedaos, voy a necesitaros.

El eunuco, con lágrimas en los ojos, se inclinó sobre el cuerpo de Savitridevi y le dio suavemente la vuelta. La dulce belleza que siempre había caracterizado a la reina se había marchitado como una flor recién cortada del jardín. El emperador, conmovido por la lealtad de su esposa, se prometió organizarle un funeral de Estado que sería recordado por mucho tiempo.

Acto seguido, el médico atravesó la puerta y recorrió a toda prisa la distancia que lo separaba del trono.

—¡La reina! —exclamó horrorizado tan pronto como la vio cubierta de sangre.

—Ya es tarde para ella —señaló Kumaragupta—. Está muerta.

El médico reparó entonces en la herida abierta en la garganta de su señor.

—Me ocuparé de usted inmediatamente —dijo con urgencia en la voz.

El emperador se palpó el cuello y se manchó los dedos con su propia sangre.

—¿Esto? Olvídalo. No es nada —aclaró—. Un simple arañazo.

El médico frunció el ceño, cada vez más confuso por la situación.

—¿Puede decirme entonces por qué ha requerido mi presencia con tanta premura?

—Se trata de Skandagupta —desveló—. Ya sé lo que le pasa. Lo han envenenado.

—Tendría que haberlo imaginado —murmuró—. No se preocupe, señor. Conozco a varios especialistas. Enseguida nos pondremos a trabajar para hallar el remedio adecuado.

—Aguarda, muy pronto sabremos más.

En ese momento, Ahinagu apareció por la puerta resoplando como un toro fatigado, tras la carrera que había tenido que darse. A su edad, el lacayo personal del emperador ya no poseía la misma energía de antaño. En todo caso, Ahinagu sabía que había recibido una información que se le antojaba vital de boca de uno de los porteros de palacio.

Kumaragupta lo escuchó con atención, aliviado por el contenido del mensaje. Al menos, Madhuk y Sarasvati habían cumplido con su parte del trato. El médico tampoco se perdió detalle y, tras efectuar una reverencia, salió disparado a confeccionar el preparado que el heredero necesitaba para sobrevivir.

A continuación, el emperador ordenó que compareciese de forma inmediata el jefe de la guardia real. Ahinagu realizó una ligera inclinación de cabeza y desapareció a toda prisa de la escena para transmitir el mandato de su señor.

Después de haberse ocupado del asunto que requería de su máxima atención, la salud de su hijo, Kumaragupta podía centrarse ahora en aquel par de ratas que habían tenido el valor de infiltrarse en la corte palaciega y atentar impunemente contra su vida y la de sus seres más queridos. Su indignación no había disminuido lo más mínimo y desde luego no iba a permitir que aquellos

traidores se saliesen con la suya. A partir de ese momento se valdría de toda la maquinaria del imperio para atrapar a la astuta pareja de hermanos.

Tan pronto como llegó el jefe de la guardia real, Kumaragupta lo puso al corriente de la situación.

—Quiero que coordines una operación con el comandante de la guarnición, del que depende el cuerpo de policía de la ciudad, para capturar a los fugitivos lo antes posible. Utiliza todos los recursos que tengas a tu alcance: tus propios soldados, las fuerzas del orden local y también al contingente de espías que tenemos distribuido por toda Pataliputra —expuso con claridad—. Kalidasa y Purumitra te proporcionarán una descripción completa de los fugitivos, así como cualquier información que pueda conducirnos a su captura. Te lo advierto, no resultará fácil. Han demostrado ser pacientes y extremadamente listos. Establece a toda prisa controles en las puertas de la ciudad. Es posible que intenten abandonar la capital, aunque tampoco me extrañaría que se ocultasen en su interior a la espera de que las aguas se hayan calmado. Si es necesario, registrad casa por casa.

—Entendido, mi señor. ¿Algo más?

—A ser posible los quiero vivos... pero no es imprescindible —señaló Kumaragupta, al que le hervía la sangre de rabia y en cuyos ojos se reflejaba el espíritu de Shakraditya, al que había resucitado para la ocasión—. En marcha, el tiempo juega a su favor.

Kumaresh atravesaba uno de los barrios más pobres de Pataliputra junto a su hijo Rashmi, que lo acompañaba a todas partes haciendo sonar una carraca para advertir de su condición de intocables. Cuando llegaron a su destino, cargaron entre ambos un cadáver y lo depositaron en el desvencijado carro de madera que constituía su única propiedad. El olor que desprendía aquel cuerpo era especialmente nauseabundo, pues correspondía a un anciano que había muerto en soledad, sin que nadie lo hubiese echado de menos hasta que sus restos comenzaron a descomponerse.

El pequeño Rashmi lo cubrió con un sudario y evitó respirar por la nariz.

—No dejes que ninguna parte del cuerpo quede a la vista —le indicó su padre—. Ni siquiera los pies.

Rashmi obedeció y extendió un poco más el paño hasta cubrirlo del todo.

—Muy bien —dijo Kumaresh propinándole un ligero golpe al buey para ponerse en marcha—. Andando.

El entramado de calles que conformaba la capital del Imperio gupta no tenía secretos para el sepulturero, que habría sido capaz de recorrerla con los ojos cerrados de un extremo a otro. Rashmi, en cambio, más allá de las principales avenidas, todavía no sabía orientarse y sin la compañía de su padre se habría perdido sin remedio.

—Hijo, en casos como este en que el cadáver apeste notablemente, no solo conviene abandonar cuanto antes la ciudad, sino que además es necesario hacerlo tomando el camino menos transitado.

Debido a su larga experiencia, Kumaresh controlaba perfectamente cuándo determinadas avenidas se hallaban atestadas, frente a otras que solían estar mucho menos concurridas a esas mismas horas del día. Aquella tarde, sin embargo, enseguida notó que algo extraño ocurría, tan pronto como divisó una patrulla militar atravesar aquel barrio tradicionalmente olvidado, inspeccionando casas a la fuerza y haciendo preguntas a diestro y siniestro.

Como primera medida, el comandante de la guarnición había enviado a una avanzadilla al prostíbulo de Madunisha, considerado como el lugar más probable donde Sarasvati y su hermano podrían haberse escondido. Tras un exhaustivo registro no encontraron nada, pero en todo caso se llevaron consigo a la *kuttani* para interrogarla en dependencias carcelarias con mayor tranquilidad. Si supiese algo acerca del paradero de la muchacha, no tardaría en confesar.

Asimismo, acudieron al local de una curandera llamada Kundanika, con quien al parecer la fugitiva también había mantenido una estrecha relación. Con todo, en aquel sitio tampoco hallaron el menor rastro de ella.

Otro contingente armado recibió el encargo de buscar a Madhuk en la antigua vivienda de sus padres adoptivos. El registro, empero, resultó una vez más infructuoso, pues la casa estaba habitada por nuevos ocupantes que nada tenían que ver con el fugitivo.

Descartadas las opciones más probables, los responsables del operativo movilizaron a todos sus hombres con órdenes de peinar las calles, casa por casa, con el consentimiento o no de sus dueños. Al mismo tiempo, la red de espías destinada a recoger información para el gobierno emplearía todos sus recursos en aquella única misión. Los rigurosos puestos de control instalados en las puertas de entrada no tenían constancia de que la pareja de hermanos hubiese abandonado la ciudad. No obstante, varias patrullas rondaban por las inmediaciones de Pataliputra, pendientes del menor indicio que indicase lo contrario.

Kumaresh no había presenciado un despliegue semejante en toda su vida y supo que lo mejor que podía hacer era regresar cuanto antes a los campos de cremación. Siempre que había problemas o se formaban disturbios, los chandalas eran los que más posibilidades tenían de salir malparados, tan solo por encontrarse en la zona equivocada de la ciudad.

—¿Qué ocurre? —inquirió Rashmi.

—No lo sé. Y tampoco vamos a quedarnos para averiguarlo. Ya nos enteraremos después. Las noticias importantes no entienden de fronteras y alcanzan hasta los suburbios más apartados.

Cuando llegaron al portón principal, se había formado una interminable cola debido al cerco que un grupo de centinelas había establecido para identificar a todos aquellos que salían de la ciudad.

—Están buscando a alguien —dedujo Kumaresh.

La presencia del sepulturero y su hijo en la fila provocó el malestar de los ciudadanos que tenían más cerca, no solo por la indeseable proximidad de los intocables, sino también por el insoportable hedor que el cadáver del anciano despedía. Kumaresh mantuvo la cabeza gacha y evitó establecer contacto visual con ninguna de las personas que había a su alrededor. Dada la excepcionalidad de la situación, lo último que deseaba el chandala era acabar linchado por la multitud.

—Rashmi, ignora todo lo que te rodea y no despegues la mirada del suelo.

El niño asintió y obedeció las instrucciones al pie de la letra.

Por fin, tras media hora larga de espera, alcanzaron el umbral de la puerta, donde los centinelas del dispositivo de control realizaban su trabajo. El guardia de mayor edad era uno de los habituales, por lo que enseguida reconoció al chandala, al que veía prácticamente a diario desplazarse arriba y abajo con su viejo carro tirado por el buey.

—Este es el sepulturero —les dijo a sus compañeros—. Transporta los cadáveres a los campos de cremación.

Pese a lo evidente de su aseveración y al tufo que emanaba del carro, uno de los centinelas venidos de palacio quiso cerciorarse del todo y, en un acto impulsivo, agarró el sudario por una esquina y lo destapó hasta dejar a la vista el cuerpo del anciano. Un aroma putrefacto ascendió del cadáver y acarició el rostro de los guardias, que giraron la cabeza asqueados.

Al chandala le concedieron permiso para seguir adelante con un gesto de la mano. Después, el guardia más veterano se encaró con el centinela que, en un exceso de celo, había cometido la imprudencia de tocar el sudario.

—Vete ahora mismo al templo más cercano y no vuelvas hasta que el sacerdote te haya purificado. ¿Está claro?

Mientras tanto, Kumaresh y su hijo enfilaban el camino que bordeaba el río sin volver la vista atrás.

4

El emperador se había trasladado a la sala del consejo, con órdenes de recibir actualizaciones periódicas acerca de la búsqueda de los fugitivos. Las primeras horas no habían arrojado resultado alguno, como si aquellos malnacidos se hubieran evaporado en el aire y, aprovechando una ráfaga de viento, hubiesen escapado de la ciudad elevándose por encima de las murallas.

Para combatir los nervios, Kumaragupta no dejaba de dar vueltas alrededor de la mesa. Con todo, seguía teniendo el pleno convencimiento de que pronto recibiría la feliz noticia de su captura. Por muy listos que fuesen, los dichosos hermanos no encontrarían un solo rincón donde esconderse en toda la ciudad.

Por el contrario, el sol estaba a punto de ponerse, y durante la noche no les quedaría más remedio que interrumpir los registros de locales y viviendas hasta primera hora de la mañana siguiente. Una pequeña victoria para Madhuk y Sarasvati, si finalmente los peores pronósticos se hacían realidad.

Instantes después, Harshul accedía a la estancia con la respiración agitada y el rostro lívido como la cera. Kumaragupta no esperaba la visita del antiguo *mahasenapati*, pues el único encargado de mantenerlo informado acerca de los avances de la operación de búsqueda era el jefe de la guardia real.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Traigo noticias de gran importancia que nada tienen que ver con el asunto de los fugitivos.

—Habla, aunque por tu expresión puedo imaginarme que no se trata de nada bueno.

Harshul, que ya ejercía como *mahamantrin*, se aclaró la garganta antes de iniciar su discurso.

—Los hunos blancos nos han invadido —desveló—. La ofensiva tuvo lugar con el alba, hace dos días. Un mensajero venido a caballo acaba de facilitarme un detallado relato de lo ocurrido.

—¿Y bien? ¿Ha sido suficiente el ejército que manteníamos desplazado en la frontera para contenerlos?

—Todo lo contrario. Al no hallar apenas resistencia, los hunos blancos han podido hacerse casi sin esfuerzo con buena parte del Punyab. En solo jornada y media hemos perdido el control sobre los territorios de los *malavas*, los *yaudheyas* y los *arjunayas*, que han pasado a manos de nuestros enemigos.

Kumaragupta tragó saliva con dificultad. Las noticias eran mucho peores de lo que podía haberse imaginado.

—¿Estás diciéndome que un ejército de cincuenta mil efectivos, secundado por elefantes y carros de guerra, no pudo hacer nada frente al invasor?

—No se trata de eso... El problema ha sido otro. La cuestión es que la mayor parte de las tropas se hallaban apostadas en la franja oeste de nuestras fronteras, mientras que, en contra de lo que pensábamos, los hunos blancos nos han invadido a través de los pasos del norte.

—Pensé que, para evitar que tal cosa ocurriera, el ejército se había dividido en dos, prácticamente al cincuenta por ciento.

—Y así era hasta no hace mucho. Sin embargo, el general que dirige las tropas sobre el terreno acordó cambiar de estrategia... Y yo respaldé su decisión.

El emperador dio un golpe sobre la mesa.

—¡Asumir ese riesgo era innecesario!

—Teníamos motivos de sobra para pensar que nos atacarían por el oeste, por eso concentramos allí el grueso de nuestras fuerzas —explicó Harshul.

—¿Y qué motivos eran esos?

—Para empezar, contábamos con la complicidad de los nativos con mayor presencia en la zona fronteriza, que nos informaban puntualmente acerca de los movimientos de nuestros enemigos. A grandes rasgos, estábamos al corriente de sus idas y venidas y de dónde levantaban sus campamentos.

—Los indígenas siempre se han mantenido al margen de los conflictos entre los pueblos civilizados —lo interrumpió Kumaragupta—. Lo sé por experiencia.

—Les hicimos regalos y nos ganamos la confianza de sus líderes. Fueron ellos los que nos advirtieron de que los hunos blancos estaban preparándose para invadirnos por los pasos del oeste.

—Y os engañaron.

—Eso parece... —admitió Harshul—. Pero... ¿por qué harían tal cosa? No tiene ningún sentido.

En verdad, lo tenía y mucho. Todo respondía a un plan cuidadosamente organizado por Madhuk, al que había ido dando forma durante los últimos años.

Para poder llevarlo a cabo, el muchacho había utilizado como pretexto los viajes de peregrinación que supuestamente había realizado a centros sagrados tanto hindúes como budistas, con el fin de desplazarse de forma repetida a la zona fronteriza y operar desde allí. Su misma etnia tribal también habitaba aquellas tierras, y Madhuk se dirigió a sus líderes para pedirles que se posicionasen en contra del Imperio gupta. Convencerlos fue tarea fácil, pues allí conocían de sobra el exterminio al que sometieron a sus hermanos de las regiones del sur en fechas no tan lejanas. Por todo ello, no dudaron lo más mínimo en prestarse a colaborar. ¿Su misión? Fingirse aliados de las tropas del imperio para, verdaderamente, favorecer al bando opuesto conformado por los heftalitas.

Madhuk vivió su momento más delicado cuando se presentó ante Khingila para ofrecerle su ayuda y hacerlo partícipe de su elaborado plan. Jamás olvidaría el momento en que llegó a orinarse encima cuando el rey de los hunos blancos hizo amago de atravesarlo con la espada. Por suerte, al final se avino a escucharlo, y tan pronto como entendió la ventaja estratégica que Madhuk estaba dispuesto a ofrecerle sin pedir nada a cambio, no dudó un instante en asociarse con aquel joven muchacho que estaba sirviéndole en bandeja su anhelada invasión del norte de la India.

Paradójicamente, cuando Madhuk peor lo pasaba era al regreso de cada uno de sus viajes, al tener que engañar a Bindusar y Harshali y contarles que había visitado la población natal del dios Rama o el parque donde Buda había predicado su primer sermón, cuando en realidad no había hecho nada de todo aquello. No obstante, aunque le dolía tener que mentir, sabía que no le quedaba otra opción.

—¿Y las informaciones de los indígenas fueron suficientes para tomar una decisión tan arriesgada? —preguntó el emperador.

—Nuestros exploradores confirmaron movimientos de tropas enemigas en la zona en cuestión.

—Un señuelo para que cayeseis en la trampa...

—Ahora es fácil darse cuenta —se defendió Harshul—. Sin embargo, también contábamos con otra razón de peso.

—¿Qué razón?

—El vaticinio de Cidambara —contestó—. Le pedimos al astrólogo que nos señalase el lugar más probable por el cual los hunos blancos lanzarían su ofensiva. Y su respuesta fue clara y concisa. Se decantó por la frontera del oeste, confirmando así lo que ya habíamos averiguado por nuestra cuenta.

Kumaragupta sacudió la cabeza.

—Me sorprende el error de Cidambara —murmuró—. Pocas veces se equivoca y, cuando alberga dudas respecto de algún tema, prefiere ser cauto.

—Pues esta vez se ha equivocado, y además lo ha hecho de manera flagrante.

Aunque resultaba indiscutible que Cidambara había errado, también lo era que lo había hecho a propósito. Aquel había sido el favor que Sarasvati le había pedido y, hechizado como se sentía por las ardientes caricias de la muchacha, había accedido dócilmente a su pretensión. Después de todo, dada su elevada tasa de aciertos, bien que podía permitirse el lujo de cometer un error sin que por ello fuesen a castigarlo. El astrólogo, por descontado, jamás podría haberse imaginado el impacto que su falso vaticinio llegaría a tener en el futuro del imperio.

Mediante su trabajo como *ganika*, Sarasvati había recabado información increíblemente valiosa sin tener que hacer nada extraordinario, más allá de prestar atención a las conversaciones de índole política y militar que, con todo lujo de detalles, destacados miembros de la corte habían mantenido delante de ella. Sin ir más lejos, cuando había sido requerida para un masaje que atañía al propio Harshul, había presenciado un jugoso diálogo entre este y Bhanugupta acerca del conflicto abierto con los heftalitas, al que había sabido sacarle un enorme partido. Cuando Madhuk supo de este, una vez que ambos hermanos se reencontraron y pusieron en común los avances que cada uno de ellos había realizado por su cuenta, trasladó la información al espía que el rey de los hunos blancos mantenía en Pataliputra: el gordo de barba retorcida al que Navashen había estado a punto de descubrir.

—¿Y cuál es la situación actual? —inquirió el emperador.

—Nuestras tropas se dirigen en estos momentos hacia la región del Punyab para enfrentarse a los invasores y tratar de recuperar lo perdido.

—No pareces muy optimista.

—No lo soy —replicó Harshul—. Los hunos blancos están afianzando sus posiciones. Nos esperan y estarán preparados para repeler nuestra ofensiva. La situación ha cambiado por completo. Ahora somos nosotros los que tenemos que asumir el riesgo de un ataque, y no al contrario.

—Supongo que habrás ordenado el envío de refuerzos salidos de todos los rincones del imperio, ¿verdad?

—En efecto, pero nuestras opciones son muy limitadas. No podemos perder de vista la contienda que mantenemos abierta con los *pushyamitras* en el centro del país.

—¡Siempre me opuse a esa guerra! —exclamó Kumaragupta fuera de sí—. ¡Y el tiempo ha venido a darme la razón! Yo hice todo lo que pude por evitarla. De hecho, si mi hija no se hubiese quitado la vida en el último momento... —se lamentó en voz alta—, el escenario sería ahora otro muy distinto.

Pero Rudrabhiravi, pese a las apariencias, no se había suicidado. Desde el principio, Dattadevi había estado en lo cierto cuando había defendido que a su hija la habían asesinado. Se equivocó, en cambio, culpando a Bhanugupta de los hechos. Aunque a Sarasvati no le había gustado tener que hacerlo, la muerte de la princesa había sido necesaria para provocar la guerra contra los *pushyamitras*, que de un modo u otro perjudicaría al Imperio gupta en su futuro enfrentamiento con los hunos blancos. La joven *ganika* había seguido a Rudrabhiravi a través de los jardines del harén hasta que por fin encontró el momento oportuno para actuar. Le ofreció un zumo al que le había añadido un somnífero y, cuando el bebedizo hizo su efecto y la princesa se quedó dormida, Sarasvati solo tuvo que arrastrarla hasta el estanque más cercano, donde pudo ahogarla sin la menor dificultad. Acusar a Bhanugupta no formaba parte del plan, pero la cruzada de Dattadevi por descubrir la verdad la obligó a improvisar, convencida de que la reina detectaría su culpabilidad con tan solo mirarla a los ojos.

—No voy a mentirte —dijo Harshul con franqueza—, se avecinan tiempos difíciles. Los hunos blancos acumulan un amplio historial de conquistas y saben muy bien lo que se hacen. Lo más probable es que se asienten en los territorios conquistados abocándonos a una guerra a varios años vista, cuando no décadas...

Kumaragupta, poseído por un ataque de furia, derribó una estatua de jade que había constituido un regalo de los chinos.

—¡Este imperio comienza a no parecerse en nada al que construyeron mi padre y mi abuelo! —exclamó.

Harshul decidió guardar silencio, consciente de que en ese momento no le convenía decir nada. Kumaragupta se apoyó en la pared y recordó la advertencia que Madhuk le había hecho aquel mismo día acerca del

desmoronamiento del imperio, y cómo él se había reído. Cuando lo llevasen ante su presencia, juró que se lo haría pagar muy caro.

Instantes después, el jefe de la guardia real entraba en la estancia a grandes pasos.

—¿Los habéis atrapado?! —preguntó el emperador, ansioso por conocer las últimas novedades.

—Todavía no —contestó—. He mandado parar los registros por hoy, aunque los espías seguirán trabajando durante toda la noche. También parece claro que no han abandonado la ciudad.

La ausencia de resultados incrementó aún más la cólera de Kumaragupta, que comenzó a destrozar las diferentes piezas de colección que decoraban la sala del consejo: jarrones de porcelana, esculturas de marfil y copas de cristal, obra de los más prestigiosos artesanos. Ni siquiera Harshul se atrevió a detenerlo por miedo a convertirse en el blanco de su enojo.

A continuación, accedió a la sala la persona más indicada teniendo en cuenta la tensión que se respiraba en el ambiente. Padmabandhu arrastraba los pasos porque jamás se desplazaba con prisa. Ya le habían informado acerca del reciente atentado perpetrado por la pareja de hermanos, pero aún desconocía las últimas noticias relativas a la invasión de los heftalitas. Harshul se inclinó sobre el consejero budista e inmediatamente lo puso al corriente de la situación.

—Kumaragupta, no te dejes llevar por la ira. Aquieta tus pensamientos y sosiega el arrebató de furia que agita tu corazón.

—Se acabó, Padmabandhu —replicó el emperador clavándole una mirada fría como el hielo—. Las circunstancias han cambiado por completo, y como consecuencia de ello he resuelto gobernar el imperio de forma radicalmente distinta.

—Comprendo cómo te sientes, pero no debes olvidar lo que tantas veces te he repetido: «el futuro no existe y el pasado ya quedó atrás. La paz eterna es vivir el presente, siempre que se haga con amor y compasión».

—¡Basta de filosofías! —bramó Kumaragupta—. No pienso olvidar mi pasado porque a él le debo haber llegado hasta aquí. Y por lo que se refiere al futuro, no se me ocurre nada que pueda haber más importante. Pase lo que pase, no dejaré que nada ni nadie ponga en peligro la subsistencia del Imperio gupta ni de su grandiosa dinastía. Y en cuanto al presente, a partir de ahora daré la orden de que todos vuelvan a llamarme Shakraditya. He decidido ponerme al frente del ejército como ya hice en mi juventud.

—Pero... mi señor.

—Ya no te necesito, Padmabandhu —sentenció.

El budista agachó la cabeza en señal de rendición. Acto seguido se giró y, sabedor de que su etapa como consejero había llegado a su fin, abandonó la sala sin hacer el menor ruido.

—Cuenta conmigo, Shakraditya —terció Harshul con un especial brillo en la mirada—. Necesitaremos tiempo para devolverle al imperio la grandeza de antaño, pero finalmente lograremos darle la vuelta a la situación.

—Si no lo consigo —repuso el emperador—, al menos puedes estar seguro de que me dejaré la vida en el intento.

5

Para cuando Kumaresh y Rashmi llegaron a los campos de cremación, un cielo prendido de nubes negras alimentado por el humo de las piras funerarias que aún latían en la explanada ya se había extendido por el firmamento nocturno.

El sepulturero se detuvo frente al puñado de chozas habitadas por los de su clase y su mujer salió a recibirlo a la puerta con el pequeño bebé en brazos. Aparte de ella y de algún que otro incinerador de cadáveres cuya silueta se apuntaba en la distancia, el lugar estaba desierto.

Kumaresh se agachó y miró bajo su carro.

—Ya podéis salir —dijo.

Madhuk y Sarasvati se deslizaron de la parte baja del carromato, donde habían viajado ocultos de las miradas de terceros, sujetos por un arnés que el propio chandala había instalado como buenamente había podido.

—¿Estáis bien? —preguntó Kumaresh.

El viaje no podía haber resultado más incómodo, y el hedor que habían tenido que soportar les había provocado náuseas y arcadas. Con todo, lo más importante era que habían logrado su objetivo y que ya se encontraban fuera de la ciudad.

Una semana antes de los hechos, Madhuk había planificado la huida hasta el último detalle. Al principio, Kumaresh no había querido saber nada del plan de fuga que el muchacho le había propuesto, ya que implicaba asumir un riesgo excesivamente elevado. Sin embargo, al final no tardó en dejarse convencer de lo contrario. ¿Cómo no iba a ayudar a Madhuk después de lo que este había hecho por Rashmi? Sin su milagrosa intervención en el juicio, su hijo no estaría a su lado.

—Gracias, todo ha salido perfecto —señaló Madhuk—. No podíais haberlo hecho mejor.

—Ahora debéis marcharos —repuso el sepulturero—. No os paréis a descansar. Aprovechad la noche para seguir avanzando y poner tierra de por medio.

—Es lo que haremos. Pero antes quisiera deciros algo... —anunció el muchacho—. Vente con nosotros, Kumaresh. Tú y toda tu familia. Al lugar a donde vamos todos somos iguales. Allí no seréis discriminados ni tampoco condenados a desempeñar los trabajos más denigrantes. Jamás os faltará de nada y podréis ser felices. Tenéis mucho que ganar y nada que perder.

Kumaresh frunció el ceño, pensativo. Le llevó un largo minuto ofrecer su respuesta.

—Si he nacido chandala, se debe al karma negativo que he ido acumulando a lo largo de mis vidas anteriores. Así que no tendría sentido alguno quejarme por algo a lo que mis propios actos me han llevado. Ahora, sin embargo, me esfuerzo por servir al *dharma* y acumular buenas acciones para, con un poco de suerte, renacer en mi siguiente vida en una casta superior. Por tanto, te agradezco el ofrecimiento, pero prefiero quedarme donde estoy.

En un primer momento, Madhuk pensó en intentar convencerlo de lo contrario recurriendo a un sinfín de argumentos distintos. No obstante, le bastó con mirarlo a los ojos para darse cuenta de que nada de lo que dijese le haría cambiar de opinión. Las propias escrituras sagradas proclamaban que la dócil aceptación del destino que a uno le había tocado constituía el primer paso para revertir la situación, con la esperanza de obtener en la siguiente reencarnación una mejoría. El sistema establecido había demostrado ser extraordinariamente efectivo en mantener sometido al más débil durante cientos y hasta miles de años. Sin saberlo, Kumaresh habitaba una prisión sin rejas de la que jamás podría salir. El sepulturero, como la mayor parte de la población que habitaba en aquellas tierras, se había quedado atrapado para siempre en el laberinto de la mente hindú.

—Está bien —suspiró Madhuk. Y, dicho esto, abrazó al chandala a modo de despedida. Sarasvati, por su parte, le dedicó una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza.

Cuando se dieron la vuelta para emprender la marcha, Rashmi intervino para detenerlos.

—¡Esperad un momento, por favor! —gritó.

El niño corrió hasta la choza y salió al cabo de unos segundos con una criatura posada en el brazo. Era el loro que tantos problemas le había causado, mucho más crecido y dotado de un plumaje más colorido que el de sus primeros meses de vida.

—Lleváoslo, es un regalo que quiero haceros —ofreció con humildad.

Madhuk sonrió.

—Es muy generoso por tu parte —señaló—, pero nos espera un largo viaje y por el camino no podríamos cuidarlo como se merece. Además, ya te ha cogido cariño. Así que no sería bueno que ahora se separase de ti.

Rashmi se sintió algo decepcionado, aunque en el fondo se alegraba de no tener que separarse de su amigo.

—Debéis partir —insistió Kumaresh, temeroso de que una patrulla de vigilancia apareciese en cualquier momento.

Los hermanos asintieron y atravesaron en silencio los campos de cremación hasta tomar una sinuosa senda que se perdía en el corazón de la espesura.

Recorrieron los caminos mezclados entre los peregrinos que se desplazaban de un lugar sagrado a otro, a lo largo y ancho del atlas del imperio.

Madhuk y Sarasvati casi no hablaban entre ellos. Por un lado, sentían que se habían quitado un peso de encima tras haber culminado la venganza que un día juraron llevar a cabo. Por otro, sin embargo, sentían que una cierta amargura les envenenaba el alma debido a los reprobables actos que habían llevado a cabo para poder conseguirlo. Con todo, no se arrepentían en absoluto. Desde el principio habían sabido que sin mancharse las manos jamás lograrían su objetivo.

Sarasvati hacía preguntas a espaldas de su hermano cuando pasaban cerca de poblaciones importantes. Madhuk hacía como que no se daba cuenta, aunque se hacía una idea muy clara de los motivos. No tuvo que esperar mucho hasta que finalmente Sarasvati decidió sincerarse con él, tras llegar a un lago que a su vez constituía un cruce de caminos.

—Me temo que ha llegado la hora de separarnos —anunció estallando en un incontrolable llanto.

—¿Gauresh? —inquirió.

—Así es —confirmó—. He averiguado que su compañía de teatro se encuentra en la región de Kosala. De modo que, si todavía me acepta, quisiera

unirme a él y dedicarme a bailar encima de un escenario. He descubierto que la danza es mi vida.

Madhuk esbozó una sonrisa cargada de melancolía, sin poder evitar que las lágrimas le rodasen por las mejillas.

—Cuídate —repuso—. Yo volveré con los nuestros. Quiero llevar el mismo tipo de vida sencilla que tenían nuestros padres. Es todo lo que pido.

Los hermanos, sentados a orillas del marjal donde separarían sus caminos, permanecieron abrazados durante largo rato. Un sol esférico y rotundo se reflejaba sobre las aguas opacas del lago, cuya ribera estaba salpicada de juncos dorados y de pequeños brotes de bambú.

A la historia de la tierra de los hijos de Bharata aún le quedaban muchos capítulos por escribir.

NOTA DEL AUTOR

Finalmente, el emperador Kumaragupta logró derrotar a los *pushyamitras*. Sin embargo, después murió luchando contra los hunos blancos, tras la invasión que estos llevaron a cabo a través de la frontera occidental del imperio.

Le sucedió su hijo Skandagupta, que pese a lograr contener la amenaza extranjera no pudo evitar que las incursiones heftalitas se convirtiesen en una espina permanente para su gobierno. La constante amenaza de los hunos blancos socavó su autoridad política, y la prolongada guerra deterioró su administración, devaluó la moneda, perjudicó su comercio exterior y, muy especialmente, vació las arcas del imperio. Para finales del siglo V, el Imperio gupta ya se encontraba en pleno proceso de desintegración. Algunos de sus reinos vasallos dejaron de pagarle tributos, mientras que otros proclamaron su independencia. Como consecuencia de todo ello, a comienzos del siglo VI tan solo las regiones de Maghada y Bengala quedaban ya bajo su dominio.

La India, como antes del advenimiento de los Gupta, se tornaría de nuevo en una amalgama de pequeños reinos y estados que continuarían enfrentándose entre sí por la hegemonía del territorio.

El periodo Gupta se identifica con la edad dorada de la India debido al asombroso legado cultural y científico que quedó para la historia. En el campo de las matemáticas, los indios introdujeron el cero y el sistema decimal de numeración vigente hoy en día, adoptado a la postre por los árabes (durante mucho tiempo se les atribuyó erróneamente su autoría), quienes lo transmitieron a Europa en el siglo XIII. Apoyados en sus conocimientos matemáticos, también se lograron importantes avances en astronomía: se sugirió un modelo heliocéntrico según el cual la Tierra giraba alrededor del Sol, al mismo tiempo que lo hacía sobre su propio eje. Además, se afirmó que las órbitas de los planetas eran elípticas y se proporcionó una explicación correcta a los eclipses de sol y de luna. Las contribuciones en el ámbito de la medicina fueron igualmente destacables. Los físicos, que conocían la operación de cesárea e incluso el injerto de piel, desarrollaron un avanzado

sistema de cirugía. Asimismo, la curación de fracturas óseas alcanzó un alto grado de perfección. La farmacopea india, tremendamente rica y variada, mezclaba productos de origen animal, vegetal y mineral para el preparado de sus remedios.

Por lo que se refiere a las letras, las dos grandes epopeyas hindúes —el Mahabharata y el Ramayana—, alcanzaron en esta fase su forma definitiva. Del mismo modo, la literatura en sánscrito se cultivó de forma brillante y dio lugar a varias obras maestras, entre las que cabe destacar *El reconocimiento de Shakundala*, del célebre poeta Kalidasa. La redacción del *Kamasutra*, el manual del comportamiento sexual humano más famoso del mundo, también tuvo lugar en dicho periodo.

Las primeras incursiones árabes en el subcontinente tuvieron lugar en el siglo VIII cuando se inició la etapa conocida como de «dominio musulmán». Destacó especialmente el llamado Sultanato de Dheli, que englobaba una serie de sucesivos regímenes turco-afganos comprendidos entre los siglos XIII y XVI. En el ámbito de la fe, los reyes musulmanes alternaron épocas de tolerancia con otras de rigidez. En algunos casos se llegaron a promover políticas que atacaban frontalmente a la religión hindú, a la que, pese a todo, jamás lograron sustituir por el islam. No obstante, para el budismo, cuya presencia en la India por aquel entonces ya había disminuido de forma considerable, supondría su final. Los invasores musulmanes destruyeron y saquearon monasterios, quemaron bibliotecas y pasaron los monjes a cuchillo. Se cuenta que la extraordinaria biblioteca de la universidad budista de Nalanda, compuesta por cientos de miles de volúmenes, tardó entre tres y seis meses en arder.

Con todo, el budismo no desapareció, pues los monjes supervivientes lograron extenderlo por Sri Lanka, Nepal, el Tíbet y todo el sudeste asiático.

Durante dicha etapa medieval, las cuatro grandes castas se fueron subdividiendo en miles de subcastas denominadas *jatis*, cada una de las cuales se corresponde con un grupo social al que los individuos pertenecen al nacer y que determina aspectos muy diversos de índole gremial, étnico, geográfico, religioso, etc. Dicha subdivisión persiste hasta nuestros días.

A principios del siglo XVI, el poder político fue asumido por la dinastía Mogol, que llevó a cabo una incansable campaña expansionista tanto militar como diplomática, tras la que pasó a dominar la mayor parte del subcontinente indio. Sus gobernantes sentaron las bases de una administración unificada, reorganizaron la fiscalidad, mejoraron la red de carreteras y promovieron el comercio, con lo que proporcionaron al imperio

dos siglos de esplendor como no se conocían desde su edad de oro. Las artes florecieron patrocinadas por los propios emperadores, que impulsaron políticas de gran tolerancia con la población hindú. Durante este periodo se llevó a cabo la construcción del Taj Mahal, obra arquitectónica considerada hoy en día como una de las siete maravillas del mundo moderno.

Durante ese tiempo, algunos países europeos establecieron bases comerciales en suelo hindú. Sin embargo, no sería hasta el siglo *XVIII* cuando se lanzarían a su conquista territorial, aprovechando la descomposición del Imperio mogol y la gran anarquía política y social que le siguió.

Finalmente, tras varias campañas militares, los ingleses se hicieron con el dominio de la nación. Debido a que su principal interés residía en explotarlo económicamente, la relación de los británicos con los hindúes fue fluida en sus inicios, pues no se inmiscuyeron en su sistema de valores sociales ni tampoco pretendieron convertirlos al cristianismo. Por un lado, el colonialismo trajo la implantación de un sistema de justicia moderno, universidades, carreteras, canales, así como una extensísima red de ferrocarril. No obstante, su intervención provocaría un desequilibrio en su economía tradicional y causaría el empobrecimiento de artesanos y campesinos.

Los ingleses, horrorizados por la práctica de la *satí*, la abolieron definitivamente en 1829. Con todo, se han reportado casos en que dicho ritual ha seguido llevándose a cabo de forma clandestina hasta fechas muy recientes.

Tras una larga ocupación colonial, la India pasó de ser un país próspero a otro sumido en la pobreza, y se despertó por fin entre sus habitantes un fuerte sentimiento nacionalista. El líder más importante de dicho movimiento fue Mahatma Gandhi, que persiguió su objetivo a través de acciones parlamentarias, resistencia no violenta y desobediencia civil. Gandhi, además, defendió la causa de los intocables, cuya mera existencia consideraba una lacra en la sociedad india moderna, a los que rebautizó con el nombre de *harijans* (hijos de Dios).

La India obtuvo su independencia en 1947, lo que dio lugar a la democracia más grande del mundo. No obstante, el país se dividió en dos naciones: la propia India, de mayoría hindú, y Pakistán, de mayoría musulmana.

Si bien la Constitución de 1950 no rechaza el sistema de castas, sí que prohíbe la discriminación por razón de estas. Asimismo, proclamó la abolición de la «intocabilidad», aunque dicha práctica continúa vigente en

ciertas zonas rurales. Los intocables se hacen llamar a sí mismos *dalits* (oprimidos) y conforman una fuerza política muy destacable.

Aunque constitucionalmente la India es un Estado laico, la religión prosigue jugando un papel fundamental en la vida de sus habitantes. En la actualidad, el hinduismo es, sin duda, la religión mayoritaria, profesada por un 79 % de la población (966 millones de creyentes). A continuación le sigue el islam, que pese a suponer un 13 % del total (172 millones), no refleja el peso que la tradición musulmana ha tenido a lo largo de su historia reciente. Del mismo modo, a pesar de haberse originado en la India, el budismo solamente constituye el 0,7 % (9 millones), la mayoría formada por habitantes de regiones de cultura tibetana. El jainismo también ha pervivido hasta el presente, representados por un 0,3 % de fieles (4 millones), los cuales integran una pequeña comunidad de comerciantes y hombres de negocios, en general prósperos, pero de vida austera.

A día de hoy, tal como se refleja en la novela, todavía persisten en la India varias tribus indígenas que viven al margen de la sociedad moderna, las cuales representan el 7 % (100 millones) de la población. Dichos pueblos tribales, conocidos por la denominación general de *adivasi* (habitantes originales), residen principalmente en los bosques, donde conservan sus propias costumbres y practican ritos religiosos de tipo animista.

Los especialistas estiman que si la India continúa creciendo a su ritmo actual, hacia el año 2020 se convertirá en el país más poblado de la Tierra, y en el 2050, en la tercera mayor economía del mundo.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia y amigos por su constante apoyo.

A mis lectores «beta»: Domingo, Chelo, Loren, Pablo «Brother» y Juanlu. Los primeros en asomarse al manuscrito y darme a conocer su opinión.

Tampoco me quiero olvidar de los blogs de literatura que abundan en la red, y que tanto hacen por la difusión de los libros y la lectura. Y para evitar reproducir una lista que sería interminable, citaré a Laky de «Libros que hay que leer» en representación de todos ellos.

Y a ti, estimado lector, por haber dedicado tu tiempo a leer el libro que yo escribí con tanto trabajo e ilusión. Si te ha gustado, te agradecería mucho que me dejases tu valoración en Amazon.



JOSÉ VICENTE ALFARO (Huelva, 1976), licenciado en Derecho por la Universidad de Sevilla, irrumpió exitosamente en el panorama literario español en el 2013 con la publicación de *La esperanza del Tíbet*, novela que en muy poco tiempo se convirtió en un fenómeno de ventas en Amazon.

En el año 2014 publicó su segunda novela, *El llanto de la Isla de Pascua*, que inmediatamente se situó en el Top 100 de Amazon y superó las cifras de ventas de su novela anterior, logrando hasta la fecha vender cerca de 3200 ejemplares en los tres primeros meses desde su publicación.

José Vicente Alfaro pretende a través de sus novelas contar una historia entretenida, ofreciendo al mismo tiempo al lector la oportunidad de trasladarse a un momento clave de otra civilización o cultura, probablemente desconocida para él.

Notas

[1] Mítico primer emperador universal o *chakravartin*, que le dio su nombre al país. La India se conoce oficialmente como Bhārata en sánscrito. <<

[2] Es una expresión de saludo originaria de la India, que implica una manera de honrar a la otra persona y mostrarle respeto. <<

[3] Los sogdianos fueron un pueblo de lengua irania que vivió en una zona que ocupaba parte de los actuales Tayikistán y Uzbekistán, y que englobaba las ciudades de Samarcanda y Bujará. <<

[4] Región histórica del Asia central, cuyo territorio se corresponde actualmente con el norte de Afganistán, el sur de Uzbekistán, y Tayikistán.
<<

[5] Constituyen una obra enciclopédica cuyo contenido incluye la historia de la creación y destrucción del universo, mitos, tradiciones, leyendas, genealogías, así como la descripción de la cosmología hindú. <<

[6] Instrumento de cuerda similar al laúd, originario de la antigua India. <<

[7] Es el poema más largo del mundo. Consta de unas 100 000 líneas, divididas en 18 libros. Su extensión es cuatro veces mayor que la Biblia y ocho veces que la *Ilíada* y la *Odisea* juntas. <<

[8] Cosmético a base de galena molida y otros ingredientes, usado principalmente por las mujeres de la antigua India para oscurecer los párpados y como máscara de ojos. <<

[9] Mantequilla clarificada. <<

[10] Juego de mesa para cuatro personas que se desarrollaba en un tablero de sesenta y cuatro casillas. Las piezas representaban los distintos cuerpos del antiguo ejército indio, cuyos movimientos se decidían mediante el uso de los dados. En el siglo VI, los persas lo exportaron a su país, que tras ser conquistado por los árabes se extendió por todo Oriente Medio. Con el tiempo, acabó siendo un juego para dos personas y se prescindió del uso de los dados. A finales de la Edad Media prácticamente se había convertido en lo que hoy conocemos como el ajedrez. <<

[11] El nombre *Upanishad* significa «sentarse junto a alguien» y hace referencia al alumno que se sienta ante su maestro para oír sus enseñanzas. Estos textos se transmitieron oralmente de maestro a discípulo, hasta su posterior fijación por escrito, con lo que pasaron a formar parte de los Vedas.
<<

[12] Ritual del sacrificio del caballo, tras cuya realización el rey se autoproclamaba soberano universal (*chakravartin*). Este consistía en liberar a un potro consagrado, que vigilado por una partida de soldados corría durante un año por las tierras aledañas y a cuyo regreso era sacrificado en la ceremonia de coronación. De fuerte carácter simbólico, se suponía que todos los reinos por los que atravesaba pasaban a formar parte de los dominios del emperador. <<

[13] *Madame* o mujer que regenta un prostíbulo. <<

[14] Típica indumentaria masculina de la antigua India, consistente en una tira de tela que se ajustaba alrededor del cuerpo con un cordón, y otra que se usaba para la parte superior, que se colocaba sobre los hombros a manera de chal. <<

[15] Cuarta de las cuatro castas de la sociedad india tradicional, considerada como la clase baja, integrada por los siervos que no tienen derecho a estudiar los Vedas ni a convertirse en «dos veces nacidos». <<

[16] Tercera de las cuatro castas de la sociedad india tradicional, que engloba la clase media formada principalmente por los comerciantes, artesanos y terratenientes. <<

[17] Monumento tradicional destinado al culto budista, de forma circular y generalmente abovedado, que contiene reliquias de Buda o sus discípulos. <<

[18] Sistema de medicina tradicional originado en la India, considerado como una de las formas de sanación más antiguas del mundo. El *ayurveda* concibe la salud como un equilibrio entre los tres «humores» del cuerpo. Cuando una enfermedad lo altera, el médico debe restablecerlo mediante medicinas elaboradas a base de extractos de plantas y metales. <<

[19] (*Karshapana*): moneda de curso legal más popular en la India antigua. <<

[20] Primer ministro y jefe del consejo del reino. <<

[21] Comandante en jefe de los ejércitos del reino. <<

[22] Cortesana de lujo especializada en las artes amatorias, similar a la *geisha* de la cultura japonesa. <<

[23] Órgano sexual masculino. <<

[24] Doctrina de las cuatro etapas de la vida hindú: estudiante, cabeza de familia, ermitaño y sannyasin. <<

[25] Uno de los cuatro fines que debe perseguir el hombre según la tradición hindú. Este fin comprende los placeres de la vida, y muy particularmente el de tipo sexual. <<

[26] Jinete y cuidador del elefante. <<

[27] Especie de vara con un gancho metálico en la punta, utilizada para el manejo del elefante. <<

[28] Constituye, junto al Mahabharata, la segunda gran obra épica de la India antigua. Atribuida al sabio Valmiki, consta de 48 000 versos escritos en sánscrito y narra las aventuras de Rama, un avatar de Visnú, que nació en la India para librarla del yugo del demonio Rávana. <<

[29] Macizo montañoso de Asia, situado a caballo entre el actual Afganistán y el noroeste de Pakistán. <<

[30] Dios de la muerte y guardián del inframundo, de acuerdo con la mitología hindú. <<

[31] Compartimiento posicionado sobre el lomo de un elefante, usado en la antigüedad principalmente para llevar a personalidades de riqueza o prestigio.
<<

[32] Uno de los cuatro fines que debe perseguir el hombre según la tradición hindú. Este fin comprende la adquisición de bienes y riqueza, así como la obtención de una buena posición económica y social. <<

[33] Conocido como *Leyes de Manu*, se trata de un importante compendio en sánscrito de las leyes y costumbres sagradas de la sociedad antigua de la India. Según el texto, esas doctrinas fueron dictadas por el sabio Manu, al que hinduismo lo considera como el antepasado común de toda la humanidad. <<